

AUTORA *BEST SELLER*
DEL *NEW YORK TIMES*

erin watt

EL HEREDERO CAÍDO

OZ
EDITORIAL



LOS ROYAL
LIBRO 4

EL HEREDERO CAÍDO

Los Royal. Libro 4

ERIN WATT

Traducción de Tamara Artega y Yuliss M. Priego



EL HEREDERO CAÍDO

V.1: abril, 2018

Título original: *Fallen Heir*

© Erin Watt, 2018

© de la traducción, Tamara Arteaga, 2018

© de la traducción, Yuliss M. Priego, 2018

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2018

Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta: Meljean Brook

Publicado por Oz Editorial

C/ Mallorca, 303, 2º 1ª

08037 Barcelona

info@ozeditorial.com

www.ozeditorial.com

ISBN: 978-84-16224-87-6

IBIC: YFM

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita utilizar algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El heredero caído

**Rivales. Reglas. Remordimientos.
Los Royal acabarán contigo.**

Easton Royal es un triunfador: es guapo, rico e inteligente. Su meta en la vida es divertirse tanto como pueda y nunca piensa en las consecuencias de sus actos. No necesita hacerlo.

Pero un día aparece en su vida Hartley Wright, una joven que pondrá su mundo patas arriba. A pesar de sentirse atraída por él, Hartley lo rechaza. Easton no entiende por qué, y eso la hace aún más irresistible. Hartley le dice que tiene que madurar. Y puede que tenga razón.

POR PRIMERA VEZ EN SU VIDA, LA RIQUEZA Y LA
POPULARIDAD DE LOS ROYAL NO SERÁ SUFICIENTE PARA
EASTON.

«Me muero de ganas de hacerme con la segunda entrega de la historia de Easton. El corazón me va a mil solo con pensar en lo que ocurrirá.»

Hypable

«*El heredero caído* es una novela preciosa, y la saga de *Los Royal*, una serie increíble.»

BJ's Book Blog

CONTENIDOS

Portada

Página de créditos

Sobre El heredero caído

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Sobre la autora

Capítulo 1

—Recordad, no importa la función que elijáis. La suma de las diferencias está determinada por la primera y la última —concluye la señorita Mann justo cuando suena el timbre que marca el final de la clase. Es la última del día.

Todo el mundo empieza a recoger. Todos excepto yo.

Me apoyo en el respaldo de la silla y hago tamborilear el lápiz contra el borde del libro mientras evito sonreír al observar cómo la nueva profesora intenta mantener la atención de los estudiantes. Es mona cuando se sonroja.

—¡Las partes 1.a y 1.b para mañana! —dice, pero ya nadie la oye. Los alumnos salen de prisa por la puerta.

—¿Vienes, Easton? —Ella Harper se detiene ante mi escritorio y sus ojos azules me miran. Últimamente está delgada. Creo que su apetito la abandonó al mismo tiempo que lo hizo mi hermano.

Bueno, no es que Reed la abandonara. Mi hermano mayor aún sigue loco por Ella, nuestra especie de hermanastra. Si no la quisiera, habría elegido alguna universidad lejos de Bayview. Sin embargo, está en la estatal, que se encuentra lo bastante cerca como para que puedan visitarse los fines de semana.

—*Nah* —digo—. Tengo una pregunta para la profe.

Los hombros delicados de la señorita Mann se crispan cuando me oye. Incluso Ella se ha dado cuenta.

—East... —Su voz se apaga y sus bonitos labios forman una mueca.

Veo que se prepara para darme una charla sobre la necesidad de reformar mi comportamiento. Pero solo llevamos una semana de clases y ya estoy muerto del aburrimiento. ¿Qué otra cosa puedo hacer aparte de meterme en líos? No necesito estudiar. Apenas me importa el fútbol americano. Mi padre me ha prohibido volar. A este paso, nunca conseguiré mi licencia de piloto. Y si Ella no me deja en paz, me olvidaré de que es la chica de mi hermano y la seduciré porque sí.

—Nos vemos en casa —le digo a Ella con voz firme.

La señorita Mann ha coqueteado conmigo sin parar desde el primer día de clase. Una semana después de intercambiar miradas intensas, me lanzo a por ella. Claro que está mal, pero eso lo hace excitante... para ambos.

Es raro que el instituto Astor Park contrate a profesoras jóvenes y atractivas. La administración sabe que hay mucho niño rico y aburrido en busca de un desafío. El director Beringer ha tenido que tapar más de una relación profesor-alumno. Ni siquiera me baso en rumores, ya que una de esas relaciones «inapropiadas» la protagonicé yo mismo. Si es que se considera que liarse con la profesora de nutrición detrás del gimnasio es una «relación».

Yo no lo considero.

—No me importa que te quedes —arrastro las palabras para responder a Ella, cuyos pies tercos parecen pegados al suelo—, pero puede que te sientas más cómoda esperando en el pasillo.

Me fulmina con la mirada. No hay mucho que se le escape. Creció en sitios poco recomendables y controla muchas movidas. O sencillamente sabe lo perverso que soy.

—No sé lo que buscas, pero dudo que lo encuentres bajo la falda de la señorita Mann —murmura.

—No lo sabré hasta que no mire —comento.

Ella suspira y se rinde.

—Ten cuidado —me reprende, con un tono de voz lo bastante alto como para que le llegue a la señorita Mann, que se sonroja y mira hacia el suelo cuando Ella sale del aula.

Ahogo una punzada de irritación. ¿A qué vienen sus juicios? Intento vivir mi vida lo mejor que puedo y, mientras no haga daño a nadie, ¿qué importa?

Tengo dieciocho años. La señorita Mann es adulta. ¿Qué pasa si su trabajo es «profesora»?

El silencio se apodera de la sala cuando Ella cierra la puerta. La señorita Mann alisa su falda azul claro. ¡Mierda! Se lo está pensando mejor.

Me siento ligeramente decepcionado, pero no pasa nada. No soy un tío que se tenga que tirar a todas las chicas que conozca, sobre todo cuando hay tantas ahí fuera. Si una no está interesada, se pasa a la siguiente.

Me agacho para recoger la mochila cuando un par de tacones aparecen en mi campo de visión.

—¿Tiene alguna pregunta, señor Royal? —dice la señorita Mann en voz baja.

Alzo la cabeza despacio para observar sus largas piernas, la curva de sus caderas y la hendidura de su cintura donde su remilgada blusa blanca se cuelga debajo de la falda, igual de modesta. Su pecho se agita mientras la examino y el pulso de su cuello se dispara.

—Sí. ¿Tiene alguna solución para mi problema en clase? —Coloco mi mano sobre su cadera. Jadea y paso un dedo sobre la cinturilla de su falda—. Me resulta muy duro concentrarme.

Ella vuelve a tomar aire.

—¿De verdad?

—Ajá. Cada vez que la miro, siento que usted también tiene problemas para concentrarse. —Sonríe un poco—. Puede que se deba a que fantasea con la idea de que la recueste sobre su escritorio mientras los alumnos de Cálculo observan.

La señorita Mann traga saliva.

—Señor Royal, no tengo ni la más remota idea de a qué se refiere. Por favor, retire su mano de mi cintura.

—Claro. —Bajo la mano hasta que mis dedos llegan al dobladillo de su falda—. ¿Aquí mejor? Porque puedo parar.

Nuestras miradas se encuentran.

Última oportunidad, señorita Mann. Ambos somos conscientes de que estoy arruinando su falda y, probablemente, también su reputación, pero sus pies permanecen anclados al suelo.

Su voz suena ronca cuando por fin exclama:

—Está bien, señor Royal. Creo que llegará a la conclusión que la solución a su problema de concentración está en sus manos.

Cuelo mis palmas bajo su falda y le ofrezco una sonrisa engreída.

—Trato de eliminar las funciones problemáticas.

Sus párpados caen en señal de rendición.

—No deberíamos hacer esto —dice.

—Lo sé, por eso es tan bueno.

Sus muslos se contraen en mis manos. Este momento travieso, saber que nos podrían pillar y que es la última mujer a la que debería estar tocando, hace que esto sea mil veces más excitante.

Deja caer las manos en mis hombros, y sus dedos agarran la americana de dos mil dólares diseñada por Tom Ford, que forma parte del uniforme del instituto, cuando intenta mantener el equilibrio. Mis dedos obran su magia. Pequeños sonidos ahogados llenan la clase vacía hasta que solo se oye su respiración agitada.

Tras un suspiro satisfecho, la señorita Mann se echa hacia atrás, se alisa la falda arrugada y se pone de rodillas.

—Tu turno —susurra.

Estiro las piernas y me echo hacia atrás. Cálculo Avanzado es la mejor clase que he tenido en el Astor Park.

Cuando termina de impartirme su clase particular me sonrío con vacilación. Su pelo roza mis muslos al acercarse para murmurar:

—Puedes venir esta noche. Mi hija se va a la cama a las diez.

Me deja de piedra. Esto podría haber terminado de muchas maneras, pero no me esperaba esta. Una docena de excusas se me pasan por la cabeza, pero antes de pueda decir algo, la puerta de la clase se abre.

—¡Dios mío!

Tanto la señorita Mann como yo nos giramos. Alcanzo a ver un mechón de pelo negro y una chaqueta del Astor Park.

La señorita Mann se levanta y tropieza. Doy un salto para sujetarla. Está débil y la ayudo a apoyarse en una mesa.

—Dios —dice, afectada—. ¿Quién era? ¿Crees que ha visto...?

¿Si ha visto a la señorita Mann de rodillas con su ropa arrugada y mis pantalones desabrochados? Pues sí. Efectivamente.

—Lo ha visto —digo en voz alta.

La confirmación la asusta más. Gime de angustia y esconde la cara entre sus manos.

—Dios, me van a despedir.

Termino de arreglarme, recojo la mochila y meto todas mis cosas de forma desordenada en el interior.

—¡*Nah!* No pasará nada.

Pero no lo digo con mucha confianza y ella lo sabe.

—¡Sí que pasará!

Miro hacia la puerta, preocupado.

—¡Chist!, te van a oír.

—Alguien nos ha visto —sisea con los ojos brillantes por el pánico y la voz temblorosa—. Tienes que encontrar a esa chica. Encuéntrala y haz tus cosas de Easton Royal para asegurarte de que no diga anda.

¿Mis cosas de Easton Royal?

La señorita Mann continúa hablando antes de que pueda preguntarle a qué demonios se refiere.

—No pueden despedirme. No pueden. ¡Tengo una hija a la que mantener! —Su voz vuelve a temblar—. Arréglalo. Por favor, vete y arréglalo.

—Vale —concedo—, lo arreglaré.

No tengo ni idea de cómo, pero la señorita Mann parece a punto de sufrir un colapso nervioso.

Vuelve a gemir.

—Y esto no puede volver a pasar, ¿lo entiendes? Nunca.

Me parece genial. Su ataque de pánico me ha cortado el rollo y las posibles ganas que tuviera de repetir. Me gusta que mis líos acaben de forma tan placentera como empiezan. Una mujer que se arrepiente no es *sexy*, así que hay que asegurarse al comienzo de que realmente quiere algo contigo. Si se replantea el interés, no sigas por ahí.

—Lo pillo —digo, y asiento.

La señorita Mann me mira fijamente con ojos suplicantes.

—¿Por qué sigues aquí? ¡Vete!

Correcto.

Me cuelgo la mochila del hombro y salgo de clase. Una vez en el pasillo, hago una breve inspección. Está más abarrotado de lo que debería. ¿Por qué están todos en el pasillo? Las clases han terminado, por el amor de Dios. A casa, gente.

Mis ojos se posan en Felicity Worthington en el preciso momento en que echa para atrás su pelo rubio platino. Claire Donahue, mi ex, me observa con sus ojos azules llenos de esperanza; desea volver conmigo desde que empezó el instituto. Esquivo su mirada y ante mis ojos aparecen Kate y Alyssa, las hermanas Ballinger. Ninguna tiene pelo negro. Escaneo el resto del pasillo pero sigo sin tener nada.

Estoy a punto de darme la vuelta cuando Felicity se inclina para decirle algo al oído a Claire.

Y en el espacio que antes ocupaba la cabeza de Felicity, la veo. La chica tiene la cabeza metida en su taquilla, pero su pelo es inconfundible, tan negro que casi parece azul bajo la luz fluorescente.

Empiezo a caminar hacia ella.

—Easton —oigo que dice Claire.

—No te humilles —le aconseja Felicity.

Las ignoro y sigo caminando.

—Hola —digo.

La chica aparta la mirada de su taquilla. Unos ojos grises sorprendidos se cruzan con los míos. Un par de labios rosas se abren. Espero su sonrisa —la respuesta que obtengo del 99 % de las mujeres, sin importar la edad—, pero no llega. En su lugar, me echa todo su pelo en la cara cuando se da la vuelta y sale corriendo por el pasillo.

La sorpresa ralentiza mi respuesta. Eso y que no quiero que se forme público. Cierro su taquilla como quien no quiere la cosa y sigo sus pasos a través del pasillo. En cuanto doblo la esquina yo también empiezo a correr. Dado que mis piernas son mucho más largas, consigo alcanzarla fuera de la zona de taquillas.

—Eh —digo mientras me pongo frente a ella—. ¿Dónde está el fuego?

Ella se detiene en seco y está a punto de caerse. La sujeto de los hombros para asegurarme de que no se cae de bruces.

—No he visto nada —espeta y se libera de mis manos.

Miro por encima de su hombro para asegurarme de que no tenemos público. El pasillo está vacío. Bien.

—Claro que no. Por eso huyes como el niño al que han pillado con la mano dentro del tarro de las galletas.

—Técnicamente eres tú el de la mano dentro del tarro de galletas — replica. Después cierra la boca al darse cuenta de lo que ha admitido—. Pero yo no he visto nada.

—Ajá.

¿Qué hacer con esta monada? Qué lástima que se suponga que debo amedrentarla para que no diga nada.

Doy un paso hacia delante y ella se mueve a un lado. Sigo caminando para acorralarla contra la pared. Me agacho hasta que mi frente queda a escasos centímetros de la suya. Estoy tan cerca que huelo la hierbabuena de su chicle.

La señorita Mann ha dicho que lo arregle. Y tiene razón. Se suponía que lo que ha pasado en clase iba a ser divertido. Eso es lo único que quiero: divertirme, no arruinar la vida de la gente. Me lo he pasado bien haciendo travesuras, cosas equivocadas. Ha estado guay jugar con la posibilidad de que nos pillen.

Pero no entra dentro de la categoría «diversión» que la señorita Mann pierda su trabajo y que ella y su hija se queden sin hogar.

—Entonces... —digo en voz baja.

—Eh... Royal, ¿no? —interrumpe la chica.

—Sí. —No me sorprende que me conozca. No me enorgullezco, pero los Royal hemos liderado el instituto durante años. Menos mal que he evitado el rol de líder. Ahora Ella es la Royal al mando. Yo solo soy su esbirro—. ¿Y tú eres...?

—Hartley. Mira, te prometo que no he visto nada. —Alza la mano como si jurase decir la verdad y nada más que la verdad.

—Si eso fuera cierto no habrías escapado, Hartley. —Le doy vueltas al nombre en mi cabeza. Es raro, pero soy incapaz de reconocerlo. Su cara tampoco me suena. El Astor no tiene muchas caras nuevas. He estado con la mayoría de estos capullos desde que tengo memoria.

—Lo digo en serio. Soy como los *emojis* de los tres monos. —Hartley

sigue con su endeble defensa. Se tapa un ojo con una mano y con la otra, la boca—. No veo, escucho ni digo maldades. Aunque lo que tú has hecho no son maldades. O lo que puede que hayas hecho. Aunque no he visto nada. Sea malo o bueno.

Encandilado, pongo mi mano sobre su boca.

—Parloteas mucho.

—Nervios de primer día de instituto. —Se estira la americana del uniforme y alza la barbilla—. Puede que haya visto algo, pero no es asunto mío, ¿vale? No voy a decir nada.

Me cruzo de brazos y mi propia americana se tensa sobre mis hombros. Parece que quiere pelear. Me encanta, pero tontear con ella no me dará los resultados que necesito. Le imprimo a mi voz un tono amenazador y espero que el miedo paralice su lengua.

—Lo cierto es que no te conozco. ¿Cómo voy a tomarte la palabra?

La amenaza funciona porque Hartley traga saliva.

—Yo... yo no diré nada —repite.

De repente, me siento mal. ¿Por qué asusto así a una chica? Pero entonces me viene a la cabeza la expresión atemorizada de la señorita Mann. Tiene una hija y Hartley solo es otra compañera rica. Puede manejar un pequeño aviso.

—¿Sí? ¿Y si alguien, el director Beringer, por ejemplo, te pregunta? —Inclino la cabeza desafiante, y mi voz se vuelve más y más amenazante—. ¿Qué harás entonces, Hartley? ¿Qué dirías?

Capítulo 2

Mientras Hartley valora mi pregunta, yo la observo. Es poquita cosa comparada con mi metro ochenta y cinco, probablemente le saco unos treinta centímetros. No tiene mucho de lo que presumir respecto a su delantera, y calza unos mocasines feísimos. El calzado es lo único exento de normas en el código de vestimenta, nuestra única expresión de individualidad. Los tíos van por ahí con deportivas o botas tipo Timberland. La mayoría de las chicas eligen algo elegante como unas bailarinas de Gucci o unos tacones de suela roja. Supongo que lo que Hartley pretende es aparentar que le importa una mierda. Lo pillo.

Todo lo demás en ella es normal. Tiene un uniforme estándar. Su pelo es liso y largo. Su cara no es lo bastante llamativa como para despertar curiosidad. Ella, por ejemplo, está buenísima. Mi ex, Claire, acaba de ser nombrada la debutante del año. Esta chica, Hartley, tiene ojos grandes como los del manga y una amplia boca. Su nariz es un poco respingona en la punta, pero ninguno de sus rasgos se comentará en ninguna revista del corazón del tipo de *Vida sureña*.

Dicha nariz se arruga cuando por fin responde:

—Bueno, pensemos en lo que sí he visto ahí atrás, ¿vale? Es decir... técnicamente he visto a una profesora coger algo del suelo. Y un estudiante estaba... eh... sujetándole el pelo de la cara para que pudiera ver mejor. Ha sido un gesto muy dulce. Y amable. Si el director Beringer me preguntase, le diría que eres un ciudadano ejemplar y te nominaría como estudiante de la

semana.

—¿En serio? ¿Dirías eso? —Me dan ganas de reír, pero podría arruinar la efectividad de la amenaza que necesito transmitir.

—Lo juro por Dios. —Y pone su pequeña mano sobre el pecho. Tiene las uñas cortas y no luce la perfecta manicura que caracteriza a la mayoría de las tías del Astor.

—Soy ateo —le informo.

Frunce el ceño.

—Te haces el difícil.

—Oye, no soy yo el que se las da de mirón.

—¡Estamos en un instituto! —Alza la voz por primera vez—. ¡Debería poder echar un vistazo al aula que quisiera!

—O sea que admites que me has mirado. —Me resulta complicado no sonreír.

—Vale. Ahora sé por qué te lo tienes que montar con una profesora. No hay chicas normales que quieran aguantarte.

Ante su declaración exasperada, me rindo con la maniobra de intimidación porque no me puedo aguantar más la sonrisa.

—No lo sabrás hasta que lo pruebes.

Me observa.

—¿Estás tonteando conmigo? ¿En serio? Definitivamente, paso.

—Pasas, ¿eh? —Me relamo el labio inferior. Sí, estoy tonteando con ella, porque por muy normal que parezca, me provoca curiosidad. Y yo, Easton Royal, estoy destinado por las leyes del universo a perseguir todo aquello que me despierte la curiosidad.

Hay un destello de fascinación en sus ojos. Breve, pero siempre he sido capaz de notar si una tía piensa que estoy bueno, si se imagina cómo sería estar conmigo.

Hartley lo está pensando ahora mismo, con total seguridad.

Venga, nena, pídemelo salir. Toma lo que quieras de mí. Me encantaría que una tía me agarrase de las pelotas, literal y figuradamente, y me dijese que le pongo. Sin rodeos. Sin juegos. Pero, a pesar de todo ese tema del empoderamiento de la mujer, me parece que la mayoría de las tías quieren que los tíos las persigamos. Vaya mierda.

—¡Puaj! —Trata de alejarse—. En serio, Royal, muévete.

Coloco ambas manos sobre la fría madera a ambos lados de su cabeza atrapándola del todo.

—Y si no, ¿qué?

Esos ojos grises brillan y vuelven a picar mi curiosidad.

—Puede que sea pequeña, pero tengo la capacidad pulmonar de una ballena, así que si no te mueves liberaré al Kraken oral hasta que todo el instituto venga a este pasillo para rescatarme.

Me echo a reír.

—¿El Kraken oral? Eso suena bastante pervertido.

—Creo que a ti todo te suena pervertido —dice secamente, aunque una sonrisa amenaza con asomar en las comisuras de su boca—. Ahora en serio, solo he abierto la puerta porque intento cambiarme a la clase de Cálculo de la señorita Mann. Pero guardaré tu pequeño secreto, ¿vale? —Abre los brazos—. Entonces ¿qué eliges, Kraken oral o echarte a un lado?

No parece que las amenazas vayan a funcionar con Hartley, sobre todo porque no soy capaz de concretarlas. Mi estilo no es intimidar a las tías, sino hacerlas felices. Así que tendré que confiar en su palabra. Por ahora. Hartley no parece de las que se chivan. Y si lo hiciera, puedo apoyarme en mi cartera. Puede que papá tenga que donar otra beca para sacarme de este lío con la señorita Mann; ya lo hizo una vez por Reed y Ella. Creo que se me debe un poco de herencia.

Sonrío y me aparto.

—Oye, si quieres entrar en Cálculo Avanzado —señalo la clase al final del pasillo—, te recomiendo que vayas a hablar con ella ahora. Ya sabes... —Le guiño un ojo—. La pillas con la guardia baja.

Hartley se queda con la boca abierta.

—¿Insinúas que la chantajee? ¿Que le diga que solo me quedaré callada si aprueba mi traslado?

Me encojo de hombros.

—¿Por qué no? Tienes que velar por tus intereses, ¿no?

Me observa durante un buen rato. Daría lo que fuera por saber lo que se le pasa por la cabeza. No me ofrece nada.

—Sí, supongo —murmura—. Nos vemos, Royal.

Hartley pasa por mi lado. Voy tras ella sin prisa y observo que llama a la puerta y entra en la clase de la señorita Mann. ¿Hará lo del chantaje? Lo dudo, pero si lo hace, aprobarán su traspaso pronto. La señorita Mann haría cualquier cosa con tal de que Hartley no nos delate.

Aunque he cumplido mis órdenes de «arréglalo» —o al menos eso creo—, no me voy del pasillo. Quiero asegurarme de que no pasa nada malo entre Hartley y la señorita Mann. Así que permanezco a la espera en el pasillo, donde mi amigo y compañero, Pash Bhara, me espera.

—Tú —dice, y pone los ojos en blanco—. Se suponía que me ibas a llevar a casa. Te he estado esperando abajo un cuarto de hora.

—Mierda, tío, me he olvidado. —Me encojo de hombros—. Pero todavía no nos podemos ir, estoy esperando a alguien. ¿Te importa esperar unos minutos más?

—Vale, no pasa nada. —Se queda a mi lado—. Oye, ¿te has enterado de que quieren traer un nuevo *quarterback*?

—¿En serio?

El viernes pasado perdimos el primer partido de la temporada y, por la forma de jugar de nuestra línea ofensiva, deberíamos acostumbrarnos. Kordell Young, nuestro *quarterback* titular, se rompió la rótula en el segundo partido y nos dejó con dos novatos que parecen salidos de *Dos tontos muy tontos*.

—El entrenador cree que con tantas lesiones y tal necesitamos a alguien.

—Tiene razón, pero ¿quién querrá venir una vez empezada la temporada?

—Los rumores apuntan a que alguien de North o de Bellfield.

—¿Por qué esos institutos? —Intento acordarme de los *quarterback* de ambos colegios pero me quedo en blanco.

—Supongo que tienen la misma estrategia ofensiva. El tío de Bellfield no está mal. He coincidido con él de fiesta varias veces. Es demasiado formal, pero decente.

—No supone un problema. Más alcohol para nosotros —bromeo, pero empiezo a sentirme ansioso. Hartley lleva demasiado tiempo en el aula. La señorita Mann solo necesita cinco segundos para escribir su nombre en la hoja de traslado.

Miro a través de la pequeña ventana de la puerta, pero solo veo la nuca de Hartley. La señorita Mann está fuera de mi campo de visión.

¿Por qué tarda tanto? La señorita Mann tendría que haber accedido a la petición de Hartley sí o sí.

—Pues sí. —El móvil chapado en oro de Pash vibra en su mano. Mira el mensaje y me enseña el teléfono—. ¿Saldrás esta noche?

—Puede. —No le presto atención. Vuelvo a echar un vistazo al interior del aula. Esta vez Pash se da cuenta.

—Tío, ¿en serio? ¿La señorita Mann? —dice mientras arquea las cejas—. ¿Ya te has cansado de las tías del Astor? Podemos tomar el avión de tu padre e ir a Nueva York. Empieza la semana de la moda y la ciudad estará llena de modelos. O podemos esperar a que llegue el nuevo *quarterback* y nos presente a algunas tías. —Me guiña el ojo y me da un ligero codazo—. Aunque no hay nada como lo prohibido, ¿eh?

Me irrita que lo haya adivinado y mi respuesta es algo seca.

—Te equivocas. Es demasiado vieja.

—Entonces, ¿de quién se trata? —Pash trata de mirar sobre mi hombro, pero me valgo de mi envergadura para bloquearle la vista.

—Nadie. Hay una tía dentro y espero que se marche para comprobar que tengo los deberes bien apuntados.

—Los deberes están en internet —dice, y eso no ayuda.

—Ah, cierto. —Pero no me muevo.

Y, claro, Pash se muestra todavía más curioso.

—¿Quién está dentro? —pregunta, y trata de empujarme para mirar.

Decido echarme a un lado para que investigue, porque si no lo hago, no dejará de molestarme.

Pash pega la nariz a la ventana, mira durante un rato largo y finalmente dice:

—Ah. O sea que estás aquí para ver a la señorita Mann.

—Eso he dicho. —Pero ahora estoy confuso. ¿Por qué ha descartado a Hartley tan rápido?

—Vale, me aburro. —Mira su móvil de nuevo—. Te espero abajo, en el *parking*.

Cuando se gira para irse, la curiosidad me gana.

—¿Y por qué no podría ser la otra tía? —pregunto.

Él se da la vuelta pero continúa caminando hacia atrás mientras contesta:

—Porque no es tu tipo.

—¿Cuál es mi tipo?

—Tías buenas. Pechugonas. Que estén buenas —repite antes de desaparecer tras la esquina.

—Guau —dice una voz seca—. Me parte el corazón que tu amigo crea que soy fea y plana como una tabla.

Casi doy un salto del susto.

—Dios. ¿No podrías hacer algo de ruido cuando te acercas?

Hartley me sonrío y se ajusta la mochila al echar a andar.

—Eso te pasa por merodear fuera de clase. ¿Por qué sigues aquí?

—¿Ya te has encargado de todo? —pregunto y empiezo a caminar a su lado.

—Sí. —Hartley hace una mueca—. Supongo que ha deducido que he sido yo quien os ha pillado porque la rapidez con la que ha accedido a todo lo que le he pedido ha sido vergonzosa. Me siento mal.

—No deberías. La profe ha cometido un error y ahora paga por ello. —Pretendía hacer una broma pero me ha salido un comentario cruel, lo pillo en cuanto Hartley frunce el ceño.

—No ha ligado consigo misma, Royal.

—No, pero eso me habría puesto a cien —intento bromear de nuevo, pero ya es demasiado tarde.

—Lo que tú digas. —Hartley abre la puerta de las escaleras y accede al rellano—. En cualquier caso, nuestros negocios han concluido. Encantada de hablar contigo.

Corro tras ella. En realidad, la persigo escaleras abajo.

—Oh, venga, no seas así. Empezamos a conocernos. ¡Conectamos! —digo. Su resoplido retumba en las paredes.

—No conectamos; ni lo haremos nunca. —Aligera el paso y baja los escalones de dos en dos para escapar de mí más rápido.

—¿Nunca? ¿Por qué eres tan tajante? Deberías plantearte conocerme. Soy encantador.

Se detiene con la mano en la barandilla y los pies listos para escapar.

—Eres encantador, Royal. Ese es el problema.

Dicho esto, termina de bajar el tramo de escaleras.

—Si quieres que pierda el interés, este no es el camino —digo a sus espaldas. Su culo tiene muy buena pinta bajo la falda del uniforme del Astor Park.

Cuando llega al otro lado del vestíbulo, se detiene y me mira divertida.

—Nos vemos, Royal.

Me saluda con la mano y sale por las grandes puertas de roble.

En mi mente se ha quedado grabada la imagen de su pequeño cuerpo y me descubro sonriéndole a la nada.

Sí...

Creo que me voy a tirar a esta tía.

Capítulo 3

—Ella me ha dicho que te ha pillado tonteando con una profesora hoy — me dice por teléfono mi hermano mayor unas horas más tarde.

Utilizo el hombro para mantener el móvil pegado a la oreja mientras me quito el bañador y lo dejo caer al suelo de mi dormitorio. He pasado la última hora en la piscina intentando conectar con mi hermano Gideon. Gid es el nadador de la familia, pero he sido incapaz de dejar de pensar en Hartley desde que llegué a casa. Esperaba que unos cuantos largos, o treinta, me ayudaran a aclarar la mente. No han ayudado en absoluto. Los pensamientos pervertidos sobre esa chica siguen en mi cabeza, solo que ahora además estoy mojado y de mal humor.

—Easton —gruñe Reed—. ¿Estás ahí?

—Sí, estoy aquí.

—¿Te has tirado a tu profesora o qué?

—Ajá. ¿Y qué? —respondo como si nada—. Ya me he acostado con otras profesoras antes.

—Sí, pero ahora vas a último curso.

—¿Y?

—Que maduras. Ella está muy preocupada por ti.

—Debería concentrarse en asegurarse de que no te descarríes.

Pasan dos segundos de silencio total en los que Reed intenta no gritarme. Quizás le duele la garganta.

Sonrío con suficiencia.

—Bueno, gracias por llamar, abuelo. Es bueno saber que puedo contar con Ella para que me saque las castañas del fuego si hago algo mal.

—East. —Su tono se endurece, pero luego se suaviza—. Se preocupa por ti, eso es todo. Todos nos preocupamos por ti.

—Vaya, me siento muy querido. —Pongo los ojos en blanco mientras saco unos vaqueros del cajón del armario, me los pongo y los subo hasta las caderas—. ¿Hemos terminado, Reed? La cena ya está.

—No, no hemos terminado —dice, y aunque sería fácil colgar la llamada, instintivamente espero porque es mi hermano mayor y siempre le he hecho caso—. ¿Cómo va el nuevo *quarterback*?

—No va. La lesión de rodilla ha sido peor de lo que parecía y no puede jugar esta temporada. Los suplentes son dos alumnos de segundo año que no saben lanzar un pase decente.

—Joder.

—Sí. No tenía ni idea de que alguien del Astor pudiese ser tan malo. ¿Por qué no catearon a Wade el año pasado?

—Se habría marchado igualmente. ¿Val está muy mal?

—¡*Nah!*, dijo que estuvo con él solo por despecho. Además, no cree que los tíos puedan ser fieles cuando hay distancia de por medio. —No la culpo. Su primer novio le puso los cuernos en cuanto pisó el campus universitario.

El suspiro de Reed se oye fuerte al otro lado del teléfono.

—Lo sé. Lo ha pasado mal. Espero que su actitud no se le pegue a Ella. Manténme al corriente, ¿vale?

—De eso nada. Tengo cero ganas de tener que controlar a Val Carrington. Además, la felicidad de Ella es tu responsabilidad, no la mía.

Cuelgo antes de que pueda decir nada más. Reed siempre ha llevado la voz cantante en lo que se refiere a nosotros dos, pero ya no está aquí. Se ha ido a la universidad a jugar de ala defensivo con una de las mejores becas de fútbol americano del país. Tiene una novia que lo adora y una nueva vida.

Yo estoy atrapado en Bayview. Literalmente. Mi padre advirtió al aeródromo de que no tengo permiso para volar. Dice que debo demostrarle que soy responsable y que estoy sobrio. Es mi último año en el instituto; ¿qué sentido tiene ser responsable y estar sobrio? Además, no voy a pilotar

borracho. Tengo dos dedos de frente, aunque él no me crea.

Y, aunque tengo dinero para comprarme un pequeño y elegante Cessna, no me alcanza para comprar a los controladores aéreos. Es una situación de mierda que me pone de un mal humor constante.

Estoy aquí atrapado, haciendo la misma mierda de siempre, que incluye bajar a cenar con mi familia, una tradición que desapareció cuando mi madre murió y se volvió a instaurar cuando Ella vino a vivir con nosotros. Cuando el padre biológico de Ella, Steve O'Halloran, fue arrestado por asesinato, las cenas familiares se volvieron innegociables. No podemos saltárnoslas, incluso cuando es evidente que nadie tiene ganas de pasar tiempo en familia.

Como esta noche. Todos estamos con la cabeza en otra parte. Los gemelos, Sebastian y Sawyer, están agotados, probablemente debido a un duro entrenamiento de *lacrosse*. Ella parece preocupada. Papá, cansado.

—¿No has sido capaz de encontrar una camiseta en tu gran armario? — me pregunta mi padre, muy educado. Desde que Ella se unió a nuestra familia, Callum Royal ha perfeccionado su mirada de «padre descontento». Nunca se había preocupado de lo que hacíamos ni de lo que llevábamos puesto, pero ahora está demasiado pendiente de todo.

Bajo la mirada hacia mi torso desnudo y luego me encojo de hombros.

—¿Quieres que suba y me ponga una?

Niega con la cabeza.

—No, ya nos has hecho esperar bastante. Siéntate, Easton.

Me siento. Estamos comiendo en el patio con vistas a la enorme piscina con forma de riñón. La noche es cálida, y la brisa, agradable. La mesa parece medio vacía solo con nosotros cinco. Es raro ahora que faltan Gid y Reed.

—Estás un poco pálido por ahí —bromea Sawyer, señalando sus propios pectorales. Pese a ser el gemelo más pequeño, siempre es el que lleva la voz cantante; Seb dijo una vez que se lo permitía para que no se sintiese mal por haber nacido el último. Sebastian es más callado, pero tiene un sentido del humor bastante retorcido.

Seb sonrío con suficiencia.

—Son sus pectorales. Se ha saltado su rutina de pecho, así que está esmirriado y paliducho.

—Mierdecillas. Os voy a enseñar quién está esmirriado y paliducho. —

Me levanto ligeramente de la silla, sonriendo, y muevo el puño en dirección a los dos imbéciles—. Me he ventilado a muchos tíos más grandes que vosotros.

—Sí, bueno, nosotros somos dos y...

—Vale, ya es suficiente —interrumpe mi padre apresuradamente antes de que Sawyer pueda explicarnos con todo lujo de detalle los movimientos de lucha de los gemelos—. La comida se está enfriando.

La mención de la comida es suficiente para distraernos. Nuestra asistente, Sandra, ha preparado patatas asadas, zanahorias al ajillo y un montón de costillas a la barbacoa. Los gemelos y yo hincamos el diente a las costillas como los animales que somos. Mientras, papá y Ella se toman su tiempo y conversan mientras comen.

—... puede que tengas que testificar en el juicio de Steve.

No estaba prestando atención, así que cuando su conversación se desvía hacia Steve O'Halloran, me pilla por sorpresa. Últimamente, papá hace lo imposible por no sacar el tema de Steve cuando Ella está delante.

La espalda de Ella se tensa más que el mástil del jardín delantero del instituto Astor Park, del que cuelga la bandera nacional.

—Pensaba que los abogados habían dicho que el testimonio de Dinah sería suficiente. —Dinah es la mujer arpía de Steve, lo cual la convierte en la madrastra arpía de Ella.

—Casi con total seguridad —asegura mi padre—. Pero esta mañana he hablado por teléfono con el fiscal del distrito y ha mencionado que seguía existiendo una posibilidad. Solo lo menciono porque no quiero que te pille desprevenida si finalmente tienes que testificar.

La tensión no abandona el cuerpo de Ella. No la culpo por estar preocupada. Los gemelos adoptan la misma expresión de disgusto.

Acusaron a Steve de asesinato hace meses, pero no ha pasado ni un segundo entre rejas. Pagó los cinco millones de fianza que le impusieron, entregó su pasaporte y la licencia de piloto y está, por desgracia, en libertad provisional. El dinero y los buenos abogados procuran que no se ponga un pie en la cárcel hasta que no haya habido sentencia, y puede que ni siquiera lo haga entonces. El abogado de papá dice que mientras el juez esté convencido de que no va a escapar, es libre como el maldito viento.

Eso de que se es inocente hasta que se demuestre lo contrario es una

mierda, en mi opinión. Todos sabemos que es culpable, y nos cabrea que Steve no esté en la cárcel por lo que hizo. No solo por matar a una mujer, sino también por no dar la cara cuando la poli intentó echar la culpa a Reed.

Es cierto que la víctima fue Brooke Davidson, una mala víbora que intentó destruir a mi familia, pero aun así... Aunque Brooke era una zorra, no se merecía morir.

—Oye, papá —dice Sawyer con tiento.

Nuestro padre desvía la mirada hasta su hijo menor.

—¿Qué pasa?

—Cuando empiece el juicio de Steve... —Sawyer hace una pausa—. ¿Van a sacar todo el tema de él y... eh... —Su voz se apaga y cierra la boca. Ha decidido que es mejor no acabar la frase.

Nadie lo hace por él, pero nuestras expresiones se vuelven tensas, incluso la mía. Seb alarga el brazo y aprieta el hombro de su hermano. Mi padre coge la mano de Ella, que cierra los ojos y respira hondo varias veces.

Observo a mi familia mientras todos intentamos recuperar la compostura.

Últimamente odio pensar en mi madre. Cuando Steve mató a Brooke, se descubrió que mi madre le había puesto los cuernos a mi padre con el padre de Ella. Una situación un tanto incestuosa.

Lo cierto es que ni siquiera soy capaz de enfadarme con mi madre por eso. Papá apenas pasaba tiempo con nosotros. Estaba demasiado centrado en Atlantic Aviation, el negocio familiar, y mientras pasaba largas temporadas fuera de casa, Steve envenenó la mente de mi madre con la idea de que la estaba engañando.

Pero sí que estoy enfadado con ella por haber muerto, por haberse tomado aquellas pastillas. Reed dice que es imposible que fuesen las mismas que yo guardaba en mi habitación, pero no lo sabe con total certeza. Por aquel entonces, yo estaba enganchado a la oxicodona y al Adderall. Al principio, mis recetas médicas eran completamente legales, pero cuando necesitaba más, en el instituto había un proveedor más que dispuesto. Mi proveedor de Adderall me sugirió que probase la oxicodona como método de escape. Tenía razón. Me ayudó mucho, pero el colocón apenas duraba.

Cuando mi madre encontró las pastillas y amenazó con ingresarme en un centro de rehabilitación si no me encarrilaba, le prometí que cambiaría. No cuestioné lo que hizo con las pastillas. Se las di porque era un crío de quince

años que se habría cortado un brazo si ella se lo hubiese pedido. La adoraba a ese nivel.

Lo más probable es que haya matado a mi madre. Reed asegura que no, pero qué otra cosa iba a decir. Nunca me diría a la cara que yo la maté. O, mejor dicho, que mi adicción lo hizo. ¿Alguien se sorprende de que sea un mierda autodestructivo?

Ya no me tomo las pastillas. La sobredosis de mamá me acojonó y prometí a mis hermanos mayores que no volvería a tocar esa porquería. Pero las adicciones no desaparecen solas. No me queda más remedio que saciar mi sed de otras formas mucho más seguras: alcohol, sexo y sangre. Creo que esta noche voy a elegir la sangre.

—Easton. —Una Ella preocupada escruta mi rostro.

—¿Qué? —pregunto estirando el brazo para alcanzar mi vaso de agua.

El tema de conversación, gracias a Dios, ha cambiado. Mi padre y los gemelos están inmersos en una animada conversación sobre fútbol europeo, ni más ni menos. Nuestra familia nunca ha sido forofa de ese fútbol. A veces me pregunto si los gemelos en realidad son Royal. Juegan a *lacrosse*, ven fútbol europeo, no son fanáticos de las peleas, y no están nada interesados en la aviación. Dicho eso, tienen los rasgos de mamá y los ojos azules característicos de los Royal.

—Estás sonriendo —me reprocha Ella.

—¿Y? ¿Sonreír es malo?

—Lo es cuando tienes una de esas sonrisas sedientas de sangre. —Mira de reojo al otro lado de la mesa para cerciorarse de que papá no nos presta atención. Luego sisea—: Vas a pelear esta noche, ¿verdad?

Me relamo el labio inferior.

—Así es.

—Ay, East. Por favor, no lo hagas. Es demasiado peligroso. —Aprieta los labios preocupada, y sé que recuerda aquella vez que apuñalaron a Reed en una de esas peleas.

Pero eso fue casualidad, no tuvo nada que ver con la pelea en sí. Daniel Delacorte, un antiguo enemigo, contrató a alguien para que quitara a Reed de en medio.

—No volverá a pasar —le aseguro.

—No lo sabes. —La determinación se refleja en sus ojos azules—. Voy contigo.

—No.

—Sí.

—No —elevo la voz, y la aguda mirada de papá se mueve hacia nosotros.

—¿Sobre qué discutimos? —pregunta con sospecha.

Ella sonrío y espera a que sea yo el que responda. Mierda. Si sigo discutiendo con ella, le diré que voy a ir a los muelles, y ambos sabemos que a papá esa idea ya no le hace mucha gracia. Al menos desde que apuñalaron allí a Reed.

—Ella y yo no nos ponemos de acuerdo en qué película ver antes de irnos a dormir —miento—. Ella quiere una comedia romántica. Y yo, obviamente, quiero cualquier otra.

Los gemelos ponen los ojos en blanco. Saben reconocer las mentiras cuando las oyen. Pero papá se lo traga. Su risa se extiende por todo el patio.

—Ríndete, hijo. Ya sabes que las mujeres siempre terminan saliéndose con la suya.

Ella me sonrío de oreja a oreja.

—Sí, Easton. Siempre me salgo con la mía. —Cuando me levanto para rellenar mi vaso, ella me sigue—. Voy a pegarme a ti como una lapa. Y cuando vayas a la pelea, voy a montar la escena más grande de la historia. Nunca podrás volver allí.

—¿No puedes ir a molestar a los gemelos? —me quejo.

—*Nop*. Mi atención se centra única y exclusivamente en ti.

—Seguro que Reed está feliz de no estar bajo tu control al fin. —Oigo que aguanta la respiración y alzo la mirada para ver sus mejillas palidecer. Ay, mierda—. No quería decir eso. Sabes que no soporta estar separado de ti.

Gimotea.

—En serio. Hemos hablado por teléfono antes de cenar y no dejaba de lloriquear porque te echaba muchísimo de menos. —Silencio—. Lo siento —digo, y lo pienso de verdad. Lo siento mucho—. Mi lengua siempre va más rápido que mi cerebro. Ya lo sabes.

Ella arquea una ceja.

—Deberías quedarte en casa para resarcirme.

Jaque mate.

—Sí, señora. —Resignado, la sigo para volver a la mesa.

—¿Cedes sin luchar siquiera? —murmura Sawyer cuando nos sentamos.

—Iba a empezar a llorar.

—Mierda.

Después del postre, le doy un golpecito a Ella con el pie y señalo a los gemelos con la cabeza. Ella me devuelve el gesto y luego se gira hacia mi padre.

—Easton y yo tenemos deberes de Cálculo, Callum. ¿Te importa si nos vamos?

—No, por supuesto que no. —Nos despacha con la mano.

Ella y yo nos escapamos al interior de la casa y dejamos que los gemelos se encarguen de quitar la mesa. Teníamos personal de servicio que hacía ese tipo de cosas por nosotros, pero papá despidió a todo el mundo cuando mamá murió. Excepto a Sandra, que cocina, y su chófer, Durand. Unas señoras de la limpieza vienen un par de veces a la semana, pero no duermen aquí.

Cuando Ella y yo los abandonamos, Sawyer y Seb se quejan de que van a llegar tarde a ver a Lauren, la chica con la que salen. No me dan pena. Al menos ellos tienen planes esta noche y no tienen que quedarse en casa.

Ya en mi habitación, me acomodo sobre mi enorme cama y enciendo la tele. La temporada de fútbol no ha empezado aún, así que no hay partido de liga. ESPN está retransmitiendo el resumen de la pretemporada, pero no presto atención. Estoy muy ocupado rebuscando entre mis contactos del móvil. Encuentro a quien quería y pulso el botón para llamar.

—¿Qué pasa, Royal? —contesta la voz de barítono de Larry.

—¿Qué pasa, empollón? —digo con alegría. Lawrence «Larry» Watson pesa 130 kilos y juega en la línea de ataque del equipo; es un buen tío y el mejor friki informático que conozco—. Necesito un favor.

—Dime. —Larry es el tipo más apañado del mundo. Siempre se presta a ayudar a un amigo, sobre todo si eso implica usar sus habilidades para el *hackeo*.

—¿Puedes volver a entrar en el servidor del Astor Park? Tengo un par de zapatillas Tokio veintitrés que ni siquiera he estrenado.

—¿Las Air Jordan cinco que solo salieron a la venta en Japón? —Suenan como si estuviese a punto de llorar. A Larry le flipan las zapatillas de deporte, y se muere por tener este par que mi padre me compró en un viaje de negocios a Tokio.

—Las mismas.

—¿Qué quieres? Las notas no han salido todavía.

—Información sobre un estudiante. Nombre completo, dirección, número de teléfono, esa clase de cosas.

—Tío, eso es información básica de contacto. ¿Te suena de algo Google?

—No sé su apellido, imbécil.

—Es una chica, ¿eh? —Se ríe en mi oído—. Me sorprendes. Easton Royal persiguiendo un ligue.

—¿Me puedes ayudar o no?

—¿Cómo se llama? A lo mejor la conozco.

—Hartley. Va a último curso. Medirá poco más de metro y medio. Pelo negro y largo. Ojos grises.

—Ah, claro —dice Larry al instante—. La conozco. Está en mi clase de Política.

Reacciono:

—¿Sí? ¿Sabes su apellido?

—Wright.

Pongo los ojos en blanco.

—«Guay» en el sentido de «claro, lo voy a averiguar», ¿o en el de «me mola la tía»?

—Wright.

La impaciencia me atraviesa.

—¿Guay, qué?

Unas fuertes carcajadas se oyen al otro lado de la línea.

—Wright —logra pronunciar Larry entre risas—. W-R-I-G-H-T. Su nombre es Hartley Wright. Joder, estás espeso, ¿eh?

Oh. Vale. Sí que estoy espeso.

—Lo siento, tío. Lo pillo. Hartley Wright. ¿Sabes algo más de ella? ¿Tienes su teléfono?

—¿Por qué iba a tener su número, hermano? Estoy con Alisha. —Larry

usa una vez más su tono de «¿Eres gilipollas o qué?»—. Dame cinco minutos. Ahora te digo.

Cuelga. Mato el tiempo viendo los titulares de los deportes. Han pasado más bien diez minutos, y no cinco, cuando suena mi móvil. Miro la pantalla con una sonrisa de oreja a oreja en los labios y le mando un mensaje rápido a Larry.

«Eres el mejor».

«Lo sé», me contesta.

«T llevaré las zapatillas *mñn*».

Me apresuro a mirar el archivo que Larry me ha enviado. Incluye un número de teléfono, una dirección y un enlace a un artículo del *Bayview Post*. Hago clic en la URL y descubro que el padre de Hartley, John Wright, se presentó a las elecciones para ser alcalde hace unos años, pero perdió. También, según el artículo, el señor Wright es el asistente del fiscal de distrito del municipio de Bayview.

Analizo mis recuerdos y pienso en la última vez que estuve en los juzgados. Fue cuando absolvieron a Reed de los cargos por asesinato y le leyeron a Steve los suyos. ¿El fiscal se apellidaba Wright? No. Era... Dixon o algo así. Y estoy bastante seguro de que era el fiscal de distrito y no su asistente.

Sigo leyendo el artículo hasta que llego a una fotografía de la familia Wright. Frente a lo que parece la mansión de una hacienda, se encuentra posando John Wright, ataviado con un traje gris y con el brazo por encima de los hombros de una tía madurita bastante buenorra que, según dice la imagen, es su esposa, Joanie. Las tres hijas de la pareja están junto a su madre, todas han heredado su pelo negro y sus ojos grises. Hartley parece la hija mediana. Aparenta unos catorce años en esa foto, y sonrío al ver el enorme grano que tiene en la frente.

Rebusco en mi mochila antes de ser consciente siquiera de lo que estoy haciendo. Saco la libreta que contiene todos mis apuntes de Cálculo. Hartley ha perdido una semana entera de clases, así que va una semana atrasada. Cuando se presente en clase mañana, estará completamente perdida... a menos que alguien sea lo bastante amable como para explicarle todo lo que se ha perdido. Es decir, es lo mínimo que alguien podría hacer, ¿verdad?

Me enfundo una camiseta ancha y entro en el estudio de la planta

superior, que comparto con mis hermanos y Ella, plenamente consciente de que me estoy comportando como un perdedor desesperado. No es que tenga que hacer fotocopias obligatoriamente, ya no estamos en el siglo pasado. Simplemente podría hacerle una foto a los apuntes de cálculo con la aplicación de escáner que tengo en el móvil y mandárselas directamente a Hartley por mensaje. Al fin y al cabo, ya tengo su número.

Pero no. Hago las fotocopias, las grapo y las guardo en una carpeta que encuentro en uno de los cajones del escritorio.

—¿A dónde vas?

Ella me intercepta cuando salgo del estudio. Tiene sus ojos azules entrecerrados y su tono de voz está cargado de sospecha.

—Le voy a llevar unos deberes a un amigo. —Levanto la carpeta, y luego la abro para que mi hermanastra cotilla vea que de verdad son deberes y apuntes del instituto.

—¿A las ocho de la tarde?

Ahogo un grito con exageración.

—¿¡Las ocho de la tarde!?! ¡Joder! ¡Qué tarde! ¡Deberíamos irnos a la cama!

—Deja de gritarme —murmura Ella, pero parece estar conteniendo la risa. Al final, suelta una risita—. Vale, estoy siendo ridícula.

—*Sip.*

Me da un apretón en el brazo.

—Pero no te vayas al muelle después, ¿vale? Prométemelo.

—Te lo prometo —digo sumiso, y luego me marchó antes de que pueda seguir ahondando en el tema.

El camino a casa de Hartley apenas me lleva tiempo; Bayview no es tan grande. Los Wright viven tierra adentro, en esa hacienda que salía en la foto del artículo. Es una casa bonita. No tan grande como la mía, pero bueno, los Wright no son los Royal.

Me encuentro a unos cien metros de distancia de la propiedad de los Wright cuando un Rover negro, que me resulta muy familiar, se escora demasiado en una curva cerrada. Giro bruscamente para meterme en el arcén y toco el claxon. Sawyer me saluda feliz de la vida desde el asiento del piloto, mientras Sebastian levanta los dedos, con los que forma los cuernos

del diablo.

Menudos imbéciles. En el asiento de atrás está Lauren, que supongo que vive por aquí.

Aparco junto a la acera frente a la casa de Hartley. Cuando me bajo de la camioneta tengo las palmas de las manos sudadas, así que me las seco en los vaqueros rotos. Luego me pregunto si quizás tendría que haberme cambiado de ropa antes de venir aquí. Presentarme vestido con una camiseta harapienta y unos vaqueros rotos no causará una muy buena impresión, sobre todo porque puede que me encuentre con los viejos de Hartley.

Por otro lado, ¿por qué tendría que impresionar a Hartley o a su familia? Quiero tirarme a la chica, no pedirle que se case conmigo.

Toco el timbre y la madre de Hartley abre la puerta. La reconozco de la foto.

—Hola —me saluda con una voz un tanto fría—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Hola. Eh... —Me paso la carpeta de una mano sudorosa a la otra—. Estoy aquí para, eh... —Mierda. Ha sido una idea estúpida. Tendría que haberle mandado una foto de mis abdominales sin más. ¿Qué clase de idiota se presenta en casa de alguien sin avisar?

No. A la mierda toda esta inseguridad. Soy el puto Easton Royal. ¿De qué tendría que sentirme inseguro?

Así que carraspeo y vuelvo a hablar, esta vez alto y claro:

—He venido a ver a Hartley.

Joanie Wright abre los ojos como platos.

—Oh —chilla, y luego mira con nerviosismo por encima de su hombro.

No puedo ver a quién está mirando. ¿Es Hartley? ¿Está detrás haciéndole gestos a su madre para que se libere de mí?

La señora Wright se vuelve a girar hacia mí.

—Lo siento —dice. Su tono de voz vuelve a ser glacial—. Hartley no está. ¿Quién pregunta por ella?

—Easton Royal. —Levanto la carpeta—. Tengo unos apuntes de matemáticas para ella. ¿Se los dejo a usted?

—No.

—¿No? —Arrugo la frente—. ¿Entonces qué hago con...?

No deja que termine la frase.

La madre de Hartley me cierra la puerta en las narices.

Capítulo 4

Como me acosté temprano y no me duele el cuerpo de pelear, a la mañana siguiente me despierto a la hora prevista. Por una vez en mi vida, puedo beber un café y zamparme un bollo para desayunar. En el instituto, me paso por la taquilla de Larry y golpeo con la mano junto a la cerradura. Cuando se abre, meto las zapatillas dentro. Luego me dirijo al vestuario. Ni siquiera llego tarde al entrenamiento de las seis de la mañana. Mis compañeros de equipo se percatan de este excepcional acontecimiento y rompen en un aplauso cuando entro.

—¡Joder! —exclama Larry—. Son las seis menos diez y Royal está aquí. Alguien suelta una risita.

—Supongo que el infierno se ha congelado.

—Puede que haya perdido una apuesta —ofrece alguien más.

Pongo los ojos en blanco y me encamino hacia mi taquilla. Localizo al entrenador Lewis junto a la puerta del cuarto del material, habla con un tío alto con el pelo rapado.

Aunque he llegado diez minutos antes de tiempo, sigo siendo el último. El entrenador aplaude cuando me ve y dice:

—Bien. Ya estamos todos.

Miro a Connor Babbage, que está apoyado contra su taquilla, y señalo con discreción al nuevo amigo del entrenador. Connor se encoge de hombros como diciendo «No tengo ni idea de quién es».

El entrenador da un paso al frente.

—Muchachos, os presento a Brandon Mathis. Acaba de llegar al Astor, viene del instituto Bellfield. Es nuestro nuevo *quarterback*.

Todos en el vestuario, yo incluido, suspiramos de alivio. Nadie mira siquiera a los dos chavales de segundo año. Ya han demostrado ser del todo inútiles, y parecen estar igual de aliviados que los demás con la noticia.

—Mathis —ladra el entrenador—. ¿Tienes algo que decirle a tu equipo?

El nuevo nos sonrío. Es alto, medio guapo, ¿y amable? Ya casi oigo las bragas de las chicas del Astor cayendo al suelo.

—Solo que me muero de ganas de conoceros a todos y de traernos a casa ese trofeo.

Algunos jugadores aprueban sus palabras. Yo sigo tanteando a Mathis.

El entrenador se gira en mi dirección.

—¿Y tú qué, Royal? ¿Te parece bien este cambio?

Ahora que Reed se ha graduado, yo soy el líder tácito de la línea defensiva. Si le doy la bienvenida a Mathis, los demás también lo harán. El entrenador lo sabe.

—Hala, entrenador, mírese, tomando mis sentimientos en consideración. —Me seco una lágrima inexistente—. Me conmueve.

—Tus sentimientos me importan un huevo, chico. Solo sé lo conflictivos que podéis ser los Royal. —Arquea sus cejas pobladas—. Pero hoy no lo serás, ¿verdad, Royal? Le darás la bienvenida a nuestro nuevo *quarterback* con los brazos abiertos, ¿no es cierto?

Finjo pensarlo.

—Royal —me advierte.

Sonrío de oreja a oreja.

—*Nah*, no voy a ser conflictivo. —Abro los brazos y sonrío, especialmente a Mathis—. Ven aquí y dame un abrazo, grandullón.

Unos cuantos compañeros se ríen por lo bajo.

Mathis parece asustado.

—Eh. Sí. No me gustan mucho los abrazos.

Bajo los brazos.

—Joder, entrenador, le doy la bienvenida con los brazos abiertos, literalmente, y me rechaza.

Babbage rompe a carcajadas.

El entrenador suspira.

—Era una forma de hablar, chico. Solo estréchale la jodida mano.

Riéndome, doy un paso al frente y choco mi mano con la de Mathis.

—Me alegra tenerte en el equipo —le digo. Y lo digo de verdad. Necesitamos desesperadamente un *quarterback* que sepa lanzar la maldita pelota.

—Me alegro de estar aquí —contesta.

El entrenador empieza a dar palmadas.

—Muy bien, muchachos, cambiaos y a darle a las pesas.

Me quito el uniforme del Astor Park. Dominic Warren está a mi lado poniéndose unos pantalones cortos de baloncesto.

—Eh, Mathis —grita Dom al otro lado de la estancia—. ¿Cómo está el tema de las chorbas en Bellfield?

—¿Las chorbas? —repite nuestro nuevo *quarterback*.

—Sí, las chorbas. Ya sabes, las tías. —Dom se sienta en el banquito y se inclina hacia delante para atarse las zapatillas—. Estoy pensando en buscarme a una de Bellfield. Ya me he cansado de las del Astor.

Mathis sonrío.

—Pues, por lo que he visto hasta ahora, las chicas del Astor Park están buenas.

—Sí, a la vista son guapas —conviene Dom—. Pero tienen un palo metido en el culo. Sus padres son multimillonarios, ¿sabes? La mayoría se comporta como si te estuviesen haciendo un favor solo por hablar contigo.

—No todas tienen un palo metido en el culo —le rebato, pienso en Ella y en Val, las dos tías más molonas que conozco.

Añadiría a Hartley a la lista, pero aún no la conozco lo suficiente. Su madre, sin embargo, sí que tenía un palo o dos metidos en el culo anoche. ¿Qué coño le pasaba a esa mujer? He conocido a un montón de zorras remilgadas, arrogantes y ricas, pero hasta la más arrogante de todas tiene el código de conducta estándar. Somos sureños, por el amor de Dios. Nosotros invitamos a entrar y luego nos insultamos mientras nos tomamos una taza de té y un trozo de tarta. No cerramos la puerta en las narices de nadie.

Dom pone los ojos en blanco.

—Esa es otra cosa que debes saber —le dice a Mathis—. Royal se ha tirado a todas las chicas del instituto.

—Soy un macho —le confirmo a la vez que me pongo las zapatillas—. Pégate a mí, *quarterback*, y mojarás sin problema.

Mathis se ríe entre dientes y se acerca a mí.

—Joder, gracias, Royal. Así te llamabas, ¿no?

—Easton Royal —confirmo.

—¿Cuál prefieres?

—El que quieras. ¿Cuál prefieres tú: Mathis o Brandon?

—Bran, en realidad.

—¿Bran? ¿Como los cereales que te hacen cagar?

Mathis echa la cabeza hacia atrás mientras ríe.

—Sí, como los cereales que te hacen cagar. —Me da una palmada en el hombro—. Eres un tío gracioso, Royal.

Ya lo sé.

Todavía se está riendo cuando entramos en el gimnasio. Por lo general entreno con Pash o Babbage, pero como no me importaría conocer más a mi nuevo *quarterback*, me ofrezco para hacerlo con él.

—Claro —dice Mathis agradecido.

Se tumba en el banquillo. Me quedo de pie en un extremo, con las manos sobre la pesada barra llena de pesas. Escruto sus brazos: son largos, musculosos, pero no de forma exagerada. Espero que tenga un pase decente.

—Bellfield, ¿eh? Entonces vivías en Hunter's Point, ¿verdad? —pregunto refiriéndome al pueblo que hay a unos veinte minutos al oeste de Bayview.

—Sigo viviendo allí, en realidad. Mis viejos no querían hacer las maletas y mudarse para que pudiese estar quince minutos más cerca del Astor. A mi madre le gusta demasiado su jardín como para no volver a verlo.

—¿A qué se dedica tu familia?

—¿A qué te refieres?

—¿De dónde procede la fortuna de los Mathis? —aclaro con voz seca—. ¿Petróleo? ¿Exportaciones? ¿Transporte?

—Ah, pues... no hay ninguna fortuna. Supongo que somos de clase media. Mi madre es profesora y mi padre contable. Estoy aquí gracias a una

beca, de otro modo no podría. La matrícula cuesta diez veces más que la de Bellfield. —Coloca la barra en su sitio y respira hondo un par de veces. Su rostro está rojo por el esfuerzo de levantar las pesas.

—Ah. Lo pillo. —Me siento un poco estúpido por haber presupuesto su situación económica, pero Mathis es un tío legal. Ni siquiera se ha molestado por mi interrogatorio ni se ha ofendido o avergonzado por su estatus social. Tampoco es que yo vaya alardeando por ahí de que mi padre mueve cifras de nueve ceros, porque, ¿qué tiene que ver su dinero conmigo?

La conversación sigue fluyendo, incluso cuando intercambiamos posiciones para que yo pueda levantar unas cuantas pesas mientras él me controla. Me cuenta que empezó con Bellfield el año pasado durante la temporada, pero que, al partirse la muñeca, se tuvo que perder las eliminatorias. Su sustituto les hizo perder en el primer partido al lanzar tres pases infructuosos, razón por la que el Astor Park no jugó contra el instituto Bellfield en la posttemporada. Nunca han llegado tan lejos, y por lo visto están enfadados con Bran por haberlos dejado por el Astor.

—Pero el Astor me abre puertas, ¿sabes? —dice—. Tendré mejor currículum y mejores contactos.

No sabría decirle. Yo nunca me he movido fuera del círculo social del Astor. Si formas parte de él, primero acudiste al colegio St. Mary's para chicos y chicas, aunque no fueses religioso. Después de St. Mary's, pasaste a la academia Lake Lee. Y, por último, al Astor.

Tenemos un montón de privilegios gracias a nuestras cuentas bancarias, coches lujosos y ropa de marca. Y, si eres un Royal, también aviones privados.

—¿Cómo es la vida social en el Bellfield? —le pregunto. A juzgar por los chicos con los que peleo y apuesto, la única diferencia entre un gamberro del Astor y un chaval del muelle es el precio del alcohol que bebemos. Sangramos igual y nos hacemos el mismo daño.

—No soy muy fiestero. No bebo.

—¿Durante la temporada, dices?

—No, nunca. Mis padres son muy estrictos —admite mientras me quito del banco tras mi serie—. Mi padre es un fanático del fútbol. En plan, el fútbol es su vida. Me controla lo que como y bebo. Un nutricionista viene a casa una vez a la semana con nuevas dietas preparadas. Tengo entrenador

personal desde los siete años.

Menuda pesadilla. No me imagino a mi padre controlando las toxinas que me meto en el cuerpo. Habría demasiadas como para llevar bien el control. Lo único en lo que sí se ha impuesto es en lo de pilotar. Pero, por mucho que me moleste, sé que probablemente tenga algo que ver con la demanda con la que papá tuvo que lidiar hace ya algún tiempo. Uno de los pilotos en prácticas de Atlantic Aviation murió, y una investigación tras el accidente reveló que se debió a un problema de alcohol. Desde entonces, mi padre lleva a rajatabla lo de «si bebes, no conduzcas», o en este caso, no pilotes.

—¡Joder, qué mierda! —le digo con compasión.

Bran se encoge de hombros.

—El fútbol es mi pasaporte a una vida mejor. Merece la pena el sacrificio. Además, el cuerpo es nuestro templo, ¿verdad?

Cojo una toalla y la uso para secarme mi cuello sudado.

—No, tío —respondo con una sonrisa de oreja a oreja—. Mi cuerpo es mi patio de recreo. No, espera. Es un parque de atracciones. Eastonland. Las chicas vienen de muy lejos para montarse en todas mis locas atracciones.

Mathis se ríe a carcajadas.

—¿Siempre eres tan chulo y prepotente, Royal?

—¡Siempre! —le confirma Pash desde el otro lado de la sala de máquinas.

—De verdad, es un pesado de cojones —añade otro compañero, Preston.

—Solo están celosos —le explico a Mathis—. Sobre todo Preston. —Susurrando alto, añade—: El pobre sigue siendo virgen. ¡Chist! No se lo digas a nadie.

Preston me saca un dedo.

—Que te jodan, Royal. Sabes que eso no es verdad.

—No tienes que avergonzarte —le aseguro. Me encanta cómo su cara se pone cada vez más colorada. Es tan fácil chingar a Preston—. Tiene que haber alguien con quien las debutantes puedan intercambiar el cinturón de castidad.

Las bromas y los insultos continúan durante el resto del entrenamiento y, aunque es divertido, me decepciona que solo hagamos máquinas hoy. Me habría gustado poder desahogar un poco mi agresividad en el campo, pero el

entrenador se toma la fuerza y la condición física tan en serio como las tácticas en el campo.

Tras una ducha rápida, me pongo el uniforme y atravieso el campus con un destino en mente: la taquilla de Hartley Wright.

Lo primero que veo cuando llego allí es el culo de Hartley. Bueno, más o menos. Está de puntillas, intentando alcanzar algo de la balda superior de su taquilla. Se le sube un poco la falda y me deja entrever su muslo desnudo.

Me percató de que no ha acertado la falda. Todas las demás chicas del instituto acortan sus faldas lo máximo que Beringer les permite. Hartley se ha dejado la suya larga, justo por encima de la rodilla.

—Deja que te ayude —me ofrezco.

Sorprendida, da un salto y se golpea la cabeza con la balda.

—¡Au! —exclama—. Maldita sea, Royal.

Me río por lo bajo mientras ella se frota la cabeza.

—Lo siento. Solo intentaba ayudar. —Me inclino a su lado y cojo el libro que estaba intentando alcanzar—. Por cierto, a lo mejor ayuda que no pongas cosas en la balda superior si eres demasiado bajita como para cogerlas tú.

Hartley frunce el ceño.

—Yo no soy bajita.

—¿En serio? —arqueó una ceja y la miro desde arriba.

—En serio —insiste—. Solo soy de tamaño reducido.

—Ajá. Claro. Ahora se llama así. —Le tiendo el libro y luego rebusco en mi mochila—. Y hablando de ayudar y de ser el mejor...

—Nadie ha dicho que seas el mejor, ni que me hayas ayudado —me interrumpo.

La ignoro.

—Te he hecho fotocopias de mis apuntes de Cálculo. Hoy empiezas la clase, ¿verdad?

Hartley asiente despacio. Me mira con un poco de sospecha a la vez que acepta los apuntes.

—Eres... muy amable.

Me da la sensación de que preferiría pegarse un puñetazo en la cara antes que decirme un cumplido, lo cual hace que sonrío ampliamente.

—De nada.

—No te he dicho gracias.

—Has dicho que era el mejor...

—Eso tampoco lo he dicho.

—... lo cual es lo mismo que decir gracias. —Me acerco a ella y le doy una palmadita en la cabeza. Ella me aparta la mano—. Así que, de nada. Por cierto, anoche me pasé por tu casa y...

—¿Que tú qué? —chilla.

—Me pasé por tu casa. —La miro—. ¿No puedo o qué?

—¿Quién te abrió la puerta? —exige saber—. ¿Fue mi hermana? ¿Qué aspecto tenía?

¿Qué aspecto tenía? Actúa como si ni siquiera viviese allí.

—No sé. Tu madre abrió la puerta y cuando le pregunté si estabas en casa, me dijo que no y me cerró la puerta en las narices. ¿A qué vino eso?

—Mi madre no es la mujer más simpática del mundo —es todo lo que dice. Su voz suena resignada.

—No me digas.

A nuestro alrededor, el pasillo se está empezando a abarrotar de gente. Me fijo en que Felicity y un par de amigas tuyas están acechándome a metro y medio de distancia. Parecen estar muy interesadas en mi conversación con Hartley. Coloco el cuerpo de manera que les bloquee su campo de visión.

—Bueno y... ¿dónde estabas? —pregunto—. ¿Una cita?

—No. Yo no tengo citas. —Su tono de voz es ausente, se mordisquea el dedo pulgar.

—¿Nunca?

—Ahora mismo. No tengo tiempo para citas.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué no?

Me mira.

—Eres muy mono...

Yo reacciono, pero ella no ha terminado.

—... y quizás en otra vida me lanzaría de cabeza y saldría contigo, pero no tengo ni el tiempo ni la energía suficientes para estar con alguien como tú.

—¿Y eso qué cojones significa?

—Significa que me voy a clase. —Cierra su taquilla de un portazo.

—Vale, nos vemos en la hora del almuerzo, entonces.

No me responde. Pero bueno, soy Easton Royal. No me hace falta que lo haga. Sé que al final caerá. Todas lo hacen.

Capítulo 5

Desperdicio diez minutos de la hora de la comida esperando que aparezca Hartley. Cuando me empieza a gruñir el estómago me dirijo al comedor. ¿De qué va? Ha admitido que soy «muy mono» y que quiere estar conmigo. Fin de la historia. No tiene sentido que siga huyendo. ¿No tiene tiempo para mí? Como si yo fuese un novio que precise necesidades caras y atención continua. ¡Ja!

—¡Easton, aquí! —me llama una voz chillona.

Es penoso. Claire se niega a olvidarme a pesar de que hace más de un año que no salimos juntos. Al contrario que Hartley, yo sé que ignorar a la gente no está bien, pero también que, si le presto la más mínima atención, lo interpretará de forma equivocada. En su cabeza, saludarla en el pasillo se convierte en pedirle que vaya al baile. Si como con ella, enviará invitaciones de nuestro compromiso.

Rechino los dientes, cojo una bandeja, la lleno de comida y camino por la cafetería. Bueno, con sus paneles de madera de roble, mesas redondas y ventanales hasta el techo, la gran sala parece más el restaurante de un club privado que una cafetería. Pero así es el Astor Park. Las riquezas y los excesos son nuestro modo de vida.

Creo que la razón por la que me interesa Hartley es que estoy aburrido. He visto las mismas caras en el Astor durante los últimos tres años. Algunas, como la de Felicity Worthington, desde que iba con pañales. Era igual de irritante a los cinco años que ahora.

El instituto es aburrido. Ya sé lo que la señorita Mann enseña. Mis notas no son increíbles porque la asignatura es demasiado fácil. No necesito buenas notas para pilotar aviones mientras sepa lo que hago. Y lo sé. Solo que no me apetece demostrárselo a la gente.

Hartley es una buena distracción. Un puzle cuyas piezas no encajan. Y siendo justos, yo soy un chico con el que se puede disfrutar. Sería afortunada de estar conmigo. Así que no debería dejarla ir. Por su propio bien y todo eso.

Ella y su mejor amiga, Val, ya están en nuestra mesa de siempre cuando llego. Al igual que mis hermanos y su chica, Lauren.

Sí, Sawyer y Seb comparten novia, pero, ¿quién soy yo para juzgar? Ayer me enrollé con mi profesora de Cálculo.

—¿Qué pasa? —pregunta Sawyer cuando me siento al lado de Ella.

—Nada —miento.

Enfrente, los ojos oscuros de Val brillan traviosos.

—Mientes.

—No —vuelvo a mentir.

—Claro que sí. Siempre sé cuándo mientes. —Se coloca un mechón de pelo oscuro tras la oreja y se inclina hacia mí—. Te sale una arruga por aquí... —El dedo índice de Val traza una línea por mi frente—. Como de «Me duele mentir pero un tío debe hacer lo que tiene que hacer». ¿Sabes a lo que me refiero?

Cojo la mano de Val antes de que pueda echarse hacia atrás.

—Siempre buscando excusas para tocarme, ¿eh, Carrington?

Ella se ríe.

—Más quisieras, Royal.

—Pues sí —asiento solemne—. Lo deseo tanto. Cada noche cuando estoy solo en la cama.

—Pobre nene. —Val pellizca el centro de mi palma hasta que suelto su mano—. Sigue soñando, Easton. Todo esto —se señala con la mano— está prohibido.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Por qué? ¿Te mantienes pura para tu novio inexistente?

—¡Au! —dice sonriendo—. Y no, no me mantengo pura para nadie, es

solo que no me gustas.

—¡Au! —repito, pero ambos sabemos que no estoy desolado.

—La verdad es que no me creo que no os hayáis liado nunca —dice Ella riéndose. En su bandeja hay un plato de pasta *penne* con pollo, pero solo lo remueve todo con el tenedor, no come—. Sois iguales.

—Razón por la que no nos hemos enrollado —responde Val.

—No es cierto —objeto—. Nos liamos una vez.

Ella se queda con la boca abierta.

—¿Sí?

Val parece estar a punto de negarlo, pero después se echa a reír.

—Dios, es cierto. ¡En la fiesta de los dieciséis de Mara Paulson! Se me había olvidado.

Suspiro.

—Vale, eso ha dolido. ¿Se te había olvidado que nos liamos?

Ella nos sonrío.

—¿Pero no salisteis juntos?

Val niega con la cabeza.

—Decidimos que lo mejor era quedar como amigos.

—Qué pena —afirma Ella con cara triste—. Pensad en todas las citas dobles que podríamos haber tenido.

Observo a mi hermanastra mover el tenedor un poco más. Reed me pidió que la cuidase mientras él estuviese fuera. Así que, siempre la observo. Como ahora, que veo que sigue sin comer.

También veo cómo se le sube la falda cuando se echa hacia delante para apoyar los codos en la mesa. Al contrario que Hartley, Ella sí ha acortado su falda. A Reed siempre le ha gustado así. Estoy de acuerdo.

—East... —Un aviso en el tono más bajo posible por parte de Sawyer. Mi hermano menor se ha dado cuenta de a dónde se me han ido los ojos.

Ella también se da cuenta y se inclina para pegarme en el brazo.

—¡Easton! ¡Deja de mirarme bajo la falda!

Finjo inocencia.

—No he hecho tal cosa.

—Y una mierda —me acusa.

—Y una mierda —repite Sawyer, el muy traidor. Seb asiente en silencio

a su lado. Estos dos mierdas siempre se alían en mi contra.

Dejo de fingir y le sonrío a Ella con mi mejor sonrisa de niño bueno.

—Lo siento, hermanita. Es la costumbre.

Val se ríe.

—¿La costumbre?

—Sí, la costumbre. —Me encojo de hombros—. Veo a una tía con la falda corta y quiero saber qué hay debajo. Así que culpa mía. Además... —Alzo las cejas, tiro de un mechón de pelo rubio de Ella y lo rizo en torno a mi dedo—. Reed podrá fingir que no sucedió, pero los primeros labios Royal que probaste fueron los míos. Todos lo sabemos.

—¡Easton! —Sus mejillas se ponen rojas como un tomate.

—Es cierto —la molesto.

—Eso no significa que quiera hablar de ello. Nunca. —Me fulmina con la mirada—. Y de todas formas, solo te usaba para olvidarme de Reed.

Me llevo una mano al pecho.

—Guau. Y yo que pensaba que Val era la mala.

—¡Oye! —objeta Val, pero continúa riéndose.

—Da igual —dice Ella con un gesto de la mano—. Tú también dijiste que te gustaba otra persona.

Frunzo el ceño.

—¿Eso dije?

—Sí.

Me meto algunas patatas fritas en la boca y las mastico despacio.

—¿Estaba borracho cuando lo dije?

Ella se lo piensa y asiente.

—Como una cuba.

—Ya decía yo. Digo muchas tonterías cuando estoy pedo.

Estoy bastante seguro de que, cuando mis labios besaban los de Ella, no fingía que era nadie más. Ella está buena. Quería enrollarme con ella antes de que empezase una relación con mi hermano.

Hoy en día sería algo así como incestuoso pero aún me divierte picarla por ello.

—Una tía te está mirando.

La afirmación viene de Sawyer, el cual observa a alguien a mi espalda

con una expresión de diversión en el rostro.

Me giro y, simplemente con eso, me pongo de mejor humor. Hartley está sentada en una mesa al lado de la ventana. Sus cautos ojos grises se encuentran con los míos durante un breve momento antes de romper el contacto visual.

—¿Quién es? —pregunta Lauren curiosa al tiempo que bebe de su botella Evian.

—Mi nueva mejor amiga. —Les guiño el ojo a todas las caras sorprendidas de la mesa antes de ponerme de pie y dirigirme hacia Hartley.

Sin esperar invitación, me siento en la silla frente a ella y le robo un rollo del plato.

Hartley suspira. En alto.

—¿No te cansas de seguirme?

—¿No te cansas de hacerte la dura?

—Si fuese verdad no sé en qué te afectaría, pero en realidad, esa de la cual tú estás algo lejos, no me interesa.

Tamborileo con los dedos en la mesa. Es posible. Hay chicas a las que no les he interesado. Quizá. Supongo que teóricamente es cierto.

—Parece que te has quedado sin palabras.

—A decir verdad, nunca me han rechazado. No lo digo por alardear, pero es cierto. Tengo buen ojo para estas cosas. Además, tú ya has admitido que crees que estoy bueno.

—He dicho «mono» y también que, aunque estuviese disponible, no te elegiría. Ayer tenías la mano bajo la falda de nuestra profesora.

Ignoro la pulla sobre la profesora y me concentro en lo positivo.

—Mono. Tío bueno. Es lo mismo. Para el caso nos liamos. Estoy libre esta noche.

Hartley vuelve a soltar aire. Mucho más fuerte.

—Easton —empieza.

Cruzo las manos en la mesa y me inclino hacia delante.

—¿Sí, nena?

Sus ojos plateados rezuman exasperación.

—¿Sabes qué? Olvídalo. —Mete la mano en la mochila sobre la silla libre que hay a su lado—. Tengo que leer para Literatura.

Permanezco sentado con la boca abierta al tiempo que ella saca un libro y empieza a comer con una mano mientras lo sujeta con la otra. Me ignora. Por completo.

Me fascina. ¿Le atraigo pero no va a hacer nada?

—No salgo con nadie.

Ella no responde.

—¿Tú tienes novio?

Silencio.

Tamborileo contra la mesa de nuevo. Otro tío es una complicación y yo no me complico. Pero si tuviese novio, lo hubiera mencionado durante los primeros cinco minutos en los que hablamos. Al menos si fuese un novio con el que va en serio. Y entonces se me enciende la bombilla.

—Una ruptura dura, ¿eh? Oh. Menos mal que tengo buenos hombros sobre los que llorar. —Les doy una palmada.

Eso consigue que suspire molesta de nuevo.

—No sufro por ninguna ruptura. No tengo novio, aunque no es de tu incumbencia, y me gustaría que me dejases sola.

Dice todo esto deprisa. Ni siquiera aparta la mirada de su libro. Aunque no creo que esté leyendo. Sus ojos permanecen fijos en un mismo lugar.

Cazada en su mentira, decido enfrentarla.

—Sería más creíble si leyeses de verdad.

Ella enrojece un poco y pasa la página. Ha estado leyendo la anterior durante diez minutos. Me termino el rollo y cojo un palito de zanahoria de su plato. Aprieta los labios pero no dice nada. Al final me acabo su comida. Si no se la va a comer, no quiero que se desperdicie.

Cuando solo le queda el agua, me planteo irme.

—¿Por qué nos mira todo el mundo?

La pregunta irritada de Hartley me detiene. Miro en derredor. No me había fijado en que nos habíamos convertido en el centro de atención. Las hienas salivan al oler carne fresca. Felicity Worthington está sentada en una mesa con otras chicas de último curso y tienen las cabezas juntas para cuchichear sobre este último acontecimiento. ¿Easton Royal sentado con una chica en una mesa? ¡La leche! Claire también nos observa y no le ha sentado nada bien. Fulmina con la mirada a Hartley, pero su expresión se suaviza

cuando sus ojos encuentran los míos. Tiene esa mirada de cervatillo herido igualita a la que solía tener una de las ex obsesivas de Reed cuando este la dejó. He de encontrar una forma de solucionar lo de Claire.

Pálida, Hartley coge su botella de agua y le da un sorbo.

—En serio, esto es una tontería. ¿Por qué miran?

Me encojo de hombros.

—Soy un Royal.

—Qué suerte.

—¿Eso es sarcasmo?

—Por supuesto —dice animada.

Pongo los ojos en blanco, le quito la botella y bebo un trago largo. Oigo un jadeo de Claire. Vale, mi ex necesita calmarse. Ahora en serio.

—Parece que el de la ruptura complicada eres tú —murmura Hartley mientras sigue fingiendo que lee su libro.

—En aquel entonces, no lo fue. Ambos estuvimos de acuerdo en que no estábamos interesados.

—Entonces, ¿por qué le ofende que bebas de mi botella?

—Supongo que ha olvidado estar cansada de mis mierdas.

Eso consigue una risa entrecortada de Hartley.

—¿Qué hiciste, ponerle los cuernos?

—Qué va. Creo que no le presté mucha atención. Dijo algo como que yo era un mal novio.

—Nada de lo que dices me convence de que seas uno bueno.

—¡Ay! —Le devuelvo la botella a Hartley—. Probablemente solo necesite más práctica.

—Paso.

—¿Has tenido novio alguna vez? —pregunto, curioso. Hartley se cierra más que una almeja fuera del agua respecto al tema de su pasado.

—Sí, he tenido novio. —Deja su libro y bebe un poco más de agua.

—¿Qué paso? ¿Te engañó? ¿Te cansaste de él? ¿Estabas demasiado ocupada? ¿Qué?

Ella se inclina hacia delante y entrecierra los ojos.

—¿Y a ti qué te importa?

—Tengo curiosidad.

Alguien se aclara la garganta detrás de mí. Lo ignoro.

—Eres interesante y me gustaría saber más de ti.

El carraspeo se hace más fuerte. Los ojos de Hartley se abren como platos y las comisuras de sus labios se elevan.

—Creo que alguien necesita tu atención.

—Estoy hablando contigo.

—Easton. —Oigo que las pisadas se acercan a mí y después los dedos de Claire se curvan en mi hombro—. ¿No me has oído?

Reprimo un suspiro. Modales, me recuerdo a mí mismo.

—Sí, pero estoy manteniendo una conversación...

—Yo ya he terminado. Puedes sentarte en mi sitio. —Hartley se levanta y señala su silla.

Claire sonrío de oreja a oreja.

—Gracias.

—Espera un momento. —Intento coger a Hartley de la muñeca, pero ella se aleja. Molesto, me giro hacia Claire—. Hartley y yo necesitamos un momento.

—Lo cierto es que no —me contradice Hartley. Un segundo más tarde, se marcha.

—No hemos terminado. —Me levanto y sigo a Hartley.

Detrás de mí, Claire vuelve a llamarme. Yo sigo caminando. Ignoro las miradas divertidas de Ella y el resto. Me centro en Hartley, a quien consigo interceptar en la entrada de la cafetería.

—Ha sido cruel que me dejases solo con Claire —bromeo—. ¿No tienes corazón?

Hartley se frota la frente con un dedo y veo una fina línea en su muñeca izquierda. Parece una cicatriz de una operación. Debió de tener una muy mala caída para necesitar una operación.

—Esto es así, Easton. No me gusta ser el centro de atención y está claro que a ti sí. —Señala a la gente que nos observa—. Intento pasar desapercibida este año. No quiero, y no puedo, ser el centro de atención.

Su afirmación críptica hace que frunza el ceño.

—¿Por qué no?

—Porque no. —Y eso es todo lo que dice.

Pero no se aleja.

Yo me acerco a ella.

Y sigue sin alejarse. Es como si sus pies estuviesen pegados al suelo.

Inclino la cabeza hasta que mi nariz está a escasos centímetros de su adorable oreja.

Estoy tan cerca de ella que puedo sentir el calor de su piel a través de la falda almidonada. Mis dedos encuentran su muñeca. Su pulso está descontrolado. O puede que sea yo.

Huele genial, a frutas, es un olor fresco. Quiero apoyar mi nariz en su cuello e inspirar. Y puede que lamerlo hasta llegar a su mandíbula y al frunce que forman sus labios. Después los succionaría antes de meterle la lengua en la boca.

Y ahora la tengo dura en medio de la cafetería.

La mirada de Hartley se concentra en mi mano tocando la suya.

—Royal —me advierte.

—¿Eh? —Estoy demasiado distraído con su pelo oscuro y los rizos perfectos que se forman junto a su oreja. La imagen del pelo de Hartley cayendo como una cortina sobre mi cara se cruza por mi mente y casi gimo en alto.

—Es imposible que no lo sientas —murmuro, y mi voz suena baja y roca en mis oídos.

Sus ojos se abren un poco.

—¿Sentir qué?

El calor. La ráfaga de «me pones tanto» que recorre mi interior.

—Esto —murmuro, y antes de poder detenerme me acerco aún más.

Mi boca se concentra en la suya.

Esta vez oigo varios jadeos. Un murmullo de susurros. Los ignoro. Estoy concentrado en Hartley. Cinco centímetros más y nuestros labios se rozarán. Tres y mi lengua entrará en su boca. Dos y...

Algo húmedo y frío me empapa la cara.

Me echo hacia atrás sorprendido y alzo una mano para tocarme la mejilla. ¿Agua?

Por el amor de dios, me acaba de tirar el agua de su botella en la cabeza.

—¿Qué coño? —digo cabreado.

Hartley parece tan enfadada como yo.

—Eres un gilipollas —sisea.

Abro la boca sin pensar.

—¿Yo? ¡Tú eres la que me ha tirado el agua!

—¡Te acabo de decir que no quiero ser el centro de atención y tú has intentado besarme frente a todo el instituto! No te importa lo que quiera la gente, ¿eh, Easton? Solo lo que tú quieres, porque eres un Royal, ¿recuerdas?

Me aparta la mano y observo consternado cómo se aleja.

—¿Easton? —dice una voz en tono lastimero.

Dejo caer la cabeza sobre el marco de la puerta. Genial. No puedo quitarme de encima a mi ex y además consigo molestar a la chica que quiero. Mi último año no está yendo como yo había imaginado.

Para nada.

Capítulo 6

—¿Crees que soy gilipollas? —pregunto por la noche. Taciturno, juego con una de las manzanas que hay en la encimera al tiempo que Ella me corta una en varios trozos.

—¿Qué tipo de pregunta es esa? —Echa los trozos en un cuenco y me lo acerca.

—¿Entonces la respuesta es sí?

—Claro que no. —Se pone de puntillas y me da palmaditas en la cabeza como si fuera un cachorro. No me gusta sentirme así, como si Ella creyese que tengo cinco años.

—¿Por qué me tratas como a un niño cuando soy tres meses mayor que tú?

—Porque actúas como tal.

—No es cierto.

—Sí lo es. Te comportas como un crío.

Me enfado.

—¿Por eso no me viste nunca como a Reed, porque soy un crío?

Puede que fuese el primer Royal para Ella, pero Reed siempre ha sido el primero en su corazón. Y eso me fastidia.

Todo el mundo me ha querido más a mí. Mamá, las chicas del instituto. Dios, incluso a las señoras mayores se les ponen los ojos brillantes cuando estoy a su alrededor. La cara de Reed muestra una mueca constante y Gideon

nunca le ha prestado atención a nadie más que a Savannah Montgomery. Yo soy el niño mimado, pero últimamente no hago más que perder una y otra vez.

Observo mi reflejo en el armario de cristal. Sigo estando tan bueno como siempre. Soy encantador y divertido. Mi cuerpo podría ser portada de revista, en parte gracias a los buenos genes, pero también me esfuerzo, con pesas y fútbol americano. Claire es incapaz de dejar de perseguirme y hace un montón que no salimos juntos.

No, no he perdido mi toque. Por alguna razón inexplicable Ella se colgó de Reed desde el principio y Hartley Wright tiene un palo metido en el culo. Es una antisocial.

—No soy un niño —murmuro.

Ella suspira.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

Esquivo su mirada preocupada.

—¿Por qué no irían las cosas bien?

—No sé, pareces deprimido desde que aquella chica te tiró el agua encima en la comida. ¿Cómo se llamaba?

Consigo sonreírle sin ánimos.

—Hartley, y no estoy deprimido por eso. Soy Easton Royal y el mundo es mi territorio. Además, terminará cayendo. —Le pellizco la mejilla—. Tengo que irme, hermanita. No me esperes despierta.

Ella se tensa.

—Nada de peleas.

—Nada de peleas —repito poniendo los ojos en blanco.

—Easton...

—Lo digo en serio. —Alzo las manos con gesto inocente—. De todas formas, es martes. No se pelea los martes.

Ella no parece convencida del todo.

—Entonces, ¿adónde vas?

—A un sitio donde las niñas buenas no deberían ir. —Cojo el resto de manzanas y salgo de la cocina.

—¡Easton! —me grita.

Le hago un gesto con la mano, pero no me doy la vuelta. No quiero que

Ella me siga esta noche. Le desagradaría y eso me cambiaría el humor.

En el piso de arriba me pongo mis vaqueros favoritos. Los cortes en la zona de las rodillas se están ensanchando y empiezan a parecer más de vagabundo que de un tío a la moda, pero no me gusta tirar las cosas. Además, adonde voy no es recomendable aparentar que tengo dinero. Encuentro una sudadera en el suelo y me la pongo sobre mi camiseta negra sin mangas favorita.

Me llevo las llaves y varios cientos de dólares y bajo por las escaleras de atrás para esquivar a Ella, papá y al resto de ojos inquisidores. Ya en el garaje, quito la lona que esconde mi último derroche de dinero que espero que papá no descubra que he comprado. Es una moto usada, pero no pude pillarme una más cara sin que sonaran las alarmas en el despacho de contabilidad. Últimamente, por compras superiores a los 10.000 dólares mandan una alerta. Por una parte, me alegro porque, en algunos de los sitios a los que voy, algo tan caro llamaría la atención y me la robarían.

Empujo la Yamaha negra y plateada por la acera antes de montarme y hacer el resto del camino. Tardo media hora en llegar a mi destino.

Fuera de la casa destartada hay media docena de personas fumando; cigarrillos, claro, porque aquí la hierba no es legal y probablemente no lo será hasta que el estado entero esté de acuerdo. Dentro es otra historia. No solo hay hierba, sino todo un arsenal de drogas para elegir. Pero no he venido por eso. Intento mantenerme alejado de las drogas, aunque no ha sido fácil.

Ver un canuto me hace salivar y me provoca un hormigueo en la lengua. Obligo a mis ojos a apartar la vista del grupo que está con el polvo blanco en la mesa y bajo por las escaleras. Es duro, pero se lo prometí a mis hermanos y, después de ver lo que le hizo a mi madre, he tratado de borrar esa adicción. No tengo ganas de morir. Solo quiero pasármelo bien. Las pastillas me ayudaban a serenarme, me tranquilizaban lo suficiente como para disfrutar de la vida, pero sé que una dosis alta de algo bueno puede conducir al desastre.

Al pie de las escaleras, un tipo con una barriga lo bastante grande como para verla desde el océano Pacífico me saluda con el dedo corazón.

—Royal.

El tamaño de Tony es engañoso. Parece blando, pero es un tío al que no se le debe cabrear. Un golpe de su manaza y quedas inconsciente.

Choco la mano del segurata y le doy un medio abrazo. Él me da unas palmadas en la espalda con fuerza antes de hacerse a un lado. En la estancia de cemento apenas iluminada hay cuatro mesas puestas. No se permite fumar aquí abajo porque hay riesgo de incendio. Solo hay una salida: subiendo las escaleras.

Hay bastante alcohol. Tres de las mesas ya están llenas pero la cuarta tiene tres asientos libres. Aunque no conozco al crupier, tiro mi ficha de cinco al medio.

—Cuánto tiempo, Royal —dice el tipo sentado a mi lado.

—Hola, Nate Dog.

Chocamos las manos. La suya está áspera de trabajar en el muelle. Lo conocí tras una pelea y me invitó a uno de estos juegos. Creo que lo hizo porque sabía que tengo pasta y quería quitarme una parte. Sea cual sea el motivo, este sitio es bueno para desfogarse. No me importa perder y la mayoría de veces salgo con la misma cantidad con la que entré.

A pesar de que le saco unos ocho centímetros como mínimo, me siento pequeño al lado de Nate D. No es solo por su edad, sino por la manera en que se comporta. Sabe quién es. Algo digno de admirar.

El tercer jugador alza la barbilla en mi dirección cual tipo duro. Yergue los hombros bajo la sudadera de marca para, imagino, darle más volumen del que tiene en realidad.

—¿Tienes algún problema conmigo? —pregunta el chico, alzando la barbilla.

—No. ¿Por qué?

—Lo observabas —indica Nate D.

—Sí, mira tus propias cartas. —El chico me está poniendo de los nervios.

—Eres tan mono que no puedo evitarlo —digo.

Nate D. se cubre la boca con el brazo para ahogar la risa e incluso el crupier, indiferente, sonrío.

El chico no cree que sea divertido. Qué pena que el renacuajo no tenga sentido del humor. Alguien me da una botella de cerveza mientras el crupier reparte la primera mano. Me bebo la mitad antes de tomar aire.

Puede que haya dejado una adicción, pero no puedo dejarlas todas. Una vez le dije a Ella que es parte de mi genética. Me obsesiono con las cosas.

Así es como soy y no voy a disculparme por ello. No le hago daño a nadie, o al menos trato de evitarlo.

Cojo las cartas y empiezo a jugar. El chico que no tiene sentido del humor es malo con las cartas. No presta atención a las que se han jugado y hace apuestas imprudentes.

Después de cinco manos rápidas ha perdido toda la pasta que tenía delante de él mientras que mi pila sigue creciendo.

—Tienes suerte hoy, hijo —susurra Nate D., echando sus tres seises a la mesa, frustrado.

—Es tu segunda escalera en cinco manos. —El chico me fulmina con la mirada—. Estás haciendo trampas, ¿no?

Detengo el movimiento con el que atraigo hacia mí las ganancias de la apuesta.

—Ni siquiera sé el nombre del crupier, ¿cómo puedo hacer trampas?

—Estaba ganando hasta que has llegado. Es sospechoso —responde.

Pongo los ojos en blanco.

—Juega tus cartas —ladra Nate.

El renacuajo rechina los dientes pero recula.

Miro mis cartas y quito dos.

—Dos, por favor —le digo al crupier.

—¿Por favor? Ni que estuviéramos en un club de campo —resopla el tipo duro mientras junta sus cartas—. Paso. Tengo la mano ganadora.

Acaba perdiendo contra Nate. Seguimos jugando y el tipo duro pierde dos de los grandes. Yo me llevo sus últimos cien con un gran farol, en mi mano solo tengo mierda. Nate se retira y el tipo duro hace lo propio.

—Veamos tus cartas —gruñe.

—No.

Si se tratase de Nate y otros no me hubiera importado, pero este tipo ha sido un capullo toda la noche. No estoy en modo amistoso, no lo he estado desde la comida. Ella tenía razón; que Hartley me reprendiera me entristeció.

—¡Quiero ver tus cartas! —Se inclina sobre la mesa para cogerlas pero yo se las paso al crupier y él las mete en la pila de las descartadas con fluidez.

—Siéntate —ordeno.

—¡Y una mierda! —El tipo duro golpea la mesa con el puño—. Quítate la ropa. —Se lanza hacia delante como si quisiera quitarme la sudadera.

Me alejo de su alcance mientras Nate lo obliga a sentarse de nuevo con una llave.

—Siéntate —le advierte Nate señalándome con el dedo.

El tipo duro se cruza de brazos con mal humor.

—No jugaré otro centavo hasta que se quite la sudadera. No soy malo con las cartas.

Resoplo.

—No lo soy —insiste.

Nate me estira de la sudadera.

—Hazlo para que podamos jugar.

Traducción: cállate para que le podamos sacar más pasta a este pez fácil.

Me libero del agarre del trabajador del muelle.

—No. No estoy haciendo trampas y no me voy a quitar la ropa porque un mierda que no es capaz de marcarse un farol me lo diga.

Nate se levanta.

—La pasta es la pasta. Quítatela y ya está, Royal.

Y hablando de mierda. ¿Nate necesita tanto la pasta como para sacrificarme? Olvídalo.

—Quítatela, tramposo —me provoca el tipo duro. Ahora es toda falsa seguridad cuando sabe que Nate lo apoya.

Sonrío sin gracia.

—No.

Nate me tira del brazo y yo me libero de su agarre. No me doy cuenta de cuándo se tuercen las cosas, pero tras eso todo se vuelve borroso. La mesa se vuelca. El dinero cae al suelo. Salen nudillos por todos lados y me golpean la mandíbula haciendo que gire.

Salto con los puños preparados. No sé con quién peleo ni siquiera por qué, pero siento bien. Me llevo una patada en el estómago y dos puñetazos en el torso, pero yo golpeo mucho más. Peleo aunque el sudor y la sangre empañen mis ojos y me llenen la boca. Peleo hasta que un chorro de agua fría golpea mi cara. Vaya. Más agua. Dos veces en un solo día.

—¡Ya basta!

Me doy cuenta de que estoy boca arriba mirando la cara enfadada de Tony. Tiene una manguera en la mano. Mis oídos pitan por sus gritos, o puede que sea por un golpe que haya recibido en el cráneo. Sacudo la cabeza pero el pitido no cesa.

—Hora de irse, Royal.

Me levanto, veo borroso pero distingo las mesas dispersas, el suelo lleno de dinero y la gente tirada.

—Yo no he empezado —mascullo.

—No me importa. La noche es un fracaso por tu culpa. Fuera.

Sonrío aunque duele la hostia.

—Estás echando la culpa a la persona equivocada. ¿Quién era ese tipo? He estado jugando aquí durante...

—¿Estás sordo, chico? Te he dicho que saques tu bonito culo de mi sótano. Y no vuelvas. —Me empuja escaleras arriba con brusquedad.

El pitido persiste. Me tambaleo hacia la salida y subo las escaleras. Dios, me explota la cabeza.

La casa está casi vacía. Fuera, en el porche, hay varias personas. Saludo con la mano y, tambaleándome, bajo los escalones.

La acera se mueve frente a mí. Estiro la mano para equilibrarme pero no hay nada a lo que sujetarse, salvo aire, y avanzar hacia delante causa que me tropiece con mis propios pies. Caigo de rodillas.

Oigo risas detrás de mí. Cabrones.

Me levanto y me yergo. Mi moto solo está a una calle. Cuando llegue estaré bien.

Camino por la acera, zigzagueando y tambaleándome, pero consigo llegar hasta mi moto. Paso una pierna por encima y la enciendo. El motor ruge pero se para a los pocos segundos. Palmeo el depósito y la vuelvo a encender. Esta vez sí se enciende bien. Buena chica.

—¿Easton?

Giro la cabeza hacia la voz familiar. ¿Qué demonios?

La cara de Hartley Wright aparece frente a mí, excepto que hay tres como ella. Tres Hartley que me griten, sean bruscas conmigo y me echen agua por tener la osadía de querer besarlas. Genial.

—¿Me estás siguiendo? —murmuro.

—Más quisieras. —Las tres Hartley se dan la vuelta para marcharse.

Yo aflojo el agarre y la moto rueda hacia delante.

—Espera. —Ella y sus dos dobles se giran—. Venga. Te llevo a casa.

—¿Vives por aquí? —Incluso con mi mierda de vista soy capaz de percibir que no es el barrio ideal para los estudiantes del Astor Park. Ni siquiera un becado vendría por estos tugurios, ¿no?

—Venga. —Me tira del brazo—. Si conduces así chocarás contra algún niño y arruinarás la vida de una familia.

—Gracias por preocuparte por mí —digo sarcásticamente, pero siento al instante una oleada de agotamiento. No va desencaminada. Me estalla la cabeza. Veo doble o triple y me duele todo el cuerpo.

Dejo la moto contra la acera despacio y bajo la pata de cabra.

O eso trato. Me lleva cuatro intentos antes de que ella se agache y me aleje el pie.

—¿Por qué me ayudas? —murmuro.

—No tengo ni idea.

—Fuiste una zorra conmigo en la comida.

—Te lo merecías.

Puede que dijera algo más, pero mi visión se torna negra.

Capítulo 7

Cuando el sonido del bajo de «Humble», de Kendrick Lamar, martillea en mis oídos, busco el botón de «posponer». Odio los entrenamientos a primera hora de la mañana. Con los ojos todavía cerrados, busco mi teléfono a tientas sobre la mesita de noche, pero en vez de toparme con una superficie de madera, no encuentro más que aire.

Alargo el brazo un poco más y termino cayéndome al suelo. El impacto me despierta.

Mientras me levanto de la alfombra, me percató de que no estoy en casa. Bajo mis pies hay una alfombra raída y, a mi espalda, un sofá andrajoso. Hay dos sillas plegables junto a una pequeña mesa a mi derecha. Y más allá, un pequeño espacio con una nevera, una hornilla y un fregadero.

La necesidad de mear me aprisiona. Doy dos zancadas y abro la única puerta de este tugurio. El cuarto de baño, como todo lo demás, es minúsculo, y posee un pequeño lavabo, una ducha y un retrete.

Uso el váter, me lavo las manos y me las seco en una toalla sorprendentemente suave. La doblo por la mitad y la cuelgo en el soporte donde la encontré.

Cuando vuelvo al saloncito, empiezo a recordar los acontecimientos de anoche. Fui a los suburbios con mi Yamaha, jugué unas cuantas manos a las cartas y luego me metí en una pelea.

Debo de haberme desmayado de un golpe en la cabeza. No, espera. Antes

de eso pasó algo.

Hartley.

Hartley me trajo aquí justo antes de que perdiese el conocimiento. Recuerdo vagamente cómo me ordenó que moviera el culo y luego subir una cantidad ingente de escalones.

Pero si yo he dormido en el sofá, ¿dónde ha dormido ella? Este lugar no tiene otro dormitorio, y el sofá no es lo bastante grande como para que duerman dos personas. Habría tenido que dormir literalmente encima de mí, y dada su aversión hacia mí, me imagino que ha dormido en el suelo.

Mierda.

Me paso una mano por el pelo. No, no me voy a sentir culpable. Yo no le pedí que me ayudara, y tampoco le pedí dormir en su sofá aunque anoche necesitase un sitio donde quedarme.

Encuentro mis zapatos y mi sudadera sobre la mesa. En el bolsillo de la sudadera hay como tres mil pavos, lo cual significa que encontré mi dinero pero no tocó ni un centavo. Debería haberse cobrado una comisión por dejarme dormir aquí.

Cojo unos cuantos billetes y los dejo sobre la mesa. Debajo de mis zapatos hay una nota con una llave pegada con celo en ella.

«Cierra la puerta, guarda la llave en este sobre y mételo en el buzón de abajo».

Me doy golpecitos en el mentón con la nota. Esta chica es todo un misterio. Sus padres viven en una mansión. Su padre es fiscal. Y Hartley, no obstante, vive en la peor zona de Bayview, donde las paredes son tan finas que se puede oír la música que su vecino de abajo está escuchando, y aun así asiste al mejor instituto del estado. ¿Qué narices pasa en esa familia?

Me imaginé que mi último año en el instituto iba a ser aburrido de cojones. Ella se pasa la mayor parte del tiempo hablando con Reed por teléfono, mandándole mensajes o yendo a State los fines de semana para verlo. Los gemelos están ocupados con sus vidas. Gideon está en la universidad y, cuando viene a casa, solo quiere pasar tiempo con Savannah.

Yo soy la oveja negra de la familia y lo llevo siendo toda mi vida. Antes de que Gid se fuese de casa, estaban los dos hermanos mayores y los dos menores, y luego yo en tierra de nadie.

Mi madre decía que eso demostraba mi individualismo y autosuficiencia.

Siempre encontraba algo que hacer. No necesitaba a mis hermanos. Además, hacía amigos con más facilidad que todos ellos. Tenía docenas de amigos. Mi lista de contactos estaba llena de ellos.

Y aun así... anoche no llamé a nadie de esa lista. En lugar de eso, intenté volver a casa en moto cual gilipollas estúpido con el cerebro más pequeño que un maldito guisante.

Salgo del apartamento de Hartley y cierro la puerta con llave, pero me la guardo en el bolsillo en vez de meterla en el sobre. Tengo entrenamiento en media hora, lo cual significa que voy a llegar tarde. Espero que no haya sentado precedente que ayer llegara temprano.

Mi móvil me muestra que tengo un montón de mensajes de Ella:

«¿Dnd estás?

Callum t está buscando».

Mierda. A este ritmo, nunca voy a poder volver a volar. Voy a tener que trabajar muy seriamente en mi toma de decisiones en el futuro.

«T he cubierto. Le dije q t habías ido ya».

Camino hacia las escaleras. El callejón junto a la casa de Hartley huele a mierda de gato y meado de perro. O a cualquier otro olor asqueroso de animal que se te ocurra. Es horrible.

Le mando un mensaje: «Gracias x cubrirme. D camino».

Todos siguen en el vestuario cuando llego. El entrenamiento de esta mañana consiste en realizar ejercicios en circuito, ensayar placajes, correr y darle caña a un saco de boxeo. Cuando terminamos siento las piernas como gelatina.

Ahora que Bran Mathis encabeza la línea ofensiva, al entrenador se le vuelve a pasar la mano con el entrenamiento. Creo que se había resignado al ver que la situación de nuestro *quarterback* era tan desastrosa, y no quería arriesgarse a que ningún otro jugador se lesionara en la que iba a ser una temporada perdida. Ahora puede pasar de todo.

Pash me lanza una botella de agua y luego se traga de golpe el contenido de la suya.

—Joder, estoy en muy mala forma —jadea—. He bebido y fumado demasiado este verano.

—Y yo. —Me trago el agua, tiro la botella tiro a un lado y luego me dejo caer en el césped.

Pash se desploma junto a mí. Ambos nos quedamos allí tumbados, mirando al cielo despejado.

Bran, que está más fresco que una lechuga a pesar del agotador entrenamiento, pasa por nuestro lado y suelta una risita por lo bajo al vernos.

—Tenéis que ir más al gimnasio, tíos. Yo me siento genial.

Me las apaño para levantar apenas una de mis manos y le enseño el dedo corazón.

—Solo te sientes genial porque eres muy conciencizado.

Se ríe con más ganas.

—¿Eso es un insulto? Porque me parece que ser conciencizado implica no estar muriéndome del agotamiento en el campo.

Esta vez Pash se une a mí y le hace un corte de mangas a Bran.

Al final, logramos levantar el culo del suelo y nos dirigimos al vestuario, donde me doy una ducha rápida. Cambio la llave del apartamento de Hartley del bolsillo de mis vaqueros al de mis pantalones del uniforme y luego me dirijo a la oficina de administración.

La señora Goldstein está allí. Sus rizos tiesos de color negro azabache enmarcan su pequeño rostro redondo. De la punta de su nariz cuelgan unas gafas rosas.

Apoyo un codo en el mostrador.

—Señora G., está muy guapa hoy.

Suspira.

—¿Qué quiere, señor Royal?

Ignoro su evidente impaciencia y le doy un golpecito al monitor de su ordenador.

—He venido porque hay un error en mi horario de clases. Fui a la primera, y al parecer ya no estoy en ella. Un chaval llamado Wright pidió el cambio y al concedérselo, le dieron mi plaza.

Arquea sus cejas perfiladas por encima de las gafas.

—Eso es muy extraño.

Traducción: Te lo estás inventando. Lo cual es cierto.

Pero continúo con la mentira.

—Lo sé. Yo lo único que puedo decirle es que el señor Walsh me ha dicho: «Ya no estás en mi clase, Royal». Y yo le dije: «¿Qué? Eso no tiene sentido. ¿Cómo ha podido quitarme la plaza ese tal Wright?». Y él me dijo: «Bueno, ¿por qué no vas a la oficina y preguntas?». Y...

—¡Está bien! —me interrumpe. Está visiblemente exasperada—. Deje de hablar. Lo comprobaré.

Escondo una sonrisa.

—Gracias, señora G. Creo que no es nada guay lo que ha hecho ese tal Wright, de verdad.

Le guiño un ojo al soltar ese juego de palabras tan pésimo. No obstante, a la señora G. le gusta. Aprieta los labios para evitar reírse.

—Veamos lo que puedo hacer. —Teclea unas cuantas cosas en su ordenador.

Me inclino hacia el monitor para ver lo que está haciendo: solo acaba de abrir un archivo etiquetado como «Wright, H». Se sube las gafas hasta el puente de la nariz y empieza a leer el horario.

Yo, que soy tan espabilado, me inclino más aún sobre el mostrador y le doy al botón de «imprimir pantalla».

—Señor Royal —aúlla, saltando de la silla.

Pero no es lo bastante rápida para mí. Salto por encima del mostrador con una mano y aterrizo justo en frente de la impresora.

—Gracias por imprimir esto. —Sonriéndole de oreja a oreja, cojo el papel y le doy la vuelta al escritorio.

Ella hace el intento de agarrarme.

—No lo he impreso para usted. Easton Royal, ¡vuelva aquí!

—Su perfume huele genial, señora G. —le digo por encima de mi hombro.

Ya fuera de la oficina de administración, miro el horario. No coincidimos en ninguna clase excepto a última hora. De hecho, la mayoría de clases de «Wright, H» están en el lado opuesto del edificio, lejos de las mías.

Eso va a cambiar a partir de hoy.

Subo las escaleras de dos en dos. La lección ya ha comenzado cuando

entro en el aula de la primera clase de Hartley. Todos los sitios a su lado ya están ocupados. Está rodeada de un montón de plantas de maceta: chicos que absorben todo el oxígeno del aire con su egocentrismo. Me acerco a una que conozco y que no me cae muy bien.

Me inclino sobre su mesa.

—Han prendido fuego a tu coche.

—¡Ay, Dios! —aúlla Cynthia Patterson y sale pitando del aula sin siquiera mirar atrás.

Con una sonrisa de suficiencia, echo hacia atrás la silla abandonada y me acomodo en ella.

—Señor Royal, ¿qué está haciendo en esta clase? —me pregunta la profesora.

No tengo ni idea de quién es. Basándome en las arrugas de su frente, que intenta ocultar gracias al bótox, tendrá cuarenta y tantos. Demasiado mayor para mí.

—Estoy aquí para aprender. ¿No es esa la razón por la que todos los demás están aquí?

—Está usted en clase de Pensamiento Feminista.

Ladeo la cabeza.

—Entonces no sé por qué me está discriminando. Si queremos más igualdad de género, ¿esta asignatura no debería ser obligatoria para los hombres?

La profe hace un último intento de echarme.

—No tiene los libros necesarios para esta clase.

—No se preocupe. Por ahora los compartiré con Hartley. Somos viejos amigos. —Cojo mi pupitre y lo muevo justo al lado del de ella.

—¿Qué haces? —exige saber en voz baja.

—Tienes una habilidad increíble para gritar mientras susurras, ¿lo sabías? —deslizo uno de sus libros a mi pupitre.

—Tú tienes una habilidad increíble para cabrearme.

—Llevo perfeccionándola desde que vine al mundo. —Estiro las piernas —. Mi madre me decía que nací dando puñetazos. Gracias por ayudarme anoche.

Me meto la mano en el bolsillo, echo un vistazo rápido al aula; luego

deslizo mi mano bajo la mesa y le doy un empujoncito al pulgar de Hartley con la llave.

Ella se asusta por un segundo, baja la mirada y se tensa.

—Te dije que la dejaras en el buzón —murmura.

—Me imaginé que así sería más fácil.

Escruta mi rostro.

—Debes de haber hecho un trato con el diablo. Es la única explicación que le doy a que tengas tan buen aspecto después de emborracharte y de que te dieran una paliza.

—No me dieron ninguna paliza.

—¿De verdad? ¿Por eso te desmayaste? ¿No te dieron en la cabeza tan fuerte que no veías bien?

—Pues no.

Solo la veo sacudir la cabeza después de mi respuesta. Su mandíbula permanece tensa. Al frente de la clase, la profesora está hablando sobre la tercera ola del feminismo. No es consciente de que apenas nadie está prestando atención.

—¿Por qué estás aquí? —pregunta por fin Hartley.

—Oh, ¿no te lo he dicho? Ahora estoy en todas tus clases.

Gira la cabeza hacia mí.

—Madre mía.

—Bueno, menos en música. No tengo nada de oído.

—Madre mía —dice otra vez.

—Sabía que te emocionarías.

Ella suelta un quejido tan alto que todos se giran en nuestra dirección.

—¿Qué ha dicho, señorita Wright? —pregunta la profesora con agrado.

Hartley rechina los dientes.

—No me puedo creer que hasta en esta sociedad progresista y moderna, las pruebas que hacen de los medicamentos se hagan principalmente en hombres, peligrando así la vida de las mujeres hoy en día. Es alarmante.

—¡Alarmante! —conviene nuestra profesora—. ¡Y muy cierto!

En cuanto la profe continúa con la lección, Hartley frunce el ceño en mi dirección.

—Vuelve a cambiar tu horario al que tenías antes, Royal.

—*Nah.*

Se aferra al borde del escritorio con ambas manos, como si estuviese luchando contra el deseo desenfrenado de atestarme un puñetazo.

—Muy bien —murmura—. Entonces deja de hablarme. Estoy intentando aprender algo.

—¿Qué hay que aprender? Las mujeres se merecen los mismos derechos que los hombres. Fin de la historia.

—¿De verdad lo crees?

Alzo ambas cejas.

—¿No lo hace todo el mundo?

—Obviamente no.

Le guiño un ojo.

—¿Eso significa que ahora sí te gusto porque soy superliberal?

Pero mi encanto pasa desapercibido, porque entrecierra los ojos con sospecha.

—No sé por qué me estás siguiendo, pero tienes que parar. No estoy interesada en ti y no lo estaré en el futuro. Y por lo que he escuchado, tienes una larga cola de chicas más que dispuestas a hacer lo que quieras con ellas, así que... —Hace el gesto de echarme con la mano—. Vete.

Ignoro todo lo que ha dicho excepto lo obvio.

—Has estado investigando sobre mí, ¿eh?

Cierra los ojos y se vuelve a girar hacia el frente.

—¿Qué más has oído? Me gusta oír los cotilleos que dicen de mí. —Le doy un empujoncito a su brazo.

Ella lo aparta y permanece en silencio.

—Mi rumor favorito es el que dice que tengo una lengua mágica, porque es verdad. Estaré más que encantado de demostrártelo cuando quieras.

Hartley se cruza de brazos, pero sigue sin dirigirme la palabra.

Bajo la mirada al horario.

—Me muero de ganas de que vayamos a Literatura Británica juntos —susurro con alegría.

Ella tensa la mandíbula.

Esto es divertido. Muy, muy divertido.

Capítulo 8

Hartley me ignora durante toda la clase de Literatura Británica y luego en la de Política, otra clase en la que no estoy matriculado realmente, pero a la que asisto porque está en su horario. Los profesores ni siquiera se inmutan ante mi presencia; solo presuponen que, si estoy allí, entonces la administración lo sabe y está de acuerdo. Es un tanto irresponsable por su parte, si quieres saber mi opinión.

Imagino que técnicamente lo que estoy haciendo se puede considerar acoso, pero no le estoy haciendo daño ni tampoco me comporto como un auténtico asqueroso para intentar acostarme con ella. Solo me lo estoy pasando bien atormentándola un poco.

No es que esté en contra de meterme en sus pantalones. O, mejor dicho, bajo su falda, la cual cubre el culo que ahora mismo estoy admirando. Es la hora del almuerzo y estoy acechando a Hartley en la cola de la cafetería. Su precioso trasero se proyecta hacia mí cuando se pone de puntillas para coger una manzana.

Sí, no me molestaría darle una palmadita.

—¿En serio, tío? —Se gira, indignada, y me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta.

Pero no voy a disculparme. Soy Easton Royal. Digo estupideces todo el tiempo. Es parte de mi encanto.

—¿Qué? Deberías sentirte halagada —le aseguro—. En este instituto yo

soy producto de calidad.

Hartley hace una mueca. Veo cientos de comentarios bordes pasar por su cabeza, pero es una chica lista, ya sabe que discutir conmigo no sirve para nada en absoluto. Solo consigue ponerme a cien.

Así que se gira y sigue echando comida en su bandeja.

Yo la sigo y hago lo mismo. La diversidad en la cafetería del Astor Park es una mierda muy grande, y del todo innecesaria. Un chef famoso se encarga cada semestre de crear un menú lleno de pescado escalfado y pollo al estragón para un puñado de adolescentes que preferirían comer hamburguesas y patatas fritas. La cafetería es otra exageración más de todo el campus.

—¿Quieres que nos sentemos juntos en Fotografía? —le pregunto—. He oído que esta tarde nos van a poner por parejas y vamos a hacerle fotos a nuestro compañero. —Me inclino hacia ella y murmuro en su oreja—: Yo te enseño lo mío si tú me enseñas lo tuyo.

Hartley me planta una mano en el brazo y me da un pequeño empujón.

—No nos vamos a enseñar nada. ¡Ni siquiera estás en esa clase! ¡Deja de venir a mis clases!

Sonrío de oreja a oreja.

—¿Y privarte de mi genialidad? Nunca.

Ella parpadea. Luego parpadea otra vez. Luego me mira muy fijamente a los ojos.

—Easton. ¿Tienes algún... problema? ¿Ahí arriba? —Se toca un lado de la cabeza.

Me echo a reír.

—Por supuesto que no.

—Vale. Entonces eres tan egocéntrico que no escuchas nada de lo que los demás dicen. Lo pillo.

—Yo escucho —le rebato.

—Ajá. Apuesto a que sí.

—¡Que sí! —Mi expresión solemne dura más o menos un segundo antes de que vuelva a sonreír—. Por ejemplo, cuando las tías dicen «¡Por favor, Easton, más!», o «Ay, Dios, Easton, ¡eres el mejor!». Ahí las escucho al cien por cien.

—Guau.

—Sí, ¿eh? Guau.

—No creo que nos estemos refiriendo a lo mismo. —Ella suspira con pesadez, luego se echa hacia adelante y se hace con uno de los cucharones.

Mientras se sirve una montaña de patatas asadas en el plato, miro su bandeja y me fijo en que se ha apartado una cantidad enorme de comida. Vale, a lo mejor tiene mucho apetito en general, pero es tan diminuta que no me explico a dónde puede ir tanta comida dentro de su cuerpo. O bien se mata a hacer ejercicio, o... es de las que se pegan comilonas y luego lo vomita todo.

Eso sería una lástima. Odio cuando las chicas les tienen miedo a sus propias curvas. Las curvas hacen que el mundo gire. Diablos, el mundo es redondo porque tiene curvas. Las curvas molan. Las curvas...

Parpadeo para volver a la realidad. A veces me voy por la tangente, no solo en voz alta, sino también en mi cabeza. Estas son las veces en las que me gustaría fumarme un porro o darle un poco a la bebida para calmar los pensamientos frenéticos que inundan mi mente.

Siempre he sido un manojo de nervios, y era hasta peor de pequeño. Siempre estaba con el azúcar por las nubes hasta cuando no había tomado nada de azúcar. Iba de un lado a otro, después a otro y luego a otro hasta que por fin me quedaba dormido, para el gran alivio de mis padres.

—¿Quieres hacer algo esta noche? —pregunto a Hartley.

Ella se para de golpe.

Casi me choco contra ella, pero retrocedo justo a tiempo.

—¿Eso es un sí?

Su tono de voz es prosaico.

—Mira. Royal. No sé cómo te lo puedo decir más clarito. No me interesas.

—No te creo.

—Por supuesto que no. No eres capaz de entender por qué alguien no querría estar en tu presencia.

Finjo estar dolido.

—¿Por qué no quieres estar en mi presencia? Soy divertido.

—Sí, lo eres —coincide—. Eres divertido, Easton. Tan divertido que un

puñado de matones te dieron una paliza en Salem Street. Tan divertido que, aunque estés a punto de perder el conocimiento, sigues pensando que es buena idea subirte a tu moto y volver a casa solo.

La vergüenza se hace eco en mi pecho.

—Tan divertido que te quedas a dormir en el apartamento de una chica cualquiera con un fajo de billetes en el bolsillo. Te podría haber robado si hubiese querido. —Se encoge de hombros—. No tengo tiempo para esa clase de cosas. Es demasiada carga.

¿Carga?

—Yo no pedí quedarme a dormir —le recuerdo, un poco tenso—. Y te dejé algo de efectivo por las molestias. —Levanto una ceja—. Por lo que no me has dado las gracias siquiera.

—Salí de casa antes que tú. ¿Cómo iba a saber que me dejaste dinero? Y aunque lo hubiese sabido, ¿por qué tendría que darte las gracias? Dormí en el suelo mientras el príncipe Royal lo hacía en mi cama. Me merezco una compensación por ello. Me desperté con una cucaracha correteando por mi brazo, ¿sabes?

Me estremezco del horror. Odio los bichos. Sobre todo las cucarachas. Son lo peor. Y de nuevo me debato entre la molestia y la culpa. Porque, aunque yo no pidiese su ayuda, al final sí que me ayudó. Y me cedió su cama —bueno, su sofá— para que mi culito apaleado tuviese un sitio donde dormir.

—Gracias por dejarme dormir en tu cama —le digo, avergonzado.

Alguien nos da un golpecito, así que seguimos avanzando, esta vez para llegar a la barra de los postres. No me sorprende al ver que Hartley coge no uno, sino dos trozos de tarta de queso.

Siento una punzada de preocupación. De verdad que espero que no tenga un trastorno alimenticio. Ya tengo bastante con que Ella haya perdido el apetito desde que Reed se fue. No quiero pasarme todo el año escolar controlando las dietas de las mujeres de mi vida.

—De nada —me dice Hartley—. ¿Pero sabes? Solo te voy a ofrecer un favor. Y ha sido ese.

Antes de poder informarle de que estoy más que encantado de devolverle el «favor», Felicity Worthington nos interrumpe.

—Hola, Easton.

Unos cuantos metros más allá se encuentran un par de amigas suyas: la que tiene una cinta permanentemente pegada a la cabeza, y la rubia sobre los tacones de diez centímetros. Las dos chicas están murmurando algo mientras se cubren las bocas con las manos; mientras, Felicity se queda ahí, mirándome cual depredador a su presa.

—¿Qué pasa, Felicity? —le pregunto como si nada.

—Voy a hacer una hoguera la semana que viene en mi casa —me responde con dulzura—. Quería invitarte personalmente.

Ahogo una risa. Los Worthington viven a unas cuantas casas, calle abajo, de la mía, así que he ido a un montón de fiestas allí, siempre con su hermano mayor, Brent, como anfitrión. La última a la que fui terminó con Daniel Delacorte desnudo y atado como un cerdo en un banquete por cortesía de Ella, Val y Savannah Montgomery. Estaban castigando al cabrón por haber drogado a Ella en otra fiesta diferente. Y luego, cuando Daniel por fin se soltó, corrió a la playa y se topó con el puño de Reed.

Huelga decir que los Royal no han vuelto a estar invitados desde entonces. Pero Brent se graduó el año pasado, así que supongo que Felicity está ahora al mando.

—Vale, a lo mejor voy —digo sin comprometerme a nada—. Todo depende de lo que mi chica quiera hacer. —Le guiño un ojo y me giro hacia Hartley, pero ella ya no está.

Mierda. Está cruzando el comedor en dirección a las puertas francesas que llevan a las mesas que hay en la zona exterior. Mientras la observo, Hartley se dirige directamente a una de las mesas más alejadas del patio y se sienta de espaldas a la puerta del comedor. Por supuesto. Come sola, como la princesa antisocial que es.

—¿Qué chica? —Felicity entrecierra los ojos—. ¿Te refieres a Claire? Porque el otro día le estaba diciendo a Melissa que habíais vuelto...

—No hemos vuelto —la interrumpo. Jodida Claire.

—Oh. Vale. Bien. —Felicity parece sentirse más que un poco aliviada—. En fin, sobre la fiesta, no tienes que avisarme de que vas a venir ni nada. Simplemente ve. Siempre serás bienvenido en mi casa.

—Vale, a lo mejor voy —le digo otra vez.

Alarga la mano y me agarra del brazo para acariciarme ligeramente los bíceps por encima de la camiseta.

—Nada de «a lo mejor». Ven, por favor. Me encantaría pasar tiempo contigo.

Cuando se aleja para volver a unirse a sus amigas risueñas, he de preguntarme si va a hacer una hoguera siquiera. Puede que sea una argucia para que vaya y así poder tenerme para ella sola.

Pero la fiesta de Felicity es el tema de conversación entre Val y Ella cuando llego a nuestra mesa de siempre. Choco los puños con varios compañeros de equipo antes de sentarme en una silla junto a Ella.

—Ya te lo he dicho, no quiero ir —le dice a Val—. La falsa dulzura de Felicity me da dolor de muelas.

Val entrelaza los dedos.

—A mí también, pero no tienes elección. Has de hacer acto de presencia, sobre todo ahora que sabemos cuáles son sus intenciones.

—¿Cuáles son las intenciones de quién? —pregunto con el ceño fruncido.

Val me mira.

—La nobleza está planeando una rebelión contra la corona.

Arrugo más el cejo.

—¿A qué te refieres?

Ella se percata de mi expresión preocupada y alarga el brazo para darme un apretón en el mío.

—Ignórala. Está siendo melodramática.

—No es verdad —mantiene Val—. Easton, ponte de mi parte en esto.

—Lo haría, nena, pero sigo sin saber de qué estamos hablando. —Hinco el tenedor en mis empanadas de ternera y les doy un gran bocado.

Connor Babbage, que juega de defensa lateral para los Riders, sentado a mi otro lado, dice:

—Esa tía con la que estabas hablando, ¿Felicity? Quiere la cabeza de Ella.

—¿Ah, sí? —Me giro para sonreír a mi hermanastra—. ¿Vas a darle una paliza después de clase, hermanita?

—No —dice Ella con voz seca—. Pero según Val eso es lo que Felicity quiere hacerme a mí.

Me encojo de hombros con despreocupación.

—No te preocupes. Puedes con ella.

—¿Pelea de gatas después de clase? —pregunta Babbage, lleno de esperanza.

—No te emociones tanto, Con. —Val le hace un gesto con la mano antes de centrarse de nuevo en Ella y en mí—. Esto no es una broma, Easton. Me siento detrás de Felicity y de su aquelarre de brujas en Historia del Arte y lo único que hacen es cuchichear sobre cómo Felicity va a poner a Ella en su lugar.

—¿Y cómo lo va a hacer? —pregunto.

—No me va a hacer nada —insiste Ella.

Val niega con la cabeza.

—Nena, a esas tías no les gusta que seas tú la Royal al mando. Sería distinto si fuese Easton.

Me cruzo de brazos.

—Soy demasiado vago para serlo.

Val continúa como si yo no hubiese hablado.

—Pero tú eres la intrusa. La que consiguió a Reed. La que amansó a Jordan. La que reunió a Gideon y a Savannah.

—Yo no tuve nada que ver en lo de Gid y Sav —protesta Ella.

—No importa. Todo es cuestión de percepción. No les gusta estar eclipsadas por ti —apunta Babbage antes de alejarse para dejar su bandeja vacía en el mostrador.

Me deslizo en la silla. Jodido Reed. No. Todo esto es culpa de Gideon. Si él no hubiese empezado a darle órdenes a la gente en su último año, los Royal no tendrían que hacer nada por el Astor. Podríamos fingir estar tan ciegos como la mayoría de los estudiantes de aquí. Pero no, Gideon tuvo que interferir y ahora todo el colegio piensa que tenemos el gen de liderar.

Yo quiero volar, beber, pelear, y follarme tías buenas. Probablemente en ese orden.

—¿Por qué perdemos el tiempo hablando de gente estúpida? ¿No podemos disfrutar de nuestro último año en el instituto y ya está?

Val me da una patada por debajo de la mesa.

—No. Ella y tú deberíais hacer algo. Haced que esta gente os tenga miedo. Es mejor ser temido que amado. Bla-bla-bla.

—¿Quieres que peguemos a alguien con cinta adhesiva a la entrada del colegio? —le digo, haciendo referencia a algo que Jordan Carrington, la Reina Zorra, hizo el año pasado.

—No. Pero sí podéis intimidarlos un poco. Por eso creo que Ella debe ir a la fiesta de Felicity. Y tú también, Easton. Deberíais empezar a rondar a vuestros aliados.

—No somos la OTAN, Val. No tenemos que conseguir aliados ni tener enemigos.

Val suspira.

—Dios, esperaba que Ella fuese inocente, pero tenía mejor concepto de ti, Easton.

Lo que sea. No pretendo meter las narices en la política social de este estúpido colegio. Le prestaré mi ayuda a Ella si me necesita, pero por lo que parece, ella tampoco quiere lidiar con esta mierda. No puedo decir que la culpe.

Mientras le doy otro bocado enorme a mis empanadas, mi mirada se desvía a las gigantescas puertas que dan al patio. Hartley sigue sentada fuera. No veo su bandeja, pero dudo que haya bajado la montaña de comida que había en ella.

—¿Qué miras? —La mirada curiosa de Ella sigue la mía. Luego se ríe—. ¿Ha accedido ya a salir contigo?

—Por supuesto —miento, pero ambas chicas ven a través de mí. Sonríen con suficiencia y yo cedo—. Vale, no. Pero no pasa nada. Pasará. Es solo cuestión de tiempo. —Me concentro en la coronilla de Hartley, y me percató de que su pelo negro azabache casi parece azul bajo la luz del sol—. Además, no estoy en modo persecución. Intento entenderla.

Ella frunce el ceño.

—¿Y qué hay que entender?

—No sé. —Me muerdo el labio de la frustración—. Va al Astor, ¿verdad?

Val finge sorpresa.

—¿Ah, sí?

—Cállate, mujer. —Me hago con la botella de agua de Ella y le doy un gran sorbo—. Va al Astor, y sé de primera mano que su familia tiene dinero.

He visto su casa.

—No te sigo —dice Ella.

—Entonces, si tiene dinero, ¿por qué vive en una caja de zapatos en Salem Street? —Arrugo el ceño mientras pienso en el cutre y asfixiante apartamento de Hartley. Ni siquiera tiene una cama, por el amor de Dios.

Ella y Val parecen sorprenderse.

—¿Estuviste en su apartamento? —preguntan al unísono.

—¿Cuándo? —exige saber Ella.

Le quito importancia con un ademán.

—Eso no importa. Lo único que digo es que vive en una ratonera mientras que su familia vive en una mansión. Es raro. Y cuando estuvimos antes en la cola, se echó en el plato la cantidad de comida de tres almuerzos juntos. Parecía que llevase varios días sin comer.

A mi lado, Ella también empieza a morderse el labio inferior.

—¿Crees que está metida en líos?

Le tiendo la botella de agua.

—¿Puede? Pero vosotras también pensáis que es raro, ¿verdad?

Val asiente despacio.

—Sí. Un poco.

El rostro de Ella expresa preocupación.

—Sí que es raro.

Los tres volvemos a girar las cabezas en dirección a Hartley, pero en algún momento durante nuestra discusión, ella se ha levantado y marchado. Su mesa está vacía y no se ve su bandeja por ningún sitio.

Capítulo 9

No veo a Hartley en lo que queda de día.

No va a Fotografía, así que me toca estar solo, y ni siquiera estoy matriculado en la maldita clase.

No va a Teoría Musical y por ello debo sentarme al lado de Larry, que me comenta que se me nota el «amooooooooooooor». Y cuando no habla del amor me habla de las estúpidas Jordan. Puto Larry. Y, otra cosa, ¿quién demonios escoge Teoría Musical? ¿Qué tipo de clase es esta? ¿Hay algo físico en los sonidos? Desconecto cuando escriben en la pizarra una ecuación matemática de la relación entre longitudes de onda, frecuencias y velocidad.

Y tampoco se presenta en Cálculo, una clase a la que le desesperaba tanto entrar que le rogó personalmente a la profesora para cambiarse de clase.

No voy a mentir, estoy preocupado.

Cuando termino el entrenamiento de fuerza y acondicionamiento con el entrenador del Astor Park decido mandarle un mensaje y espero que no pregunte cómo he conseguido su número.

«Saltarme clases es cosa mía. *Dnd stas?* –E».

No me responde.

En casa, como rápido y hago los deberes antes de salir. Agradezco que no haya nadie para no responder ninguna pregunta estúpida. Sobre todo porque no tengo una buena respuesta.

No sé por qué me dirijo a la casa de Hartley con un burrito en el asiento

del copiloto. No sé por qué me molesta que no me responda al mensaje. No sé porque me provoca tanta curiosidad.

Aparco una calle antes de llegar a su casa para que no vea mi camioneta y luego subo corriendo las escaleras hasta la puerta. La madera de los escalones está tan deteriorada que temo que se separe de la casa en cualquier momento.

—Correo —digo tras tocar a la puerta.

Nada.

La llamo al móvil y pego la oreja a la puerta. Dentro no se escucha ni un sonido. Toco varias veces más.

Oigo pisadas que captan mi atención, pero cuando miro hacia abajo solo veo a un tipo calvo y bajito que ondea una espátula en el aire.

—No está en casa, idiota.

Bajo las escaleras.

—¿Dónde está?

—Probablemente trabajando. —El hombre entrecierra los ojos—. ¿Quién eres?

—Soy un amigo del instituto. Se ha olvidado de un trabajo.

—¡Pff! —gruñe—. Bueno, no está en casa, así que tú también deberías marcharte.

—No quiero que tenga mala nota. ¿Le importa si espero?

Él vuelve a gruñir.

—Si estás callado, no me importa lo que hagas.

—Sí, señor.

Gruñe por lo bajo sobre chicos tontos y sus tontas tareas antes de marcharse por la puerta lateral de lo que debe ser un apartamento de la primera planta. Este pequeño apartamento con revestimiento de madera y pintura desconchada no parece poder soportar la siguiente temporada de tornados. Vuelvo a pensar en la incongruencia que es que un alumno del Astor Park viva en este vecindario y en este tipo de casa.

Me siento en el primer escalón con la bolsa de comida al lado y espero. Y espero. Y espero.

Pasan horas. La batería de mi móvil apenas tiene un bajo porcentaje de todo lo que juego al Candy Crush. El sol se esconde y empiezan a cantar los

grillos. Me duermo y me despierto cuando el cálido aire otoñal se enfría. Mi móvil dice que son más de las doce de la noche.

Me acerco los brazos al cuerpo y vuelvo a mandarle un mensaje.

«Se te ha quedado la comida fría».

—¿Qué comida?

Casi dejo caer el móvil de la sorpresa.

—¿De dónde demonios sales? —le pregunto a Hartley.

—Te podría preguntar lo mismo.

Ella se acerca y percibo un olor a... ¿grasa? Lleva un tipo de uniforme: pantalones negros, una camiseta de manga corta blanca arrugada y zapatos negros fuertes.

—¿Del trabajo? —adivino.

—¿Qué, no crees que sea un conjunto fabuloso para ir a la discoteca? — señala su ropa con la mano.

—El más fabuloso. —Cojo su cena y le indico que suba—. Aunque pareces exhausta. Sea lo genial que sea lo que hayas hecho esta tarde ha debido de dejarte molida.

—*Sip*. —Suspira, pone el pie en el primer escalón y mira hacia las escaleras como si la subida fuese insuperable.

Que bien que estoy aquí.

La cojo en brazos.

—Puedo caminar —dice, pero protesta con debilidad y me agarra del cuello para sujetarse.

—Claro. —Esta chica apenas pesa. Pero voy despacio. Es la primera vez que me permite tocarla y me gusta. Demasiado.

El interior de su apartamento es tan estrecho y depresivo como lo recuerdo. Está ordenado y huele a limpio; ha colocado un jarrón de margaritas en el alféizar, pero las flores contribuyen poco a embellecer el sitio.

La mirada de Hartley se fija donde la mía.

—Pensé que un poco de color alegraría el ambiente —dice secamente.

—No creo que eso sea posible siquiera. —Me dirijo hacia la pequeña encimera y abro la puerta del microondas. Vaya, ni siquiera sabía que existían modelos tan antiguos. Me lleva unos segundos saber cómo funciona

ese estúpido aparato.

Caliento el burrito mientras Hartley se va al baño. Mientras la espero, abro los armarios de la cocina para buscar algo que comer. Todo lo que encuentro es una caja de galletitas saladas. El resto es comida enlatada.

—¿Ya has terminado de husmear? —gruñe desde la puerta.

—*Nop*. —Miro en el minifrigorífico, su «cocina» ni siquiera es lo bastante grande como para uno de tamaño normal, y observo la escasa variedad de básicos. Mantequilla, leche, un pequeño cartón de zumo de naranja, varias hortalizas y *tuppers* llenos de comida precocinada.

—Cocino la comida de la semana los domingos —explica Hartley incómoda—. Así no tengo que preocuparme por qué comer.

Cojo uno de los envases transparentes, lo estudio y lo vuelvo a colocar dentro.

—¡Esto son solo cenas! —exclamo.

Hartley se encoje de hombros.

—Bueno, sí. Lo que desayuno normalmente es una barrita o algo de fruta, y como en el instituto. Los fines de semana trabajo y normalmente no tengo tiempo para comer.

Ahora todo encaja, entiendo por qué siempre se llena la bandeja en el Astor como si fuesen cuatro comidas. Está claro que esta chica anda corta de pasta. Está saliendo adelante. Me siento culpable al recordar cómo engullí toda su comida el otro día.

Miro hacia el microondas. Solo quedan veinte segundos. Lo suficiente como para reunirme de valor y preguntar:

—¿Por qué no vives con tu familia?

Se tensa.

—No... opinamos igual en varias cosas —responde, y me sorprende haberle sonsacado tanto.

Quiero que se explique, pero, claro, se queda callada. Y no soy lo bastante tonto como para presionarla para que me dé más detalles. El microondas pita. Sale vapor del burrito cuando abro la pequeña puerta y utilizo una servilleta para coger el extremo del plato para no quemarme.

—Vamos a dejar que se enfríe durante un minuto —sugiero.

Parece ligeramente enfadada, como si el retraso fuese inaceptable porque

significa que tiene que pasar más tiempo conmigo. Nunca he conocido a una tía a la que le interese menos pasar tiempo conmigo.

Hartley se dirige hacia el sofá y se sienta para desatarse los zapatos. Después los lanza lejos como si hubiesen cometido un crimen atroz. Permanece callada durante varios segundos. Cuando vuelve a hablar su voz denota derrota.

—¿Por qué me has traído comida, Easton?

—Estaba preocupado por ti. —Cojo un cuchillo y un tenedor del cubertero. Aunque no necesita uno entero: solo tiene dos tenedores, dos cuchillos y dos cucharas. Y ya está—. ¿Por qué te fuiste del instituto al mediodía?

—Mi jefe me mandó un mensaje —admite—. Un turno se quedó libre y no podía decir que no.

—¿Cuánto duran esos turnos? —pregunto, porque se fue del Astor al mediodía y no ha llegado a casa hasta medianoche. Ha estado fuera doce horas. Parece un turno muy largo para ser una camarera a tiempo parcial.

—Era doble —dice—. Los dobles son una mierda pero me resulta difícil tener más horas. Hay otras dos camareras con niños pequeños y ellas las necesitan más que yo.

Pienso en sus armarios vacíos y discuto la verdad de esa afirmación. Necesita esas horas. De verdad.

O puede que no. Es decir, tengo dinero. No sé cuánto cuesta este tugurio, pero no creo que sea ni la décima parte de mi paga mensual. No se me caería el mundo por perder ese dinero.

Pongo su cena en la mesilla auxiliar con una servilleta y un vaso de agua e intento pensar en una forma de ofrecerle dinero sin cabrearla. Cuando Hartley no se mueve para coger el cuchillo me siento al otro lado del sofá y me cruzo de brazos.

—Come —le ordeno.

Ella vacila.

—Por el amor de Dios, no está envenenado, idiota. Tienes hambre. Come.

No necesito convencerla más. Hartley corta el burrito con el entusiasmo de un niño la mañana de Navidad. Devora casi la mitad antes de ir más

despacio, lo que demuestra que estaba famélica.

Le cuesta aceptar un burrito de diez pavos de mí. ¿Cómo voy a convencerla de que lo haga con varios billetes de los grandes?

—¿Por qué no le dices a nadie que trabajas?

—Porque no es asunto de nadie. Sí, soy camarera en un bar. Y qué. ¿Por qué debería ser noticia en el instituto? No importa.

La frustración hace que me incline hacia delante. Apoyo los codos en las rodillas y la observo.

—¿Quién eres, Hartley?

El tenedor se pausa de camino a su boca.

—¿A qué te refieres?

—Es decir, mírate...

Con eso sus hombros se tensan.

—Venga, relájate —digo—. No he encontrado ningún secreto profundo y oscuro. Todo lo que sé de ti es que tu padre fue candidato para ser alcalde y perdió.

Mencionar a su padre hace que se le ensombrezca la cara y observo sus brazos para buscar señales de moratones. ¿Su padre le pegaba y se escapó?

Intento recabar más información y le digo:

—Y he leído un artículo que dice que tienes dos hermanas.

En lugar de confirmar o desmentirlo, me mira con la expresión más cansada que haya visto nunca.

—Easton —se detiene—. ¿Por qué has buscado información sobre mí? —Otra pausa—. ¿Por qué me has comprado la cena? —Y otra—. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué te has largado de tu gran casa elegante y has pasado la noche esperándome? Me sorprende que no te hayan robado.

Tengo que reírme.

—Puedo cuidar de mí mismo, nena. Y en respuesta a tu pregunta, estoy aquí porque me gustas.

—Ni siquiera me conoces —responde frustrada.

—¡Eso intento! —Siento su misma frustración y me doy una palmada en la rodilla.

Hartley se encoge ante el sonido. Su mirada se llena de miedo como un conejillo asustado.

Rápidamente alzo las manos en señal de derrota.

—Lo siento, no pretendía asustarte.

Madre mía, puede que sí la maltrataran en casa. O ahora, otra persona. ¿Llamo a mi padre?

—¿Hay alguien que te... esté haciendo daño? —inquiero con cautela.

—No —replica—. Nadie me hace daño. Vivo sola y no necesito ayuda. Me va bien así.

—No parece que te vaya bien. —Hago un gesto con la mano para señalar el apartamento.

—¿En serio? ¿Y te preguntas por qué no le cuento a la gente del Astor dónde trabajo o dónde vivo? Me gusta mi casa. —Sacude la cabeza, molesta—. No es elegante, pero es mía. Me mantengo yo sola y me enorgullezco de ello.

—Tienes razón.

Mi afirmación la pilla desprevenida.

—¿Qué?

—Oye, soy capaz de admitir que me equivoco. De hecho, te admiro la hostia. Si no, no te seguiría ni te traería comida.

Ella se relaja, pero por su expresión sigue a la defensiva.

—No eres el tipo de persona que quiero tener cerca, Easton.

Algo me sacude el pecho y me apuñala el corazón.

—Sé que suena horrible. —No tiene ni idea del impacto que sus palabras tienen en mí—. Pero te lo digo una y otra vez, eres muy problemático. Y yo no tengo tiempo para esto.

A pesar de la indignación que recorre mi cuerpo, sé que tiene razón. Soy el puto Royal que se mete en peleas, bebe demasiado y enfada a todo el mundo.

Pero, a pesar de que duele descubrir que me considera alguien insustancial, aprecio su honestidad. No es como Claire o las otras chicas con las que he estado, que revolotean a mi alrededor y me lo perdonan todo, ya que en sus cabezas Easton Royal no hace nada malo.

A Hartley no le asusta decirme lo que no le gusta de mí. Y no puedo cabrearme con ella, porque lo malo que ve en mí es lo que odio de mí mismo.

—Lo que me importa es asegurarme un sitio donde dormir cada noche, lo que significa que tengo que ganar dinero —dice con sinceridad.

—Si necesitas pasta, yo te la doy.

Mierda. He dicho algo desacertado.

Su tenedor choca contra el plato.

—¿En serio me acabas de decir eso? ¿Qué, crees que si me das dinero no tendré que trabajar tanto y tendré más tiempo para estar contigo? —Su voz está teñida de incredulidad.

—Lo siento. He dicho una estupidez. —Me siento avergonzado, porque así solucionamos los problemas los Royal: con dinero.

Pero, a la vez, el prejuicio en sus ojos grises me provoca. No es como Ella, que creció pobre. O Valerie, que proviene de los Carrington menos adinerados y se ve obligada a aceptar limosnas de sus tíos para poder asistir al instituto.

La familia de Hartley está forrada. Puede que no viva con ellos ahora, pero antes sí que lo hacía.

—He ido a tu casa, ¿recuerdas? —exploto—. Puede que ahora no tengas mucho dinero en efectivo, pero tu familia lo tiene. Así que no me mires como si yo fuera un niño consentido y tú una ahorradora compulsiva que ha tenido dificultades toda su vida. ¡Joder! Hasta hace unos meses estabas en un internado.

En lugar de arder de rabia, sus ojos grises transmiten cansancio de nuevo.

—Sí, antes tenía dinero. Pero ya no. Y llevo en este apartamento desde mayo, cuando acabó el colegio. Son solo cuatro meses, lo suficiente como para darme cuenta de que antes daba todo por sentado. La vida no va de internados, ropa elegante y mansiones. Aprendí la lección cuando regresé a Bayview. —Me mira—. No creo que tú la hayas aprendido todavía.

—¿El qué? —resoplo—. ¿Cómo ser pobre? ¿Hace falta eso para que seas más agradable conmigo? ¿Si cambio mi coche por el autobús y veo cómo viven los demás durante una temporada?

—No te estoy pidiendo nada. No me importa lo que hagas, Easton. No estoy aquí para ayudarte o cogerte de la mano mientras aprendes lecciones de vida. Solo intento cuidar de mí misma. —Bebe agua rápidamente—. El noventa y nueve por ciento del tiempo ni siquiera me acuerdo de ti.

Au.

Eso duele, joder.

Pero la sensación dolorosa desaparece cuando me doy cuenta de algo. El timbre falso de su voz. La forma intencionada con la que me esquivo mi mirada.

—No te creo —afirmo—. Piensas en mí.

Ella deja el vaso en la mesa y se levanta tambaleándose.

—Es hora de que te vayas, Easton.

—¿Por qué? ¿Porque te he calado? —Yo también me levanto y la miro desafiante.

—Me pones de los nervios, eso es lo que haces.

—No, te he calado —repito.

Doy un paso hacia ella y, a pesar de que se tensa, no se aleja. Veo cómo se le acelera la respiración y juro que soy capaz de ver su pulso en la garganta. Y la necesidad reflejada en sus ojos. Le pongo, o al menos le pongo lo que puedo darle, pero es demasiado orgullosa, tozuda o frustrante como para admitirlo. Porque cree que no necesita afecto, cariño o lazos.

Empiezo a entenderla. No su pasado. Ni sus problemas con su familia, sino lo que la hace reaccionar.

Cuando tiene miedo o se siente dolida, ataca. Si fuese menos tozudo, ya me hubiese marchado. Pero por eso está sola: porque no tiene a nadie en su vida dispuesto a quedarse a su lado.

Sé lo que es estar solo. Sé lo que es querer y no tener nada. No quiero que Hartley se sienta así. No a partir de ahora. No mientras yo esté aquí.

—Voy a hacerlo —digo suavemente.

Alza la mirada para encontrarse con mis ojos.

—¿Hacer qué?

—Besarte.

Ella deja de respirar. El ambiente se vuelve ligero, como si estuviésemos en el aire, en las nubes, y solo hubiese un centímetro entre nosotros y el gran cielo azul. El entusiasmo recorre mi cuerpo cuando la miro a los ojos. Veo la misma anticipación en su respuesta.

—Easton —dice, pero no sé si es un aviso o un ruego.

Ya es demasiado tarde. Mi boca cubre la suya.

Ella jadea sorprendida, pero sus labios se suavizan bajo los míos. Joder, está respondiendo al beso.

La cabeza me da vueltas, se me ha subido el estómago a la garganta y todo por esta chica. Sus labios son increíblemente suaves. Al igual que la piel de su nuca, la cual acaricio con mi pulgar. La acerco a mí, ya que quiero sentir su peso contra mí. Mi lengua se abre paso en su boca y roza la suya, y entonces se deshace de mi abrazo.

Termina tan rápido que ni siquiera tengo tiempo de parpadear.

Mi cuerpo entero vibra de decepción y consigue que maldiga en voz baja.

—¿Por qué has parado? —digo casi gimiendo.

—Porque no quiero hacer esto —dice con voz ronca, y se aleja de mí—. Ya te lo he dicho, no tengo tiempo para salir con nadie. No me interesa.

—Has respondido al beso —exclamo. Todavía tengo el pulso descontrolado por ese beso que me ha puesto duro como una piedra.

—Un momento de debilidad. —Su respiración parece agitada—. No sé de cuántas maneras diferentes te lo puedo decir, Easton. No quiero salir contigo.

Me trago la frustración que siento. No la entiendo. Entonces, ¿por qué ha respondido al beso? ¿Un momento de debilidad? Y una mierda. Le gusto. Se siente atraída hacia mí. ¿Por qué no podemos hacerlo?

¿Hacer qué?, me provoca una voz en mi cabeza.

Eso consigue que me detenga, porque... ¿qué quiero hacer? ¿Tirármela o salir con ella? Planeaba tantear el terreno en mi último año, no quería que una novia me atase en corto. Hay muchas chicas con las que puedo follar, pero me siento atraído por Hartley de una forma que nunca había sentido antes. Hay algo en ella que me hace ser feliz cuando estoy a su lado.

Se me ocurre una locura.

—¿Y si fuésemos amigos? —pregunto despacio.

Ella parece sorprendida.

—¿Qué?

—Amigos. Es una palabra de seis letras que significa que dos personas comparten una conexión mutua.

—Sé lo que significa. Es que no entiendo a lo que te refieres.

—Quiero decir que deberíamos ser amigos. Ya que no te intereso y tal.

—Le guiño el ojo—. O eso o sigo tirándote la caña e intentando besarte.

Hartley deja escapar un sonido exasperado.

—¿Por qué tiene que ser una de esas dos opciones? ¿No hay una tercera?

—*Nop.* —Le enseño una sonrisa torcida—. Venga, Hartley Davidson...

—¿Hartley Davidson?

—Estoy probando apodos para ti. Los mejores amigos tienen apodos el uno para el otro. —Me meto las manos en los bolsillos de mis vaqueros—. La verdad es que me gusta la idea. Si no vamos a enrollarnos, seamos amigos. Nunca he tenido una mejor amiga chica, así que será una experiencia guay para mí.

Hartley se desploma en el sillón.

—Pensaba que tenías muchísimos amigos.

—No —admito.

Casi al instante siento culpabilidad, porque, ¿cómo deja eso a Val y Ella? Mis hermanos no cuentan; ellos deben formar parte de mi vida. Los considero amigos, pero la sangre tiene eso, que te conecta con alguien te guste o no, sin más opción. Elegí ser amigo de Val y Ella.

Así que reculo y digo:

—Tengo algunos amigos. Pero quiero otro. Quiero una Hartley Wright.

Ella pone los ojos en blanco.

—¿Es ahora cuando digo que quiero un Easton Royal?

—*Sip.* —Me animo—. Quedaremos después del entrenamiento. Haremos los deberes de Cálculo juntos. No voy a fardar, pero soy bastante bueno con las cosas del instituto.

—Las cosas del instituto —repite secamente.

—Sí. La cosa es que... —Vacilo y después admito—. Soy inteligente.

—Lo sé. —Estira las piernas y dobla los dedos de los pies.

—¿Sí?

—Sí. Los apuntes que cogiste estaban bastante bien. Solo alguien que entendiese la asignatura la puede explicar así.

—Vaya.

—Pero te gusta hacerte el tonto, así que no lo estropearé.

—No me hago el tonto, es que no... me interesa. El instituto es un fastidio.

—Si acepto...

Sonrío.

—Si acepto —dice, esta vez mucho más seria—, habrá reglas.

—Paso. No me van las reglas.

Ella sonrío con dulzura.

—Entonces paso de la amistad.

Gruño en voz baja.

—Vale, da igual. A ver esas reglas.

—No puedes tontear conmigo.

—Vale —asiento, porque ya he dicho que no lo haría.

—No puedes flirtear.

—Negativo. Eso es natural y no puedo evitarlo. —Alzo la mano en compromiso—. Pero si lo hago puedes pararme los pies.

—Vale.

—¿Qué más?

Ella se lo piensa.

—Nada de cosas con doble sentido.

—Imposible. También lo hago sin pensar... y nunca mejor dicho. —Suspiro—. ¿Ves? Pides demasiado. Mi contraoferta es que ignores las frases con doble sentido. Mi padre siempre dice que si no le prestas atención a algo, no ha pasado.

Puedo ver que reprime su risa.

—Tu padre dice eso. En serio —arrastra las palabras. Su voz está teñida de escepticismo.

—Ajá. O puede que fuera Gandhi. Bueno, alguien inteligente. Deberíamos tener un apretón de manos personalizado —le digo.

Ella alza una ceja.

—Un apretón de manos.

—Sí. LeBron James tiene uno distinto con cada uno de sus compañeros. Por eso se sabe que se llevan bien. Creemos uno de esos.

—No voy a acordarme de algo complicado. Voto por una canción. Puedes cantarme una canción cada vez que nos veamos. —Cierra los ojos.

La pobre está tan cansada. Cojo una manta que está extendida en el respaldo del sofá.

—Ya te he dicho que no tengo oído —le recuerdo mientras le tapo las piernas con la manta—. Pero ¿cuál propones?

Ella se cubre hasta la barbilla.

—Era broma.

—Me apunto a cualquier cosa.

—Ya veo.

—Si no hacemos lo de la canción o el apretón entonces nos queda tocar la puerta de forma secreta.

Ella no responde. Veo como su pecho se eleva de forma rítmica. Me levanto del sofá y alzo sus piernas para dejarlas donde estaba sentado. Ella ni siquiera se despierta cuando pongo un cojín bajo su cabeza y la tapo con una bonita manta que he encontrado doblada junto al sofá.

Por mucho que quiera quedarme, sé que Hartley preferiría despertarse sola. Así que me voy.

No sé por qué me he empeñado en la idea de ser amigos, pero siento que es lo correcto. Quiero que Hartley forme parte de mi vida y si debe ser como amigos, seremos amigos.

Es diferente, pero puede que no sea malo.

Capítulo 10

Yo: «¿*Dnd stas*, mejor amiga?».

Hartley: «No somos mejores amigos».

Yo: «¡Dijiste *q sí!*».

Hartley: «A ser AMIGOS. No mejores».

Sonrío a la pantalla del móvil mientras camino por el pasillo del edificio de arte en la zona este del campus. Nunca he tenido clases aquí. No soy muy creativo.

«Bueno, ¿*dnd stas?*», le escribo.

«No s asunto tuyo», responde Hartley, y termina el mensaje con una carita sonriente.

—Menos mal que me sé tu horario —digo en voz alta—. Buenos días, señorita.

Hartley pega un bote de la sorpresa cuando me acerco a ella por la espalda. Estaba a punto de entrar en una de las aulas de música pero se da la vuelta.

—¿Qué demonios? —Deja escapar el gruñido más adorable—. No, Easton. Solo tengo tres horas de práctica individual a la semana y no pienso dejar que las estropees. ¡Márchate!

Hago un puchero.

—Pero tenía tantas ganas de oírte tocar el... —Ladeo la cabeza—. ¿Qué tocas?

—Violín —responde a regañadientes.

—Qué sofisticado. —Estiro el brazo y abro la puerta—. No tengo nada mejor que hacer.

Ella vacila pero después entra en clase. Mientras saca su instrumento del pequeño maletín negro, yo investigo la pequeña sala que usa para practicar. No es mucho más amplia que el piano que hay pegado contra la pared. El lugar está vacío salvo por el banco metido bajo el piano —que Hartley saca— y un atril negro de metal para dejar sus partituras.

—¿Me matarías si me siento en el piano?

—Sí —responde sin despegar los ojos del violín.

—Eso creía. —Me siento en el suelo—. De todas formas prefiero restregar el culo contra el suelo sucio. Refuerza mi sistema inmunológico y esas cosas.

—Bien por ti.

—No detecto mucha simpatía en tu zona de la sala.

—¿Ayudar a tu salud no es algo que haría una mejor amiga? —dice al tiempo que ordena varias partituras del atril.

—¡Ajá! Admites que somos mejores amigos. —Cierro los ojos, me apoyo contra la pared y cruzo los brazos sobre el pecho. Espero una réplica, pero en lugar de eso oigo el lamento triste de la música.

Al principio las notas son débiles, apenas unos pocos ecos en el aire seguidos de varios más, pero poco a poco empieza a construir el sonido por capas, hasta que los acordes se tocan uno casi encima del otro y la música es tan rica que me resulta difícil creer que es obra de un solo instrumento.

Abro los ojos y veo que Hartley ha cerrado los suyos. Ni siquiera mira su partitura. No toca solo con sus manos, sino con el cuerpo entero. Por eso parece que hay una orquesta en la sala.

La música me llena, acalla los ruidos de mi vida, hace que mi corazón se engrandezca más y más hasta que de mí solo quedan oídos y un alma.

Y eso me asusta la hostia.

Me levanto.

—Esperaré fuera —murmuro.

Hartley apenas responde cuando me voy.

Fuera, me froto los brazos con las manos. Tengo la piel de gallina. Ahora que mis pulmones ya no están llenos de su melodía puedo volver a respirar.

Resbalo por la pared hasta que mi culo choca contra el suelo. Los sonidos que crea con su violín se escapan a través de las grietas del suelo y no puedo encerrarme en mí mismo del todo.

Es como si cada vez que rozase las cuerdas con el arco intentase abrirme y exponerme. No soy una persona profunda. No me afecta la música. Soy Easton Royal, superficial y una persona a la que solo le interesa pasárselo bien.

No quiero mirar profundamente en mi interior y ver la aburrida e interminable nada. Quiero vivir en una negación feliz.

Debería marcharme ahora mismo. Levantarme y buscar a alguien con quien pelear o... De hecho, si quiero hacer lo otro, tengo a Hartley.

No necesito ir a ningún lado. Solo convencerla de que esta amistad sería muchísimo mejor si estuviésemos desnudos cuando nos quedásemos solos.

Y tengo la forma perfecta de conseguirlo.

Entro de nuevo en la sala estrecha y me armo de valor para soportar a Hartley y su violín mágico. Afortunadamente soy capaz de resistir el resto del tiempo sin venirme abajo.

No me afecta la forma en que sus dedos vuelan sobre las cuerdas. No me fijo en la capa de sudor que cubre su frente. No me importa que los rasgos que antes pensaba que eran normales la hacen parecer una diosa cuando está en su trance musical.

Nada me importa. Ni un poquito.

—¿Has terminado ya? —pregunto cuando deja el violín en el regazo.

Ella señala con el arco una luz sobre la puerta.

—Ya es la hora. —La luz es de color rojo—. Solo se nos permite ensayar durante una.

¿Ya ha pasado una? Parecían diez minutos

—No puedo creer que ya haya pasado una hora —exclamo a la vez que frunzo el ceño.

—No tenías que entrar o quedarte.

Mi ceño fruncido se acentúa al verla guardar su instrumento con

expresión serena. Es cierto que no le importa que haya estado aquí.

El picor entre mis omoplatos se debe a que será más complicado acostarme con ella, no porque me decepcione que no busque mi aprobación o mis elogios.

Le cojo el maletín y me echo su mochila a la espalda.

—¿Por qué el violín? —pregunto al salir de la clase. Saludo con la cabeza a un par de compañeros, que me miran sorprendidos, con los ojos como platos, mientras camino por el pasillo al lado de Hartley.

Ella los ignora, claro.

—La música era una obligación en mi casa. Mi hermana mayor eligió el piano, la menor toca la flauta y yo escogí el violín. Parecía guay cuando tenía cinco años. —Vacila durante un segundo, quizás alguien que no le prestase tanta atención no se habría dado cuenta—. Mi padre lo tocaba. Pensaba que era increíble.

Sus labios se curvan en una sonrisa curiosamente triste. Me pregunto qué significa.

—Ya veo. Yo quería pilotar aviones como mi... —Y ahora me toca a mí vacilar—. Un tipo que conocí me enseñó de pequeño.

A Hartley tampoco se le escapa mi pausa.

—¿Un tipo que conociste?

Me rasco la nuca.

—¿Sabes algo de mi familia?

El drama Royal estuvo en todos los periódicos la primavera pasada, pero entonces ella no estaba aquí. Los cotilleos han ido desapareciendo.

—¿Lo legal?

Asiento brevemente.

—He leído algo en internet, pero pensé que la mayoría no sería cierto.

—Si lo que leíste fue que el socio de mi padre mató a la novia de mi padre e intentó colgárselo a mi hermano, entonces es bastante riguroso.

—¿Y el tipo que conocías era ese socio?

—*Sip.*

—¿Así que ahora intentas que no te guste pilotar, o los aviones, porque temes que te haga parecerle a él?

Su deducción se acerca mucho a la diana.

—No soy como ese cabrón —digo seriamente.

Excepto... que sí.

Me parezco más a Steve que a mi padre. El resto de los Royal se parecen a Callum, pero yo soy impulsivo e imprudente y esos son los rasgos característicos de Steve O'Halloran.

—Te pueden encantar las mismas cosas que a alguien que no te caiga bien —exclama Hartley con tacto—. Por ejemplo, que toque el violín no quiere decir que vaya a beber hasta morirme como otros músicos famosos. Pilotar aviones no significa que vayas a quitarle la novia a tu mejor amigo.

—Él no le quitó la novia a su mejor amigo. Él mató a alguien —digo entre dientes. Pronuncio esas palabras más alto de lo que me gustaría y llamo la atención de un par de estudiantes que pasan por nuestro lado.

Hartley pasa por alto la mención de las acciones de Steve.

—Hay muchas cosas de las que te creo capaz, Easton, pero matar no es una de ellas. Ni siquiera si pilotas un avión.

—Yo también pensaba eso de Steve —murmuro en voz baja.

Hartley no añade nada más hasta que llegamos a su taquilla.

—Gracias por venir a ensayar conmigo, aunque no lo te lo pasases bien.
—Me quita el asa de la mochila del hombro.

Me apoyo contra la taquilla de al lado y observo cómo guarda el instrumento y saca los libros de su próxima clase.

—¿Quién dice que no lo he pasado bien?

—Te marchaste tras el primer pasaje.

—¿Te has dado cuenta? —No movió un músculo cuando me marché de la sala ni cuando volví.

—Claro.

—Bueno, me ha gustado. —Demasiado—. Me ha gustado tanto que puede que dé algunas clases. —Estiro la mano sobre su cabeza y cojo el maletín de la taquilla para después colocarlo bajo mi barbilla—. ¿Qué te parece? ¿Me veo bien?

Hago una pose. Cuando no responde, vuelvo a meter el maletín en la taquilla.

—Da igual —replico indiferente—. El violín es aburrido. Creo que elegiré la guitarra. Es más fácil conseguir tías así.

—Ahora estás siendo un capullo.

Y de nuevo el picor entre los hombros. La sensación de necesitar su aprobación y de cuánto odio no tenerla. Logra que me ponga a la defensiva.

—¿Eso significa que ya no somos amigos? —me burlo.

Ella ladea la cabeza.

—Casi me gusta más cuando eres así. Al menos sé que hay un sentimiento genuino tras tu desprecio. Es mejor que tu falso buen humor.

El picor se transforma en calor.

—¿Falso buen humor? ¿De qué diablos hablas?

—Del hecho de que la mayor parte del tiempo te crees la leche y que eres más interesante cuando te enfadas, como ahora. O cuando eres sincero, como cuando hablabas de tener miedo de volar porque te preocupa ser como el tipo al que solías admirar pero que terminó siendo un ser humano terrible. Sé exactamente cómo es sentirse así.

Abro la boca para empezar con los insultos, empezando por el de que no sabe cómo me siento porque ella es una don nadie y yo soy Easton Royal, pero Pash me salva de mi propia estupidez cuando me da una palmada en la espalda al pasar por mi lado de camino a su clase.

—¿Qué día es hoy? —grita.

—¡Día de partido! —responde, también a gritos, Dominic.

Hartley se gira para ver pasar a los dos jugadores.

—¿Tienes partido hoy?

Señalo mi jersey.

—¿Crees que lo llevo porque sí?

—¿Y yo qué sé? He ido a un colegio femenino estos tres últimos años.

—Um...

—¿Um qué? —pregunta recelosa—. Uf. ¿Estás pensando en algo guarro?

—No, pensaba en que eso ha sido lo único que me has contado.

—Dejo que me escuches cuando ensayo —protesta.

Hora de poner mi plan en acción. Quiero que venga al partido para que vea que soy bueno en algo, como ella. Para que vea que soy algo más que mis comentarios listillos y mi físico. Además, aunque prometí no flirtear con ella, creo que, si me ve con la equipación puesta, le pasará como a todas las chicas a las que les encanta ver a un tío vestido de uniforme.

Aprovecho la posibilidad. La amistad platónica entre tíos y tías no existe. Al final la ropa queda fuera de toda cuestión. Así que solo tengo que tener paciencia.

—Bueno, ya que te he escuchado al ensayar —digo—, eso significa que tienes que venir al partido de esta noche. Me lo debes.

Me preparo para un montón de excusas pero me sorprende.

—Si nos ponemos en plan *quid pro quo*, entonces debería ir a un entrenamiento, no a un partido.

—Mírate, con tu latín elegante. Claro, ven y obsérvame mientras levanto pesas. Lo pillo; quieres verme sin camiseta. ¿Sabes qué? Deja que te ofrezca un vistazo. Está genial, por cierto. Puede que quieras cerrar un ojo para reducir el efecto.

Me levanto el jersey para enseñarle mis abdominales con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Royal! Bájese esa camiseta —ladra el director Beringer, que elige justo ese momento para pasar por nuestro lado.

Avergonzado, bajo el jersey.

Las mejillas de Hartley están sonrosadas pero se hace la dura al decir lo que quiero oír.

—Vale. Un partido.

Lo organizo de forma que Hartley se siente con Val y Ella y así será fácil verla cuando salga por el túnel. No quiero alardear, pero juego de puta madre. Al igual que el resto del equipo. Bran deslumbra. Es un buen fichaje y no tengo problema en decírselo en los vestuarios tras el partido.

—Has jugado muy bien, tío. —Palmeo su espalda al dirigirnos hacia la ducha.

—Gracias. La defensa me lo ha puesto fácil. —Sonríe—. No creo haber tenido que ir más allá de las sesenta yardas para un *touchdown*.

El resto también está eufórico. Hay mucho golpe de toallas y cachetes en el culo al ducharnos y prepararnos para la diversión de después del partido.

—La fiesta de después es en casa de Dom —grita Pash.

Una gran ovación se extiende por los vestuarios.

—¿Irás? —pregunta Connor Babbage al salir de la zona de duchas llena de vapor.

—Seguramente. Pero tengo que consultarlo con mi gente. —Siento mi culo envuelto en una toalla en un banco y cojo el móvil.

«¿Sigues aquí?», le mando un mensaje a Hartley.

«Sip».

«Bien. ¿Ns vemos n l aparkmiento?»

«OK».

El aparcamiento está repleto de estudiantes. Con tantas luces parece que es de día.

Bran se pone a andar a mi lado cuando me dirijo hacia las chicas.

—¿Vas a casa de Dom?

—Puede. —La verdad es que no me apetece nada ir a otra fiesta de instituto donde veré a la misma gente haciendo lo mismo que han hecho durante años. Solo es música, mezcla de alcohol y líos con tías que realmente no me gustan.

—Qué entusiasta. —Pone los ojos en blanco—. Yo iré. Parece un buen sitio para conocer a mis compañeros.

—¿Por qué? Son todos unos capullos —respondo de forma desagradable.

Bran ladea la cabeza.

—¿Incluido tú?

—Yo soy el peor. —No sé por qué estoy de tan mal humor. Por el amor de Dios, hemos ganado. Suelto algo de aire—. Lo siento. Creo que no he conseguido todo lo que podía en el partido. Tú has pasado demasiado tiempo en el campo.

—Acostúmbrate —dice animado, sin inmutarse ante mi mal humor—. Espero pasar mucho tiempo ahí fuera.

—¡Buen partido! —anima Ella cuando nos acercamos, y evita que responda.

Yo miro a Hartley, que repite el halago con un pulgar hacia arriba. ¿Tanto le cuesta mostrar más admiración? ¿Dos pulgares, quizá? Joder.

—Hola —saluda Ella a Bran —, soy Ella.

—Bran. —Él le ofrece la mano—. Creo que vamos a Lengua juntos.

Ella asiente entusiasmada.

—Sí. Te sientas en la fila de delante.

—¿En la fila de delante? Empollón —se burla Val, alzando las cejas en su dirección.

—Esta es Val —le digo al tiempo que señalo a la mejor amiga de Ella—. Y ella es Hartley. —Señalo con la cabeza a la chica que cree que un pulgar hacia arriba es signo de lo bien que he jugado esta noche.

—Hora de confesarse. —Bran hace un pequeño gesto con el dedo y las tres chicas se inclinan hacia él—. No me molesta ir al instituto.

Hartley emite un falso gemido de sorpresa.

—Bueno, ya que nos estamos confesando... a mí tampoco.

Ambos se sonríen y eso me da ganas de vomitar.

—El instituto solo sirve para que los que tienen el poder entrenen en las mentes jóvenes y maleables para imponer el *status quo* —escupo.

Todos me miran con expresiones de sorpresa diferentes. Bran arruga la frente. Val y Ella fruncen el ceño. Hartley parece completamente atónita.

—Eh, vale —dice.

Ella me da una palmada en la espalda.

—No le hagáis caso. Está cabreado porque solo ha hecho un derribo al *quarterback*.

Bran asiente.

—De eso hablaba antes. Lo siento, hermano. La próxima vez me aseguraré de marcar antes para que puedas tener más oportunidades con la defensa.

—¡Bran! —grita alguien—. ¿Vienes?

Nuestro aclamado *quarterback* alza la mano.

—Ya voy. Os veo en la fiesta, chicos.

Las chicas lo despiden con la mano mientras él se apresura a entrar en un Nissan GT-R tuneado. Esas son las ruedas de Dom. Por lo visto Bran no tiene problemas para adaptarse. Debería alegrarme, pero la posibilidad de ir a la fiesta y verle a él y a Hartley —que a mí apenas me mira— flirtear hace que quiera darle un puñetazo a algo.

—¿Qué pasa? —pregunta Hartley con cuidado.

Me meto las manos en los bolsillos para esconder los puños. Por el

raballo del ojo veo que Ella también me mira, pero en lugar de sospecha, su expresión es de resignación. Me conoce lo suficiente como para saber lo que pasa.

—¿Easton? —insiste Hartley.

Yo sacudo los hombros varias veces porque a estos les apetece moverse.

—No sé, me pongo así a veces. Como si tuviese mucha energía corriendo por mis venas. —Sacudo los hombros unas cinco veces más—. No pasa nada. Me tranquilizaré.

—¿Cómo?

—Necesito agotar mi energía.

Ella frunce el ceño.

—¿Qué? —murmuro a la defensiva—. Ella ha preguntado.

Hartley se apoya contra la puerta del copiloto de mi camioneta.

—Vale. ¿Y cómo vas a hacer eso?

La miro con lascivia y mucho movimiento de cejas.

—Ni hablar, Royal. Recuerda las reglas.

Val resopla.

—¿Qué reglas?

—Har-Har...

—¿Har-Har? —gruñe Hartley.

—Tu nuevo apodo. —Hago un gesto con la mano para quitarle importancia antes de volver a la conversación con Val—. Bueno, Har-Har me dio una lista de reglas para la amistad. Es la única forma de que me honre con su presencia.

—Y una de esas reglas es que tiene prohibido flirtear conmigo —explica Hartley.

—¿Cómo me apunto a eso? —inquire Val animada.

—Eh, no estaba flirteando con nadie —protesto—. Tú has preguntado cómo me gustaba desestresarme y esa es la respuesta. —Bueno, también hay otra, pero no la pienso decir en voz alta, no mientras Ella me observe como un ave rapaz. Sabe exactamente lo que espero hacer esta noche y no le gusta.

—¿Por qué no vamos a casa de Dom en tu camioneta? —La voz de Ella es demasiado animada—. Dejaré mi coche aquí y lo recogeré después.

Sip, está en modo niñera.

—Lo siento, hermanita. Es una idea estúpida —digo igual de animado—. No vas a dejar un descapotable en el aparcamiento del Astor cuando esos gilipollas de Gatwick pueden hacerse con él. Los hemos aplastado esta noche y están cabreados.

—Tiene razón —dice Val, que se pone de mi lado—. Cuando les ganamos el año pasado pintaron de amarillo el campo del lado sur con spray. Llevemos tu coche por si acaso.

Ella sabe cuándo la han vencido.

—Vale. Val y yo os veremos allí. —Me mira fijamente—. ¿Verdad?

—Claro —le aseguro.

Miento como un bellaco.

En cuanto nos separamos y Hartley y yo nos quedamos solos en mi camioneta, me giro hacia mi copiloto y le digo:

—¿Te importa que nos desviemos?

Capítulo 11

Es evidente que Hartley está confusa y un poco nerviosa, pero lo lleva con bastante deportividad. Salta la valla que separa el astillero del resto de dependencias portuarias sin queja alguna y no pronuncia palabra mientras avanzamos a través del oscuro laberinto de contenedores. Cuando llegamos a nuestro destino y se gira hacia mí con preocupación en los ojos.

—¿Qué es este sitio?

—Es noche de peleas —le explico con felicidad. La adrenalina me quema en las venas, y mis puños ni siquiera han hecho contacto con carne todavía.

No obstante, miro en derredor y me quedo un poco chafado. No hay tanta muchedumbre esta noche, lo cual es extraño, porque es viernes y las peleas de fin de semana suelen estar abarrotadas. Supongo que aún hay gente a la que le asusta venir tras el fracaso de hace poco.

Pero, bueno, qué remedio. Tendré que resignarme a la menor multitud. No me hace falta pegarles una paliza a treinta tíos. Con uno me vale.

—¿Tienes pensado pelear? —pregunta Hartley con nerviosismo.

La agarro del brazo y la llevo hasta un montón de cajas alejadas de toda la acción. En el centro del círculo ya hay dos tíos enormes dándole al lío, asestándose puñetazos y lanzándose insultos. No quiero que nadie animando allí empuje a Hartley sin querer.

—¿Por qué no te sientas? —le sugiero—. Tengo que ocuparme de algo.

Hartley se sienta, aunque lo hace a regañadientes.

Me quito la camiseta y la arrojo sobre la caja junto a ella. No se me escapa el detalle de que sus ojos se abren como platos con disimulo. ¿Me está mirando los pectorales? Supongo que no tuvo suficiente cuando le enseñé los abdominales antes. Estiro los brazos por encima de mi cabeza y empiezo a estirarme de forma exagerada. Hartley gira la cabeza para evitar mirarme. Sonrío. La tengo loquita.

—¡Eh, Royal! ¡Paga!

Metó la mano en mi bolsillo trasero.

—Toma —le digo a Wilson, el tío rapado encargado de recaudar la pasta.

Pongo un fajo de billetes en su sustanciosa mano. Cuesta un riñón pelear, pero soy un Royal. Me lo puedo permitir. También hay posibilidad de ganar mucho, pero como ahora Reed ya no pelea, no tengo a nadie por quien apostar. No puedo apostar por mí mismo; no tendría gracia, sobre todo porque ya sé cuál va a ser el resultado.

—El rubito de allí ha dicho que te quiere para él desde que te ha visto llegar —me dice Wilson, regalándome una sonrisa de oreja a oreja.

Echo un vistazo por encima de su enorme hombro hacia la rata de gimnasio alta y rubia junto a un grupo de tres o cuatro tíos más. Ah, sí. Los reconozco como los gilipollas hermanos de fraternidad de aquella fiesta a la que fui el fin de semana pasado. Creo que me he tirado a una de sus novias.

—¡Royal! —espeta uno de ellos. Su rostro está rojo, y tiene los ojos entrecerrados—. ¡Si vuelves a acercarte a mi chica, te mataré!

Supongo que fue su novia. Saludo a Cara de Tomate con la mano.

—¿Qué tal si intentas matarme ahora? —Hago un gesto hacia el centro del círculo, bloqueado ahora para las peleas.

—Voy a dejar que Mike lo haga por mí —se burla, dándole una palmadita en la espalda a su colega.

Maricón. ¿Va a dejar en manos de su amigo petado el castigo por haberme acostado con su novia? ¿Qué pasó con aquello de pelear por el honor de tu chica?

Hartley observa nuestro intercambio con creciente preocupación.

—¿Te ligaste a la novia de ese tío?

Le guiño un ojo.

—¿Quién, yo?

—Easton —su voz se reduce a un susurro—, esto no me gusta.

—¿El qué, que flirteara con su novia o que vaya a pelear con él?

—La pelea.

Es difícil de decir en las sombras, pero creo que su rostro está palideciendo. ¿Está asustada por mí? Pues vale. Pronto aprenderá que no tiene nada que temer. Yo sé apañármelas.

—¿Puedes, por favor, tener cuidado? —me suplica.

No. Ir con cuidado no tiene gracia. Es aburrido.

—Por supuesto —le miento, y ella parece aliviada ante mi respuesta.

Pero en cuanto pongo un pie en el *ring*, cargo precipitadamente contra Musculitos Mike, porque me muero porque me aseste un gancho. Anhele el dolor que me atraviesa la mandíbula y que me hace tintinear los dientes. Anhele la sangre que escupo sobre el pavimento. Otra cosa que mi hermano y yo tenemos en común, aparte de nuestro gusto en lo referente a chicas, es nuestra sed de violencia.

Dejo que Mike me arree hasta que me aburro. Luego lo finiquito con dos golpes rápidos que lo mandan de culo al suelo, y me acerco con parsimonia a Hartley, que me está mirando con aversión.

—¡Estás cubierto de sangre!

Tiene razón. Está chorreando por mi barbilla y mi pecho. Puedo saborear el regusto a metal en la boca. Pero no me importa. Ahora mismo me siento tan jodidamente bien. Me siento raro. Vivo.

—Wilson —lo llamo, ignorando a Hartley—. Quiero más.

—Easton —dice ella con tristeza—. ¿Nos podemos ir ya? ¿Por favor?

—¿Alguien más quiere vérselas con Royal? —pregunta Wilson al grupo, sonriendo otra vez de oreja a oreja.

Hay como unos catorce tíos sobre el pavimento. Casi todos ellos se presentan voluntarios a pelear conmigo.

Supongo que tengo quejas de más gente de la que creía.

—Ponte cómoda —le digo a Hartley—. Déjame que les dé su merecido a unos pocos más.

—No. —Pronuncia la palabra rápida y mordaz.

Se baja de la caja y me encara. Y ahora que está de pie más cerca de las

luces, veo que su piel sí que está pálida.

—¿Qué pasa contigo? —exijo saber—. Solo es un poco de diversión sana.

—¡Cómo puedes llamar a esto diversión! ¿Un puñado de tíos intentando matarse los unos a los otros? ¡Eso no es diversión!

Su vehemencia hace que ponga los ojos en blanco.

—Vale, relájate. Nadie está intentando matar a nadie. Solo estamos soltando un poco de agresividad, eso es todo.

—Bueno, ¡pues yo no quiero verlo! —Se cruza de brazos con fuerza—. Llévame a casa.

Arqueo una ceja.

—De verdad que no esperaba que fueses tan estirada.

—No me gusta ver a la gente hacerse daño, ¿eso me convierte en una estirada? —su voz sale chillona y temblorosa, pero sus ojos grises arden de furia—. ¿Por qué me has traído aquí? ¿Cómo has podido creer que me gustaría un sitio así?

Frunzo el ceño. Nunca había traído a una chica aquí. Ella, sí, pero eso fue porque nos siguió a Reed y a mí sin que lo supiéramos. Aparte de eso, estas visitas nocturnas al astillero han sido mías. Y solo mías. El mundo de Easton.

¿Entonces por qué he invitado a Hartley a mi mundo interior?

—Pensé que te gustaría —respondo por fin, pero las palabras no suenan sinceras. Esa no es la razón por la que la haya traído. Yo... no sé por qué lo he hecho.

Hartley me cala rápido.

—No. Nada de lo que haces es por los demás. Siempre es por ti. —Me mira con el ceño fruncido—. ¿Te pone que te vea, quizás?

—No. Eso es una estupidez.

—¿Que es una estupidez? —Su voz sube otra octava—. Tú y estos idiotas...

—¡Eh! —protesta alguien, y es entonces cuando me doy cuenta de que tenemos público.

—... venís aquí por las noches y os gastáis cientos de dólares para participar en una versión estúpida de *El club de la lucha*. Si esto no es estúpido, no sé lo que es.

—¡Entonces vete, cariño! —grita uno de los tíos en el grupo de Musculitos Mike con irritación.

—¡Sí! ¡Deja de chillar como una loca y piérdete!

—Royal, ¡amordaza a tu perra!

Me giro en busca del idiota que ha soltado ese último comentario. En cuanto ve mi expresión, da unos cuantos pasos nerviosos hacia atrás.

—Tú —le digo, señalándolo con un dedo—. Pagarás por ese puto comentario.

Da otro paso atrás.

—¿Qué, le pegarás a él también? —dice Hartley con asco—. ¿Así es como solucionas tus problemas, Easton? ¿Con violencia?

—No voy a dejar que un bocazas sin cerebro hable así de ti.

—No me importa. Puede decir todo lo que quiera de mí. No me importa.

—Bueno, pues a mí sí.

—Entonces pelearás por ti, no por mí. Quiero irme —dice con rigidez—. Y quiero irme ya. Así que esto es lo que va a pasar: te volverás a poner la camiseta —alarga el brazo a su espalda y luego me estampa la camiseta contra mis pectorales desnudos—, y me llevarás a casa. O —levanta su teléfono móvil—, llamo a la policía y que ellos desmantelen todo este tinglado.

—¡Aguafiestas!

—Tú, zorra, ¿alguna vez has oído la expresión «en boca cerrada no entran moscas»?

—Tu novia es un asco, Royal.

Tanto Hartley como yo ignoramos los comentarios que nos lanzan. Nos quedamos mirándonos a los ojos fijamente. Los suyos están ardiendo. Son de un gris tan oscuro y turbulento que hasta me entran escalofríos. Está furiosa conmigo.

La he cagado, supongo. Pero de verdad que no creía que unas cuantas peleas le molestaran tanto. Ella era un poco remilgada cuando se encontró con nosotros, pero creo que incluso le gustaba ver a Reed en ese estado salvaje.

—Easton —dice Hartley, en voz baja y amenazadora.

Me encuentro tragando saliva con nerviosismo.

—¿Sí?

—Llévame a casa. —Me lanza una mirada tan fría que hiela el sudor que empapa mi pecho desnudo—. *Ya.*

Capítulo 12

«Lo siento mucho, mucho, mucho. ¡Tres muchos! Eso prueba que lo digo de *vdd*».

Tras mandar el mensaje y durante al menos treinta minutos, me quedo tumbado en la cama mirando sin pestañear al teléfono y deseando que Hartley me responda. No lo hace. Como tampoco ha respondido a ninguno de los mensajes que le he mandado entre las nueve y media y las doce del mediodía de hoy. Un total de ocho mensajes sin respuesta llenan nuestro historial de conversación.

Siento un peso extraño en el pecho que no desaparece. Me siento mal, supongo. No dejo de pensar en la mirada que tenía Hartley en las peleas. En su expresión dolida No puedo quitármela de la cabeza. Peor, no sé cómo arreglarlo. No me dijo ni una palabra de camino a casa anoche desde el muelle, no hasta que llegamos a su apartamento. Cuando intenté bajarme de la camioneta para acompañarla hasta su puerta, me atravesó con la mirada y dijo: «¿En qué beneficia a Easton Royal acompañarme hasta la puerta? En nada. Así que no lo hagas». Luego se bajó del vehículo y cerró la puerta de tal portazo que todo el coche tembló.

Me molesta que piense que soy un imbécil egoísta.

Me muerdo el interior de la mejilla, cojo el móvil y escribo otro mensaje.

«*Xfa*, H, háblame. Si no voy a ir a disculparme en persona».

No sé si es por la amenaza o si de repente ha decidido que está de humor

para responder. El caso es que obtengo el resultado deseado. Veo los tres puntitos grises que indican que Hartley está escribiendo algo.

Por fin, joder.

«Ni se te ocurra venir, Easton».

«Lo haré si no dejas de ignorarme. No *m* gusta».

«¿Sí? Bueno, a mí no me gusta que me lleven a un club ilegal de lucha a la fuerza y luego me digan que soy una estirada».

La culpa me atraviesa. Se me revuelve el estómago, pero eso puede ser por la botella de tequila que me bebí cuando dejé a Hartley en su casa. Las discusiones como esa casi siempre me llevan de cabeza al mueble bar.

«¿Cuántas *vecs* voy a *tner q decirt q* lo siento para *q* me *perdons?*»

Sin respuesta.

Frustrado, me siento en la cama y me doy unos cuantos cabezazos contra el cabecero acolchado. Luego sigo escribiendo.

«*Xq* lo siento, Hartley. *M* siento fatal por llevart allí, y luego *x obligart* a *quedart* cuando *m* pediste *q t* llevase a casa. Tienes todo el *drecho* a *star nfadada* conmigo».

Más silencio.

«¿*Q* quieres *d* mí?».

«Veracidad», contesta por fin.

¿Veracidad? ¿Qué coño es eso? Me paso una mano por el mentón y me quedo mirando el teléfono fijamente. Sí que lo siento. Es lo más veraz que puedo ser. El hecho de sentir remordimientos incluso es nuevo para mí. ¿Por qué no lo ve?

Mis dedos se quedan a meros milímetros de la pantalla. ¿Qué le digo? ¿Qué puede convencerla?

«Soy lo más veraz que *t* vas a encontrar, nena».

Lo leo una vez más antes de enviarlo. Y luego lo vuelvo a leer. A la tercera, caigo en la cuenta de que es la peor respuesta en la historia de la humanidad. No se me da bien esto de mandar mensajes. Si estuviese aquí delante de mí, sería capaz de ver lo mucho que lo siento.

«Ven, verás *q* lo digo en serio».

«Ahora sí».

¿Qué cojones significa eso? Esta tía es como un plan de vuelo avanzado,

y, por desgracia, no tengo ninguna chuleta ni aplicación que me ayude a resolverla.

«No puedo ser serio todo el rato. Sería aburrido».

«A veces lo aburrido es bueno. En silencio es cuando se oyen los latidos del corazón».

¿Me está enviando la letra de una canción? Ya ni siquiera sé quién es esta chica.

Doy golpecitos con los dedos a los laterales de mi móvil e intento pensar en la mejor frase que se me ocurra. Las típicas no van a funcionar, así que...

Sé veraz, me reclama. La razón por la que no se me ocurre nada bueno que escribir es porque todas las frases están vacías de significado. Sé veraz. Bajo los dedos sobre el teclado.

«No quiero perder tu amistad. *M* gustas».

Cuando envío el mensaje, me doy cuenta de que esta es la primera vez que le digo eso a una chica:

Me gustas.

Les he dicho «te deseo, creo que estás buenísima». He echado piropos. Les he dado esperanzas. A más de una la he hecho gritar de felicidad, pero no sé si alguna me ha llegado a gustar de verdad.

Pero sí que me gusta Hartley.

Me quedo mirando la pantalla y deseo con todas mis fuerzas que responda. Cuando el bocado verde aparece, dejo escapar el aire de mis pulmones con alivio.

«Tienes una forma extraña de demostrarlo».

No era la clase de respuesta que esperaba, pero al menos no me ha dado por perdido.

«Me encanta pilotar, ¿vale? *Pro* mi padre m ha castigado. Así *q* a veces tengo *q* desahogarme. Pelear es lo único *q* no le hace daño a nadie. Me refiero a *q* la gente está allí *xq* quiere».

Le abro mi corazón para que pueda ver en mi interior. No es un sitio bonito, pero no quiero dejarla escapar.

«Dame otra oportunidad, H».

«Venga, vale. No lo entiendo, pero a la vez sí. Estás perdonado, pero este finde no puedo».

Arrugo la nariz. Eso no me gusta. Significa que estará restregándose lo de la pelea todo el fin de semana.

«¿Qué pasa? Estoy libre y puedo ayudar».

«Si de verdad lo sientes, entonces dame este fin de semana».

«¿Por qué? *T* puedo demostrar *q* lo siento en persona».

«O puedes demostrarme que lo sientes respetando mis decisiones».

«¿*Sto* es madurar? *Xq* creo *q* no me gusta mucho».

«De nada. —A lo cual le sigue—: Gracias por ser veraz».

Le mando una cara sonriente, pero ella no responde. Después de diez minutos de estar mirando el solitario emoticono, pillo el mensaje. Ya ha tenido suficiente de mí por hoy.

El tiempo pasa despacio cuando se está aburrido. Cada minuto que pasa parece una hora. Cada hora parece un día. A media tarde, estoy seguro de que ha pasado medio mes.

—¿Qué día es hoy? —pregunto. Como mi habitación está vacía, nadie responde.

Necesito salir de esta maldita casa. Ese es mi problema. Soy más de actuar que de pensar y, ahora mismo, necesito hacer algo. Así que le mando un mensaje a Pash. Y luego a Dom. Y luego a Babbage.

Nadie responde.

Supongo que eso me deja a la familia como última opción.

Busco a Ella y la encuentro junto a la piscina, con papeles desparramados a su alrededor. Cojo dos botellas de agua del frigorífico, me acerco a ella y le doy un golpecito en la pierna con una de las botellas. Luego me dejo caer en la tumbona que está enfrente de la que ella ocupa.

—Parecías sedienta —anuncio.

Ella levanta la vista de sus deberes.

—¿Oh, en serio?

—En serio. —Me estiro en la tumbona—. También parece que necesites un descanso.

Ella se ríe.

—En realidad, acabo de ponerme.

—Perfecto. Entonces no interrumpo nada. Cotilleemos, amiga mía.

Su risa se convierte en una oleada de hipidos.

—Ay, Dios, Easton, por favor, no vuelvas a decir eso nunca más.

—¿Por qué no? Pensaba que agradecerías mi ofrecimiento. Es lo único que hacéis Val y tú: cotillear.

—¡Eso no es verdad!

Levanto las piernas y sonrío al cielo azul. Hace un día fantástico y mi humor está mejorando. Sigo con resaca, pero la punzada que siento en las sienes no es insoportable y parece que me haya quitado un gran peso de encima. Hartley ya no está cabreada conmigo; ahora solo está «enfadada». Me quedo con enfadada.

—Está bien. Si quieres cotillear, *amiga mía*, cotilleemos. ¿Qué intenciones tienes para con Hartley Wright? Aparte de lo obvio —me pregunta directamente cuando yo alzo una ceja.

—No lo sé. Es nueva. Estoy aburrido.

—No es un juguete —me regaña Ella.

—Lo sé. —Le quito el tapón a la botella y doy varios sorbos—. Es mi amiga, ¿vale?

—Tú no tienes amigas, East.

—Claro que sí. Tú y Val.

—Solo porque ninguna de nosotras se acostaría contigo. Aunque estuviésemos interesadas y supieras que arruinaría nuestra amistad, seguirías eligiendo el sexo sin pensarlo siquiera.

—¿Si Val y tú estuviésteis interesadas en hacer un trío? ¿Perdona? Por supuesto que elegiría el sexo.

—No me refería a un trío —escupe Ella—. ¡Puaj! Eres lo peor. —Se inclina hacia delante y me pega en el brazo con su botella de agua—. Pero bueno, ya sabes a lo que me refiero. Eres amigo de Hartley porque no quiere liarse contigo. Si no, seríais más que amigos.

Me encojo de hombros otra vez.

—No sé. A lo mejor.

—Deberías dejarla en paz.

—¿Por qué?

—Porque te ha dejado claro que no le interesa. Y anoche, en el partido, nos dijo a Val y a mí que estaba buscando un segundo trabajo porque en el actual no gana lo suficiente. Nos dijo que, ahora mismo, solo está

concentrada en el trabajo y el instituto.

—Sí, a mí también me lo ha dicho. —Me incorporo—. ¿No estás mínimamente mosqueada por el hecho de que un alumno del Astor Park viva en un apartamento destartado en Salem Street?

—Por supuesto, pero ella no quiere nuestra preocupación, y la comprendo. Yo odiaba cómo me miraban en el Astor. Si va a clase y come bien, entonces debemos dejarla en paz. Es lo que yo querría.

Decido no puntualizar que se está contradiciendo. Ella se metió en nuestros asuntos desde el instante en que puso un pie en nuestra casa. Es un metomentodo. Me sorprende que no lo admita.

No obstante, decido cambiar de tema.

—¿Con qué estás? —Señalo con el dedo los papeles.

—Funciones continuas. No las entiendo.

—Básicamente significa que puedes mover el lápiz en direcciones negativas y positivas en la gráfica sin levantarlo del papel. —Dibujó una curva sinuosa—. ¿Ves?

Ella asiente.

—Entonces, para determinar si la función es continua, deben cumplirse estas tres condiciones. —Garabateo unas cuantas anotaciones y le devuelvo el papel. Mientras lo examina, miro mi móvil. Pash me ha contestado. Por fin.

«Lo siento. *Tng* comida familiar. Ha venido familia *desd* Atlanta».

Mierda. Suelto el teléfono.

—¿Cuántos problemas te quedan?

—Veinte.

—¿Cuánto tiempo te llevarán?

—Bastante. —Se pone de pie—. Necesito picar algo.

La sigo hasta la cocina.

—Genial. Vamos al French Twist. Pago yo.

—No puedo, Easton. Tengo que terminar todos los deberes hoy. Mañana voy con Val a la universidad. Le daré una sorpresa a Reed para compensar que no iré a su partido de hoy.

Oh, mierda. Me he olvidado de que tenía pensado ir con ella. Suele sacarme a la fuerza de la cama y arrastrarme hasta el coche. Pero a Reed no

le importará que me pierda su partido en casa, prefiere ver a Ella antes que a mí, y siempre puedo ir a su partido contra Luisiana, el próximo sábado.

—Espera —le digo cuando caigo en la cuenta—. ¿Por qué no vas al partido?

Me da la espalda para meter la cabeza en la nevera.

—Porque Callum y yo tenemos una reunión con el fiscal. En el único momento que les viene bien a los dos.

Qué mierda.

—¿A qué hora vais?

—Sobre las cuatro, creo.

—Faltan horas. Tenemos tiempo de sobra para salir. ¿Qué dices? Yo te hago los problemas de matemáticas y...

—No —me interrumpe—. Debo hacerlos yo. Si no aprendo estos conceptos, la asignatura se me hará muy cuesta arriba.

Hundo los pies en el suelo.

—Bueno, seguiré haciéndote los deberes. Vamos, tampoco es que necesites usar la mitad de toda esa mierda en la vida real.

—No todos podemos resolver problemas matemáticos complejos en la cabeza, Easton. Eres demasiado inteligente para tu propio bien. Aunque a veces creo que tu inteligencia juega en tu contra.

—¿De verdad? Porque siempre me estás diciendo lo estúpido que soy.

Bromeo.

—Me refiero a que haces estupideces. Sé que no eres tonto. Eres muy inteligente. Lo sabes, ¿verdad?

—Se me dan bien algunas cosas —admito—. Pero mis notas dan pena.

—Porque no te gustan los exámenes. Te aburre concentrarte en algo más allá de los diez primeros minutos.

—Me gusta pilotar y eso implica más de diez minutos —puntualizo.

Ella coloca un plato con fruta en la encimera, y dice:

—Hay algo interesante ahí arriba que no tienen las clases.

Cierto. En un avión pequeño hay que estar alerta, la mayor parte del tiempo uno se siente vivo allí arriba. Se parece a la sensación de conducir una moto a doscientos kilómetros por hora en plena autopista, pero no es del todo así. No son del todo equiparables.

—Joder. Tengo que volver a pilotar. —Cojo un trozo de melón y me lo meto en la boca.

—¿Has hablado con Callum de ello?

Le respondo con la boca llena:

—No. Ya sé lo que me va a decir.

—¿Que es...?

—Que saque mejores notas, deje de beber y sea más responsable.

Ella ladea la cabeza.

—Ya. Imagino que no tienes tantas ganas de pilotar si todo eso te parecen tan inalcanzable.

Frunzo el ceño.

—Eso ha sido un poco borde.

Impasible, me responde alzando una ceja.

—No quiero discutir, Ella Bella. Venga —la intento convencer—, vamos a jugar.

—No.

Me rindo. Sé de buena tinta que no va a ceder. Es más terca que una mula. Así que solo me quedan los gemelos.

—¿Sawyer y Seb están en casa?

—Están en la sala multimedia con Lauren.

Tuerzo el gesto. Lauren viene demasiado por aquí últimamente, empieza a cansarme. Se comporta como si fuese la dueña de los gemelos, dictando dónde pueden ir y cuándo. Y ellos le han estado comprando cosas. Mierdas caras que, aunque se las puedan permitir, a mí me huele a chamusquina.

—Pásatelo bien. Estoy segura de que serás capaz de encontrar algo en lo que ocupar tu tiempo. —me da unos golpecitos en la espalda antes de volver a salir al patio.

En la sala multimedia encuentro a Lauren sola y pintándose las uñas.

—¿Dónde están los gemelos?

La pequeña pelirroja levanta la cabeza.

—Seb ha ido a comprarme helado y Sawyer ha ido a buscar algo a su habitación.

—Tenemos helado en casa.

Lauren se pinta una línea blanca en la uña.

—Ese no me gusta. —Levanta la mano y sopla.

Joder. Lauren tiene a los chavales en la palma de su mano. Me muerdo la lengua y voy en busca de mi hermano.

Encuentro a Sawyer en el pasillo, lleva una bolsa de Gucci en la mano. Me doy un apretón en la nuca. «No digas nada —me aconsejo—. No es de tu incumbencia».

—¿Te apetece salir?

—¿Y hacer qué?

—No sé. Salir de la casa.

—Espera a ver qué quiere hacer Lauren. —Abre la puerta de la sala, aunque ya sé cuál va a ser la respuesta. A Lauren no le gusta que la vean con los gemelos. En el instituto hace como si solo estuviese saliendo con uno de los dos. A ellos les parece gracioso. Pero en algún momento a uno o a los dos la situación empezará a cabrearle.

Sawyer sale de nuevo, no ha estado ni un minuto dentro.

—Lauren pasa.

—¿Y qué dice Sawyer? —En otras palabras, ¿qué quieres hacer tú y no Lauren?

Mi hermano hace una mueca.

—Yo también paso.

—Vamos —intento persuadirlo—. Puedes salir aunque sea una tarde. O sabes qué, vale, quedémonos en casa un rato y planeemos algo épico para esta noche.

—Lauren tampoco quiere salir esta noche. La última vez que salimos nos molestaron y a ella no le gustó.

—A lo mejor tendríais que salir con alguien menos blando —sugiero.

Sawyer se cruza de brazos y me atraviesa con la mirada.

—¿Por qué no buscas a alguien a quien le importe una mierda lo que pienses?

—¿Por qué no buscas a alguien con quien puedas salir de casa?

—¡Que te jodan! —Vuelve a entrar y me cierra la puerta en la cara.

«Buen trabajo, Easton. Has puesto en tu contra a todos los habitantes de esta casa».

Ella ha elegido los deberes por encima de mí. Los gemelos eligen a la

niñata mimada que tienen por novia. Hartley me hizo prometer que no la molestaría este fin de semana.

Así que, aunque apenas sean las doce del mediodía, solo me queda una cosa por hacer.

Darle al alcohol.

Capítulo 13

Estoy borracho, borracho... muy borracho. Y, de alguna forma, nadie de mi familia se ha dado cuenta. Ella y papá se fueron a la reunión con el fiscal sin tan siquiera beberme. Digo, mirarme. Solo me dijeron adiós con la mano y se fueron. No sé dónde están los gemelos. Puede que arriba con Lauren. Estoy seguro de que uno la abanica mientras el otro le da de comer uvas.

Nunca dejaré que una tía me tenga cogido así de las pelotas. Sobre todo Hartley Wright. Que le den. ¿Se cabreada conmigo porque me gusta pelear? Y qué. Los tíos peleamos. Hacemos estupideces. No tiene derecho a juzgarme.

Me parece increíble que no quiera quedar este fin de semana. Pensé que éramos amigos.

Es la peor.

Me levanto del sofá y salgo de la sala multimedia. Deambulo hasta el despacho de papá y cojo la botella de vodka del mueble bar. Ya me he terminado todo su *whisky*. Aunque dudo que se dé cuenta.

Bebo directamente de la botella y me siento en la silla de cuero de mi padre. Hay documentos en su escritorio, les echo un vistazo sin prestar mucha atención. Parece un informe de investigación sobre los movimientos de Steve en estos últimos meses. Steve recoge su ropa de la tintorería. Steve en el bar de un hotel. Steve, Steve, Steve. Muchas fotos del que alguna vez había sido el tío Steve, el asesino.

Sé que debería sentirme mal porque Steve asesinase a Brooke, pero no lo hago. Era una zorra tóxica. Lo que no me gusta es que él intentara hacerle daño a Ella y no diera la cara cuando arrestaron a mi hermano.

Pero no fue Steve quien intentó cargarle el muerto a Reed, la muerta en este caso, fue Dinah. Quería vengarse de los Royal, así que manipuló al fiscal e incluso contrató a una camarera para que mintiese y dijese que Reed amenazó a Brooke antes de que ella muriese. Dinah hizo todo lo que pudo para destrozarnos nuestra familia. Steve se lo permitió. No hizo nada cuando metieron a Reed en la cárcel, no confesó ser el verdadero asesino.

Eso es imperdonable.

Y me pone de mala hostia porque me gusta Steve. Me gustaba. Me corrijo a mí mismo. No me puede gustar ya. No puedo admirarlo. No puedo desear ser como él de mayor.

Es fácil porque no planeo crecer. Ser adulto es una mierda. Ser adulto implica fingir que te importa otra persona aparte de ti mismo. Y eso significa hacer mierdas que no quieres para hacer feliz a otra persona.

¿Y si no soy feliz? ¿Quién se encargará de ese problema? Nadie. Nadie excepto yo.

Bebo más vodka y llamo a Reed. Su partido ya habrá terminado. ¿Habrán ganado? Probablemente. Su equipo es bueno.

—¿Cómo estás? —responde.

—Empalmado —bromeo.

—Joder, East.

—Lo siento. Estar cerca de Ella me pone así, ¿sabes?

Reed respira hondo. Yo sonrío y bebo más alcohol.

—¿Cuándo vas a crecer?

—¿Por qué querría hacer eso?

—Porque tu actitud va a cabrear a la gente que quieres —exclama directo al grano—. Deja de decir esas mierdas de Ella. Es una falta de respeto hacia ella.

—Y no queremos entristecer a tu adorada princesa, ¿verdad?

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás en casa un sábado por la noche?

—Nadie quiere jugar conmigo. —Bueno, no es cierto. Esta noche hay dos fiestas y en apenas una hora tres tías ya me han mandado fotos desnudas;

pero estoy demasiado borracho y muy vago como para moverme.

—¿Estás muerto del aburrimiento? —adivina.

—Oh, mira lo inteligente que eres desde que estás en la universidad.

—Estás muy raro. —Hace una pausa—. ¿Cuánto has bebido?

Alzo la botella para mirarla a contraluz. Está llena por la mitad.

—No lo suficiente. ¿Qué plan tenemos el próximo finde? ¿Dónde juegas?

—Luisiana. Ella irá en avión. Llegará el viernes por la noche.

—Claro que sí. —Ni siquiera escondo la amargura de mi voz. «Ella me besó a mí primero —quiero decirle—, me hice a un lado por ti».

—No intentamos excluirte. ¿Por qué no pillas un avión después de tu partido? ¿O el sábado por la mañana?

Odio la gentileza de su voz. Es jodidamente obvio que cree que soy patético.

—Lo siento, hermano. No puedo. Tengo muchos planes.

Cuelgo y tiro el móvil al escritorio. Empieza a sonar dos segundos después. Es Reed. Lo ignoro.

La botella me llama. Doy un largo trago y espero a que haga efecto. Últimamente necesito más alcohol para alcanzar esa cómoda nada. Las paredes del despacho de papá se me echan encima. El ambiente pesa. Cojo la botella y camino hacia el patio.

Fuera está oscuro, pero nuestra piscina tiene luces que logran que el agua parezca azul e inquietante. La observo durante un rato antes de dirigirme al camino que lleva a la orilla de la playa.

Deambulo por la playa y lanzo algunos guijarros al océano. Lo vasto que es me sobrecoge. La playa es demasiado silenciosa y grande, y la casa demasiado sofocante.

Empiezo a andar y continúo bebiendo por el camino.

Estúpida Hartley. Me desea, sé que lo hace. Si no, no habría metido su lengua en mi boca cuando la besé. Me habría dado un sopapo, y me habría dicho que no la volviera a besar jamás.

Finge que no le gusto, lo cual me molesta. Y ahora tengo que fingir que solo somos amigos, lo cual es rematadamente estúpido. Ella tiene razón; dejaría de lado la amistad de Hartley con tal de que pudiésemos estar juntos.

No es que quiera que estemos «juntos». Creo que sería divertido liarme con ella, solo eso.

Pero estoy cansado de perseguir a alguien que me repite que no lo haga. No mola.

—Hola, Easton.

Alzo la vista y doy un respingo al ver a Felicity Worthington aparecer de la nada, como un genio indeseado. Me pregunto cómo puedo devolverla a su lámpara de diamantes incrustados.

Ella me saluda con los dedos. Yo evito tener un escalofrío y la ignoro. Me vuelvo a llevar la botella a los labios, pero solo quedan unas cuantas gotas.

—¿Sábado por la noche y estás solo?

—¡Premio para la señorita!—me burlo—. Qué observadora.

Mi sarcasmo no le afecta. Se acerca a mí y me quita la botella vacía de las manos. Después me coge de la muñeca y me lleva por el camino que conduce a su casa de la piscina.

Yo la sigo porque tengo curiosidad de saber lo que quiere. Felicity flirtea conmigo pero nunca ha dado señales de querer quitarse la ropa. Lleva una falda caqui, una camisa blanca y un chaleco rosa. El conjunto no es muy distinto del uniforme escolar. Siempre la he visto aburrida y remilgada.

—¿Vienes de una reunión de las Naciones Unidas o algo? —pregunto.

Frunce el ceño.

—No. Mi familia y yo hemos cenado tarde en el club de campo. ¿Por qué?

Esta gente es sosa hasta el cansancio.

—Por nada.

—Siéntate aquí. —Señala una silla azul y mullida—. Espera. No te muevas. Estás asqueroso.

Se dirige hacia un armario y coge una toalla. Tras colocarla sobre el asiento, me hace un gesto para que me siente.

Miro mi camiseta y mis vaqueros. Es probable que haya llevado esta camiseta desde que tengo quince años. Me queda estrecha en algunas zonas y está desgastada en otras, pero es cómoda y está limpia. Por el amor de Dios, tenemos asistenta. Me lavan la ropa.

—¿Qué pasa con mi ropa? —gruño.

—Parece que hayas sacado esos vaqueros de la basura.

—¿La basura? ¿En serio? Me costaron mil pavos. —Sí, gasto mil pavos en unos pantalones. ¿Por qué no? Me lo puedo permitir, joder.

—Eso no quita para que sean feos.

—Los pantalones rotos se llevan. Todo el mundo los lleva.

—No están rotos. Están sucios y son vulgares. En serio, pareces un vagabundo.

No hay alcohol suficiente que me ayude a aguantar esto, así que me levanto y me dirijo a la puerta.

—Gracias por la crítica de moda que no he pedido.

—Espera —exclama irritada—. No te puedes ir todavía. Tengo una propuesta para ti.

Como Felicity no se ha quitado la ropa todavía, no creo que sea una propuesta que me importe.

—Llevas demasiada ropa como para que me interese.

—¿Y qué te parece esto? —Abre otro armario y saca una botella de unos 750 mililitros de vodka.

—A eso me refería. —Intento cogerla pero ella la pone fuera de mi alcance—. Provocadora —la acuso.

—Siéntate y te daré la botella.

Mis opciones incluyen irme a casa y morirme del aburrimiento o beberme el alcohol de Felicity y probablemente follar.

Me vuelvo a sentar.

Con una sonrisa triunfal me da la botella; yo la abro de prisa y me la llevo a los labios.

Su cara refleja asco.

—No puedo creer que seas un Royal.

—Créetelo, nena.

—¿Listo para escuchar mi propuesta?

—No soy mucho de escuchar —le sonrío—. ¿Por qué no me enseñas tus cartas y te digo si me interesa?

—No soy mucho de enseñar —dice fríamente—. Mira, Easton. Te he estado observando durante esta semana...

—Acosadora.

—Mira quién habla —responde y pone los ojos en blanco—. Has perseguido a Hartley Wright, aunque es obvio que es una pérdida de tiempo para ti.

—¿Lo es?

Hartley es muchas cosas. Irritante. Quisquillosa. Está muy buena. Pero yo no la describiría como una pérdida de tiempo.

—Claro que lo es. Es guapa y viene de una familia medianamente buena, pero no es una Royal. Si la midiésemos en una escala de importancia del uno al diez quedaría entre el dos y el tres.

—Mi escala de medida se basa en lo mucho o poco que me quiero tirar a alguien.

Felicity ignora mi comentario, y sigue a lo suyo:

—¿Sabes en qué posición estás tú en esa escala?

—No, pero seguro que me lo dices tú.

—Diez.

—¡No puede ser! —exclamo fingiendo sorpresa.

También ignora esto.

—Claro que tienes escándalos a tus espaldas, pero eres atractivo, tienes dinero y la familia de tu padre lleva aquí desde la época colonial, así que tu pasado se puede pasar por alto en gran medida.

—Gracias por tus comentarios positivos.

—De nada.

No es sarcástica. Lo que significa que no ha pillado mi sarcasmo. Esta tía es muy rara.

Miro alrededor inquieto y me pregunto por enésima vez qué coño estará haciendo Hartley que yo no puedo hacer también. Creo que es hora de que me vaya. Incluso la soledad del despacho de papá me atrae más que escuchar a Felicity hablar sin cesar de la clasificación social. Puede que me pase por casa de Hartley y compruebe si está allí y necesita que le eche una mano.

—Aprecio tu evaluación, Felicity, pero me piro a casa.

—No he terminado.

—Has gastado mucho tiempo analizando mi estatus —le ofrezco una sonrisa burlona—. ¿Cuándo haces los deberes?

Ella sorbe.

—No necesito hacerlos. Estar en lo alto del escalafón no tiene nada que ver con las notas. Tú más que nadie deberías saberlo. —Su tono de voz es jodidamente condescendiente—. Lo importante son los contactos. La persona con los mejores contactos llegará más lejos que la persona con las mejores notas.

Lo triste es que es cierto.

Le doy otro trago al vodka. Imagino que si me bebo toda la botella no importará lo que diga Felicity. No seré capaz de escucharla. Además, parece saber más de Hartley que cualquiera al que yo haya preguntado, y eso hace que permanezca sentado.

—¿Qué más sabes de Hartley?

Los ojos de Felicity brillan. Si estuviese menos pedo podría analizar su expresión, pero su cara empieza a estar borrosa. Y su voz también. ¿Pueden las voces estar borrosas? Deben, porque la suya está así.

—Dejó el colegio hace tres años y ha vuelto este verano. La verdad es que no forma parte de nuestros círculos.

—¿Te refieres a que no es una imbécil que se cree importante como el resto de nosotros?

De nuevo mi puya queda en el olvido. A Felicity no le importamos una mierda mi opinión y yo. Hace un gesto con la mano y responde:

—Volveremos al tema de Hartley, ¿vale? Primero deja que te cuente lo que quiero.

Empiezo a entender que no quiere que me quite la ropa. Mierda. Menudo desperdicio de noche.

—Lo que sea. Pero rápido.

—Quiero estar en lo más alto del Astor —dice sin rodeos—. Hay un par de formas de conseguirlo. Opción uno: deshacerme de Ella.

Me pongo recto y tenso los hombros.

—Eso no va a pasar.

—Podría, cielo. Por suerte, hay una forma más fácil. —Sonríe y, esta vez, incluso en mi estado de embriaguez, lo interpreto correctamente como una señal de aviso.

—¿Por qué siento como si me fueran a comer vivo? —murmuro.

—Opción dos: si no puedes destronar a los Royal, debes unirme a ellos. La forma más fácil de escalar a la cima es estar contigo.

—No soy el único Royal —le digo mientras me pongo de pie. Solo pensar en estar con Felicity me hace tener nauseas.

—No, gracias. No me interesan los juegos enfermizos de tus hermanos.

—Oye, oye —digo serio. Nadie habla mal de mi familia—. No están enfermos y no son juegos.

Felicity recula sabiamente.

—Lo siento. Tienes razón. Como parte de la familia Royal no debería insultar a los hermanos de mi novio.

Resoplo.

—¿Novio?

—Sí. Quiero salir contigo.

—¿Por qué? ¿Cuál es tu problema? —Me río de mi propia broma. Pero después frunzo el ceño porque acabo de reírme de mí mismo.

Tensa los labios en una fina línea.

—Es nuestro cuarto año y quiero disfrutar de los beneficios de salir con un Royal. Como volar a la capital para cenar o dar un paseo en yate. Quiero eso. Que las chicas me miren y me envidien. Quiero aparecer en la portada de *Mujer sureña*, con una foto nuestra posando en tus jardines.

—Chica codiciosa. Quieres muchas cosas. —Dejo caer la botella en la mesa—. Lo siento. No me interesa ayudarte.

—¡Espera! —Se apresura a alcanzarme y me coge del brazo antes de que llegue a la puerta—. Ni siquiera sabes lo que te daré a cambio.

Yo me libero de su mano.

—No quiero nada de ti, nena.

—No, pero quieres algo de Hartley Wright, ¿no?

Eso me llama la atención. O algo así. A mis ojos les cuesta enfocar la cara de Felicity. Enfocar cualquier cosa, en realidad.

—¿Qué tiene que ver esto con Hartley?

—Depende. ¿Quieres tirártela o quieres salir con ella?

Yo sonrío.

—No me van las novias.

No, espera. Sí que he tenido novias.

Estuve con Claire, ¿no?

Pero después de un tiempo, dejó de gustarme.

Aunque Hartley no es Claire.

¿Puede que sí quiera tener novia?

Joder, la cabeza me da vueltas. No puedo centrarme en una sola cosa siquiera. Todo revolotea a mi alrededor.

Felicity asiente, algo aliviada.

—Eso creía. Vale, entonces quieres acostarte con Hartley. Pero ella pasa de ti.

—Oye —protesto—. Eso ha sido una cabronada. Eres una cabrona.

Felicity pone los ojos en blanco.

—Lo siento, pero es la verdad. Te lo dije, te he estado observando. Esa tía no quiere tener nada que ver contigo. Pero...

Agudizo los oídos. Pero... Me gustan los peros.

—Si sales conmigo te convertirás al instante en alguien no disponible, y las chicas siempre queremos aquello que no podemos tener. Hartley estará tan celosa que se tirará encima de ti, literalmente. Confía en mí.

No estoy seguro de poder asociar la palabra «confianza» con Felicity, pero no va desencaminada. Todos queremos lo inalcanzable. Lo prohibido. ¿No fue eso lo que me llevó a enrollarme con la señorita Mann?

—Además —continúa Felicity—, hay otros beneficios. Salir conmigo significa ir al baile de fin de curso, al de bienvenida y a los eventos del club de campo sin expectativas. Si se lo pides a otra chica, pensará que te gusta. Pero yo no quiero acostarme contigo y serás libre de tirarte a quien quieras mientras no sea del Astor. —Ve que frunzo el ceño y añade rápidamente—. Excepto a Hartley. Puedes tirártela una vez o lo que sea; es decir, has dicho que solo quieres acostarte con ella. Así que lo podrás hacer, a poder ser en secreto. Pero si alguien lo descubre admitiré que me has puesto los cuernos con Hartley, que te he perdonado y que estamos más unidos que nunca.

—Estás insinuando que quieres una relación falsa, que yo ponga a Hartley celosa y me acueste con ella, pero solo en secreto. —Creo que estoy demasiado borracho para esta conversación. Pero me gusta la idea de poner celosa a Hartley. Hacer que ella me persiga a mí.

—Es una relación de negocios. Yo hago algo por ti y tú por mí. Nadie

sale herido.

Nadie sale herido. Me gusta cómo suena. Más o menos es mi lema. Vivir de la mejor forma sin herir a nadie. Entrecierro los ojos para enfocarla porque su cara vuelve a estar borrosa.

—Vale.

—¿Vale? —Su voz denota sorpresa.

—Sí, vale —farfullo—. Pongamos celosa a Hartley. —Me encanta la idea.

Felicity parece un poco frustrada.

—Esa no es la única razón...

—Buenas *nochessss* —digo al abrir la puerta. O, al menos, al *intentar* abrirla. Me lleva tres intentos que se mueva—. ¡Gracias por el vodka! —digo por encima del hombro, y después salgo dando tumbos de la casa de la piscina.

Capítulo 14

A pesar de que una resaca monumental me dejó fuera de juego todo el domingo, no llego tarde al entrenamiento del lunes por la mañana. Bien por mí. La mayor parte del tiempo nos dedicamos a poner al día a Bran sobre el despliegue de nuestra línea ofensiva. Aprende rápido y tiene buen instinto en el campo. Solo soy capaz de atraparlo una vez al final del circuito de entrenamiento. Como no se me permite arrollarlo sin que los entrenadores me destrocen, le doy un abrazo a modo de aviso y después lo empujo a un lado.

—No está mal, Mathis —le digo.

—Me alegra no tener que enfrentarme a ti este año —dice al tiempo que da palmadas al pin que lo señala como intocable. Los defensas no podemos tocar al *quarterback* cuando viste el jersey rojo.

—Están Carson Dunn, en North, y TJ Price, en Gibson High —le aviso.

—*Nah*. Ya lo sé. Pero sois la mejor línea defensiva de la liga este año. Sois la pesadilla de los *quarterbacks*. —Me da una palmada en la espalda—. Cuando me lesioné el año pasado lo primero que me dijeron mis compañeros es que lo hice a propósito, para no tener que huir de los hermanos Royal.

Detecto la nostalgia en su voz al hablar de su antiguo instituto.

—Echas de menos a tus colegas, ¿eh? —le digo, comprensivo.

—Sí. —Echa la cabeza hacia atrás, justo de la forma con la que los tíos intentamos esconder lo que sentimos—. Allí tenía algunos colegas decentes.

Pero hay que hacer sacrificios por el futuro, ¿no?

—Yo no —suelto sin rodeos.

Él baja la barbilla y las comisuras de su boca dibujan una sonrisa.

—Sí, ya he oído algo sobre ti. Imagino que cuando esté en la universidad podré dejar de preocuparme sobre lo que piensen mis padres.

Me da otro manotazo y se aleja en dirección a los vestuarios. Lo sigo a un ritmo más comedido. No tengo prisa por llegar a clase hoy. Sobre todo porque no sé qué horario elegir, si el mío o el de Hartley. Puede que hoy siga el mío. Tengo Estudio a primera hora y Hartley Pensamiento Feminista. Estudio es sinónimo de dormir.

Y no, no se me ha olvidado que dormí todo el día de ayer. Sé que si Ella no hubiese ido a ver a Reed, me hubiera dado una larga charla sobre lo descontrolado que estoy con respecto a la bebida.

Tendría razón. No me acuerdo de nada del sábado por la noche excepto haberme tragado media destilería y haber dado un paseo por la playa completamente pedo. Tengo la sensación de haberme acostado con alguien. ¿Quizá? Si no me acuerdo, seguro que no fue gran cosa.

Después de ducharme me dirijo a la clase de Estudio. Delante de mí Bran se apresura para llegar a su clase y llama la atención de más de una tía. Las chicas del Astor no son mucho mejores que los tíos. Se comen al nuevo con la mirada. Puede que Bran eche de menos su antiguo instituto, pero hay muchas formas de encontrar consuelo en el Astor Park.

Como tiene prisa, acaba arrollando a una pobre incauta. Ella cae hacia atrás y su pelo se revuelve en el aire.

Mierda. Es Hartley.

Camino con rapidez hacia allí pero Bran la coge antes de que caiga al suelo. La ayuda a incorporarse y Hartley, la chica del ceño fruncido perenne en el rostro, le sonrío. Empiezan a hablar.

¿Por qué es siempre tan simpática con él?

—Oye, East, ¿adónde vas? —me llama Pash desde la puerta de clase.

—A clase.

—Esta es tu clase —señala—. Toca Estudio.

—*Nah*. —Acabo de cambiar de planes.

Cuando llego a la clase de Hartley, está abarrotada. Camino hacia el tío

que se sienta a su lado y digo:

—Fuera.

Hartley finge no darse cuenta, con la mirada fija al frente.

—¿De qué hablabais Bran y tú? —pregunto.

—¿Qué te importa? —responde sin mirarme.

Rechino los dientes.

—¿Qué? ¿Ahora persigues a los jugadores?

—¿En serio? —Parece sorprendida—. Tienes un problema, Easton.

Pues sí, muchos. Y uno es que no quiero ser su *amigo*.

—¿Sigues enfadada conmigo? —digo atropelladamente.

Algo en su lenguaje corporal se relaja. Me mira, ve mi expresión y suspira en silencio.

—Uf. Eres como un niño pequeño, ¿lo sabías?

Estoy a punto de responder que soy todo un hombre, pero sigue hablando antes de que pueda contestarle.

—Tienes esa mirada de niño culpable cuando sabes que has cabreado a alguien.

—O sea que sigues enfadada conmigo —digo con tristeza.

No responde.

—Dijiste que hablaríamos el lunes —le recuerdo.

Hartley alza una de sus cejas.

—¿No es eso lo que estamos haciendo?

—Sí. Pero... —Estoy inusualmente nervioso—. Yo solo...

Antes de poder decir nada más, Felicity Worthington aparece delante de mi mesa. A continuación, y para mi completa sorpresa, se inclina y me besa en los labios.

—Buenos días, cielo.

Yo la miro con la boca abierta.

—¿Qué? —digo estúpidamente. ¿Por qué me está besando esta tía?

—Buenos días —repite Felicity, y después mira a Hartley—. Buenos días. Hartley, ¿no?

Hartley parece tan confundida como yo.

—Hola —dice distraída.

—Señorita Worthington —dice la profesora desde la pizarra—. ¿Hay alguna razón por la que se encuentre en mi aula? Porque según mi lista no pertenece a esta clase. Ni usted, señor Royal.

—Claro que sí —digo, y ella se calla, porque ambos sabemos que no me voy a ir.

Mientras, Felicity le sonrío a la vieja.

—Lo sé, señora Ratcliff. Solo he venido a saludar a mi novio.

Todas las chicas emiten un grito ahogado colectivo.

—¡Ya me voy! —Felicity me da otro pico rápido y se marcha.

Vale. ¿A qué coño ha venido eso?

—¿Felicity y tú estáis juntos? —Nora Hernández está prácticamente salivando cuando se gira en su silla para mirarme.

Estoy a un segundo de decir que «y una mierda» cuando veo el leve fruncido de los labios de Hartley. Eso me detiene. ¿Está celosa porque salgo con Felicity?

Para el carro. Dios. No salgo con Felicity. Solo pensarlo me da ganas de vomitar.

—Claro que no —le respondo a Nora, y trato de no sonreír al ver que los hombros de Hartley se relajan. O sea, creer que Felicity y yo salimos le molesta. Ja.

Durante la clase Hartley solo le presta atención a la profesora, y después se va sin decir palabra. Yo corro tras ella pero tengo que parar cuando una mano me agarra de la americana.

Es Felicity.

—Vayamos a Basil's esta noche. —Su tono dominante no me gusta.

Yo la miro.

—¿Por qué?

—Porque es un buen restaurante, y quiero ir.

—Felicity.

—¿Sí, cielo?

—¿Qué demonios te pasa?

Su expresión denota confusión.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que por qué cojones saldría contigo esta noche y por qué

me llamas cielo... —Me paro abruptamente.

Los recuerdos del sábado por la noche me inundan como un maremoto.

Deambulo por la arena, más pedo que nunca. Felicity aparece frente a mí y me arrastra a su casa de la piscina. Estuve allí un rato y aunque no puedo recordar todos los detalles de la conversación me acuerdo de lo importante.

Como lo de fingir una relación para poner celosa a Hartley.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

—Hicimos un trato —dice Felicity en voz baja, ajena a mi creciente pánico—. Y me aseguré de besarte específicamente cuando Hartley estaba mirando.

Joder. Tengo que dejar de beber. Necesito dejar de beber.

—Esto... —trago saliva—. Mira, Felicity.

Sus ojos azules se entrecierran.

—Ese trato... —Dios, esto es jodidamente incómodo. Veo que varios niños nos observan cuando conduzco a Felicity a una fila de taquillas lejos del tráfico del pasillo—, estaba borracho cuando dije que sí.

—¿No me digas? —Su tono derrocha sarcasmo.

—Muy, muy borracho. No recuerdo nada —añado, porque es cierto. Me levanté el domingo por la mañana sin acordarme de haber visto a Felicity y mucho menos de acceder a ser su novio—. Así que... eh... cualquier cosa que dijera... debo echarme atrás.

Ella aprieta los labios y observa mi cara arrepentida.

—No —responde finalmente.

Tenso los hombros.

—¿Qué quieres decir con «no»?

—Que no. Que no te vas a echar atrás. —Curva los dedos en mi antebrazo y me mira con ojos crispados—. Hicimos un trato, he dicho a mis amigas que corriesen la voz de que estamos juntos. Es demasiado tarde.

Siento que la ira recorre mi cuerpo.

—Entonces descorre la voz —le ordeno—. Porque no estamos juntos.

—Sí que lo estamos —rebate como una niña de cinco años. Sus uñas se clavan en la manga de mi camisa—. No me cabrees, Easton. No quieres saber cómo soy cuando me enfado.

¿Por qué? ¿Se convierte en Hulk y atraviesa las paredes con sus puños? No tengo la oportunidad de preguntárselo porque se aleja y me deja observándola consternado.

La noticia vuela. Felicity y sus amigas no pierden el tiempo y le cuentan a todo el Astor que estamos saliendo. Cada vez que intento corregir a algún estúpido idiota que saca el tema, me sonríen o me dan palmadas en la espalda al tiempo que dicen «Claro, Royal». No sé lo que Felicity anda contando por ahí, pero nadie me cree cuando insisto en que no estamos juntos.

Por fortuna, las únicas personas que importan son Ella, los gemelos, Val y Hartley. Los primeros cuatro se ríen cuando me siento con ellos durante la comida. ¿Hartley? Vuelve a desaparecer. Está en paradero desconocido durante nuestras clases de la tarde. Y digo «nuestras» porque paso de ir a las mías.

De hecho, cuando suena el último timbre voy a secretaría y relleno una petición oficial para cambiar el horario.

—Se la daré al director —me dice el señor Miller, mi orientador.

—Gracias.

Él sonrío sin mucho entusiasmo.

—¿Y si el director Beringer la rechaza?

Yo me encojo de hombros.

—Seguiré asistiendo a esas clases. A ninguno de los profesores les importa que esté allí.

El señor Miller niega con la cabeza mientras me dirijo a la puerta.

—Este instituto... —murmura en voz baja.

Sí. Este instituto es un sitio jodido donde los estudiantes son los dueños del cotarro y los profesores se sientan a observar, del todo indefensos. Los niños ricos somos unos cabrones.

Le mando un mensaje a Hartley al salir: «*T* has perdido *ls* clases *d* la *tard*. ¿*T* han llamado *dl* trabajo?».

Para mi sorpresa, contesta de inmediato: «Sí. ¿Me haces un favor?».

Sonrío a la pantalla.

«Claro *q* tendré sexo *cntigo*».

Hay un ligero retraso.

«Olvídalo».

Mierda.

«Perdón. *T* lo dije, me sale solo. ¿*Q ncsitas*, Har-Har?»

«Apuntes de Lit. británica, si tienes».

«*Sip*, he cogido *bastants*».

Ni siquiera me inmuto al escribir esa mentira, pero recuerdo la clase y los tendré listos para cuando termine.

«¿*Cuánd sals?* Puedo ir a tu casa y *dejártels*».

«¿Te importaría traérmelos aquí? Así puedo hacer los deberes en el descanso».

Salta un pequeño mapa en la pantalla, me ha enviado su ubicación: Hungry Spoon Diner, en la calle 14.

«Ok, sin problema —escribo, y me enorgullezco de mí mismo por ser un amigo tan útil—. Puedo llegar *n* 1 hora + o -. Primero *tngo q* dejar a Pash *n* casa».

«Gracias, E».

Guay. Me ha llamado E. ¡Avanzamos!

Guardo el móvil en el bolsillo y cruzo el aparcamiento hasta mi camioneta, donde está Pash esperando. He estado siendo su chófer porque tiene el coche en el taller; se estrelló en una carrera que se organizó en una carretera con curvas peligrosas que da la hostia de miedo y que recorre la costa. Es un milagro que no se haya despeñado por un barranco, pero no soy quién para juzgar. Pash tiene un vicio: carreras ilegales. Yo tengo un millón de ellos.

—Eh —saluda.

—Eh. —Abro las puertas de la camioneta y nos subimos. Tiro el móvil en la guantera y arranco.

En el cuarto de hora de camino a casa de Pash, el móvil suena al menos unas diez veces, obligándolo a mirarlo.

—Tío, Felicity Worthington te ha mandado unos mil mensajes. —Se ríe por algo que ve en la pantalla—. Quiere que esta noche lleves corbata. ¿La

llevarás a cenar?

Lo dice como si un amigo fuese a sentarse con una pitón.

—Y una mierda. —Rechino los dientes y me concentro en la carretera—.

¿Le puedes contestar por mí?

—Claro. ¿Qué quieres que le escriba?

—Escribe que «NO vamos a salir juntos». Mayúscula para el no.

Pash se ríe en voz alta.

—Qué duro, tío.

—Con esta tía no se puede ser majo. —Pongo el intermitente y me desvío a la izquierda, en dirección a la calle arbolada de Pash.

—¿Por qué cree que salís juntos? —pregunta, y escribe algo en mi móvil.

—Porque me lo pidió y yo dije que sí estando borracho.

Vuelve a reírse.

—Estás jodido.

—Gracias por tu apoyo.

—Soy sincero. Ahí va. Enviado. —El teléfono suena en su mano antes de que lo vuelva a dejar donde estaba—. Ha escrito: «Un trato es un trato».

Gruño frustrado.

—No contestes.

—¿Cómo vas a salir de este lío?

Lo miro, él se aguanta la risa.

—Ni idea —admito. Felicity es como un desastre natural, arrolladora. Y empiezo a creer que una psicópata también—. Ya se me ocurrirá algo.

Llego al final de su calle y paro el coche frente a la mansión Bhara.

—Nos vemos mañana en el entrenamiento. —No me ofrezco a llevarlo porque nunca llego a la hora. Pero su padre lo deja allí antes de ir a trabajar, así que no importa.

Chocamos los puños y Pash se baja del coche.

—Nos vemos, East.

—Nos vemos.

Giro y vuelvo por donde he venido, aunque en lugar de dirigirme a casa tomo la carretera que lleva a la ciudad. Llego a un aparcamiento vacío y aparco, saco el boli, mi teléfono, un cuaderno y me pongo al lío. Hace un año empecé a grabar las clases en el móvil. Ayuda cuando hay exámenes, si me

convenzo de que es una clase que vale la pena estudiar. Admito que hago lo mínimo. Un suficiente es un aprobado, tal y como le he dicho a mi padre millones de veces.

Pero tengo mucho cuidado con estos apuntes. Porque, para Hartley, un suficiente probablemente sea un suspenso. Cuando termino, lo guardo todo y voy al encuentro de mi chica.

Hungry Spoon Diner está en un centro comercial junto a un supermercado y una tienda de segunda mano. El cartel de neón anuncia que está abierto.

Cojo el cuaderno y entro. El sitio tiene varias filas de mesas estilo años cincuenta. Tienen los laterales cromados y tapicería de colores brillantes. En el centro hay una barra en forma de U. No hay mucha gente, pero no me sorprende, son las cinco de la tarde de un día laborable. Miro en derredor para encontrar a Hartley, pero solo veo a una camarera con el mismo uniforme blanco y negro que ella tenía puesto la noche que le llevé la cena.

Frunzo el ceño, miro hacia las mesas vacías, y entonces la veo. Bueno, la parte de atrás de su cabeza. Se ha sentado en la mesa más alejada. Y no está sola.

—Puedes sentarte —dice la otra camarera después de saludarme.

—Ah, vale. Gracias.

—Enseguida te traigo el menú.

Asiento y me dirijo a las mesas del fondo. No me siento en la contigua a la de Hartley, sino a dos mesas de distancia. Lo bastante lejos como para que su acompañante no me vea, pero lo bastante cerca como para oír lo que dice Hartley.

Y lo que dice me deja sin aire.

Su voz tiembla desesperada al rogar:

—Quiero volver a casa.

Capítulo 15

—Ya sabes que no depende de mí.

Cierro la boca para no interrumpirlas. La mujer es la hermana de Hartley, creo. La reconozco del artículo, pero no me acuerdo de su nombre. Se parece muchísimo a Hartley, menos en el pelo que, aunque es oscuro, lo tiene corto y con flequillo. Por el contrario, el de Hartley cae como una cortina hasta la mitad de su espalda.

—No, pero eres la mayor —dice Hartley con voz temblorosa—. Eres su favorita, Parker. Papá te escucha.

—Ya no —responde Parker. Su voz suena tensa—. Ahora va por ahí como si fuese el rey Lear, esperando a que todas sus hijas lo traicionen. Dios, ni siquiera debería estar aquí, Hart. Estoy arriesgando mucho.

—¿Ah, sí? —No veo el rostro de Hartley, pero por cómo se ha enfriado su tono, me imagino que su expresión es igual de fría—. ¿Y qué es lo que estás arriesgando exactamente, Parker? Ni siquiera vives allí ya. Tienes un marido y dos niños y...

—... y un fondo fiduciario que le paga la matrícula del colegio privado a mis hijos y la casa en la que vivimos. Si papá se entera de que te he visto...

Hartley ahoga un grito de angustia.

—Nadie se va a enterar.

—Eso no lo sabes. Tiene espías por todas partes.

Frunzo el ceño. El padre de Hartley solo es el asistente del fiscal de

distrito, pero su hermana lo está poniendo como si fuese el jefe de una mafia o algo así. Joder. ¿Qué ha pasado entre Hartley y su padre? Tiene toda la pinta de que la hayan echado de casa, pero ¿por qué?

—¿Te sirvo algo de beber? ¿Café? ¿Agua?

La camarera me interrumpe y deajo de escuchar.

—Eh, vale —murmuro, intento mantener la voz lo más baja posible—. Agua me parece bien. Gracias.

—¿Le has echado un vistazo a la carta? —pregunta.

—Os echo muchísimo de menos —está diciendo Hartley, desconsolada.

La frustración crece en mí mientras intento concentrarme en ambas conversaciones a la vez.

—Todavía no. Necesito más tiempo.

—Vale. Volveré con el agua y te tomo nota.

Cuando se aleja escucho el final de la frase de Parker:

—Podrías cambiar tu situación en cualquier momento. Discúlpate con él y dile que sobreactuaste. Ruégale que te perdone.

—No sobreactué —espeta Hartley—. Lo que hace está mal, algún día saldrá todo a la luz. Esas cosas siempre salen. Tapararlo no nos traerá nada bueno.

—¿Crees que nuestra familia es la única que tiene las manos sucias? —sisea Parker—. El dinero de todo el mundo está manchado. Deberías mantener la boca cerrada...

—¿Y entonces qué pasa con esto?

No tengo ni idea de lo que es «esto», porque no veo a Hartley, pero los ojos grises de Parker se llenan de pena.

—Ya no sé qué creer.

—¿Me estás vacilando? Viste lo que... —Hartley se detiene. Ladea la cabeza hacia adelante y respira hondo—. ¿Sabes qué? No me importa que me echara de casa o no tener dinero. No me importa nada de eso. Pero sí me importan nuestra madre y nuestra hermana. Quiero que estemos juntas.

—Entonces debes perdonar y pasar página —suplica Parker—. Acabar con todo esto, montar un espectáculo solo va a hacerle daño a la familia. Haz lo correcto.

—¡Lo intento! —grita Hartley, y enseguida baja la voz—. ¿Por qué te

crees que he vuelto? Estoy intentando hacerlo bien. Pero a ti no te pueden ver conmigo, mamá no quiere hablarme, y llevo sin hablar con... —su voz se resquebraja y se apaga.

Me da un vuelco el corazón. Está muy afectada.

Parker se pone de pie.

—Lo siento, Hart. Tengo que irme.

Hartley levanta la mano y sujeta la muñeca de su hermana.

—¿Hablarás por lo menos con mamá por mí?

—Ya lo he hecho, muchísimas veces. No me escucha —dice Parker con frustración.

—Entonces, por favor, habla con papá.

—No puedo.

—¿Por qué no? —Hartley suena enfadada ahora—. Miles gana bastante. ¿De verdad os hace falta el otro dinero?

Parker sacude el brazo para deshacerse de la mano de Hartley.

—Pensaba que querías a tus sobrinos. ¿Sabes lo caros que son? Me cuesta dos de los grandes al mes mantener el poni de Macy en un establo y cinco las clases de violín de Dawson. No puedo sacrificar su futuro por ti, Hartley. No me pidas eso. No seas egoísta. Si no te importan tus sobrinos, entonces al menos piensa en tu hermana pequeña. No sobreviviría en un internado. Es demasiado frágil.

Hartley suelta un sonido ahogado que me parte el alma, pero Parker no parece inmutarse. Sale del restaurante sin mirar atrás.

Quiero ir al encuentro de Hartley y abrazarla, pero supongo que ella se lo tomaría igual de bien que si derramase lava ardiendo en su la cabeza. Además, me cortaría las pelotas por haber escuchado a escondidas. Así que me repantingo en el sofá y bajo la cabeza lo máximo posible. La oigo ponerse en pie a mi espalda.

—Jess, ¿pasa algo si me tomo otros cinco minutos? Necesito que me dé el aire.

—Sin problema, cielo. Esto está muerto. Tómate tu tiempo.

Oigo pisadas, pero no en dirección a la puerta, sino al fondo del restaurante. Supongo que hay otra salida por detrás.

—Aquí tienes. —Mi camarera regresa con un vaso de agua—. ¿Ya sabes

qué vas a tomar?

—En realidad, he de irme. —Levanto el teléfono y la libreta, como si ambos objetos explicasen el misterioso problema que me obliga a marcharme.

Ella se encoge de hombros, probablemente porque le paguen igual, me sirva a mí o no. Imagino que no trabaja a comisión.

—Está bien, cielo.

Dejo un billete de veinte encima de la mesa y me levanto.

—Quédate el cambio —le digo por encima del hombro.

Una vez fuera, espero unos veinte segundos y luego rodeo el edificio hacia lo que presupongo que es el callejón de atrás.

Ahí es donde encuentro a Hartley sentada sobre una caja de leche, tiene la cabeza gacha y sacude sus hombros.

Está llorando.

Joder. ¿Qué hago?

Huir antes de que me vea no me parece bien, pero no se me da bien todo eso de consolar a la gente. Además, Hartley no dejará que la consuele. La molesto demasiado.

En realidad... esa es la respuesta. Puede que no sea capaz de abrazarla, acariciarle el pelo y prometerle que todo va a ir bien —¿cómo cojones puedo saber yo cómo van a ir las cosas?—, pero hay una forma segura de hacer que esas lágrimas desaparezcan.

Con una sonrisa, camino hacia adelante asegurándome de que las pisadas sean más fuertes de lo normal para que me oiga llegar.

—No temas, ¡Easton ya está aquí!

Su cabeza se alza de pronto para mirarme.

Atisbo sus ojos brillantes tan solo un instante antes de que rápidamente levante las manos y se seque las lágrimas. Luego alza el mentón y me responde con un comentario mordaz.

—¿Que no tema? Eso es lo más terrorífico que me han dicho nunca.

La alcanzo y levanto mi libreta.

—Eh, oye. No muerdas la mano que te da de comer y te trae los apuntes de Literatura británica —le advierto, fingiendo que no he visto sus lágrimas.

Aunque prácticamente ya se ha recuperado. Sus ojos están enrojecidos,

pero secos.

—Gracias. —La sinceridad está patente en su voz cuando acepta la libreta.

Acerco otra caja de leche y me dejo caer sobre ella.

—¿Todavía te queda tiempo de tu descanso? Porque tengo que contarte algo de lo más loco.

Se coloca un mechón detrás de la oreja.

—Sí, tenemos tiempo. No hay nadie en el restaurante.

—¿Por eso pareces decaída? —digo como si nada—. ¿Porque estás perdiendo propinas?

—No estoy decaída.

Ambos sabemos que está mintiendo, pero mantengo la boca cerrada. No quiero forzarla a que me hable de la conversación que ha tenido con su hermana; quiero que me lo cuente porque le apetezca.

Finjo pensármelo.

—Ay, mierda. Ya sé lo que es. Estabas pensando en lo mucho que te gusto y en cómo te parte el corazón que hayas mandando al traste tu oportunidad conmigo.

Un acceso de risa sale de su boca.

—¿Que yo he mandado al traste mi oportunidad contigo? Eh, estoy bastante segura de que ha sido al revés.

—Cariño, todavía no he hecho nada. —Le guiño un ojo—. Te atraigo. Solo tengo que chasquear los dedos y nos estaremos liando en tu sofá esta noche.

—Ja. Preferiría liarme con esa farola de allí. —Señala a la farola que hay al comienzo del callejón.

—Qué asco. ¿Sabes cuántas manos sucias han tocado ese palo?

—Seguro que las mismas que han tocado el tuyo. —Sonríe de oreja a oreja, orgullosa de su comentario.

—Esa ha sido buena. —Me río por lo bajo y levanto una mano para que me la choque.

Después de un largo instante, se inclina hacia adelante y choca su palma con la mía.

Sus ojos ya no están brillantes y ha relajado del todo los hombros. Le

echo un vistazo a su perfil, el suave ángulo de su pómulo, la curva de su labio inferior, su oreja. Tiene una oreja muy mona.

—Bueno, ¿qué era eso tan loco que me tenías que contar? —me pregunta.

Suelto un quejido exagerado.

—Ay, Dios. No quieres saberlo. Es horrible.

Ella parece divertida.

—Oh, oh. ¿Qué has hecho?

—¿Quién dice que haya hecho algo? —protesto.

—Esto... ¿yo? —Levanta una ceja, como retándome a llevarle la contraria—. Bueno, ¿y qué has hecho?

Suspiro con ganas.

—Me emborraché hasta las cejas y le dije a Felicity que sería su novio de mentira.

Se hace el silencio entre nosotros.

Y, de pronto, Hartley se echa a reír.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Por qué accedí, o por qué quiere un novio de mentira?

—¡Cualquiera de las dos!

—Bueno, quiere un Royal colgado del brazo para poder subir en el escalafón social y presumir en las fiestas.

—Por supuesto —dice Hartley, asintiendo como si eso tuviera perfecto sentido—. Y tú accediste porque...

—¿No has oído lo de emborracharme hasta las cejas? Hago estupideces cuando estoy pedo, Har-Har.

Ella se inclina hacia adelante, todavía riéndose a carcajadas.

—Ay, Dios, Easton. No tienes precio.

—Eso te lo podría haber dicho yo.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunta entre risitas, y me complace ver que todo rastro de pena ha desaparecido de su precioso semblante—. ¿No irás a hacer de su novio, no?

—Joder, no. Ya le he dicho que eso no va a pasar. —Me muerdo el labio—. Pero no va a dejar que me eche para atrás. Me ha dicho que un trato es un trato.

Hartley resopla.

Hago un gesto con la mano.

—No pasa nada. Ya me las arreglaré para quitármela de encima. Es decir, no se puede obligar a nadie a que salga contigo, ¿verdad?

—Supongo que no —dice Hartley de buen ánimo—. Pero Felicity Worthington parece... tenaz.

—Creo que la palabra que estás buscando es «loca».

—*Nah*. No está loca. Solo es una zorra rica que sabe lo que quiere.

Y me quiere a mí. Madre mía.

—Tengo miedo, Har-Har. Abrázame.

Con eso me gano otro bufido.

Ambos nos quedamos callados por un momento. Es extrañamente cómodo. Por lo general, odio los silencios. Me ponen de los nervios, así que los lleno de balbuceos incesantes. Pero ahora mismo simplemente me quedo sentado junto a Hartley, admirando de nuevo su perfil.

Me muero por preguntarle por su hermana, pero no puedo. Que tenga muchísima curiosidad por la conversación que tuvo con ella en el restaurante no me da derecho a meter las narices donde no me llaman. Tengo más fuerza de voluntad que...

—Te vi con tu hermana —suelto de repente.

Ahí está mi fuerza de voluntad.

El lenguaje corporal de Hartley se vuelve tenso y hostil.

—¿Qué?

—Entré cuando estabais sentadas a la mesa —confieso—. Me senté cerca y escuché.

—Tú... ¿nos escuchaste? —Muy lentamente, la ira se hace un hueco entre esas palabras. Luego explota—. ¿Qué coño, Easton?

—Lo siento. No lo hice a propósito —digo a la defensiva—. No quería interrumpir.

Hartley endurece su expresión y aprieta la mandíbula.

—Deberías haberme dicho que estabas ahí.

—Lo siento —repito.

Esta vez, el silencio que cae sobre nosotros sí es de lo más incómodo.

—Entonces, ¿tus padres te echaron de casa?

Ella gira la cabeza hacia mí y me atraviesa con la mirada con tanto ahínco que me recorre un escalofrío por todo el cuerpo.

—Al menos, esa es la impresión que me ha dado por lo que he oído. ¿Qué pasó? ¿Te pillaron esnifando coca? ¿Intentaron mandarte a una clínica de desintoxicación? —Joder, ¿por qué sigo hablando? Es evidente que no quiere hablar del tema conmigo. Pero mi filtro cerebro-boca no funciona. Casi nunca lo hace.

—Nada de lo anterior —murmura.

—Vale. Entonces... ¿qué?

—Mi padre y yo tuvimos una desavenencia —es su críptica respuesta.

Quiero saber más. Lo necesito. Pero Hartley está demasiado enfadada. No puedo preguntarle nada más sin cabrearla por completo.

En realidad, me recuerda un poco a Ella. Cuando Ella vino al pueblo por primera vez, sacarle detalles fue casi imposible. Al final terminó bajando la guardia, cuando entendió que no queríamos nada de ella. O mejor dicho, que yo no quería nada de ella.

Esa es otra cosa que conseguí antes que Reed: Ella me contó a mí que era *stripper* antes de decírselo a Reed. Me pregunto por qué. ¿A lo mejor... es porque Ella nunca me vio como una amenaza?

Tamborileo con los dedos sobre mis rodillas cuando caigo en la cuenta de ello. Apenas tengo tiempo de analizarlo cuando me percató de algo más.

Hartley me ve como una amenaza. Por eso siempre está a la defensiva.

De repente recuerdo el modo en que habló con Bran Mathis, toda sonrisas y cero hostilidad. ¿Por qué? Supongo que porque... porque él no ha hecho chistes sobre meterse bajo su falda como yo lo he hecho. No, como sigo haciéndolo. Le prometí que dejaría de flirtear con ella, que sería un buen amigo platónico, pero... la historia de mi vida: no he mantenido esa promesa.

Soy un cabrón.

—Eh, si quieres, puedo entrar y pasar el rato en una mesa mientras trabajas. Te puedo preguntar los apuntes de Literatura británica siempre que el sitio se quede muerto —le ofrezco.

Hartley parece sorprendida.

—Espera, ¿qué?

—Te he preguntado si quieres que te pregunte...

—No, te he oído —me corta—. Pero no lo pillo. ¿No me vas a preguntar por mi padre?

—No.

Ella abre los ojos como platos, y luego, casi al instante, los entrecierra para preguntar:

—¿Por qué no?

—Porque no es de mi incumbencia. Si quieres contarme la desavenencia que tuviste con tu padre, o lo que fuera, lo harás. —Me encojo de hombros—. Los amigos no se obligan a contarse las cosas. —No hay ni una sola mentira en mis palabras, porque he llegado a muchas conclusiones durante este breve intercambio.

Hartley no va a acostarse conmigo. Se siente atraída por mí —eso lo sé—, pero no va a dejarse llevar. Tiene eso que todos dicen que no me vendría mal: autocontrol. No va a venir a la cama conmigo, ni va a dejar que la toqueteen en los asientos traseros de mi camioneta, ni bajo las gradas, y creo que ya es hora de que lo acepte.

Pero me gusta. No quiero dejar de hablar con ella. No quiero que se sienta amenazada por mí.

Así que... si quiero que Hartley deje de verme como una amenaza, debo empezar a tratarla como algo más que un polvo.

Como a una amiga. Una amiga de verdad, que se preocupa por mí y no necesita estar desnuda para ello.

—En serio —digo con voz ronca—. Estaré aquí cuando estés preparada para hablar de ello. Si es que alguna vez lo estás. Hasta entonces, podemos hablar de otras cosas. ¿Trato hecho?

Su expresión pensativa permanece durante unos momentos. Luego, por fin, abre la boca y murmura:

—Trato hecho.

Capítulo 16

—¿De verdad has cambiado todo tu horario? —exige saber Ella a la mañana siguiente.

Cierro de un portazo la taquilla y me giro para regalarle una sonrisa de oreja a oreja.

—No. Sigo estando en Cálculo.

Me mira con la boca abierta.

—¿Pero todas las otras son diferentes?

—Básicamente.

—¿Y Beringer ha dado su aprobación?

—*Sip*.

—¿Se ha fumado algo?

—¿Verdad?

Me arrebató mi nuevo horario de la mano. La señora G. lo imprimió cuando entré en la oficina esta mañana, después del entrenamiento.

—¡Esto es ridículo! —resopla Ella—. Necesitas ciertas asignaturas para graduarte, Easton. Solo hay una clase de lengua aquí, y necesitas dos este semestre. ¡Y te has matriculado en Política! ¡Esa ya la estudiaste el año pasado! ¿Por qué te dejan asistir otra vez?

—Voy a decantarme por tu teoría de que está fumado.

Ella me estampa el papel en el pecho.

—Este es el horario de Hartley, ¿verdad?

—Sí, ¿y qué? —No es ningún secreto. Ya les dije a todos la semana pasada por qué estaba asistiendo a clases distintas.

—¿No crees que deberías dejarla en paz?

—Pues va a ser que no.

—Pero... te ha dejado más que claro que no quiere salir contigo.

—Lo sé, y me parece bien. Ahora somos mejores amigos, Ella. No te preocupes en lo absoluto.

Ella no se lo traga.

—¿Qué te traes entre manos?

—Solo cosas muy buenas, hermanita. —Pongo un brazo sobre sus hombros.

Suspira.

—Tengo un mal presentimiento.

Su escepticismo empieza a molestarme.

—¿Por qué? ¿Tan difícil de creer es que pueda ser bueno para Hartley?

—Sí. Sabes que te quiero con locura, pero venga ya, Easton. Tú tomas decisiones basándote en cómo te hacen sentir los demás, no al revés.

—Venga. No soy tan malo —bromeo.

Pero Ella sigue en sus trece.

—¿Lo niegas? ¿Niegas haberte liado con las novias de tus hermanos? ¿Que me dijeras una vez que...?

Dolido, retiro el brazo de sus hombros y ralentizo el paso.

—¿Te he hecho algo esta mañana? ¿Por qué me estás echando en cara toda esa mierda?

—Porque me preocupo por ti. Cuando lastimas a la gente, terminas haciéndole daño a tu propio corazón. —Su expresión se suaviza—. Quiero que seas feliz. No creo que esto te ayude.

—¿Qué tal si te metes en tus propios asuntos y te preocupes de si Reed te está siendo fiel en la universidad, ahora que está solo? —espeto.

Cuando el dolor inunda su rostro, el arrepentimiento reemplaza mi enfado.

—Joder, lo siento. Ha sido un puto golpe bajo. Reed besa el suelo por donde pisas. —La despeino un poco—. Pero, mira, voy en serio, ¿vale? Hartley y yo hemos llegado a un acuerdo. Ella necesita un amigo, y por

alguna razón, yo quiero ser ese amigo. No voy a hacerle daño ni ella va a hacérmelo a mí.

Ella no parece muy convencida.

—Si tú lo dices.

—Sí. ¿Estamos bien?

Asiente de forma breve, y luego me abraza por la cintura.

—Quiero que seas feliz —susurra contra mi pecho.

—Lo soy —digo, y me escapo a mi clase.

No me gusta pasar mucho rato en mi cabeza. Reed y Gideon son taciturnos y pensativos. Yo actúo y no pienso mucho en las consecuencias de mis actos. Probablemente, porque la mayor parte del tiempo todo sale bien. ¿Las veces que no? Bueno...

Si paso mucho tiempo dándole vueltas a toda la mierda que ha ido mal, entonces voy a terminar tragando pastillas, como ya hice con quince años cuando la depresión de mi madre la pilló por banda y no la quiso soltar.

Si pasar tiempo con Hartley me hiciera hundirme en ese hoyo emocional que solo consigue tragarme entero, entonces dejaría de hacerlo. Pero estar con ella me hace sentir bien. Es divertida, no me aguanta muchas tonterías, y... siento que me necesita.

Nadie me ha necesitado nunca de verdad. Ella necesitaba a Reed. Mi madre necesitaba las pastillas y el alcohol. Los gemelos se tienen el uno al otro.

Hartley está sola. Y hay algo en su soledad que me toca la fibra sensible.

Pero no quiero darle muchas vueltas, así que —para variar—, me concentro en las cuatro clases siguientes. Respondo preguntas. Ofrezco teorías de mi propia cosecha. Participo, y dejo acojonados a mis compañeros y profesores.

—¿Estás borracho? —me susurra Hartley durante Política.

Pongo los ojos en blanco.

—No. ¿Y tú?

Ella solo arruga su frente, confusa todavía.

Y no es la única.

—¿Qué te pasa? —exige saber Pash cuando salimos de Literatura británica para almorzar—. ¿Te ha dicho algo tu padre?

—*Nah*, seguro que tienes algo grande planeado y quieres aparentar, ¿verdad? —intenta adivinar Owen, otro compañero de equipo.

—¿No puede alguien responder a una pregunta en clase porque sí?

Tanto Pash como Owen niegan con la cabeza.

—Sea lo que sea que tengas en mente, cuenta conmigo —anuncia Pash. Los dos chocan sus manos a modo de acuerdo y se alejan, supongo que para correr la voz sobre lo que me traigo entre manos.

Los dejo especular, porque la respuesta que tengo en la cabeza —que estoy intentando olvidar la forma en que una chica me hace sentir— sonaría todavía peor si la dijese en voz alta.

Naturalmente, la primera persona con la que me topo cuando llego a la cafetería es Hartley. Pasa por mi lado con la bandeja tan llena de comida que me pregunto si se ha servido para dos personas. Escruto la sala con cuidado, pero no veo a nadie acechándola. Solo yo. Soy el único acosador de Hartley Wright. Como debe ser.

—¿Necesitas ayuda?

Levanta la cabeza y la bandeja se balancea peligrosamente en sus manos. La agarro antes de que la pasta, el bocata y los tres plátanos caigan al suelo.

—No te preocupes, puedo yo sola. —Se mueve para recuperar la bandeja, pero la pongo fuera de su alcance.

Localizo a Pash en la cola y le grito.

—¡Píllame el plato de curry, anda!

Él levanta su dedo pulgar. Con mi pedido en curso, busco un sitio donde sentarnos. Normalmente me siento con Ella, Val y otros cuantos, pero estoy intentando evitar a Ella, a sus ojos indiscretos y sus preguntas cotillas.

Localizo la mesa vacía junto a la esquina que todos evitan. La administración tuvo la brillante idea de plantar árboles para animar un poco el lugar. La cosa es que el semestre pasado hubo una plaga de bichos y ese rincón estuvo lleno de ellos. Ahora todos tienen miedo de sentarse ahí. Hartley no estuvo aquí el año pasado, así que no lo sabrá.

—En serio, yo puedo llevarla —insiste.

—Lo sé. —No me detengo hasta que llego a la mesa. Coloco la bandeja encima y le ofrezco una silla—. Pero ahora somos mejores amigos y los mejores amigos comen juntos. Es la ley. Si no, mira. —Muevo una mano en

dirección a toda la estancia, donde nuestros compañeros de clase están sentados en grupos de dos, de tres e incluso más—. Estamos hechos para ir en manada. Nos gusta estar juntos.

Se rasca el cuello y me mira con sospecha.

—A mí me va más la soledad, creo.

—Genial. Estaremos solos juntos. —Me aflojo el nudo de la corbata. No me importan los pantalones o incluso la americana, pero la corbata que debemos llevar me cabrea.

—Aquí tienes tu almuerzo. —Pash aparece junto a Hartley y pone la bandeja sobre la mesa—. ¿Por qué estáis de pie? ¿Pasa algo? —Me lanza una mirada asustada—. Espera, ¿han vuelto los bichos?

—¿Qué bichos? —pregunta Hartley.

Deslizo una mano frente a mi cuello para que Pash corte el rollo con el tema de los bichos, pero no me está prestando atención.

—Odio esos asquerosos bichos. Si eso que estés planeando tiene algo que ver con bichos, entonces paso.

Se va antes de que pueda corregir cualquier suposición que haya podido inventarse. Mejor así.

—¿Qué eso de los bichos? —repite Hartley.

—¿Te dan miedo? Yo los mato por ti.

—Soy capaz de matar mis propios bichos, muchas gracias.

—Bien. Porque yo los odio. Te nombro la matadora de bichos oficial. Pero no te preocupes, aquí no hay. —O al menos, espero que no.

Apenas hemos plantado nuestros traseros en las sillas cuando una voz alegre me llama desde el otro lado del comedor.

—¡Ahí estás, Easton!

Todas las cabezas a nuestro alrededor se giran para ver a Felicity llegar hasta mi lado meneando las caderas.

—Gracias por guardarme un sitio —dice con entusiasmo.

Cuando se inclina y me da un beso en la mejilla, un grito ahogado colectivo acalla la estancia, le sigue un intenso cotorreo que no hace más que expandir más y más los chismes. Mierda. Otra vez no. Me envió como una docena de mensajes anoche, pero los ignoré todos. Esperaba que, si seguía ignorándola, al final se cansaría.

Obviamente, era esperar demasiado.

Al otro lado de la mesa, la boca de Hartley se curva en un intento por contener la risa. De pronto me alegro de haberle contado la loca idea de Felicity sobre la relación falsa, si no la gran puesta en escena de Felicity podría haberla ahuyentado.

—No te he guardado ningún sitio. —Me cruzo de brazos e intento parecer lo más aprensivo posible.

La armadura de Felicity es más dura que la piel de un armadillo. Suelta una risotada de lo más molesta y se sienta a mi lado.

—Claro que sí. —Se gira hacia Hartley—. No nos han presentado oficialmente. Soy Felicity Worthington.

Hartley asiente.

—Hartley Wright. —Extiende una mano y se la ofrece a Felicity, que, siendo lo zorra que es, la ignora.

—Soy la novia de Easton. Empezamos a salir este fin de semana, ¿verdad?

—Felicity —gruño.

—¿Qué? —parpadea con inocencia—. No sabía que lo fuésemos a mantener en secreto.

Me muerdo el labio inferior y lanzo una mirada de súplica para Hartley.
Por el amor de Dios, ¡ayúdame! ¡Sácame de aquí!

No obstante, la pequeña bruja hace lo contrario.

—Anda, vaya, ¡me alegro mucho por vosotros! —exclama Hartley—. Las relaciones son divertidas al principio, ¿verdad? Con todos esos primeros fines de semana donde todo es fabuloso y perfecto y no podéis separaros el uno del otro... ¿No es lo mejor?

Es lo más jovial que la he visto estar nunca. Qué pena que sea mentira.

Me sonrío de oreja a oreja. Intento transmitirle con mis ojos que voy a asesinarla después de la comida.

—Lo mejor, sin duda —conviene Felicity quien, para puntualizarlo, se acerca más a mí y apoya la cabeza sobre mi hombro.

Con brusquedad, me muevo unos diez centímetros a la derecha. Felicity cae hacia delante y casi se golpea la cabeza con el lateral de la mesa antes de volver a recuperar el equilibrio.

—Se os ve genial juntos. Deberíais salir en un anuncio. Oh, espera, tengo una idea. —Hartley se gira hacia atrás y finge estar buscando a alguien—. ¿Quién hace las fotos para el anuario? Hay que conmemorar vuestro primer almuerzo juntos.

Nadie le responde. Ella se encoge de hombros y saca su teléfono móvil.

—¿Qué os parece si os saco yo una foto y cuando sepa quién es la persona a cargo, se la mando?

Ella enfoca la cámara hacia nosotros.

Si estuviese permitido estrangular a una chica en el comedor, ya tendría las manos alrededor del cuello de Hartley. En cambio, Felicity decide sentarse en mi regazo y yo no tengo más remedio que usar las manos para apartarla de mí.

—Nada de fotos —gruño.

Hartley finge pensárselo.

—Tienes razón. Es mejor que un fotógrafo profesional os haga vuestra primera foto. Solo se tiene una primera vez.

—Quieres morir, ¿verdad? —le advierto.

Felicity le lanza a Hartley una mirada condescendiente.

—Te agradezco que intentes esconder tus celos con falsa felicidad. Pero te lo advierto, Easton y yo ahora estamos juntos. Ya aprenderás a aceptarlo. Mientras tanto, si quieres sentirte mal por alguien, ve a consolar a Claire.

Todos nos giramos para mirar a Claire, dos mesas más allá con expresión de total desesperación. Pongo una mueca y aparto la mirada. El entusiasmo en el rostro de Hartley desaparece también.

Felicity, por otra parte, no puede dejar de sonreír.

—Oh, ahí está nuestro nuevo *quarterback*. —Lo saluda con la mano—. ¡Bran! Bran. Aquí.

Bran le devuelve el saludo y se acerca.

—Hola, gracias por la invitación —dice mientras coloca su bandeja frente a la mía—. No sabía muy bien dónde sentarme hoy.

—Hay una mesa para los jugadores de fútbol. —Señalo con el tenedor hacia los dos grandes grupos de tíos junto a la ventana.

—Los veo todas las mañanas —dice Bran—. Ya es bastante unidad, ¿no crees?

No puedo decir que no, puesto que apenas me siento con ellos.

—Me encanta —anuncia Felicity—. ¿A qué se dedica tu familia, Bran?

Su rostro demuestra su confusión.

—Eh... no sé a qué te refieres.

—Quiere saber qué poder adquisitivo tienes. En otras palabras, si eres lo bastante importante como para hablar contigo o no —le explico.

Felicity chasquea la lengua.

—Eso no es para nada cierto, Easton. —Pero contradice su falsa humildad al repetirse—. Entonces... ¿a qué se dedican tus padres?

—Mi padre es contable y mi madre es profesora de primaria en la escuela Bellfield.

—Ah, bueno, eso es... —Lucha por buscar un adjetivo apropiado, pero, en su mente, está paralizada.

—Arthur Fleming tiene un sitio libre a su lado. —Hago un gesto hacia el delgado veterano de pelo castaño oscuro y gafas *hipster* redondas. Los Flemings son dueños de una enorme empresa de comida congelada—. Y he oído que está soltero.

—Gracias, pero estoy bien aquí —dice Bran con sequedad.

—Se refería a mí, cariño. —Felicity le da un golpecito en la mano a Bran antes de dirigirse a mí—. ¿Por qué debería importarme eso cuando te tengo a ti, Easton Royal?

Hartley se ríe en voz alta y luego intenta ocultar su risa fingiendo tener tos.

—Y... —le dice a Bran—. ¿Cómo te han ido las clases esta mañana?

Él responde con una sonrisa llena de agradecimiento.

—No tan mal, aunque me sorprende la cantidad de deberes que tengo. Los profesores de Bellfield no mandaban tantos.

—¿Verdad? —se queja Hartley—. Tengo que entregar un trabajo dentro de tres semanas y también preparar el proyecto de química. No quiero hacerlo a última hora.

Bran chasquea la lengua con compasión.

—Yo di ciencias el año pasado. Te puedo dejar mis apuntes...

—¡Ella! ¡Val! —les hago un gesto con la mano a las chicas.

Bran se calla ante mi mirada fulminante. Ya sé de qué va esta historia y

debo ponerle fin desde el principio. Bran le dará sus apuntes a Hartley, eso llevará a Bran al diminuto apartamento de Hartley, donde se sentarán los dos en el sofá. Sus cabezas estarán pegadas. Y luego juntará su boca con la de ella. Por último entraré yo echando la puerta abajo y le partiré el brazo a nuestro nuevo *quarterback*.

Que me haya resignado ante la evidencia de que Hartley y yo no nos vamos a acostar, no significa que quiera que tenga a Bran Mathis cerca.

Por suerte, Ella y Val se acercan y cambian el tema de conversación.

—¿Por qué nos sentamos hoy aquí? —pregunta Val—. ¿No nos sentamos siempre junto a las ventanas?

—No había bastante sitio —respondo, y le doy una patada a una silla para indicarle que se siente.

—Pero en nuestra mesa hay mucho...

—Aquí se está más tranquilo —interrumpe Ella—. Creo que por eso lo ha elegido Easton. ¿Verdad, East?

Pongo los ojos en blanco. ¿Desde cuando tengo que dar explicaciones?

—Sí.

—Qué bien que hayáis venido —dice Felicity, pero su tensa sonrisa revela que no le gusta este giro de los acontecimientos para nada.

Recuerdo cómo insinuó que podría deshacerse de Ella con facilidad, y frunzo el ceño. Si se mete con mi familia, tendrá que vérselas conmigo.

Bran y Ella se conocen de la clase de español y empiezan a charlar al instante. Val y Hartley se enfrascan en una charla sobre el maquillaje de ojos de Val.

Eso me deja a mí con Felicity, que me tira de la manga.

—Salgamos esta noche.

—*Nop*.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero.

—Se supone que somos novios —sisea.

—No, no lo somos —le devuelvo el siseo.

—Me dijiste que sí.

—¡No puedes atenerte a algo que dije estando borracho!

Hartley nos mira.

—¿Estáis bien, tortolitos?

Val se ríe por lo bajo, mientras que Ella simplemente suspira. Ya les conté a ambas que Felicity cree que estamos saliendo juntos.

—Perfectamente —les asegura Felicity a todos en la mesa, como si a alguien le importara realmente cómo «nos va»—. Solo es que no sabemos a dónde ir esta noche en nuestra cita.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que hasta me duelen las muelas.

—¿Sabes a dónde deberíais ir? —ofrece Val.

Le lanzo una mirada envenenada por atreverse a seguir el juego de esta locura.

—A ningún sitio —respondo—. No vamos a ir a ningún sitio.

Val me ignora.

—Al paseo marítimo —dice.

—¿Qué hay allí? —pregunta Bran con curiosidad.

—Un carnaval, juegos, algunos restaurantes —le informa Val—. Es divertido.

—He oído que hay una casa encantada bastante guay —se atreve a decir Ella.

La atravieso con la mirada. ¿Por qué está siguiendo el rollo? ¡Ella odia a Felicity!

—¿Qué haces esta noche, Hartley? —pregunta Felicity para mi sorpresa.

Hartley parece estar igual de perpleja.

—Estudiar, probablemente.

—Venga ya, estudiar es aburrido. —Felicity sonrío con dulzura—. Al parecer Easton y yo vamos a ir juntos al paseo marítimo. Bran y tú deberíais venir.

—Eso no suena nada mal —dice Bran. Le da un golpecito a Hartley en el hombro con los nudillos—. ¿Qué dices? ¿Te apetece una vuelta en la noria?

Oh, joder, no.

Capítulo 17

—Es divertido, ¿verdad? —dice Val después, esa misma tarde—. Hemos comido en el paseo pero llevo sin venir a las atracciones desde hace un montón.

—Si por «divertido» te refieres a que es mejor que el séptimo círculo del infierno, entonces sí que lo es —gruño, y miro las nuca de Hartley y Bran, que están en la taquilla. Bran intenta pagar la entrada de Hartley y ella niega con la cabeza.

Siento un pequeño atisbo de satisfacción en que Hartley ignore el ofrecimiento de Bran con respecto al dinero. Si le interesase dejaría que él pagase, ¿no? Así funciona. Las chicas quieren que les compremos cosas. Si no aceptan tus regalos es que no les interesas.

Hartley gana y se paga su entrada.

Yo me dirijo allí y dejo mi tarjeta.

—Yo me ocupo de ellas dos —señalo a Ella y Val.

—¿Y yo? —chilla mi novia falsa.

La miro por encima del hombro.

—Tu padre tiene una fábrica de coches. Te lo puedes permitir.

—¡Easton! —dice Ella sorprendida.

—¿Qué? Venir aquí no ha sido idea mía. —Cojo la tarjeta y las entradas y camino por la caseta que aloja la taquilla. Puede que Felicity decida que soy demasiado cabrón como para soportarme y rompa nuestra falsa relación.

Ojalá tuviera tanta suerte.

Es la única razón por la que he accedido a esta «cita». He tenido la genial idea de hablar con Felicity y convencerla de que me deje en paz de una puta vez.

—¡Espero algo mejor de ti, Easton! —resopla Felicity cuando se une a nosotros dentro del parque. Se ha recogido el pelo rubio rojizo en una trenza que cae sobre su espalda, lleva un vestido suelto de color *beige* y tacones de unos ocho centímetros que no son la mejor elección para un parque de atracciones.

—No lo hagas. Así no te sentirás decepcionada.

Su boca se tensa como suele hacer cuando se cabrea.

—Hablares después.

—Paso. —Prefiero que el gorila de Salem Street, donde jugaba al póker, me pegue durante una hora seguida.

—Bonita camiseta —le dice Ella a Hartley cuando llegamos hasta donde está con Bran.

Me doy cuenta de que ambas llevan la misma camiseta blanca y corta con una raya en cada una de sus mangas acampanadas. Harley la lleva con un par de vaqueros ceñidos que le hacen un culo perfecto, y Ella con una minifalda azul.

Harley sonrío de oreja a oreja.

—La compré en rebajas.

—Yo también. —Y así se convierten en mejores amigas. Si hubiera sabido que eso era todo lo que necesitaba, me habría puesto una camiseta corta y blanca hace mucho tiempo. No me avergüenza enseñar mis abdominales.

—¿Queréis beber algo? —le digo al grupo.

—Yo una Coca-Cola Light —exclama Felicity—. Y un plátano helado sin chocolate ni nueces.

—Entonces un plátano.

—Pero helado.

Ni siquiera discuto.

—¿Bran?

—Cualquier cosa. Una Coca-Cola mismo.

Él, al igual que yo, probablemente necesite una cerveza, pero somos menores y en el parque son bastante estrictos.

—¿Y tú, Har-Har?

Felicity pone una mueca al escuchar el apodo.

—No quiero nada —Hartley sacude la cabeza.

—¿Segura? No siempre me voy a ofrecer a pagar —me burlo. De hecho, me he ofrecido solo para tener una excusa y comprarle algo a Hartley.

—Pediré un batido con helado de naranja —anuncia Ella—. ¿Val?

—Yo uno de zarzaparrilla. Y un buñuelo de fresa.

—Un buñuelo no estaría mal —admite Bran.

—¿Me echas una mano, Bran? —El pedido es más grande de lo que anticipaba. Además, no pienso dejarlo solo con Hartley.

—Claro.

Nos dirigimos al puesto de comida y pido tres buñuelos, un plátano helado —no tienen ninguno sin chocolate— y largos perritos rebozados en harina de maíz.

—¿Vamos a dar de comer a un ejército? —bromea Bran.

Puede que le guste Hartley, pero Bran no es muy observador. Hartley se relajó cuando las chicas han pedido comida. Cuando sacó la lengua, se me aflojaron las rodillas. La pena es que su hambre es de comida y no de mí.

—Nunca se tiene demasiada comida en el parque de atracciones.

—Cierto.

Mientras esperamos en el puesto, Bran se mete las manos en los bolsillos y me mira incómodo.

—Sé sincero, Royal, ¿te importa que haya venido con Hartley?

Me tenso. Por como lo dice parece creer que están en una cita o algo así. ¿Lo están? Han venido separados, doy fe. Hartley en bus y Bran ha venido en su Dodge. Pero eso no significa nada. Podrían haber hablado de que fuera una cita en el tiempo transcurrido entre que salimos del colegio y vinimos aquí.

¿Tiene su número?

Los celos me corroen. Espero que no, joder.

—¿Por qué me tendría que importar? —logro decir con un tono normal.

Él se encoge de hombros.

—No sé. Pareces muy protector con respecto a ella.

—Somos amigos. Protejo a todos mis amigos.

—Yo soy igual. —Él sonrío y me invita a hacer lo propio, pero tengo el humor a la altura de los zapatos ahora mismo.

—¿Te interesa Hartley de verdad? —Bran parece un tipo decente y es el único jugador que sabe lanzar la pelota, pero eso no significa que pueda rondar a mi chica.

—Quizá. Parece una tía guay.

—No deberías salir con nadie en tu último curso, la relación no durará —comento.

Bran alza una ceja.

—¿Escribes un consultorio en tus ratos libres, Royal?

Resulta difícil no sonrojarse, pero lo consigo. El hecho de llevar años sin que me importe lo que diga la gente ayuda.

—Sí, se llama *Querido hombre que cree saber más que yo*. Escribo para ayudarte a no quedar como un tonto.

—¿O sea, dices que cortejar a Hartley me va a hacer quedar como un tonto? —parece divertido.

—Digo que no le interesa.

—Me arriesgaré. —Coge un buñuelo—. Pero gracias por el consejo.

No tengo una buena respuesta que darle, así que cierro el pico mientras volvemos junto a las chicas. Al llegar hay más de doce personas, la mayoría amigas de Felicity.

—Parece que ha venido la mitad de la clase de cuarto —exclama Val cuando empiezo a entregar la comida.

Felicity se toca el pelo.

—Supongo que se ha corrido la voz de que estoy aquí.

La observo y me pregunto si está siendo irónica, pero por lo visto no. Lo dice en serio. Miro en derredor para ver si a alguien más le divierten sus fantasías, pero Ella y Hartley no prestan atención mientras devoran su comida. El equipo de Felicity asiente como si sus palabras fueran emitidas por un oráculo.

Cuando terminamos de comer Bran sugiere ir a las atracciones.

—Me encanta la noria —admite Hartley—. No he subido en una desde

que tenía doce años, creo.

—Las atracciones son para críos —interrumpe Felicity—. ¿Por qué no ganas algo para mí?

—¿Los juegos no son para niños? —contraataca.

—¿Qué os parece una competición de tiro? —Sugiere Tiffany, una de sus amigas—. Los chicos pueden ganar cosas para nosotras.

Felicity aplaude.

—¡Sí! Venga, Easton. Puedes conseguirme algo para compensar no haberme pagado la entrada. —Se abraza a mi brazo y me arrastra hacia los juegos.

—¿Y tú? —le dice Bran a Hartley—. ¿Te consigo algo?

—Oh, no. No necesito nada —protesta.

Bien dicho. Si alguien va a ganarle algo a Hartley, seré yo. Es *mi* amiga.

—¿Qué tal si nosotras nos ganamos nuestros propios premios? —sugiere Ella secamente.

Cuando Felicity y las otras chicas responden consternadas, Hartley alza un pulgar. Ella, Val y ella se separan del grupo y se dirigen a una caseta donde un gilipollas ofrece adivinar el peso de la gente. Algo irrespetuoso, en mi opinión.

Intento seguirlas, pero Felicity me vuelve a coger del brazo.

—La verdad es que me estoy cansando de esto. —Miro fijamente su mano.

—¿De qué?

Me libro de su agarre con firmeza y suavidad a la vez.

—¿Adónde quieres llegar con esto?

Ella coloca las manos en su cintura.

—No sé a qué te refieres.

Ahogo un grito de frustración.

—Felicity. Escúchame. Estaba borracho cuando acepté tu propuesta. Ni siquiera recordé que te había visto cuando me desperté la mañana siguiente.

—Bueno, me viste, y dijiste que serías mi novio, así que te aguantas, Easton Royal. Está pasando.

—Mira, eres una buena chica. —Me ahogo al mentir—. En realidad no quieres tenerme como novio, falso o no, ¿vale? Soy terrible, y además un

vago redomado. Necesitas encontrar a alguien de quien engancharte.

Sus manos viajan de sus caderas para cruzarse delante de su pecho. Vaya. Nunca me había fijado en su pecho. Seguramente porque nunca me he molestado en mirarla bien.

—No —dice.

—¿No?

—No. Ya he anunciado que somos pareja así que somos pareja. No me importa que seas borde o me insultes. Tu mal comportamiento solo hará que simpaticen conmigo.

¡Santa madre de Dios! Está claro que no está bien de la cabeza.

—No pienso hacerlo. Y punto. En serio, no sé qué más decirte o de qué forma. No voy a seguirte el juego.

—Sí que lo harás.

Doy varios pasos hacia atrás. La conversación ha acabado.

—Porque si no —añade—, haré que la vida de Hartley sea miserable.

Pego la lengua a la cara interna de mi mejilla y rezo para tener más paciencia. Al fin y al cabo, acepté está estúpida pantomima, aunque no lo recuerde claramente.

Me acerco a ella e intento hablarle a su lado racional.

—Seamos razonables. ¿Por qué no me dejas? Puedes decir que te he engañado o que soy demasiado estúpido como para que desperdicies tu tiempo conmigo o que soy horrible en la cama. Cuenta la mentira que quieras y yo la corroboraré.

—No.

Aaaaaaaaaaaaaarg. Estoy a unos segundos de pegarle a la pared más cercana. Esta tía está como una puta cabra.

Y si va a ser una cabrona con esto, yo puedo ser incluso peor.

—Intenta hacerle algo a Hartley y estarás llorando y clamando piedad al día siguiente —digo muy serio.

En lugar de asustarse, Felicity me sonrío con maldad.

—Cuando termine con Hartley, iré tras Ella.

Resoplo. ¿Ya está con eso otra vez? Felicity no podrá con Ella. Ella ya luchó contra la tía más mala que ha visto el instituto Astor Park: Jordan Carrington.

—No me interesan los juegos que tengas en mente, nena. Y Ella es lo bastante fuerte como para hacerte frente.

—Ya lo veremos, ¿no? —Con la misma sonrisa malvada en su cara, se marcha para volver con sus amigas.

Reprimo un gemido, me meto las manos en los bolsillos y observo cómo mis compañeros disfrutan de un montón de juegos. Bran está con el de baloncesto, encestando pelota tras pelota. Hay varias chicas a su alrededor animándolo.

Ummm.

Ver la obvia adoración por el nuevo atleta del Astor Park me da una idea.

Si Felicity quiere ponerse en la cima de la pirámide social tendría sentido que se liase con Bran. A pesar de su falta de dinero, es guapo y, lo más importante, es nuestro *quarterback*. Todos adoran al *quarterback*. Joder, incluso a Hartley le cae mejor que bien. Todo lo que necesito hacer es convencer a Felicity de que Bran es mejor partido que yo.

Y, vale, que Bran se junte con Felicity también lo aleja de Hartley, es solo una ganancia extra.

No tengo razones egoístas ni nada.

Me apresuro a llegar a la galería de los juegos. Introduzco algunas monedas en la máquina junto a la de Bran y empiezo a encestar. Es bastante fácil. En poco tiempo tengo mi pequeño club de admiradoras. Cuando Bran se detiene para observarme ejecuto mi siguiente movimiento.

—¿Quieres hacer una apuesta, Mathis? —pregunto, echando el cebo.

Él pica, como he anticipado. Es un atleta, lo que significa que tiene instinto competitivo.

—Claro. ¿Qué?

—Si gano compras las entradas para todos. Si pierdo las compro yo.

—Somos veintitrés —dice Ella en voz baja—. Son casi mil dólares.

Ni siquiera la he oído llegar a mi lado. Val y Hartley también están aquí, y cuando las miro es imposible no ver la preocupación en sus ojos.

—Lo sé —respondo—. Chatarra, ¿verdad?

La gente del Astor asiente, pero Bran, hijo de una profesora y un contable, no es un chico normal del Astor. No tiene una cuenta de fondo fiduciario y una paga de miles de dólares al mes.

Cuando palidece bajo su moreno, sé que tengo razón.

—Eh, claro. Supongo. —Su orgullo no permitirá que se eché atrás.

Aprieto su hombro porque no hay peligro de que pague. Voy a perder a lo grande.

—Genial.

Felicity aplaude emocionada.

—Quiero el panda grande.

Señala un peluche que probablemente cueste cinco pavos en un sitio al que Felicity no entraría jamás. No quiere el panda. Quiere lo que el panda representa en su mente chiflada.

Es una lástima que la vaya a decepcionar.

Empezamos a lanzar pelotas. En la primera ronda completo todas las canastas que puedo. Necesito que mi derrota parezca real. Bran, sin embargo no coopera. Pensar en comprar todas esas entradas le afecta, lo cual es extraño porque nunca se muestra afectado en el campo. Empieza a errar sus tiros y el margen que yo tenía no disminuye. Ni siquiera cuando finjo ir fatal.

En la tercera ronda vuelve a coger impulso pero es demasiado tarde. Cuando suena la bocina me declaran ganador.

Mierda.

—Doble o nada —exclamo.

—No, paso —dice Bran, pero su expresión se torna verduzca.

—¡Sabía que ganarías, Easton! —me alaba Felicity—. El buen pedigrí siempre prevalece.

Sé que Ella está decepcionada, pero el asco en los ojos de Hartley es lo que me mata. Ella se creerá mi explicación: cómo traté de amañarlo para que Bran ganase y yo comprase las entradas. Pero Hartley, no. Ya cree que soy un cabrón.

Trago saliva con fuerza y saco la cartera.

—Ha sido una apuesta estúpida. Yo compraré las entradas.

—No, tío. Una apuesta es una apuesta.

Traga saliva visiblemente y se tambalea cuando se dirige a comprar las entradas.

Algunos de nuestros compañeros le dan palmadas en la espalda cuando pasa por delante de ellos.

—¡Ese es nuestro *quarterback*!

—Mierda —murmuro.

Ella me coge del brazo y me lleva a un lado.

—Detenlo —me ruega.

—No puedo. Si intento comprar las entradas perderá el respeto de sus compañeros.

—Sois idiotas. —Parece como si quisiera darme un sopapo. La verdad es que me vendría bien uno.

Bran vuelve con las entradas y las reparte. Yo me quedo a un lado para que todos las cojan primero. Cuando Bran se acerca a mí vuelvo a ofrecerle pagar.

—He jugado a esto muchas veces con mis hermanos y podría disparar con los ojos cerrados. Deja que pague, ¿vale?

Bran resopla.

—¿O sea que me la has jugado?

—No exactamente. —Pero no sueno convincente, porque sí que se la he jugado, pero no de la forma en que ha resultado.

—Creía que jugábamos en el mismo equipo —murmura—, pero gracias por enseñarme tu verdadera cara. Ahora ya sé cuáles son las reglas. —Me estampa una tarjeta para las atracciones en la mano y se marcha.

—Eres un verdadero gilipollas.

Alzo la vista y veo que Hartley se aproxima. Sus ojos grises parecen dos nubes de tormenta.

Me siento un miserable. Trago con fuerza y le indico que me siga para hablar lejos de los oídos de nuestros compañeros.

—No es lo que parece —le digo en voz baja—. Iba a perder para poder pagar las entradas.

Ella niega con la cabeza, asqueada.

—Sí, claro, Easton.

—Es cierto.

—Ajá. ¿Y entonces por qué demonios has jugado a ese estúpido juego? ¿Por qué no has pagado las entradas directamente?

—Quería que Bran quedase bien delante de Felicity.

—¿Qué? —Hartley arruga la frente.

—Pensé que quizá, si le gustase otra persona, se olvidaría de esa estúpida idea de que estamos saliendo. —Joder. Suena ridículo cuando se lo intento explicar a alguien—. Mira, he cometido un error. No quería que Bran gastase ese dinero.

Hartley me mira durante un rato que se me hace eterno.

—No tratabas de ser un capullo con él, ¿verdad?

Niego con la cabeza, miserable. Me doy cuenta de que soy la versión masculina de Felicity. No dejo en paz a Hartley aunque ella me lo pide. Soy egoísta. Hago sentir a los demás fatal con mis decisiones impulsivas y estúpidas.

De hecho, eso no es muy de Felicity. Ella es más calculadora. Yo solo quiero pasármelo bien.

Pero no a costa de otros.

—Oh, Easton. —En esas dos palabras hay un montón de decepción.

—Lo sé. —Me pongo recto—. Voy a arreglarlo.

—¿Cómo?

—No tengo ni idea. Pero tú eres mi mejor amiga. ¿Puedes ayudarme? —
La miro suplicante.

Me sorprende cuando se acerca y me aprieta el brazo.

—Haremos algo —me asegura.

Y después me vuelve a sorprender, esta vez al besarme en la mejilla con rapidez. Puede que, después de todo, no sea la versión masculina de Felicity. Le caigo bien a Hartley y ella es la persona más decente del mundo.

Mi cuerpo entero reacciona ante ese segundo de contacto físico. «Tranquilo, tío», me ordeno. Soy amigo de Hartley y eso significa no excitarme en lugares inapropiados.

—¿Vienes?

Se me ocurre una respuesta perversa, pero esta vez mi cerebro le gana a mi boca. Aunque por poco.

Capítulo 18

Al día siguiente me encargo del control de daños. ¿Cuál es la primera tarea? Solucionar las cosas con mi *quarterback*, cuyo único delito ayer fue ser un peón inocente en mi misión de deshacerme de Felicity.

Espero a que el vestuario se vacíe y después me acerco a Bran.

—¿Tienes un momento?

Él hace una mueca cuando me aproximo.

—¿Qué quieres, Royal?

Le ofrezco una sonrisa arrepentida.

—Vengo en son de paz.

—¿Sí? —No me mira al cerrar la taquilla con más fuerza de la necesaria. Ya tiene la equipación puesta y parece impaciente por irse.

Miro alrededor para asegurarme de que estamos solos y después estiro la mano con diez billetes nuevecitos de cien.

Sus ojos relucen.

—¿Qué cojones?

—Mira, siento lo de anoche, tío, tenías razón, ¿vale? Intentaba jugártela, pero no como piensas. —Intento darle los billetes aunque tiene la mano cerrada—. Cógelos.

Él aparta mi mano.

—Guárdate tu dinero, Royal, no soy una obra de caridad.

—No es caridad. Es arreglar lo sucedido.

Bran resopla.

—Lo digo en serio. No intentaba avergonzarte o sacar a relucir que no estás forrado como el resto.

—¿No? —Su voz es más que seria—. Entonces, ¿qué intentabas hacer?
Suspiro.

—Esperaba que encestases todos los tiros y que eso pusiera tan cachonda a Felicity que me dejase por ti.

Sus cejas se elevan hasta lo imposible.

—Eh... ¿qué?

—Cometí un gran error al aceptar salir con esa chica —admito—. Estaba detrás de mí en los juegos y pensé: joder, puede que me la quite de encima para que te la tires tú. Ambos ganamos.

Su cara muestra una sonrisa reticente.

—¿Ganamos ambos? ¿Quieres decir tanto tú como Felicity? Porque no sé cómo quedaría yo ganador.

—Oye, no es una mala chica.

Miento como un bellaco. Es horrible. Pero ya la he cagado y probablemente le he quitado a Bran todos sus ahorros; pareceré un completo capullo si admito que intenté endosarle a ese engendro del diablo.

—Está buena —añado, y esta vez no miento. Felicity está buena—. Es popular. Viene de una familia rica e influyente. —Me encojo de hombros—. No sería la peor de tus opciones si quieres salir con alguien del Astor.

Él se agacha para atarse los zapatos.

—Ajá. Si es tan buena opción, ¿por qué no la quieres tú?

—Porque no me van las novias —respondo con sinceridad—. Soy horrible en eso. Estaba como una cuba cuando le dije que saldría con ella, no pensaba lo que decía.

—Vale. —Bran se pone recto y se pasa una mano por su pelo cortado al ras—. Déjame unir todas las piezas: ¿me haces una apuesta en un juego para poder perder y que yo quede bien delante de Felicity?

Asiento avergonzado.

—Porque quieres que salga con ella —hace una pausa—, para que *tú* no tengas que hacerlo.

Vuelvo a asentir y me muerdo el labio para no reírme. Pero entonces

Bran suelta una carcajada y no puedo evitar hacer lo mismo.

—Es una forma de pensar algo retorcida.

—Soy un Royal. Retorcido es mi segundo nombre. —Sacudo la cabeza, exasperado—. No contaba con que te entrase el pánico escénico y echases por la borda la partida.

—Oye —protesta—. Estaban en juego mil pavos. Me bloqueé.

Estiro la mano y le pego en el brazo, pero en el que no usa para lanzar.

—No lo digas delante del entrenador. Bloquearse está prohibido.

—No nos jugamos pasta en los partidos —responde—, lo que significa que no hay presión monetaria. Solo la presión del entrenador para que ganemos.

—¿Presión monetaria?

—Sí, de la que me estresa. Seguramente porque desde pequeño en casa siempre hemos ido justos de dinero.

De nuevo siento un ramalazo de culpabilidad golpearme en la garganta y eso hace que me salga la voz ronca.

—En serio, tío. Ayer hice una apuesta de mierda. Y no es que crea que no puedes pagar tus deudas. Es que no debería haber apostado. —Le cojo la mano a la fuerza y le pongo los billetes en la palma—. Cógelo. No es caridad. Es mi promesa de no volver a usarte para salir de ningún lío. Ya se me ocurrirá algo para quitarme de encima a Felicity. Si no lo coges te perseguiré y te meteré el dinero en el bolsillo en los momentos menos oportunos. Puede que incluso te compre un coche y lo aparque en el aparcamiento con un gran lazo. Puedo ser un verdadero pesado.

—No me digas —dice arrastrando las palabras.

—¿Lo cogerás?

Asiente después de un momento.

—Vale. —Su voz se tiñe de agradecimiento y respeto—. Me alegra que me hayas dicho la verdad. No quería odiarte.

Me echo a reír.

—No hubieses podido odiarme. Nadie puede.

Bran y yo chocamos los puños y después nos dirigimos a la zona de entrenamiento.

La siguiente es Hartley. Cuando me dirijo a la primera clase, toco la cadena que guardo en el bolsillo. Tiene una elegante caja de terciopelo a juego, pero he pensado que eso ya sería demasiado.

—Hola, mejor amiga. —Llego hasta Hartley antes de que pueda entrar en clase.

Ella se aleja de la puerta para dejar pasar a otros estudiantes.

—¿Qué pasa?

—Ya he hecho las paces con Bran.

—¿Sí? —Se quita un mechón de pelo de la cara. Mis dedos ansían hacerlo por ella.

—No se ha podido resistir a mi encanto —bromeo.

—Nadie puede —responde con una sonrisa—. Ni siquiera yo, claro.

Sonrío de oreja a oreja. Meto la mano en el bolsillo y saco el colgante.

—Bueno, ya que estoy pidiendo perdón, quería darte esto.

Sus ojos se abren como platos cuando el colgante pende delante de ella. Lo observa durante un momento y después, a regañadientes, pasa un dedo por la delicada cadena.

—No puedo aceptarlo.

—Lo he conseguido de una máquina de chuches —le digo—. Así que o lo coges o lo tiro.

—¿Una máquina de chuches? —pregunta. Sus dedos rozan la cadena hasta llegar a uno de los tres dijes de oro. Lo quiere, pero por una vez en la vida no la presiono. Le gusta tomar sus propias decisiones cuando ella quiere.

—*Sip*. —Cojo su mano y suelto la cadena sobre ella—. Aquí tienes. Es tuya para hacer con ella lo que quieras. Si no la quieres, títala.

Y después me obligo a entrar en clase sin decir nada más.

El resto del día se pasa volando. Para mi alivio, Felicity se mantiene alejada de mí, incluso durante la hora de la comida. Se sienta con sus amigas, que se

han puesto de acuerdo para llevar diademas como un grupo de los años cincuenta, mientras yo bromeo con mis amigos.

En Cálculo me siento entre Ella y Hartley, pero no tenemos mucha oportunidad de hablar porque la señorita Mann nos hace un examen sorpresa. Me mira de un modo inapropiado durante la mayor parte de la clase, lo que me hace sentir incómodo.

No soy el único que se da cuenta. Hartley me golpea levemente en las costillas y susurra:

—¿Qué has hecho ahora?

—Nada —le respondo con otro susurro. No he mantenido contacto con la señorita Mann desde que, bueno, tuve contacto con la señorita Mann.

—Señor Royal, señorita Wright —exclama con voz cortante nuestra profesora—. Menos hablar y más resolver, por favor. —Acaba de pedir que hagamos los ejercicios del uno al cinco del libro.

Hartley enseguida inclina la cabeza para seguir con la tarea. Yo ya he resuelto las cinco ecuaciones, así que escribo algo más en mi cuaderno. Rasgo la esquina de la página, espero hasta que la señorita Mann desvía la mirada y pongo la nota en la mesa de Hartley. He escrito: «¿Vendrás al partido del viernes por la noche?».

Ella se tensa durante un momento, mira hacia el frente de la clase y después abre la nota.

Tras leerla, coge el lápiz, escribe algo y me devuelve el papel.

«Puede», es su respuesta.

Vuelvo a escribir algo y le paso la nota.

«¿¿Puede?? ¡Somos mejores amigos! Necesito tu apoyo esa noche. Los mejores amigos se apoyan los unos a los otros».

Ella me devuelve la nota.

«Puede que tenga que trabajar el viernes. Le he dicho a una de las camareras que le puedo cubrir si me necesita».

La nota pasa de uno a otro varias veces más.

«Vale. ¿Pero no estás segura de que trabajarás?»

«Aún no. Lo sabré ese día».

«Vale. Ya me dirás. ¡Si no trabajas vienes al partido! O TE VAS A ENTERAR».

Hartley suelta una leve carcajada, pero no lo bastante leve. La mirada aguda de la señorita Mann vuelve a centrarse en nosotros.

—Los ojos en la tarea, señorita Wright.

Hartley enrojece ante la insinuación de la profesora de que se está copiando. Guarda discretamente la nota en su cuaderno y vuelve al trabajo. En cuanto suena el timbre, meto los libros en la mochila y me pongo de pie.

—Quédese un momento, señor Royal, por favor.

Mierda.

—¿Os veo en la hora de la comida? —les digo a las chicas.

Ella asiente y me da una palmada en el brazo mientras Hartley mira desconfiada a la señorita Mann antes que a mí. Cierto. Hartley entró aquél día en el aula, lo cual es una mierda, porque lo último que quiero es recordárselo. Ya cree que soy un picaflor.

—Señor Royal —ordena la señorita Mann.

Aprieto los dientes y me acerco a su escritorio.

—Señorita Mann —me burlo.

Mira hacia la puerta para asegurarse de que todo está vacío pero no se levanta para cerrar la puerta. Supongo que quiere evitar la tentación.

Cuando me vuelve a mirar su expresión está llena de frustración y su voz es apenas un susurro.

—No sé qué es lo que estás diciéndole a la gente, pero debes parar.

Arrugo la frente.

—¿A qué te refieres?

—¡Joder, Easton! —emite un grito ahogado al alzar la voz, traga con nerviosismo y vuelve a mirar hacia la puerta. Después vuelve a susurrar—. Le has contado a alguien lo que pasó entre nosotros.

Eso me hace parar. No le he contado a nadie que... no, espera. Ella lo sabe. Hartley y Reed también. Y Pash lo sospecha.

—Otro profesor lo ha insinuado en la sala de profesores esta mañana. —Sus ojos se llenan de pánico—. ¡Si esto llega al director Beringer, me despedirán!

Soy incapaz de no responder con sarcasmo.

—¿No deberías haberlo pensado antes de tontear conmigo en esta clase? —Señalo alrededor con la mano.

Su bonita cara se contrae. Parece como si le hubiera dado un sopapo, y aunque siento culpabilidad por dentro, intento reprimirla. ¿Por qué no puede la gente responsabilizarse de sus acciones? Sabía que lo que hacíamos no estaba bien. Eso es culpa mía. Ella también necesita reconocer esa culpa. En cuanto entré en esta clase, la mujer me dejó claro que quería hacerlo conmigo.

Ni siquiera llegamos tan lejos.

Intento calmarla.

—Mira, relájate. Nadie nos vio, y no hay pruebas de que pasara nada. Si Beringer nos pregunta, lo negamos.

La señorita Mann se muerde el labio.

—Lo negamos...

—Sí —mi tono es firme—. Nunca pasó, ¿vale?

Una débil sonrisa asoma por las comisuras de su boca.

—¿Nunca pasó?

Sonrío con ironía.

—Exacto.

Tras el último timbre, Felicity me acorrala en mi taquilla antes de que pueda darme cuenta. Con pasos firmes y rápidos me planta un sonoro beso en la mejilla.

—Oh. —Alguien suspira detrás de nosotros, pero soy incapaz de diferenciar si es por celos o porque le gusta.

Me giro brevemente y observo las miradas codiciosas de las chicas que quedan en la esquina de la zona de las taquillas. Nos miran a Felicity y a mí y empiezan a cuchichear.

Siento un tirón en la mano. Bajo la vista justo a tiempo para ver que Felicity entrelaza nuestros dedos. Intento liberarme pero me agarra con fuerza. Joder, para ser tan pequeña es fuerte de cojones.

—¿Qué haces? —gruño.

—Coger a mi novio de la mano —exclama.

Tomo aire. Después acerco mi boca a su oreja y siseo:

—Te lo juro, tía, estoy a punto de perder la paciencia. Te lo he dicho un millón de veces: estaba borracho. No pienso seguirte el juego, joder.

Ella me mira.

—Sí que lo harás.

—Esto se ha acabado, Felicity. ¿Me oyes?

No me molesto en bajar la voz, y Felicity se da la vuelta para asegurarse de que nadie ha oído lo que he dicho. Cuando se siente satisfecha porque su relación falsa no ha sido descubierta, habla con el tono de voz que se usa normalmente para los niños malcriados.

—Easton. Teníamos un trato, y no termina hasta que yo lo diga.

—No funciona así.

—Funciona exactamente así.

Siento la ira correr por mis venas. Odio a la gente como Felicity. Prefiero a las chicas como Ella, Val y Hartley que a gente como Felicity, Jordan y Lauren. Su sentido del derecho hace que me hierva la sangre. Lo cual es irónico, porque soy tan malcriado como ellas. Consigo todo lo que quiero, cuando quiero. Eso significa ser un Royal.

Pero, por alguna razón, no mola nada cuando lo veo en otra gente.

¿Me mira Hartley con el mismo desagrado y asco que siento yo hacia Felicity? Espero que no.

—Mira, ¿no podemos terminar como la gente normal que no es psicópata? —pregunto educadamente—. Tener novia, aunque sea de mentira, es una complicación.

Ella hace un ruidito molesto.

—Ya te dije que mientras seas discreto, te puedes liar con quien quieras.

—¿Discreto? Nena, no sé lo que significa esa palabra. Me tiré a la ex de mi hermano en su cama. Me tiré a la madre de Niall O'Malley en una fiesta en su casa. A dos de las Pastel, en la piscina de Carrington. Si seguimos así, terminaré avergonzándote y haciéndote quedar fatal.

Sus orificios nasales se dilatan.

—No a propósito —añado deprisa—, sino porque soy así. No pienso antes de actuar. ¿En serio quieres ser la novia del tío que rompió con otra por mensaje de texto? —Eso es lo que le gusta a Claire decirle a la gente, aunque transmití el mensaje en persona. Por una vez, esa mentira va a jugar en mi

favor.

Felicity se queda callada. Cuando su expresión altiva acaba resquebrajándose, sé que he conseguido hacérselo ver.

Las chicas como ella son todo imagen. Y sí, tener a un Royal colgado del brazo es una gran ayuda, pero ambos sabemos que sería mejor si ese Royal fuese Gideon, mi honorable hermano mayor. O Reed, que aunque sea un cabrón taciturno no la caga en público. Yo soy el Royal malo y todo el mundo lo sabe.

Deja las manos en los costados. Puedo ver cómo le da vueltas al tema en su cabeza.

—Anoche en el paseo... —empieza—. Dijiste que podría decirle a todo el mundo que rompí contigo.

Me aferro al salvavidas que me lanza.

—Sí —respondo con rapidez—. Puedes decir que te hice algo terrible y que por eso me dejaste.

—No. Decirlo no es suficiente.

Por el amor de Dios.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Una ruptura pública —responde con decisión—. Quiero romper contigo delante de todos y dejar claro que estás tan por debajo de mí que no quiero tener nada que ver contigo.

Me cuesta no poner los ojos en blanco.

—Claro. Lo que sea.

—Mi hoguera en la playa es el viernes —me recuerda—. Después del partido. Dijiste que vendrías.

¿Sí? No lo recuerdo, pero es probable que acabe allí.

—Vale.

—Estaremos juntos un poco antes de que rompamos. Y tú te quedarás quieto y aguantarás todo lo que te diga.

A ver, si el resultado es librarme de esta chiflada, correré alrededor de la hoguera en pelotas y dejaré que me tire tomates, si hace falta. Asiento.

—Vale.

Satisfecha, Felicity se pone de puntillas y me da otro beso en la mejilla, probablemente por el trío de chicas guapas de segundo que pasa a nuestro

lado. Casi me da un escalofrío, pero consigo sonreír con falsedad. También por las chicas de segundo.

—¿Te veo en la fiesta esta noche? —pregunta animada.

«Por desgracia», pienso.

—Por supuesto —digo.

Capítulo 19

La primera jugada de Bran en el partido del viernes por la noche es un pase de cincuenta yardas directo a las manos del receptor, que corre y anota un *touchdown*.

Ese pedazo de jugada sirve de precedente para el resto del partido; anotamos en casi todas las jugadas, si no *touchdowns*, al menos goles de campo, y ganamos por veintisiete puntos cuando llegamos a la mitad del partido.

Hartley al final no tuvo que trabajar, así que está en la grada junto a Ella y Val otra vez. Igual que Seb y Sawyer. Lauren, sorprendentemente, no está por ningún lado.

No puedo perderme la charla del entrenador en el descanso, así que no puedo detenerme a charlar, pero sonrío y saludo con la mano a mi gente antes de desaparecer por el túnel de vestuarios. Me motiva que haya venido Hartley. Espero que eso signifique que se quedará con nosotros después del partido.

La segunda mitad es tan buena como la primera. El Saint Lawrence Academy se las apaña para anotar dos *touchdowns* y así volver de golpe al partido, pero el Astor Park va muy por delante y nuestro contrincante no es capaz de darle la vuelta al marcador gracias a todos los puntos que logramos en la primera mitad.

Ganamos. Evidentemente. Y Bran consigue el balón del partido. El entrenador Lewis se lo lanza, le da una palmada en la espalda y dice:

—Has jugado al fútbol muy bien esta noche, hijo.

El resto de los compañeros, yo incluido, lo animamos también. Me acerco a Bran y le doy una palmada en el culo.

—Tío. Ha sido increíble. Te has estado reservando en los entrenamientos. —No lo digo de broma. Ha lanzado pases de cuatrocientas yardas hoy.

Se encoge de hombros con modestia.

—Bueno, no puedo revelar todos mis secretos a la primera de cambio.

Sonrío.

—Un hombre de misterio. Me gusta.

Bran ahoga otra risa.

Dom se aproxima a nosotros.

—Vamos a casa de los Worthington, ¿verdad? Felicity lleva toda la semana diciéndole al colegio entero que allí es donde se haría la fiesta de celebración.

Asiento.

—Sí, ese es el plan. Pero yo pasaré por casa primero. —Planeo hacerme con toda la munición del mueble bar de mi padre porque no creo que Felicity vaya a sacar el alcohol bueno. La última vez que fui a una fiesta allí, solo había vino y bebidas mezcladas.

Los chicos y yo nos cambiamos en el vestuario, soy uno de los primeros en salir de la ducha.

—Os veo en la playa —le digo a Pash y a Dom. Luego me giro hacia Bran—. ¿Tú también vienes? —como vacila, le dedico una mirada seria—. Ven, tío. Eres la estrella esta noche, tienes que venir y aceptar tu recompensa en forma de alcohol gratis y tías buenas que se mueren por cabalgarte.

Bran sonrío despacio. Es un tío muy decente. Me alivia que no solo haya aceptado el dinero esta mañana, sino que también me perdonara por comportarme como un imbécil en el parque de atracciones.

—Vale. Haré acto de presencia —accede.

—Hazlo, superestrella. —Me río por lo bajo mientras salgo del vestuario.

En casa, no soy el único que ha pensado en pasar por el mueble bar de papá. Los gemelos me han ganado, solo que no están saqueándolo como yo. De hecho, se están quitando los vaqueros desgarrados y sus respectivas

camisetas y los están reemplazando con los pantalones de chándal y las camisetas de tirantes que suelen llevar en casa.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunto desde la puerta del dormitorio de Sawyer—. ¿No venís a casa de los Worthington?

—No. —Sebastian suena reticente cuando lo admite.

—Oh. ¿Y qué vais a hacer entonces?

—Lauren quiere que nos quedemos aquí —murmura—. Ya viene de camino.

Madre de Dios. Pues claro que sí. Sinceramente, el año pasado pensaba que Lauren era buena gente, pero eso fue antes de que empezaran a verse más allá de las visitas ocasionales. Cuanto más la conozco, menos me gusta. Trata a mis hermanos como si fueran intercambiables. Como si solo fuesen dos juguetitos para entretenerla.

Pero Seb y Sawyer parecen estar de acuerdo con ello, así que supongo que yo también debería estarlo.

Sigo a mis hermanos a la planta baja. Llegamos al recibidor justo cuando la puerta principal se abre y entran Ella, Val y Hartley.

—Hola, chicas guapas —les digo y les dedico un silbido de admiración.

Ella y Val ponen los ojos en blanco, pero Hartley está demasiado ocupada observando el enorme vestíbulo. Su aprehensión es evidente cuando examina las dos escaleras, el altísimo techo y el suave mármol bajo sus pies. Uso ese momento de distracción para estudiarla yo a ella.

Está mona esta noche. Lleva vaqueros con un roto en cada rodilla, un top morado oscuro y una sudadera negra abierta. Tiene el pelo suelto y hasta se ha puesto un poco de maquillaje: máscara de pestañas y un brillo de labios que hace que su boca parezca húmeda y *sexy*.

Lo mejor, no obstante, es mi collar.

Lo lleva puesto. Lo lleva de verdad. Y le queda genial. Quiero darle un beso justo en la clavícula.

—Me olvidé el móvil —explica Ella antes de subir a su habitación.

—Y yo tengo que ir al baño antes de hacerle una visita a la Zorra Malvada del Este —declara Val, y desaparece por un pasillo.

Yo me río entre dientes, pero el humor desaparece en cuanto Hartley y yo nos quedamos solos. Me muero por decirle algo del collar, pero me da miedo

que se lo quite, así que finjo no darme cuenta. Ella continúa estudiando la sofisticada estancia, pero no me da la impresión de que me esté juzgando. En todo caso, parece triste.

—¿Todo bien? —pregunto.

Asiente, pero se está mordiendo el labio inferior, un gesto que estoy empezando a asociar con su nerviosismo. Luego separa los labios y suelta un breve suspiro.

—Es solo que... —Su voz se vuelve melancólica—. Tu casa es muy bonita, Easton. Todo ese cristal...

Se refiere al enorme ventanal que cubre la mayor parte de la mansión.

—A mi madre le encantaba el sol —admito—. Quería que toda la casa estuviese envuelta en luz natural. —Menos al final. Para entonces no había luz en la vida de mi madre. Solo oscuridad y depresión que al final la terminó llevando al borde del precipicio.

El silencio se instala en el enorme recibidor. Oigo los suaves murmullos de Ella en la planta superior, y el sonido del agua procedente del cuarto de baño del pasillo.

—¿Sabes qué? —dice Hartley de repente—. Creo que me voy a ir.

La decepción me atraviesa.

—¿Y qué pasa con la fiesta?

Se encoge de hombros.

—No estoy de humor.

—Jo, venga. Ahora no te puedes echar atrás.

Está claro que ya se ha decidido, porque saca su teléfono del bolsillo.

—Cogeré un taxi.

—Qué mierda —me quejo.

Sus ojos grises se encuentran con los míos.

—De verdad que no me apetece ir a una fiesta esta noche, Easton.

Algo en su tono de su voz, un deje de tristeza, hace que deje el tema.

—Bueno, vale. Entonces nos quedaremos aquí. —Le quito el teléfono de la mano y cierro la aplicación de taxis.

—¿Qué haces? —protesta.

—Escucha, Hartley Davidson. Hemos jugado de puta madre hoy y hemos ganado. Quiero celebrarlo. —Arqueo una ceja—. Con mi mejor amiga.

Hartley suelta una carcajada.

—Sí que le estás sacando partido a la tontería de ser mejores amigos, ¿eh?

—No es ninguna tontería. Me gusta pasar tiempo contigo. Y si no quieres ir a la fiesta, pues nos quedamos aquí. —Felicity se volverá loca si no aparezco para nuestra gran actuación, pero puede fingir romper conmigo en cualquier otro momento. No tiene por qué ser esta noche—. Los gemelos y Lauren también se van a quedar en casa. Podemos ir a la sala de juegos y jugar al billar, o ver una película en la sala multimedia. O darnos un baño; la piscina está calentita.

Ella se mueve incómoda.

—No sé...

—Es viernes y ni siquiera son las diez de la noche. Vive un poco. —Al no responder, la reto—: ¿Trabajas por la mañana?

—No —admite.

—Bien. Entonces puedes quedarte esta noche. Olvídate de la fiesta.

—Eso suena genial —dice Ella.

Baja las escaleras, pero Val, que aparece detrás de nosotros al mismo tiempo, rechaza la idea de inmediato.

—No —le dice a Ella—. Te lo dije, tenemos que demostrar fuerza esta noche.

—Creo que le estás dando demasiado crédito a Felicity —contradice Ella—. Es inofensiva...

—No, no lo es —digo con tristeza—. Tengo que darle la razón a Val en esto, hermanita.

Ella me frunce el ceño.

—¿En serio?

—En serio. Ya me ha dicho un montón de veces que quiere llevar las riendas del colegio y que no tiene problema en deshacerse de ti.

Los ojos de Ella arden de furia.

—¿De verdad te ha dicho eso?

—*Sip*.

Val atraviesa a Ella con la mirada.

—¿Ves? Tenemos que demostrarle a esa zorra que Ella Harper

O'Halloran Royal no le tiene miedo.

—Con Royal basta. Y vale, iré. Pero sigo pensando que estáis haciendo una montaña de un grano de arena. —Ella nos mira a Hartley y a mí—. ¿Entonces os quedáis?

Una ola de satisfacción me recorre la espalda al ver a Hartley asentir.

—Supongo que sí —dice al tiempo que esos enormes ojos grises se encuentran por un instante con los míos.

Capítulo 20

—¿Peli? ¿Juego? ¿Comida? —ofrezco en cuanto Val y Ella se van. Me giro hacia los gemelos—. ¿Qué os apetece?

Los gemelos se encogen de hombros y miran a Lauren.

—Algún juego me parece bien. —Mira a Hartley y especula—. A menos que queráis estar a solas.

—No, pero no se me dan bien los juegos —responde Hartley—. A no ser que juguemos a Pokémon. A eso sí que sé jugar.

Dios, qué dulce es. Me río entre dientes.

—Tenía en mente un juego de mesa.

—¿Un juego de mesa?

—Sí, tenemos muchísimos. Mi... —Mi voz se apaga cuando recuerdo que mi madre jugaba a serpientes y escaleras con los gemelos y conmigo cuando éramos pequeños. Nos solíamos sentar en la mesa de la cocina. Su pelo oscuro solía revivir bajo la luz del sol. Recuerdo que me distraía cuando intentaba contar todos los colores.

—¿Tu qué?

Me escabullo. No voy a ponerme melancólico esta noche.

—A mi madre le encantaban. ¿Os acordáis cuando jugábamos a serpientes y escaleras con ella? —le pregunto a los gemelos.

—Cuando teníamos cinco años —dice Sawyer.

Me precipito a cambiar de tema.

—¿Qué os parece el Monopoly?

Los gemelos interpelan a Lauren. Otra vez.

Ella sonríe.

—Me parece bien el Monopoly.

—Nos parece bien el Monopoly —repiten los gemelos.

Yo me trago un suspiro de frustración.

—Genial. Los juegos están en la sala multimedia.

Indico a Sawyer y a Sebastian que nos cojan refrescos y algunas bolsas de palomitas. Lauren se sienta inmediatamente en el suelo y se dispone a esperarnos, mientras que Hartley me sigue hasta el mueble donde guardamos los juegos de mesa.

—El original y tradicional —comenta cuando bajo la caja blanca del estante.

—Por supuesto. Soy purista.

—También es un tiburón —le advierte Sawyer cuando entra en la habitación, con los brazos llenos de comida. A su espalda, Sebastian trae una cuba con un montón de botellas dentro.

—No sabía qué te apetecía esta noche, nena —le dice a Lauren acerc ndole las bebidas.

Escruta con altivez las opciones y luego sin pronunciar palabra señala la limonada *light*. Sebastian la saca, abre la botella y luego sirve la maldita bebida en un vaso de cristal antes de tend rsela a su novia.

—¿Qué quieres? —le pregunto a Hartley con un tono un tanto sarcástico.

—Puedo cogerlo yo, gracias —responde con diversión—. ¿Por qué no preparas el tablero?

Acerco la caja a los gemelos y a Lauren.

—Yo ser  el perro —anuncia Lauren.

Rebusco entre las figuras restantes.

—¿Qué quieres ser t , Har-Har?

—La plancha. —Lo saca del montón y lo coloca sobre el tablero.

Sawyer elige el barco y Sebastian el zapato viejo.

Yo escojo el coche.

Tras las primeras cuatro rondas, Sawyer y Hartley van ganando.

—Eh, soy mayor que t . Hay que respetar a los mayores —bromea

Hartley cuando Sawyer se libra de una de sus propiedades por una casilla.

—Lo siento, estoy a merced del dado, y me dice que compre St. James.
Me da el dinero y yo le doy el título de propiedad.

—Bueno, los dioses de la suerte me dicen que pase por la casilla de salida y reciba otros doscientos. —Hartley mueve la carta en las narices de Sawyer—. Y con mis nuevos ahorros, creo que compraré un apartamento para que puedas quedarte la próxima vez que me visites.

—No se va a quedar en ningún sitio contigo —se queja Lauren.

Pongo los ojos en blanco.

—Relájate. Solo es un juego.

—Me aburro —dice, y se pone de pie—. Vayamos a ver una peli a vuestra habitación.

Antes de poder protestar, los gemelos siguen a Lauren y los tres salen por la puerta.

—¿He dicho algo malo? —pregunta Hartley.

—No. Es solo que Lauren es... —hago una pausa. No quiero hablar mierdas de una chica a la que apenas conozco—. Es Lauren —termino—. ¿Quieres seguir jugando?

—Pues claro. Te estoy dando una paliza. —Tira el dado en mi dirección—. Tu turno.

Lanzo el dado y caigo en una casilla de suerte. La carta que cojo del montón me manda directamente a la cárcel. Hartley sonrío con suficiencia ante mi mala suerte. Avanza por el tablero, compra otra propiedad, y luego se echa hacia atrás y me observa mientras agito el dado.

Lo suelto y obtengo un cinco, que hace que aterrice justo en la propiedad que Hartley acaba de comprar.

—Joder. Me estás dejando tieso.

Se frota las manos cual malvada villana. Le tiendo el pago y la observo mientras mueve su plancha hasta una casilla de «Caja de la Comunidad».

Mi siguiente tirada hace que aterrice en Tennessee Avenue.

—Por fin. —Hago como que me limpio una inexistente gota de sudor de la frente—. Creía que me iba a quedar sin propiedades.

—Todavía queda juego.

—No sabía que fueses tan despiadada.

—Mira y aprende, chaval.

Procede a demostrarme lo equivocado que estoy. Tras otra vuelta por el tablero, ya posee otras cinco propiedades, y yo solo una. Este juego va a ser una masacre.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir torturándome?

—¿Te queda dinero?

Bajo la mirada hasta mi escaso montón de billetes.

—Algo.

—¿Te rindes?

—*Nop*.

—Ummmm. —Me tiende algo de dinero—. Voy a comprar una casa en Indiana Avenue.

Le paso la casita con un gran suspiro.

—Este lado materialista tuyo es nuevo para mí —comento.

—¿Y eso? —Me ofrece el dado.

—No sé. Antes parecías simpática y despreocupada. Tocas el violín. Eso me parece bastante... —me detengo, inseguro de lo que quería decir.

—¿Suave? —me ofrece. Luego frunce el ceño—. Tocar un instrumento es tan difícil como jugar al fútbol. ¿Crees que estar sentada durante horas con un trozo de madera sujeto entre el hombro y el cuello es sencillo y cómodo?

—Esto... ¿no?

—No. ¿Sabes cuántas veces me han sangrado los dedos después de practicar? —me pone su preciosa mano en la cara.

—¿Muchas? —presupongo.

—Correcto. Muchas. Y cuando te duelen los dedos no puedes hacer nada. Ni siquiera abotonarte la camisa.

—Yo la abotonaría por ti —digo sin pensar.

Me lanza la casita.

—¡Easton!

Agarro la casa y la coloco sobre su propiedad.

—Lo siento. Es la costumbre.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué es la costumbre?

—No sé. Lo es y ya está —murmuro. Lanzo el dado y muevo mi figura. Es otra estación, pero no me la puedo permitir, así que le tiendo el dado.

—Vamos. Cuéntamelo.

—¿Por qué?

—Porque los amigos se cuentan cosas.

Alzo ambas cejas en su dirección.

—Y tú me has contado tantísimas cosas...

Se encoge de hombros.

—Conoces mi situación en casa.

—No porque me lo hayas contado —objeto. La sangre me hierve a fuego lento—. Sino porque lo escuché.

—Aun así, lo sabes —insiste.

—Lo hago porque ese es mi papel —espeto con irritación.

Al instante me arrepiento de mi estallido y finjo inspeccionar mi cochecito como si fuese la perfecta miniatura del Bugatti de un millón de dólares que tiene Steve. Adoro ese maldito coche.

—No voy a fingir que sé a qué te refieres con eso, pero entiendo lo que implica ser el hermano mediano. Nunca somos tan buenos como nuestros perfectos hermanos mayores, ni tampoco somos ya los más pequeños.

—No es eso —protesto, pero la verdad de sus palabras me golpea de lleno en el pecho. Reed y Gideon son muy centrados. Ellos tienen una disciplina que a mí me falta, y por eso ellos están en equipos deportivos universitarios y yo no llegaré a hacerlo nunca. Los gemelos comparten un vínculo tan profundo que no creo que Lauren siquiera lo entienda. Yo siempre he estado en medio. Rodeado de hermanos, pero de algún modo también solo. Lo único en lo que sobresalía era en lo mucho que mi madre me consentía y, en retrospectiva, hasta eso me hace sentir incómodo.

»Me gusta ser Easton Royal. No hay nada en este mundo que no pueda tener —declaro para demostrarle que no soy el tristón que me está pintando ser—. He dicho costumbre, porque muchísima gente está enamorada de mí y yo intento pagárselo con cumplidos para que se sientan mejor.

—Vale —dice.

Su tono suave me crispa los nervios más que una discusión, pero

mantengo la boca cerrada. En cambio, me centro en el juego, tiro el dado y muevo mi coche por el tablero, pero soy incapaz de dejar de pensar en el pasado.

Mi madre solía decirme que era su favorito, su niño especial con el que siempre podría contar cuando me necesitase. Lo que implicaba que era la única persona con la que me sentía incapaz de decirle que no.

—A veces, cuando eres el centro de atención de una persona puede ser malo —digo de pronto—. Tanto para ti como para la otra persona, así que dar cumplidos hace que esa atención se desvíe, ¿entiendes?

Siento que he hablado demasiado y bajo la cabeza. Espero a que haga la inevitable pregunta sobre a qué y a quién me estoy refiriendo. Sorprendentemente, el único sonido que oigo es el del dado al caer sobre el tablero. Aterriza sobre la última estación, lo cual significa que estoy jodido.

—Tengo hambre —anuncio—. Vayamos por algo de comida y luego veamos alguna peli.

—Pero no hemos terminado el juego.

—Me rindo. —Me pongo de pie—. ¿Comida?

—Claro. —Saca su móvil.

—¿Qué haces?

Sonriendo de oreja a oreja, le toma una foto al tablero y a mi pequeñísimo fajo de billetes.

—Estoy inmortalizando este momento. Puede que nunca vuelva a tener la oportunidad de ganarte en nada.

Me aferro a una de sus palabras: vuelva. Hartley quiere seguir pasando tiempo conmigo. Eso es suficiente para acallar mis malos recuerdos.

La dirijo hacia la cocina y le indico que se siente.

—Probablemente queden raviolis. ¿Sí o no?

—Sí. Me encantan los raviolis. ¿Te ayudo en algo?

—*Nop*. Siéntate y entreténme.

Ella se sienta en uno de los taburetes.

—¿Cómo pretendes, exactamente, que te entretenga? —Cuando abro la boca, ella levanta una mano en señal de que me quede callado—. Olvida eso. ¿Quieres que te lea las noticias?

—¿Quieres atravesarme la cabeza con un picahielo?

—Eso es un no.

Saco el plato de la nevera y leo las instrucciones para calentarlo que Sandra pegó encima. *Horno de convección, 3 minutos*. En cuanto lo introduzco en el electrodoméstico, me giro y me apoyo contra la encimera.

—Me sorprende que no haya más gente viviendo aquí —dice, y mira la enorme estancia vacía—. Me quedé con mi familia en Nueva York en una de mis vacaciones. Su casa es como ocho veces más pequeña que esta, y tienen a tres personas de servicio a tiempo completo.

—Solíamos tener muchas. Pero cuando mi madre murió, el servicio no dejaba de ofrecer entrevistas a la prensa del corazón para decir lo triste que estaba nuestra familia. Papá despidió a todos menos a Sandra, nuestra cocinera. —Señalo la hornilla con el pulgar—. Y ahora solo trabaja unos cuantos días a la semana porque tiene un nieto pequeño al que cuida. Yo lo prefiero así. ¿Qué te parece el norte?

—Frío en invierno. Muy frío. No lo echo nada de menos. Pero me gustaban las estaciones. Mis favoritas eran la primavera y el otoño.

—¿Cuánto tiempo estuviste fuera?

—Tres años. —Vacila, y sé que quiere preguntarme sobre la muerte de mi madre y probablemente también sobre el escándalo de principios de año. Pero en vez de lanzarse a la caza del cotilleo, me tira un trapo—. Usa esto para no quemarte las manos.

—Bien pensado. —Con cuidado, saco el plato de cristal—. ¿Compartimos? ¿O saco más platos?

—Podemos compartir. ¿Quieres agua o alguna otra cosa?

Me apetece mucho beberme una cerveza, pero me imagino que a Hartley eso no le hará mucha gracia. No parecía muy contenta de verme borracho la noche que me encontró después de la partida de póker.

—Con agua me vale.

Cuando nos acabamos el plato de pasta, Hartley me pregunta dónde está el cuarto de baño. Le enseño el que está al salir de la cocina y luego recorro el pasillo para usar el otro cuarto de baño de la planta baja.

En cuanto regreso, oigo las voces de Hartley y Lauren. Supongo que Lauren ha bajado para coger algo, aunque me sorprende que no se lo haya ordenado a alguno de sus sirvientes.

No es mi intención escuchar a escondidas. De verdad que no. Pero antes de poder entrar en la cocina, Lauren dice algo que me deja clavado en el suelo.

—Me alegra ver que estás haciendo uso del apellido Royal.

—¿A qué te refieres? —Hartley suena confusa.

—Me refiero a que salir con un Royal tiene sus beneficios. Es genial, ¿verdad? —El tono engreído y frívolo de Lauren hace que se me tensen los hombros. Esta tía es lo peor.

—No estoy saliendo con un Royal. Easton y yo solo somos amigos.

Lauren se ríe por lo bajo.

—Chica, venga ya. Los amigos no se compran joyas caras.

—¿Qué? ¿Ah, te refieres a esto? Easton lo consiguió de una máquina de chuches.

—Claro. La Máquina de Chuches.

—No lo entiendo.

—Es una joyería de la Sexta Avenida. Los dijes más baratos cuestan cinco mil dólares. —Hay un momento de silencio mientras Lauren pondera el interior del corazón de cristal en el collar de Hartley—. Tienes tres dijes. Mayormente diamantes, rubíes y esmeraldas. Supongo que eso le costó a Easton como unos quince mil. No es que no se lo pueda permitir. Como he dicho, es un buen comienzo.

—Pero... yo no quiero que me compre cosas caras —protesta Hartley, y maldigo a Lauren por sacar el tema. Ya fue difícil que Hartley aceptara el regalo para empezar.

—Venga, por favor, no te hagas la inocente. Salir con los Royal implica tener que lidiar con su retorcida familia. Habrá que compensarlo, ¿no?

Retrocedo unos pasos y luego piso con fuerza en el suelo para que las chicas me oigan llegar. Evidentemente, ambas se quedan calladas. Lauren sonrío de oreja a oreja cuando entro en la cocina. Hartley tiene una expresión atormentada en el rostro.

Levanta el collar en cuanto me ve.

—No puedo quedármelo.

Contengo las enormes ganas de fulminar a Lauren con la mirada.

—¿Por qué no?

—Es demasiado caro. No puedo ir por ahí con un collar que cuesta tanto.

Junto a la encimera, Lauren suelta un suspiro de irritación, como si Hartley la hubiese decepcionado. Coge su vaso de agua y sale de la cocina sin mirar atrás.

—¿Por qué no? —repito, y centro mi atención otra vez en Hartley—. Tampoco es que tú seas pobre. Tienes un fondo fiduciario.

—El único que tengo es para los estudios. Es de mi abuela y solo lo puedo usar para las clases, la matrícula y cosas así. Por eso puedo ir al Astor.

La observo mientras se pelea con el enganche, tirando y empujando como si la cadena de oro le quemara la piel.

—Ayúdame —me ordena.

—No. —Retrocedo. Quitarle el collar sería una pérdida, y no quiero sentirme así.

—Lo sigo en serio, Easton. No me siento cómoda quedándomelo. Nunca sería capaz de permitirme algo así. ¿Por qué crees que mi padre...? —se detiene—. No puedo aceptarlo.

—¿Qué ibas a decir de tu padre? —la presiono.

—Nada.

Suelto un quejido de molestia.

—¿Por qué siempre tienes que ser tan difícil? ¿Por qué guardas tantos secretos de tu vida?

Deja de toquetear el enganche por un momento.

—¿Y qué importa?

—Somos amigos. Quiero conocerte mejor. —Y estoy cansado de ser el que lo comparte todo. Le he dicho cosas que no le he contado a nadie más. Y mientras tanto, ella sigue siendo tan misteriosa, y se comporta como si prefiriese raparse la cabeza antes que confiar en mí.

Percibo un atisbo de desdén en sus ojos.

—Sí, no haces más que sacar a colación la palabra «amigos». Sigues diciendo que te parece bien que seamos solo amigos. Pero una parte de mí siente como si fuese mentira o algo así. Como si estuvieses haciendo todo esto para meterte bajo mi falda.

Aprieto los puños a mis costados.

—Si eso es lo que crees, ¿qué haces aquí?

Ella se vuelve a quedar en silencio.

—Tienes suerte que haya decidido mantener las manos alejadas de ti.

Se queda con la boca abierta.

—¿Suerte?

—Sí. Porque si quisiese que estuviésemos desnudos, lo estaríamos. Solo estoy haciendo las cosas a tu manera ahora mismo.

—Guau. Qué simpático, Easton. —Tira fuerte de la cadena, y el frágil enganche da de sí—. Gracias por la partida, la película y la comida.

Mierda.

—Espera. No te vayas. Estaba de broma.

Deja el collar en la encimera sin mirarme a los ojos.

—Ajá. Tengo que irme.

Ahogo un ataque de ansiedad. La noche apenas acaba de empezar y de verdad que no quiero estar en casa solo.

—Venga, Hartley. Me quedo en casa por ti esta noche, ¿y ya te vas? ¿Por qué? ¿Porque he flirteado de broma contigo?

—No, porque estoy cansada y me quiero ir a casa. No tenías por qué haberte quedado en casa. Fue tu elección. —Sale con decisión hacia el vestíbulo.

Cojo el collar de la encimera y la persigo con la cadena de oro entre mis dedos.

—Hice esa elección porque es lo que hacen los amigos, ¿recuerdas? Hacen sacrificios.

—No me hagas ningún favor —replica con frialdad.

Siento su mal humor ir en aumento.

—No te lo haré. De hecho, búscate tu propio transporte para volver a casa.

Ella abre la pesada puerta de madera de roble de un tirón.

—Eso haré.

Y luego se va.

Sale por la puerta, baja los escalones y sigue caminando. La observo por la ventana del recibidor. Su esbelta figura se hace más y más diminuta mientras se aleja por el camino de la casa.

No mira atrás ni una sola vez.

«Me alegro de que se haya ido», me digo. Me muero por un trago, y ahora que no tengo que preocuparme por incomodarla, puedo tomármelo. Me quedo mirando el collar que tengo en la mano, tentado de arrojarlo contra la pared. Al final, me lo guardo en el bolsillo, porque Lauren tenía razón. Sí que me costó quince mil pavos. Lo guardaré para la siguiente. Esta vez elegiré a alguien que sea agradecida y de verdad me valore.

Me dirijo al estudio de papá y arraso con el mueble bar. Lo único que queda es su asqueroso vino Oporto. Me trago el líquido dulce de igual manera. Me dará el puntillo que necesito.

No me lo puedo creer. He sido amable con ella. La he defendido. Protegido. Debería alegrarse. Debería estar de rodillas agradeciéndome por haberla salvaguardado bajo el manto de los Royal.

¿El manto de los Royal?

Casi vomito. ¿En esa clase de persona me he convertido? No me extraña que no quiera pasar más tiempo conmigo.

Rebusco y encuentro otra botella. En algún recoveco de mi mente, oigo las advertencias de mis hermanos, que me dicen que no tire mi vida por el retrete.

—Nada de pastillas. Nada de drogas —le digo a mis hermanos imaginarios—. Solo un poco de alcohol. No hay nada de malo en eso.

Mientras aprieto la botella contra mis labios, atisbo mi figura en el espejo de la pared. El cuadro de mi padre solía estar ahí. Ahora es una monstruosidad reflectante. ¿Cómo puede mi viejo quedarse aquí parado y mirarse a sí mismo? Espera, él nunca está aquí, así que esa es la razón.

Yo soy el único aquí, bebiendo mierdas que no me gustan porque no quiero pasar ni un minuto de esta vida solo. Mi cabeza es un sitio muy, muy malo.

Agarro la botella con más fuerza. Beber solo es para los perdedores. Yo, Easton Royal, no soy un perdedor. Me termino la botella y cojo una segunda y me dirijo dando tumbos hacia la playa.

Capítulo 21

El camino a casa de Felicity se torna borroso pero llego al sitio exacto. O al menos eso es lo que parece a juzgar por la cantidad de cuerpos pegados unos a otros en un mínimo trozo de arena.

—¡Easton Royal!

Oigo que me llaman un montón de chavales. Felicity ha debido de invitar a gente que no es del Astor, porque reconozco algunas caras que ya han empezado la universidad.

—Oye, Felicity te estaba buscando —dice alguien—. Está bastante cabreada. Quizá sea mejor que te escondas.

—Stu ha traído a tías de un instituto del sur —exclama otro tío al tiempo que se muerde el puño—. Estoy deseando graduarme.

—¿Dónde está el alcohol? —murmuro.

—En la casa de la piscina. Pero... tío, tú ya pareces ciego. ¿En serio quieres más?

—Si quiero tu opinión, te la preguntaré.

Lo empujo para seguir hacia delante sin tan siquiera pensar en quién era. Al subir la pequeña inclinación veo la piscina, la casa de la piscina y una pequeña pista de baile situada a un lateral. Ella está allí con Val. Adoran mover el culo.

Cojo el vaso de la mano de algún tío y me acerco hasta ellas. Detrás de mí hay varias protestas y movimiento, pero le levanto el dedo corazón al tío

del vaso y lo ignoro. Es fácil conseguir otra copa. Por el camino vierto la mitad de la bebida.

—Dios, ¿quién es el borracho que...? —Lindsey de la clase de Política interrumpe sus palabras—. Oh, eres tú.

—¿Tienes algún problema conmigo? —exclamo arrastrando las palabras.

—No —responde, pero sus ojos dicen otra cosa.

Le sonrío con frialdad y me echo a un lado.

—Bien dicho.

—Cabrón —murmura por lo bajo.

—Zorra.

Una mano musculosa me agarra del hombro.

—Lo he oído, Royal. Eres tú el que mete mierda sobre la gente.

Miro la nueva cara, que percibo algo borrosa. Es Zeke, el novio musculado de Lindsey.

—Sé que no tienes suficiente atención en casa, Zeke, pero arañas el árbol equivocado —le informo—. O quitas tus zarpas de mi camisa Tom Ford o me das los mil pavos que cuesta reemplazarla.

Zeke se echa hacia atrás para pegarme un puñetazo, rojo de ira. Si me hubiera dado, me habría dolido de lo lindo, pero se mueve más lento que un caracol. Me agacho bajo su brazo, cojo su muñeca y la llevo tras su espalda. Él cae de rodillas.

Lindsey chillaba. Después otra voz me llama.

—¡Easton! ¡Easton! —Un par de manos pequeñas me empujan hacia atrás. Es Ella. Parece preocupada.

—¿Qué pasa, hermanita?

—¿Qué haces?

Sacudo la mano libre y el líquido restante en mi vaso se derrama por la pista de baile.

—Estoy aquí, por la fiesta.

—Estás borracho. —Me agarra el puño, el que sujeta a Zeke con fuerza.

—¡El premio gordo para la señorita! Te aplaudiría pero tengo las manos ocupadas. —Alzo el vaso en alto. Si lo dejase caer en el ángulo exacto podría dejar a Zeke inconsciente. Sería divertido, creo.

Los chillidos de Lindsey se han convertido en sollozos lastimeros.

Empiezo a silbar para no escucharla.

—¿Dónde está Hartley? —inquire Ella.

—A quién le importa. —Mi garganta se cierra tras la mentira. A mí me importa. Me importa demasiado, joder.

—Easton, por favor.

—¿Ruegas así cuando estás con Reed? —Le guiño el ojo. O lo intento, al menos—. Debe de ser por eso que llevas sus pelotas en el bolso.

Su cara de preocupación se transforma en una expresión fría.

—Estás borracho —repite—. Vete a casa.

Otro par de manos se une a las de Ella. Estas son grandes y fuertes y casi logran arrancar a Zeke de mi agarre.

Aparece Bran en mi zona visual.

—Oye, tío. Vamos a jugar al *frisbee* fútbol y nos vendría bien otro jugador.

—Está demasiado oscuro —gruño.

—*Nah*, Bran ha puesto unas luces LED —dice Pash a mi lado—. Venga.

Suelto a Zeke a regañadientes. Lindsey cae sobre su espalda, lo cual no parece muy cómodo. Empiezo a decir algo, pero Bran y Pash me arrastran lejos de allí. Lo último que veo es la cara pétrea de Ella.

Supongo que he vuelto a herir sus sentimientos. Tendré que disculparme por la mañana. Es tan sensible...

Alguien lanza el *frisbee* al aire.

—¿Tenéis un porro? —pregunto.

—Juguemos y ya está —dice Bran al tiempo que suspira—. No es necesario que nadie fume maría hoy.

Me giro hacia Bran.

—¿Ahora te dedicas a monitorizar mis hábitos recreacionales?

—Solo intento que el capitán de nuestra línea defensiva permanezca sano y sin suspensiones.

El disco vuela hacia nosotros. Bran salta y lo coge antes de que me dé en los ojos.

—Puede que el *frisbee* no sea tan buen plan para hoy —dice con ironía.

Pash asiente.

—¿Y si nos relajamos en mi casa? Podríamos ver una peli.

—¿Una peli? Lo que menos quiero es ver una peli. —Me golpeo la palma con el puño—. ¿Y si peleamos?

—¡No habrá peleas en mi fiesta! —dice la voz chillona de Felicity.

Me doy la vuelta y la veo a cierta distancia. Sus ojos echan chispas. Me pregunto por qué está tan cabreada. Después me acuerdo. Quería romper conmigo aquí, donde todos pudiesen verlo.

Bueno, yo encantado de ayudar.

—Felicity. Ahí estás. —Me acerco y pongo un brazo en torno a sus hombros—. Mi novia falsa. Hola a todos —grito—. Tenemos algo que deciros. Felicity tiene una noticia. Va a romper nuestra relación falsa.

Se hace un profundo silencio, roto por algunos murmullos femeninos.

Yo me echo hacia atrás y abro los brazos ampliamente.

—Aquí estoy. Ataca. Di lo que quieras para romper. Haz que sea bueno.

—Easton, vámonos a casa. —Ella consigue llegar hasta el principio de la multitud a empujones.

—No puedo, hermanita. Le prometí a mi novia falsa que podría humillarme delante de todos nuestros amigos. —Vuelvo a saludar a Felicity—. El escenario es todo tuyo.

Frunce los labios en una pequeña mueca de desagrado, como si alguien hubiera cosido los extremos de su boca y después hubiera tensado el hilo.

—Eres un cabrón malo y cruel, Easton Royal —sisea.

—¿Eso es todo lo que tienes? ¿Eso dice una de las chicas más zorras del instituto Astor Park? Venga. No me decepciones. —Hago un gesto con ambas manos en señal de que siga pero no es ella quien da el golpe final.

—Lo siento, pero creo que me lo agradecerás por la mañana. —Bran se echa hacia atrás y después hace volar su puño. Es lo último que veo.

Me despierta una luz cegadora y una banda de música trasteando en mi cabeza. Emito un gemido agónico y eso solo hace que la banda toque más fuerte. El sonido rítmico late en mis sienes y lo siento incluso en el estómago, hasta que las náuseas que me produce hacen que me precipite fuera de la cama y corra a mi baño privado.

Vomito hasta que no me queda nada más que vomitar; me arrodillo y jadeo durante varios minutos. Al final consigo reunir la fuerza necesaria para levantarme. Me lavo los dientes y bebo dos vasos de agua. Me ducho. Me afeito. Al volver a mi habitación y ponerme unos pantalones de chándal ya me siento medio normal.

Las resacas son una mierda. Aunque las mías no suelen ser tan malas. Soy incapaz de acordarme cuándo fue la última vez que me levanté tan mal después de una noche de alcohol. Aunque bebí bastante anoche. Lo bastante como para comportarme como un gran cabrón y llevarme un puñetazo en la cara cortesía de Bran Mathis.

—¿Cuánto bebiste anoche? —Mi padre aparece en el umbral de mi habitación frunciendo el ceño—. No volverás a la cabina de mando si no cambias.

—¿Qué te hace pensar que he bebido? —inquiero desafiante.

—Son las ocho de la mañana y te has pasado diez minutos vomitando lo bastante fuerte como para que te oiga todo el vecindario. Así que te repito la pregunta, ¿cuánto has bebido?

Usa la voz autoritaria que asusta a sus socios. Pero yo no soy uno de sus socios, soy su hijo, lo que significa que sé de primera mano que Callum Royal es inofensivo fuera de su despacho. Ha dejado que mis hermanos y yo nos despendolemos durante años, incluso antes de que mi madre falleciera.

—Puede que esté enfermo por un virus del estómago, ¿has pensado en eso, papá? —lo miro desafiante—. Me encanta que enseguida pienses lo peor de mí —murmuro en voz baja al tiempo que me dirijo al armario y abro las puertas.

Al otro lado de la habitación, la cara de papá se inunda de preocupación.

—Lo siento, hijo, ¿estás enfermo?

—*Nah* —lo miro con una sonrisa—. De resaca.

—Easton. —Se pasa una mano por el pelo. Es del mismo color castaño que el mío y el de mis hermanos mayores. Los gemelos tienen un tono más claro—. De todos mis hijos tú eres el que hace que me salgan canas, lo sabes, ¿no?

—Claro. Gid es demasiado mojigato. Como Reed. —Ladeo la cabeza, pensativo—. De hecho, puede que los gemelos sean peores que yo. Ya sabes que salen con la misma chica...

—¡No te oigo! —gruñe papá mientras se cubre los oídos y sale rápidamente de mi habitación.

Resoplo porque, joder, mi padre se ha vuelto algo guay desde que Ella se mudó con nosotros. Antes nunca se pasaba a ver cómo estábamos ni nos sermoneaba por nuestra conducta alocada.

Hablando de Ella, entra en mi habitación antes de que pase un minuto desde que saliese papá. Tiene el pelo rubio recogido en una coleta alta, lleva mallas y un jersey de fútbol americano con el número de Reed en la parte de delante.

Oh mierda. Olvidé que hoy vamos al partido de Reed. Su equipo juega contra Luisiana State.

—¿Qué demonios te pasa? —La coleta de Ella se balancea con rapidez cuando se acerca a mí.

—La pregunta es demasiado general, hermanita. Me pasan un montón de mierdas.

—Anoche te comportaste como un capullo —me acusa.

—¿Te refieres a que actué como soy siempre?

Sus ojos azules se llenan de consternación.

—No, tú no eres así, al menos conmigo.

Pienso e intento recordar lo que le hice o dije a Ella anoche. Cuando llegué a casa de Felicity, Val y ella estaban bailando. Tuve una bronca con el gilipollas de Zeke y Ella interfirió. Y yo... oh, cierto. Hice un comentario idiota sobre que tenía a Reed bien atado e hice un chiste sobre si le rogaba a mi hermano cuando estaban en la cama.

Ahogo un suspiro. Joder. Soy un verdadero cabrón.

—¿Por qué haces esto? —pregunta.

Oh, mierda, le tiembla el labio inferior. Juro que como se ponga a llorar...

Pero se recupera rápido. Frunce los labios y alza la barbilla. Esa chica tiene hierro en la sangre. Nada la derrumba. No es de extrañar que mi hermano se enamore de ella en cuanto entró por la puerta.

—Tienes problemas de adicción, Easton.

—No me digas.

Sus ojos brillan de rabia.

—No es algo de lo que burlarse.

No, no lo es. La última persona de la familia que tuvo problemas de adicción se quitó la puta vida. Pero yo no soy como mi madre. Me gusta demasiado la vida como para suicidarme.

—Me gusta beber —digo mientras me encojo de hombros—, y qué. Ya no tomo pastillas. —Rebusco en mi armario para encontrar mi propio jersey de la universidad de Reed—. ¿A qué hora sale el *jet*? —pregunto por encima del hombro.

—Dentro de una hora. —Por el rabillo del ojo veo que se cruza de brazos—. Pero tú no irás en él.

Me doy la vuelta.

—Y una mierda. Reed tiene partido.

—No quiero que vayas —dice con una mueca.

Soy incapaz de no reír.

—Joder, hermanita, si *tú* no quieres que vaya supongo que me quedaré en casa. —Quito el jersey de la percha—. Claro que no.

—Lo digo en serio —dice en una voz arrogante que me pone de mala hostia—. Fuiste un capullo anoche, no solo conmigo, sino con Val y Bran y, no puedo creer que vaya a decir esto, pero también con Felicity. No mereces venir a Nueva Orleans con nosotros, ver jugar a Reed y después comer deliciosos buñuelos y disfrutar de una cena en Bourbon Street. Es como invitar al mapache que ha tirado tu basura por todo el jardín a que entre y haga lo mismo en tu cocina.

—Menos mal que no tienes el derecho de decidir si voy o no —digo sarcásticamente. ¿Me acaba de comparar con un puto mapache?

—¿Seguro? —Me dedica una sonrisa burlona cuando sacar el móvil del bolsillo para escribir algo.

En menos de diez segundos mi propio móvil vibra en la mesilla de noche. Con ojos cargados de sospecha voy hacia allí y lo cojo. Leo el mensaje entrante. Es de Reed.

«Quédate en casa hoy. No quiero que vengas».

Un destello de rabia me atraviesa la espina dorsal. ¿Me están vacilando?

—¿Así va a ser? —murmuro enfadado. Y me encanta que se haya enfadado por decir que tiene a mi hermano cogido por los huevos. ¿Acaba de

demostrar mi teoría!

—Hasta que reacciones, sí —exclama.

Se da la vuelta y sale de la habitación como un tornado rubio de arrogancia.

Ella y Reed no mentían. Me prohíben volar a Luisiana con papá y la traidora de mi hermanastra, por lo que me obligan a verlos marcharse por la puerta sin mirar atrás. Muy infantil, si me lo preguntas.

Pero, bah, da igual. Eso significa que puedo pasarme el día descansando en casa y al lado de la piscina. Puedo quedarme solo una tarde. Vaguear es divertido, me miento a mí mismo.

Me echo en una tumbona con una botella de agua y otra de cerveza sobre una mesita que hay a mi lado. Bebo un trago de una y de otra alternando para estar hidratado y con el punto a la vez. Tengo la suerte de que no haya nadie para sermonearme por beber de día.

Entre pequeñas siestas pienso en Hartley. La llamo, pero no contesta. Sé que hoy no trabaja, lo que significa que me ignora.

¿Qué le pasa? No sé por qué no me dice nada. Yo le conté cosas sobre mi madre, ¿no? ¿Y ella no confía en mí lo bastante como para contarme un solo detalle? Y ese colgante era un regalo. ¿Quién devuelve un regalo? ¿Por qué todo lo relacionado con ella es tan complicado? Debería haberse quedado en el internado. Entonces no estaría aquí volviéndome jodidamente loco.

¿Y por qué ha vuelto? ¿Quién no quiere asistir a un internado? Piensa en toda la libertad. Es decir... Echaría de menos a mi familia, pero no me importaría que me mandasen lejos de casa. ¿No?

Sí le importó a Hartley. Lo bastante como para volver a Bayview en contra de los deseos de sus padres. ¿Cómo me sentiría si no me dejasen ver a mis hermanos?

Sería una mierda. Apenas puedo soportar que me dejen solo durante un día sin tener que ahogar mis penas en alcohol.

Me paro en seco. ¿Por qué cojones soy tan patético? Puedo estar solo por un día. O una semana. O un año, si es necesario. Hartley es una blanda si no

pudo aguantar en el internado. ¿Por qué volver a una casa donde no la quieren? Que empiece una nueva vida.

Le doy un largo trago a la cerveza. Aun así, no sé por qué me importa. No necesito a Hartley, ni siquiera como amiga. Puedo llamar a cualquier tía y vendría corriendo a relajarse conmigo. Puedo tener a quien quiera. Las tías no pueden resistirse a mí, y eso incluye a la chica morena que aparece de repente en el patio de la mano de mi hermano.

En cuanto Savannah Montgomery y yo nos miramos a los ojos, la tensión crece en el ambiente.

Me muevo incómodo y le doy otro sorbo a la cerveza.

—Hola —les saludo.

Ambos llevan bañadores y Gideon tiene un par de toallas colgadas sobre su musculoso brazo. Ha vuelto a casa casi todos los fines de semana desde que Savannah y él volvieron. Sav está en la universidad con él porque se graduó un año antes, pero supongo que aquí en Bayview tienen más privacidad. Ambos comparten habitación en sus respectivas residencias universitarias.

—Hola. ¿Te importa que nademos? —pregunta Gid.

—Adelante. —Señalo la piscina y vuelvo a estirarme en la tumbona—. Me estoy echando una siesta. Oye, Sav, ¿qué tal la vida universitaria?

—Hola —dice con voz firme—. Todo bien.

Percibo cierta irritación, el mismo disgusto que sentí cuando la señorita Mann actuó como si enrollarnos fuera culpa mía.

El año pasado Savannah y yo nos acostamos, mucho antes de que Gid y ella volvieran. Por aquel entonces ella intentaba hacerle daño y yo intentaba hacerme daño.... A mí mismo, supongo.

Reed acababa de hacer que Ella se marchase de la ciudad y yo estaba cabreado. La atracción que sentía por Ella ya se había esfumado por aquel entonces, pero nuestra conexión no. La verdad es que, aunque tengo muchos colegas, no tengo muchos amigos. Es todo una mierda superficial.

Lo de Ella era más que una amistad superficial. Confiaba en ella. Aún lo hago, a pesar de que ha actuado como una completa zorra esta mañana.

Me desquicé cuando las acciones estúpidas de Reed la alejaron. Me descontrolé. Mucho, como si uno de los aviones de prueba de Atlantic

Aviation no pasara el examen, chocara contra el desierto, y provocase que los ingenieros de papá volvieresen a la pizarra para descubrir qué imperfección culminó en el choque. Soy esa imperfección en la familia Royal, el que no es como el resto, el que choca y se hace daño la mayor parte del tiempo.

A pesar de eso, nadie obligó a Savannah a enrollarse conmigo. Y sí, me sentí culpable después de que sucediese, pero no lo bastante como para cargar con toda la culpa. Hubo dos personas en esa cama. Gideon lo sabe y no nos condena por ello. La verdad es que creo que está tan feliz de haber vuelto con su chica que está dispuesto a perdonarle todos sus pecados. Teniendo en cuenta la lista de los suyos propios, sería hipócrita que no lo hiciese.

—¿Has decidido no ir al partido de Reed? —pregunta Gideon al dejar las toallas en una tumbona al lado de la mía. Supongo que nadie le ha contado que me han prohibido ir a Luisiana.

—No me apetecía —miento—. Tengo resaca.

—Eso he oído —dice secamente.

Savannah se dirige a la orilla y mete un dedo.

—El agua está buena —le dice a Gideon—. Nademos, Gid.

—Voy en un segundo. —Se vuelve para mirarme—. Sawyer me ha dicho que tu nuevo *quarterback* te trajo anoche borracho a casa y te metió en la cama.

Hago una nota mental de pegarle una paliza a Sawyer luego. O a Sebastian. Cualquiera me vale, ya que esos dos cabrones soy prácticamente la misma persona. Y si no, que se lo pregunten a su novia.

—Tienes que dejar de beber tanto —me aconseja Gideon—. Te estás haciendo demasiado mayor para estas mierdas, East. Pensé que querías volver a volar.

Sus palabras me rechinan en los oídos. Gid puede ser jodidamente crítico en ocasiones.

—Volveré a volar. Estoy esperando a estar fuera de casa y lejos de la figura paterna. Además, que la universidad te haya convertido en un abuelo no significa que vaya a seguir tus pasos, tío. Quiero disfrutar de ser adolescente todo lo que pueda.

La decepción en su cara me chirría aún más.

—Claro, East. Adelante, disfruta.

Se dirige hacia Savannah y yo me siento en la tumbona mientras ambos se tiran a la piscina y todos fingimos que no he visto a la novia de mi hermano desnuda.

Capítulo 22

El resto del fin de semana pasa rápido. Pienso en Hartley más de lo que debería, pero por mucho que quiera saber dónde está, logro contenerme. Decido esperar y hablar con ella en el instituto. Disculparme por ser un capullo con ella y esperar que no sea demasiado terca como para no perdonarme.

El domingo por la noche Ella decide volver a hablarme. Viene a la sala multimedia y alza la cabeza al ver la pantalla. Estoy viendo una peli de Tarantino y es la hostia de sangrienta.

—Alguien tiene ansia de sangre —exclama al tiempo que pone una mueca.

Me encojo de hombros y sigo mirando la pantalla.

—Ah, ¿ya volvemos a hablarnos?

—Sí —su voz se tiñe de arrepentimiento.

Evito sonreír. La verdad es que Ella no es tan dura como pretende ser. Tiene el corazón más grande que cualquiera y se preocupa un montón por la gente. Si cree que lo vales, moverá cielo y tierra para hacerte sentir querido y apreciado.

—Sé que he sido una idiota contigo este fin de semana —admite—. Lo he hecho a propósito.

Mi sonrisa es burlona.

—No me digas.

Camina hasta sentarse a mi lado.

—Intentaba que abrieras los ojos.

—¿Al respecto de qué, que se te da genial hacerme el vacío?

—No, que tus acciones alejan a la gente. —Sacude la cabeza, decepcionada—. Mucha gente te aprecia, East. Tu padre, tus hermanos, yo, Val, tus compañeros... te queremos.

Me pica el cuerpo, como si mil plumas me estuviesen rozando. Instintivamente me inclino hacia delante para coger mi vaso y después me acuerdo de que es agua con gas. Joder, necesito algo más fuerte.

Empiezo a levantarme pero Ella me agarra del brazo.

—No —dice suavemente tras leerme el pensamiento—. No necesitas beber.

—Sí que lo necesito.

—Siempre que las cosas se ponen emotivas o una conversación se torna seria intentas alejarte de ello. Insensibilizarte...

—No necesito otro sermón.

—No es un sermón. —Sus ojos se ensombrecen por la frustración—. Es que no me gusta verte tan borracho y que le hables a tus amigos como si fuesen basura.

La voz de Sawyer en el interfono interrumpe a Ella.

—Oye, East. Ha venido Hartley.

Siento sorpresa y alegría a partes iguales. ¿Ha venido? ¿En serio?

Me levanto de prisa y camino hacia la puerta.

La voz de Ella me detiene antes de salir por ella.

—Te quiero, Easton, pero me preocupas.

La pura preocupación en su voz hace que vacile. No me gusta hacer sentir mal a Ella. Es una de mis personas favoritas.

Me doy la vuelta hacia ella despacio.

—Siento haberte dicho esas cosas en la fiesta —murmuro—. No quería hacerte daño.

—Lo sé. —Se detiene—. Es que quiero tenerte cerca mucho tiempo, así que cuídate.

Le dedico un saludo descuidado con un dedo.

—Estoy en ello.

Al llegar a la entrada veo a Hartley mirando hacia la sala de estar que tiene la puerta entreabierta. Hay un retrato de mamá colgado sobre la chimenea.

—Es mi madre —le digo a Hartley.

—Es preciosa.

—¿Quieres entrar?

—Claro.

Abro más la puerta. La sala de estar era uno de los lugares favoritos de mamá. Es una sala enorme con dos ventanales en lugar de paredes en un extremo y una chimenea al otro. La última vez que estuve aquí papá anunció su compromiso con Brooke.

—Te pareces a ella —comenta Hartley mientras sus ojos grises siguen fijos en el retrato.

Miro la cara ovalada de mi madre.

—Todos tenemos sus ojos y su pelo.

Hartley niega con la cabeza.

—No, es la forma de tu cara. Y tus cejas. Tu madre las tiene perfectas y tú también.

—Supongo. —No lo he pensado mucho—. ¿Tú a quién te pareces más, a tu madre o a tu padre? —Y al instante desearía no haberlo dicho. Sé que odia hablar de sus padres—. Olvida lo que acabo de decir.

—No, no pasa nada. —Hartley se encoje de hombros—. Me parezco más a mi padre. Parker, mi hermana, tiene los rasgos de mi madre. Delicados. Dulces.

Resoplo.

—En el restaurante no parecía suave o delicada.

Y de nuevo desearía haberme mordido la lengua. ¿Por qué sigo diciendo estupideces?

Pero Hartley me sorprende. Apoya un brazo contra el mantel y sus dedos acarician la parte de abajo del marco de madera de caoba.

—La suavidad y la delicadeza son sus armas. No quieres enfadarla porque es un ángel. Solo buscas su aprobación. Su amor y su afecto.

Vaya. Podría estar hablando de mi madre.

—Pero nunca los consigues porque es demasiado egocéntrica.

Y ahora soy yo quien sorprende a Hartley. Sus cejas se alzan y me pregunta:

—¿Conoces a alguien así?

Señalo el retrato.

Los bonitos labios de Hartley se curvan hacia abajo.

—Vaya mierda.

Se da la vuelta para mirarme. Tiene las manos juntas. Parece que sujeta algo entre ellas pero no sé qué es.

—Siento lo de la otra noche. Perdí el control y me enfadé contigo sin razón.

Exhalo como si se hubiera explotado un globo en mi interior.

—No, joder. Lo siento yo. Te he estado presionando.

Alza una mano para que me calle.

—¿Qué tal si me disculpo yo primero y luego tú?

—Vale. —Hago el gesto de cerrar con cremallera la boca.

Sus labios tiemblan.

—Siento mucho haberme comportado como una cría la otra noche. Siento haberte gritado. Siento haberme quitado el collar de un tirón. Eso fue horrible. —Me coge la mano y pone algo sobre mi palma.

Miro abajo con curiosidad y bastante entusiasmo. Es una pulsera de cuero con una hebilla de plata.

—Sé que no es mucho...

—Es genial —le interrumpo—. Pónmela.

Cuando lo hace le tiemblan las manos. Quiero acercarla a mis brazos y darle un abrazo, pero esperaré a que termine con el cierre.

El cuero de tono marrón nogal queda bien contra mi piel tostada, y me gusta el toque plateado.

—Me encanta —le digo.

—Sé que no llevas nada excepto el reloj pero...

—Es perfecta. No digas nada más, porque me encanta y no dejaré que nadie la insulte, ni siquiera tú. —Alzo la muñeca—. Es la hostia.

Sonríe.

—No sé si es la hostia, pero me alegro de que te guste. Oh, y tengo otro regalo.

—¿Sí? —le pregunto con cuidado. No quiero asustarla al mostrarme demasiado ansioso.

—Mi otro regalo es este: Hice algo para cabrear a mis padres y me echaron. —Sus dedos tocan distraídamente el marco del retrato—. Tengo otra hermana. ¿Te he hablado de ella?

Niego con la cabeza.

—No, pero vi una foto suya en el artículo de periódico que encontré.

—Se llama Dylan. Tiene trece años. Solo he podido hablar con ella ocho veces en tres años.

Hartley deja de hablar. Sé que está a punto de llorar.

Doy un paso hacia ella pero ella alza una mano.

—No, no puedo con ningún gesto de empatía ahora mismo. Me derrumbaré y no quiero hacerlo.

—Hablo con Reed una vez a la semana como mínimo —admito—. Lo más seguro es que fuese un despojo de emociones si no pudiese hablar o ver a mis hermanos más que un par de veces al año.

—Sí... No ha sido fácil. —Se gira y baja la cabeza. Sospecho que se está limpiando las lágrimas, pero finjo no darme cuenta.

—Deberíamos secuestrarla —sugiero.

—¿A mi hermana?

—*Sip*. Iremos a su colegio, la sacaremos por la mañana e iremos al paseo marítimo. ¿Qué dices?

—Ojalá.

—Lo digo en serio. Soy bueno con las travesuras. Podría lograrlo sin problema. Compraremos buñuelos, que sé por experiencia que te encantan. Diademas con orejas de animales. Conejitos para Dylan y para ti. Y una de tigre para mí.

Hartley sonrío.

—¿Y por qué no una de tigre para mí y una de conejito para ti? Estarías mono de rosa.

—Estaría tan mono que todo el paseo se detendría y Dylan no podría subirse a ninguna atracción. —Le guiño el ojo.

La sonrisa de Hartley se ensancha y el sentimiento agobiante, exasperante y pesado que me ha carcomido durante las últimas veinticuatro

horas se disipa.

—¡Quiero verla! —grita alguien desde la entrada.

La voz masculina familiar me paraliza.

—Ella no está en casa —replica mi padre fríamente.

—Y una mierda. Sé que está aquí —estalla Steve—. Fuera de mi camino, Callum. Es mi hija y necesito hablar con ella.

Hartley me da un toquecito en la espalda.

—Debería irme —murmura.

Su incomodidad al escuchar eso equivalente a la mía, pero por razones muy diferentes. Cree que estoy avergonzado, pero lo que me preocupa es Ella.

—No. Quédate —susurro.

—Lo que necesitas es mantenerte alejado de ella —contesta papá—. La única razón por la que no hemos pedido una orden de alejamiento es porque no pensábamos que fueses tan idiota como para presentarte aquí.

—Tú has sido el que ha abierto la verja —dice Steve con arrogancia.

Abro una rendija la puerta y las voces de Steve y papá se oyen más claramente. Me sorprende que papá haya dejado entrar a Steve. Ojalá Ella esté lejos y no sepa que su padre está aquí.

Saco el móvil del bolsillo y le mando un mensaje a Reed.

«Ha venido Steve».

«Lo sé. Ella me ha mandado 1 mensaje».

Mierda.

«¿Dnd stas?», pregunta Reed

«N la sala d star. ¿Ella?».

«Arriba d ls escalers».

—Mierda —murmuro.

Hartley se pone a mi lado.

—¿Qué pasa?

—El padre biológico de Ella está ahí fuera causando problemas. — Señalo con el pulgar hacia la entrada, donde continúa la discusión.

—¿Qué opción tenía? —dice papá—. Estabas despertando a todo el vecindario, aparcado y tocando el claxon como loco. Tienes suerte de que no haya llamado a la policía.

—¿Por qué no lo has hecho? —se burla Steve.

—Porque Ella ya ha pasado por demasiadas cosas. Lo último que quiero es que la chica vuelva a ver que se llevan esposado a su padre. Pero lo digo en serio, Steve. No vas a acercarte a ella. Ya no eres su tutor legal, lo soy yo. El juez...

—¡A la mierda el juez!

Hartley se encoge. Yo coloco una mano en su hombro para tranquilizarla.

—Ella es *mi* hija, Callum. Y no sé la mierda que te dicen los abogados, pero Ella va a ser un testigo de la defensa, no de la fiscalía. Mi hija *no* va a testificar en mi contra.

Hartley emite un grito ahogado y después se tapa la boca con la mano.

Le hablo al oído.

—Y luego crees que tú tienes secretos, ¿eh? Créeme, los tuyos no son tan malos comparados con los de los Royal.

—Vosotros los Royal siempre tenéis que ser los mejores en todo — bromea débilmente. Está pálida y tiene los ojos como platos.

—Bienvenida a mi mundo. —Cojo su mano y la apreté fuerte contra la mía. Me devuelve el apretón.

En el pasillo ambos padres continúan discutiendo. Mientras, nosotros nos consolamos el uno al otro.

—Ya no eres parte de esta familia —exclama mi padre fríamente—. No eres el padre de Ella. No eres el padrino de mis hijos. No eres mi amigo ni mi socio. La próxima vez que nos veamos será ante un tribunal, cuando tu hija testifique contra ti.

—Ya lo veremos —responde Steve.

La puerta se cierra de un portazo. Espero hasta que las pisadas de papá no repiqueteen contra el suelo de mármol y después echo un ojo al pasillo. Está vacío.

—Ven —le digo a Hartley, poniéndola detrás de mí.

—¿Adónde vamos?

—A buscar a Ella.

Hartley niega con la cabeza.

—Ve tú. Me sentiría rara si hablase de eso con ella.

—No le importará...

—No es asunto mío —dice Hartley con firmeza—. Además, tengo que irme de verdad. Tengo que terminar los deberes para mañana. He venido a aquí directamente después de salir de trabajar.

Cojo su mano antes de que pase a través del umbral.

—Espera. —Arrugo la frente—. Quiero saber más de tu hermana y lo que pasa con tu familia. ¿Me contarás más cosas mañana? ¿En la hora de la comida, quizá? —Al quedarse callada me siento decepcionado—. O supongo que también puedes no decirme nada.

Sus mejillas se tiñen de rosa.

—Lo siento. Tienes razón. Me contengo. Aunque no lo hago a propósito. Nunca me ha gustado hablar de mí misma. Incluso antes del internado, era solitaria. Es decir, he tenido novios...

—Nombres y direcciones —le pido—. Necesito saber a quién pegar.

Eso consigue que sonría.

—Oh, relájate. Son agua pasada. Pero, sí, aparte de ellos no he confiado en mucha gente. No creo que sea buena en ello.

—Está claro.

Hartley sonrío débilmente.

—Soy joven, sigo aprendiendo, creciendo y toda esa mierda, ¿no? —Se encoje de hombros—. Intentaré ser una amiga mejor. Eso es básicamente lo que he venido a decirte.

Estira la mano para que se la estreche y mi instinto es no hacerle caso y abrazarla directamente. Después me doy cuenta de que necesito igualar su gesto de amistad con uno similar.

Cojo su mano. Probablemente la sostengo más tiempo de lo que los amigos deberían, pero yo también soy joven. Sigo aprendiendo, creciendo y toda esa mierda.

Sienta bien hacer algo así con alguien de la mano. Sobre todo si su regalo envuelve mi muñeca.

Capítulo 23

A la mañana siguiente, me obligo a ir al entrenamiento. No porque esté de resaca, sino porque me quedé despierto hasta tarde viendo películas con Ella. Estaba afectada porque Steve se presentase de sorpresa en casa, así que intenté distraerla. Pero ahora estoy despierto después de haber dormido tan solo cuatro horas. El entrenador me dice que, si no espabilo, va a obligarme a realizar un circuito infernal hasta que eche la pota en el campo.

Menuda boquita tiene el entrenador Lewis.

Le doy un buen trago al Gatorade con la esperanza de que me dé un subidón de energía. No lo hace, pero el entrenador no me presta mucha atención durante el resto del entrenamiento. Está demasiado ocupado hablando con Bran sobre un par de nuevas tácticas que pondrá en práctica el viernes.

El día pasa volando, y antes de que me dé cuenta, ya estoy en mi última clase. Lo primero de lo que me doy cuenta cuando entro en el aula es que la señorita Mann no está tras su escritorio. Sino que hay un sustituto. Normalmente me alegraría, porque un sustituto significaría poder hablar con Ella y Hartley y no hacer nada productivo sin temor a que haya consecuencias. Pero estoy demasiado cansado como para hacerlo.

Me desplomo sobre la silla y suspiro con exageración.

—Estás para el arrastre —dice Ella con una sonrisa irónica.

—Tengo demasiado sueño —gruño—. Me fui a la cama a las dos de la

mañana y me he despertado a las cinco y media.

—Yo también —gorjea Ella. Se levanta al despuntar el alba para trabajar en una pastelería llamada French Twist—. Y estoy perfecta.

—Bien por ti —murmuro.

Ella sonrío con suficiencia.

—Bonito accesorio, por cierto.

Levanto la muñeca para mostrarle la pulsera de cuero.

—¿Esto? Me lo regaló mi mejor amiga. —Le doy un golpecito a Hartley con el codo, y ella suelta una risita avergonzada.

—¿Dónde estabas en el almuerzo? —pregunta.

—Reunión de equipo. Tenemos muchas tácticas nuevas que aprender y comentar antes del viernes. El entrenador nos está dando caña.

Abre la boca para responder, pero el profesor sustituto la corta.

—¿Easton Royal? —me llama a la vez que me busca por el aula tras sus gafas de pasta negras. Tiene en la mano el iPad que todo profesor en este instituto posee; la tableta es su principal método de comunicación.

Levanto la mano y me señalo el pecho.

—Yo, profe. ¿Qué pasa?

—Te esperan en el despacho del director. Por favor, recoge tus cosas y dirígete a secretaría sin demora.

—Oh, oh... —murmura Hartley a mi lado.

Ella, a su vez, porta una expresión de resignación.

—¿Qué has hecho ahora, Easton?

El resentimiento se abre paso por mi garganta. Todos en mi vida tienen una opinión de mierda de mí. Siempre piensan que he hecho algo mal, aunque no haya sido el caso.

Por desgracia, Ella tenía todo el derecho del mundo a preguntar, porque al parecer sí que he hecho algo.

O, mejor dicho, le he hecho algo a alguien.

Cuando entro en el despacho del director cinco minutos más tarde, la primera persona a la que veo es a la señorita Mann.

Beringer está tras su escritorio, y mi padre está en la otra silla frente a la señorita Mann.

Mierda.

—Toma asiento, Easton —me ordena Beringer con una voz que no admite réplica.

Hay un brillo mortífero en sus redondos ojos que no he visto antes. Normalmente se lo ve derrotado, como un delincuente sentenciado a muerte que por fin acepta su destino. Beringer sabe que él no es quien tiene el control del instituto, sino los padres multimillonarios que firman sus cheques. Pero esta mañana, a juzgar por su expresión, es como si tuviese influencia de verdad sobre algo.

¿Sobre mí?

Mi mirada se desliza hacia la señorita Mann. No, es ella sobre quien tiene el poder. Mi padre me sacará del lío en el que me haya metido —y tengo el presentimiento de saber por qué estamos todos aquí—, pero Beringer está muy lejos de no tener autoridad en este momento. Es el que está sujetando el hacha de la guillotina, y es la cabeza de la señorita Mann la que está en peligro.

—¿De qué va todo esto? —exijo saber. A Beringer le dedico una expresión de molestia. A mi padre, otra de agravio. Soy un buen mentiroso cuando necesito serlo.

—Sí —dice mi padre—. ¿De qué va todo esto, François?

Me encanta que mi padre lo haya llamado por el nombre de pila.

Beringer retuerce las manos sobre su brillante escritorio de caoba.

—Me han llegado una serie de alegaciones. Alegaciones que me temo que no puedo ignorar sin más... —Deja la frase en suspense con tono amenazador, como si fuese un poli malo en una serie policíaca. Lo único que le falta es la música amenazante de fondo. *Cha-chan-cha-chán*.

—Suéltalo ya —espeta mi padre, también irritado por todo el teatro—. Estaba en una reunión de la junta directiva cuando me has llamado. —Le echa una mirada breve a la señorita Mann—. ¿Usted es la profesora de Cálculo de mi hijo?

Ella asiente con debilidad. Si palidece un poco más, va a parecer un fantasma.

—¿Qué clase de problema ha causado mi hijo en su clase? —le pregunta papá—. ¿Copiar? ¿Se ha hecho con la hoja de respuestas y la ha vendido a sus compañeros? —Está mencionando infracciones que ya he cometido en el pasado.

—No, Callum. La situación es mucho más complicada que eso — menciona Beringer con voz sombría.

Ahí es cuando algo hace clic en la cabeza de mi padre. La preocupación embarga su rostro mientras vuelve a escrutar a la señorita Mann, como si ahora la estuviese viendo por primera vez. Sus preciosos rasgos, su juventud.

Una clara decepción inunda sus ojos cuando desvía su mirada hacia mí.

—Gracias a una fuente anónima, ha llegado a nuestros oídos que tu hijo y la señorita Mann pueden haber mantenido una relación... —hace una pausa ante la delicada situación—, algo inapropiada.

La señorita Mann suelta un sonido de angustia. Su mirada se encuentra con la mía, muy brevemente, y sé que ambos estamos pensando en el pacto que hicimos en su clase el otro día. Negar, negar, negar.

Yo soy el primero en seguir con el plan.

—¡Eso es mentira! —Me quedo mirando a Beringer con total asombro, como si fuese la locura más grande del mundo que un adolescente se acueste con la tía buena de su profesora—. Yo no la he tocado.

Beringer parece sorprendido ante mi negativa. Qué, ¿se pensaba que iba a confesarlo y ya está? Imbécil.

—Ya veo —dice. Hace una pausa y luego se dirige a la señorita Mann—. ¿Y qué tienes que decir tú sobre esto, Caroline?

¿Se llama Caroline? No tenía ni idea.

—¿Que qué tengo que decir? —repite, y joder, me quedo impresionado ante su tono calmado y tranquilo—. Lo que yo tengo que decir, François, es que estoy sorprendida y asqueada y, francamente, insultada porque me hayas hecho llamar a tu despacho para acusarme de confraternizar con un estudiante.

—¿Es eso una negativa? —pregunta el director.

—¡Por supuesto que sí!

Escondo una sonrisa. Que deje las matemáticas; la mujer debería ser profesora de teatro.

—Lo niego al cien por cien —añado con su mismo nivel de indignación—. Yo nunca me acostaría con una vieja... —La miro rápidamente y digo—: Sin ofender.

—No te preocupes —dice con voz tensa.

—Créame, ya tengo bastante acción con las chicas de mi edad.

A eso le sigue un breve silencio.

Mi padre observa de nuevo a la señorita Mann.

—¿Qué edad tienes, Caroline? —inquire.

—Tengo veinticuatro años, señor.

Mi padre se gira hacia Beringer.

—Easton tiene dieciocho. Aunque algo hubiese pasado, no hay delito.

—Tienes razón, esto no tiene nada que ver con eso. Por desgracia, sí que existe un problema ético. Si es cierto...

—No lo es —decimos la señorita Mann y yo. Enfadados y al unísono.

Estamos llevando a cabo la actuación de nuestras vidas. Me siento tentado de chocarle los cinco.

—En realidad —digo como ocurrencia—, me gustaría saber quién es el que ha hecho esas alegaciones, porque esa es la persona con la que debería estar hablando. —Arqueo las cejas en dirección a Beringer—. Ya sabe, por difamar mentiras e intentar dañar la reputación de un miembro del profesorado del Astor Park.

Hago un gesto exagerado hacia la señorita Mann. Estoy empezando a disfrutar de la situación.

—La señorita Mann es una profesora excelente —declaro—. Hace que las matemáticas sean divertidas, aunque no se lo crea. Ya sabe lo difícil que es que alguien mantenga mi atención...

Mi padre resopla por lo bajo.

—Pero ella consigue que preste atención en el aula, tanto que siempre tengo ganas de que llegue Cálculo. —Al ver que Beringer entrecierra los ojos, me precipito a levantar una mano—. Para aprender, señor. Nada más.

—Ahí lo tienes —dice mi padre con brusquedad—. Creo que mi hijo y esta joven ya han dicho lo que piensan. Aparte de este informante anónimo, ¿qué otra prueba tienes que sugiera que están implicados en una relación inapropiada?

El director vacila. Luego hunde los hombros, pero ligeramente. No tiene pruebas y todos lo sabemos.

—¿Testigos? —continúa mi padre—. ¿Alguien que pueda jurar haberlos visto juntos?

Beringer niega con la cabeza.

—No, solo tenemos la palabra del alumno...

¿Alumno?

Eso llama mi atención. ¿Qué cabrón me ha vendido a Beringer?

No pueden haber sido ni Ella ni Val. Ni Hartley ni ninguno de mis compañeros de equipo. Aunque a alguno de los chicos puede que se le haya ido la lengua con alguien. Y ese otro alguien podría habérselo dicho a Beringer.

Entonces... ¿Quién es lo bastante cruel como para querer que despidan a la señorita Mann, y lo bastante malicioso como para intentar meterme en problemas...?

Ajá. Tengo una muy ligera idea de quién ha podido ser.

Por suerte, esta estúpida reunión termina no mucho después de que Beringer admita no tener pruebas. Antes de despedirnos, no obstante, nos dice que no nos quitará el ojo de encima. La señorita Mann resopla y suelta unos ruiditos indignados y enfadados antes de exigir hablar con él en privado.

Mi padre y yo abandonamos la oficina sin pronunciar palabra. Él coloca una mano sobre mi hombro y ambos asentimos a la secretaria de Beringer. Solo cuando nos encontramos en el vestíbulo y nadie nos escucha, mi padre maldice por lo bajo.

—Maldita sea, Easton. ¿Una profesora?

Parpadeo con inocencia.

—No sé de qué me estás hablando.

—Al contrario de lo que puedas creer, no eres un buen mentiroso, hijo.
—Sacude la cabeza con frustración—. Al menos, dime que ya se ha acabado.

—¿El qué?

—Easton. —Respira hondo para tranquilizarse—. Vale. ¿Sabes qué? No digas nada. Solo asiente si esta locura irresponsable ya se ha terminado.

No me hago el tonto esta vez. Bajo la cabeza y asiento con rapidez.

Mi padre parece aliviado.

—Bien. Asegúrate de que siga así. —Tras un breve adiós, sale decidido por la puerta principal.

A través de las ventanas del vestíbulo, lo observo descender los escalones

e introducirse en el Town Car que le espera justo delante del edificio. Su chófer, Durand, cierra la puerta trasera y vuelve a acomodarse en el asiento del conductor. El Town Car se aleja, probablemente para dejar a Callum Royal en la sede corporativa de Atlantic Aviation.

El taconeo de unos zapatos altos sobre el pulido suelo hace que me gire. Frunzo el ceño al ver quién es.

—¿Va todo bien? —pregunta Felicity, y no tengo duda del tinte de felicidad de su voz—. He oído que te han llamado de la oficina de Beringer. Y alguien me ha dicho que también han llamado a una de tus profesoras. ¡Qué coincidencia!

—Deja el teatro —le ordeno en voz baja—. Sé que has sido tú.

—¿Qué he hecho?

Ignoro el batir de sus pestañas.

—La mujer podría haber perdido su trabajo, Felicity.

Está totalmente serena. Indiferente, en realidad. Pero de pronto pone los ojos en blanco.

—Eh, ella se lo ha buscado. Ha tonteado con un alumno y ahora debe responsabilizarse de sus actos.

Es exactamente el mismo pensamiento que tuve yo hace no mucho. Ahora no soy capaz de dejar de pensar en el miedo en los ojos de la señora Mann cuando se ha enfrentado a la posibilidad de perder su trabajo. Mis actos estúpidos y cachondos casi destrozan la carrera profesional de esa mujer, y me siento fatal por ello.

Me enfrento a la expresión victoriosa de Felicity. Parece estar pasándosele bomba.

—Enhorabuena, ya me la has devuelto por arruinarte la fiesta el viernes por la noche —le digo rechinando los dientes—. ¿Podemos firmar una tregua ya?

—Ay, cariño. ¿Una tregua? —se ríe a carcajadas, y el sonido hace eco en el enorme vestíbulo vacío—. Lo siento, pero la guerra solo acaba de empezar.

Capítulo 24

Para mi sorpresa, encuentro a Hartley merodeando por mi taquilla con una expresión de preocupación en el rostro.

—¿Va todo bien? —pregunta, abrazada a su libro de matemáticas.

—Sí. —Meto mis cosas en la taquilla y la agarro del brazo—. ¿Te hace pillar algo para comer?

Esperaba que me dijese que no, pero me sigue sin replicar.

—Easton, ¿qué ha pasado? —Ella me aborda cuando salimos del edificio principal—. Alguien dijo que vio a Callum en el campus.

—Te lo cuento luego. Hartley y yo tenemos que ir a un sitio. —Tiro del brazo de Hartley—. Vamos.

Nos subimos a mi camioneta. Hartley no dice ni una palabra. Tengo miedo de contarle lo que ha pasado en el despacho del director. Me odiará.

Pero mi boca, que nunca ha tenido un buen filtro, se abre y empiezo a hablar.

—Alguien se ha enterado de lo mío con la señorita Mann y se lo ha dicho a Beringer.

Hartley pone una mueca.

—Oh, no.

—Oh, sí. Y yo no he fardado de ello ni una vez.

—Ya sé que no. ¿Pero cómo ha podido salir a la luz? Fui la única que abrió la puerta. —Se queda en silencio un momento, como si pensara en

aquel día—. Supongo que habría más gente en el pasillo que pudo ver algo, pero ¿por qué esperar hasta ahora?

—No creo que nadie viese nada.

—¿Entonces cómo se han enterado?

Centro mi atención al frente. No quiero ver su expresión cuando admita esto.

—Puede que haya dicho algo sin querer. Fue una estupidez. Pash me estaba fastidiando con el tema de liarme con una chica del Astor y cuando dije que no, puede que insinuara que me gustaban los retos.

—¿Entonces ha sido Pash?

—Bueno, no creo que hayan sido Ella o Val.

—¡Easton Royal! ¿Con cuánta gente te has ido de la lengua?

—Con demasiada —digo con tristeza.

—¿Por qué? ¿Por qué lo has hecho? ¿Te enorgulleces de lo que pasó entre la señorita Mann y tú? ¿Te alegra que la vayan a despedir?

—No la van a despedir. Ambos lo negamos todo. Y no, no me enorgullezco, y tampoco me alegraría si la despidiesen. Es solo que... quería pasármelo bien.

Mi respuesta suena horrible, porque no tengo más justificación que: soy Easton Royal y mi meta en la vida es hacer lo que me hace feliz. Siempre y cuando nadie salga mal parado, todo perfecto. El problema es que alguien siempre sale mal parado.

Espero a que Hartley me regañe, y con razón, pero me sorprende.

—Vale. Bueno. Ya está hecho y no tiene sentido que le sigamos dando vueltas, ¿verdad?

Verdad. Le lanzo una mirada de agradecimiento y arranco el motor.

—¿A dónde vamos? —pregunto mientras dejamos el instituto a nuestra espalda.

—¿Cerca de mi casa?

Suena tan insegura que me hace sonreír. ¿Qué le preocupa tanto, que critique su casa? Ya he estado allí dos veces.

—Claro. ¿Entonces paramos a por comida y nos la comemos en tu casa?

—No a mi apartamento. —Suspira—. A mi casa... mi antigua casa.

—Oh. —Quiero darme un golpe en la frente por ser tan tonto—. Por

supuesto.

Los diez minutos de camino los pasamos en silencio. Me muero por hacerle mil y una preguntas, pero milagrosamente me las apaño para mantener la boca cerrada.

—Ten cuidado con la curva —murmura cuando nos acercamos.

—Sí, lo sé. Casi me estampo contra mis hermanos la primera vez que vine aquí.

—Lauren vive bajando la calle. —Hartley señala a lo lejos.

—Me lo supuse.

Paso por su puerta y luego hago un cambio de sentido y me detengo justo en frente de su casa.

—Menos mal que tengo una camioneta y no una furgoneta. Alguien podría pensar que somos unos secuestradores. ¿No es lo que vamos a hacer, verdad?

Desvío mi mirada hacia ella, medio en broma, medio en serio, pero ella no me está prestando la más mínima atención. Tiene los ojos fijos en la casa.

Hay dos coches aparcados a la izquierda, cerca de la puerta lateral. Uno es el Mercedes monovolumen que había aparcado frente al Hungry Spoon Diner. Supongo que es el vehículo de Parker. Las cortinas de la ventana delantera están cerradas, así que no podemos saber qué está sucediendo dentro exactamente.

—Te contaría lo que me pasó, pero no puedo —dice Hartley de pronto.

Frunzo el ceño.

—¿Por qué no?

—Porque estoy intentando volver con mi familia. Esperaba poder ver a mi madre. Pero si me voy de la lengua, entonces me seguirán castigando.

Aunque me muero de curiosidad, no la presiono para que me dé más detalles.

—¿Quieres que me acerque y vea si tu padre está en casa? A lo mejor ha salido a por leche.

Ella resopla.

—Aunque se estuviese muriendo y la necesitara para sobrevivir, mandarí a mi madre a por ella. Pero no, no está en casa. —Hace un gesto hacia los coches—. Su Beemer no está. Aunque Parker sí...

Se calla, cuando de repente empiezan a salir personas de la casa. Reconozco a Parker, que lleva en brazos a un niño de pelo oscuro. Luego están Joanie Wright y un hombre alto con el pelo negro y brillante. Tras ellos, una niña pequeña vestida con zapatos de charol y un bonito vestido va de la mano de una taciturna adolescente ataviada con unos vaqueros rotos y un top pegado y corto.

Hartley coloca con energía una mano en la ventanilla y gimotea. Juraría que la adolescente cabizbaja la oye. La chica se detiene de golpe y se queda mirando en nuestra dirección.

Como no quiero que pillen a Hartley, me lanzo hacia el lado y la obligo a agacharse. La siento sacudirse bajo mi pecho por culpa de los mudos sollozos.

Le acaricio un lado de su rostro y le narro la escena en voz baja.

—Se están subiendo a los coches. Dylan y un tío...

—El marido de Parker.

—... el marido de Parker y Dylan están subiendo al coche de Parker. Parker se sienta en el lado del copiloto. La niña pequeña va con tu madre.

—Macy es la favorita de mi madre —murmura Hartley.

Se cierran las puertas del vehículo y las luces rojas traseras se encienden.

—¿Están seguras las niñas allí?

Ella vacila.

—Eso creo. —Y luego, con mucha más determinación—. Sí. Lo que pasó entre mi padre y yo solo fue puntual.

No me gustó el momento de indecisión, pero no digo nada más. Me agacho más cuando los coches dan marcha atrás. Los motores rugen y luego el sonido se disipa conforme se alejan.

Ahora que ya es seguro volver a incorporarse, me aparto de la espalda de Hartley.

—¿Quieres seguirlos?

—No.

—Vale. ¿Entonces qué hacemos?

Hartley me mira a los ojos.

—¿Qué te parece si nos colamos en la casa?

Ignoro sus ojos llorosos y sonrío.

—Esa es una de mis diez actividades favoritas.

—Por supuesto.

Ambos nos bajamos del vehículo y corremos hacia la puerta lateral de la casa por la que la familia de Hartley acaba de salir. Ella la deja atrás. Me reúno con ella en la parte trasera de la casa.

Toda casa sureña que se precie tiene porche, y esta no iba a ser menos. El amplio y techado porche recorre toda la longitud de la vivienda. Posee dos puertas acristaladas que van del suelo al techo; una que da a la cocina, y la otra al salón.

Ella prueba la primera. Está cerrada, pero la segunda está abierta. Oigo un bip cuando la puerta se abre y me percató de una lucecita roja sobre el marco. El sistema de seguridad señala cuándo se abren y cierran las puertas.

—Ignóralo —me dice Hartley—. Es solo para aparentar. Mi padre instaló la alarma cuando era niña, pero se peleó con los de la compañía porque tardaban mucho en aparecer cuando llamaba, así que canceló el servicio.

Asiento y escruto el interior del salón. Es una casa decente. Huele a ambientador. Y parece impecable.

Hartley atraviesa el salón y se dirige a las escaleras. La sigo, pero me detengo en lo alto de las escaleras cuando ella también lo hace.

—¿Cuál es tu habitación?

Ella señala la última puerta a la izquierda.

—¿Te importa? —pregunto, porque me muero de curiosidad.

Esboza una media sonrisa.

—Adelante.

Extrañamente, ella decide entrar en la segunda habitación a la derecha. Yo continúo hasta el final del pasillo. El dormitorio de Hartley. Joder, estoy emocionado. Por fin voy a poder ver algo más de ella.

O no.

Cuando abro la puerta, me topo con una gran nada.

Hay unas cuantas cajas en mitad del suelo. Las paredes son blancas, y no hay ni cama ni muebles.

Es como si nadie hubiese dormido nunca en esta habitación.

Desanimado, salgo y deshago mis pasos hasta el rellano. Mientras recorro el pasillo por segunda vez, me percató de las fotografías familiares

colgadas en la pared, pero es como si en esta familia solo hubiese dos hijas en vez de tres. Es como si la hubiesen borrado por completo. Joder, es muy fuerte.

Me pregunto si ella lo sabe. Debe de saberlo.

Pego sobre la puerta entreabierta. La termino de abrir y veo a Hartley sentada sobre la cama, con una almohada morada entre los brazos. Las paredes también son moradas. La cama está abarrotada de ositos y perros de peluche. Los pósteres colgados en la pared muestran a unos chicos con el pelo teñido del color de los huevos de Pascua. El dormitorio obviamente pertenece a su hermana menor, la que no ha visto en tres años.

Me tiro del cuello de la camiseta. Me cuesta respirar aquí dentro.

—Salgamos de aquí —digo con brusquedad.

Hartley alza la vista hacia mí y asiente ligeramente.

No espero a que cambie de parecer. Tiro de ella hasta ponerla de pie y luego la guío por las escaleras hasta la planta inferior.

Terminamos en el paseo marítimo. Las luces están encendidas y el crepúsculo está dando paso a la noche. Aparco y doy la vuelta hasta el lado de Hartley. Ella me deja ayudarla a bajar de la camioneta. Me deja que la coja de la mano. Me deja que la lleve hasta un puesto de comida, donde pido un chocolate caliente y unos buñuelos.

Cuando se termina la bebida y se ha comido la mitad de los buñuelos, su expresión zombi se suaviza.

—Gracias por la cena.

—Es un placer. ¿Quieres subirte a la noria? —sugiero—. No te has subido en una desde los doce años.

—¿Te acuerdas de eso?

—Por supuesto. —No le doy tiempo para que se lo piense. Me acerco al puesto de las entradas, las compro y luego la llevo hasta la oxidada noria gigante. Las cosas que hago por esta chica.

—¿Sabes por qué me encantan las norias? —pregunta mientras se sube al cubículo de metal y se sienta.

—¿Porque tienes un deseo irrefrenable de morir? —Me subo tras ella y espero a que echen el seguro de la barra de metal.

—Porque se puede ver el mundo desde arriba.

—Deberías probar a pilotar un avión —sugiero—. Es mil veces mejor, y más seguro, que esto.

Los cubículos empiezan a balancearse. El sudor me empapa la frente y se me revuelve el estómago. Apoyo la cabeza contra la pared de metal y empiezo a contar de mil hasta cero. A lo mejor esto es un error. Debería bajarme. Agarro la barra de metal, pero no se mueve.

—¿Estás bien? —oigo decir a Hartley. Su mano toca el revés de la mía.

Vale. He cambiado de opinión. Puedo con esto.

—*Sip.*

—Estás sudando.

—Hace calor.

—Hay menos de quince grados y solo llevas una camiseta puesta.

—Por encima de cero grados, para mí hace calor.

—Tienes la piel de gallina.

El cubículo se balancea y el crujido de metálico hace que se me desboque el corazón.

—Porque estoy sentado junto a ti —digo, con la mandíbula apretada.

Su cuerpo se pega al mío.

—Creo que pisé una mierda la última vez que vine a este parque de atracciones.

—Deberían cerrar este lugar. A Val se le quedó pegada una colilla en el zapato.

Ugh. Si no pueden mantener el parque de atracciones limpio, ya te imaginas lo que les preocupa el estado de esta cosa horrorosa. Empiezo a respirar al mismo ritmo que mi cuenta atrás mental.

—¿Te dan miedo las alturas? —La voz de Hartley es dulce. Y sus dedos me acarician los nudillos con suavidad—. Creía que te encantaba volar.

—Y me encanta volar. Pero odio la incompetencia. En el aire, yo tengo el control. Sé quién ha construido el avión. Conozco los mandos. Yo lo controlo. Esta cosa bien podría estar construida de alambres y chicle. —El cubículo se vuelve a balancear—. Y eso ya sería mucho decir.

—Entonces, ¿por qué has subido conmigo?

—Porque tú querías.

Se queda en silencio durante lo que me parece una eternidad. Cierro los ojos. A lo mejor si no veo nada, dejaré de imaginarme cómo nuestro cubículo desvencijado se cae en picado desde el cielo.

—¿Ya hemos llegado arriba? —pregunto.

—Casi.

—No te voy a besar cuando lleguemos arriba —le digo—. Aunque es lo que se espera, yo no soy tan facilón.

Se ríe entre dientes.

—Nunca pensé que fueses fácil.

—Eso es mentira. Piensas que soy un golfo.

Su cuerpo se sacude mientras se vuelve a reír.

—Creo que el término correcto es «abierto a posibles relaciones sexuales».

Y eso logra hacerme reír.

—Vale. Lo retiro. Sí que te voy a besar cuando lleguemos arriba.

—Ajá. Los mejores amigos no se besan.

—¿Desde cuándo? —contraargumento—. Se supone que solo puedes besar a tus mejores amigos. Es uno de los privilegios de ser mejores amigos.

—¿Entonces tú has besado a todos tus mejores amigos?

La atracción se detiene de pronto.

—No. Creo que tú eres mi única mejor amiga.

Y puede que incluso la única amiga de verdad aparte de mi familia. Aunque eso no se lo digo. Ya me siento demasiado patético.

Siento una caricia en la mejilla. Contengo la respiración. El contacto se vuelve más firme. Y se mueve de mi mejilla hasta mis labios.

Me giro hacia ella. Tiene los ojos abiertos y está sonriendo. Siento la curvatura de sus labios contra los míos.

—No te preocupes. Tú no me vas a besar —susurra—. Te voy a besar yo a ti.

Abro la boca. Su lengua se desliza dentro. El tiempo se detiene aquí arriba. Como un fotograma. Yo, ella, el cielo infinito.

En este vacío enorme, su beso me dice que no estoy solo. Su lengua entra

en contacto con la mía, y oigo un gemido. Creo que es mío. Estoy mareado y sin aliento; me embargan una serie de emociones extrañas que no logro identificar, ni quiero tampoco. Sé cuál es el meollo del asunto. Soy feliz. Este subidón nunca lo he podido experimentar con las pastillas, el alcohol o nadie más...

Hartley suelta un ruidito ronco y ahogado que me vuelve loco. Agarro su cadera con más firmeza y la acerco más a mí. Nuestras lenguas se vuelven a encontrar y juro que el corazón casi me explota en el pecho de lo fuerte que está latiendo.

Este beso es jodidamente impresionante. Quiero aferrarme a ella, abrazarla y hacer que este momento dure para siempre.

Pero luego los engranajes de la noria de la muerte comienzan a girar otra vez y empezamos el descenso.

Hartley me suelta y se aleja. No mucho, pero lo suficiente como para dejarme claro que la barrera que le gusta tener entre ambos vuelve a estar operativa.

—Gracias por distraerme ahí arriba —espeto antes de que pueda decir nada cortante.

—No hay problema —contesta, pero sus palabras suenan planas. ¿La he enfadado?

Cuando la atracción se para y los cerrojos de seguridad se abren, Hartley se baja del cubículo. Yo me tomo mi tiempo. Joder, me entran ganas de comprar la atracción y llevármela a casa para poder enmarcarla. Así de especial ha sido este momento. De los que quieres grabar en la memoria y no dejar de revivirlos una y otra vez.

Me uno a ella en el suelo.

—Hartley —empiezo.

—¿Sí?

Una ligera brisa alborota su pelo moreno. Coloco una mano en él y siento la forma de su cráneo bajo mi palma. Ella levanta la suya y me agarra la muñeca justo por donde tengo la pulsera de cuero, pero no para apartarme. Sino para que no me mueva. O para acercarme más.

Trago saliva.

—Quiero...

—¡Se os ve muy monos juntos! ¡Sonreíd!

Tanto Hartley como yo levantamos la vista, sorprendidos. El *flash* de una cámara me ciega, y para cuando dejo de ver los puntitos blancos, el responsable ya se está alejando. Dos, en realidad. Son rubias y sus voces, chillonas; ni siquiera intentan bajar la voz mientras se alejan.

—¡Felicity va a flipar cuando vea esto!

—¡Súbelo a Instagram, y luego haz una historia en Snapchat!

Mierda.

Frunzo el ceño en su dirección. Quién me iba a decir que la única vez que Hartley bajaría la guardia conmigo, un par de cotillas del Astor Park iban a retratar el momento.

—¿Debería preocuparme? —Su voz seca me saca de golpe de mis pensamientos.

La miro y me las apaño para dedicarle una sonrisa despreocupada.

—*Nah.* Lo dudo.

Sus ojos me dicen que no está muy convencida.

Yo tampoco.

Capítulo 25

—Toma tus apuntes —dice Hartley cuando me acerco a ella la tarde siguiente—. Se me olvidó que los tenía.

—No los necesitaba.

—Lo sé.

—¿Sí?

—Claro. Probablemente ya te sepas el libro de memoria. Es fácil ver más allá de tu careta de «chico malo que odia el instituto». —Se gira para ponerse recta, pero soy capaz de ver que tiene las mejillas sonrosadas.

¿Está pensando en el beso que me dio anoche? Yo sí. Es lo único en lo que pienso desde que he abierto los ojos esta mañana. Al igual que desde que llegué a casa ayer. Es difícil dormir con una erección que no quiere bajar, así que volví a pasar una noche de mierda y a ser un zombi en el entrenamiento.

Guardo las páginas en mi cuaderno.

—No es una careta. No hago buenos exámenes.

—¿Te cuesta centrarte? —trata de adivinar.

—Eso también.

Hoy decido sentarme tras ella, así que me dejo caer en la silla y estiro las piernas a ambos lados de su escritorio. Me gusta observarla desde atrás. Puedo ver cómo sus hombros se tensan y se relajan. La curva de su cuello aparece de vez en cuando si se inclina. Los pequeños nudos de su espina dorsal se han convertido en las cositas más monas del mundo. Me gustaría

darles un mordisco.

Me acomodo los pantalones, que de pronto me parecen pequeños.

—¿Dónde está Ella? —Hartley se gira para mirarme al tiempo que señala el pupitre vacío.

—Tiene el día libre. Mi padre y ella han quedado con los abogados en la ciudad.

La cara de Hartley se llena de pena.

—¿Tendrá que testificar en el juicio de su padre?

Asiento. Me alegra centrarme en otra cosa aparte del bonito cuello de Hartley. ¿Cuellos? ¿En serio? ¿Eso es lo que me pone últimamente?

—Sí. Estaba ahí cuando lo Steve confesó todo.

—Qué mierda.

No quiero revivir las acciones de Steve, así que cambio de tema.

—Una pregunta más importante es: ¿dónde está la señorita Mann?

A dos filas más allá, Tonya Harrison responde.

—Estaba en el despacho de Beringer. Ya van dos veces esta semana.

—Alguien está en problemas —canturrea mi compañero de equipo, Owen.

Un montón de críos se giran y me miran. Fulmino a Owen con la mirada, pero o bien está confuso de verdad, o es mejor actor de lo que creía. Le indico con un pequeño gesto que le voy a cortar el cuello para que entienda que más le vale mantener el pico cerrado. Arruga la frente como respuesta.

De repente la puerta se abre de par en par.

—Dios. ¡Hoy trincan a alguien! —exclama Glory Burke, la capitana del equipo femenino de hockey hierba.

Y ello da lugar a un coro de preguntas por parte de mis compañeros.

—¿A qué te refieres? —inquire Tonya.

—Beringer y el agente Neff están rebuscando en la taquilla de alguien —responde Glory.

—¿Pueden hacer eso?

—¿Y qué pasa con los derechos de los estudiantes?

—Las normas de comportamiento especifican que, si hay una sospecha razonable de que se haya cometido un delito, sí se pueden inspeccionar las taquillas —explica Rebecca Lockhart. Lo sabe porque es nuestra delegada de

clase.

Los murmullos de preocupación se extienden por la clase, al igual que el debate de quién es el que está en problemas. Aquí hay pocos angelitos. Algunos estudiantes toman pastillas. Otros tienen sexo. Otros beben. Otros las tres cosas.

Solo uno se ha enrollado con su profesora.

Esta vez es mi americana la que me parece estrecha, la que me produce el picor de la culpa que empieza a correrme por las venas. Joder. ¿Por qué sucumbí a la tentación de tener algo con la señorita Mann? Fue una estupidez. Una reverenda estupidez. ¿Y para qué? Por una sensación placentera de cinco minutos. Soy un completo idiota.

Me cruzo de brazos y me resbalo en mi silla. Sobre su hombro, Hartley me lanza una mirada de compasión, la cual ignoro observando mi pupitre.

Sé lo que está pensando. «Easton Royal es el gilipollas más tonto que conozco. ¿Por qué estoy con él?»

Pero no está *conmigo* de verdad, ¿no? Me besó en lo alto de la noria. ¿Qué significa eso? Probablemente nada.

En mitad de mi ataque de autocompasión, me pongo derecho. Porque esto me da igual. ¿Qué me importa lo que Hartley, una paria a la que su familia ni le habla, piense de mí? ¿Qué me importa lo que piense la gente del Astor? Ni siquiera me tiré a la señorita Mann. Si me van a crucificar por acostarme con una profesora, debería haberlo hecho de verdad.

Sacudo la cabeza con fuerza y digo, arrastrando las palabras:

—¿Qué? ¿Hay alguien travieso aparte de mí? Que se levante y se muestre. Solo hay cabida para un cabrón aquí en el Astor, y yo ya ocupo ese puesto.

Una risa nerviosa se extiende entre los que cotillean entre susurros.

—De hecho, creo que están inspeccionando su taquilla. —Glory señala a Hartley, incómoda.

—¿La mía? —exclama Hartley.

—La tuya es la cuatro sesenta y cinco, ¿no?

Hartley asiente con cautela.

—Estoy bastante segura de que era la tuya.

Los susurros se convierten en gritos cuando todos empiezan a especular

lo que Hartley ha podido hacer. Es un misterio para la mayoría de estudiantes al haber aparecido de la nada después de tres años. No está involucrada en ninguna actividad. Su optativa obligatoria en el Astor Park es música y pasa las horas de estudio en salas de música privadas, alejada del resto de estudiantes.

A excepción del par de partidos de fútbol americano a los que asistió con Ella y Val, Hartley se ha mantenido alejada del ambiente del Astor.

Oigo algunos trozos de conversaciones.

—Ha pasado tiempo con Ella. Apuesto a que es una de sus amigas *strippers*.

—¿Su padre no retiró su candidatura para ser alcalde por un escándalo?

—Se rumorea que Royal y ella estaban follando en la sala de música.

Si yo puedo oírlas, Hartley también. Me inclino hacia delante y aprieto su hombro en señal de apoyo. Ella se tensa cuando la toco y después siento que se encoje un poco, como sacudiéndose, apartándose de mi mano en silencio.

Molesto, dejo que mi mano caiga en el escritorio.

La puerta se vuelve a abrir. Todas las cabezas se giran hacia la entrada de la clase.

Cuando entra la señorita Mann me preparo para otra expresión lastimera. Pero tiene la barbilla alzada y nos observa como si fuese una reina y nosotros sus inservibles lacayos. Después se hace un lado y aparece el director Beringer.

La clase entera se queda en silencio.

—Señorita Wright —ladra el director Beringer—, haga el favor de recoger sus cosas y acompáñenos. —Dobla la mano apuntando a Hartley.

Ella no se mueve de inmediato.

Beringer se aclara la garganta.

Con un leve sonido de consternación, Hartley se pone de pie, recoge sus cosas y se encamina hacia la puerta con los libros abrazados contra su pecho y la espalda recta como un mástil. Ambos se van y dejan a la señorita Mann en clase.

—Abran sus libros en el capítulo cuatro y lean la regla de la cadena —anuncia—. Quiero que resuelvan los problemas del uno al veintidós.

—¿Veintidós? —Owen se niega—. Tardaré diez minutos en hacer una de

estas ecuaciones.

—Entonces será mejor que empiece si no quiere hacer cincuenta antes de mañana —estalla la señorita Mann.

—Sí, señora.

Todos nos ponemos a ello, porque está claro que hoy la señorita Mann no se anda con rodeos.

Apenas termino los problemas antes de que suene el timbre. Tenía la atención fija en la puerta, preguntándome cuándo volvería Hartley. No lo ha hecho.

Pash me encuentra en cuanto salgo al pasillo. Me había estado esperando fuera de clase.

—Tío, Owen me acaba de mandar un mensaje y me ha dicho que han arrestado a Hartley Wright.

Suspiro.

—No la han arrestado. Han rebuscado en su taquilla.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Ni idea. —Me dirijo a mi taquilla y meto los libros.

—¿Hace algo ilegal?

—No que yo sepa. —Cuando se caen varios papeles me agacho para cogerlos. Me doy cuenta de que son mis apuntes de Cálculo.

La punta de unos tacones azul marino pisa los papeles contra el suelo.

—¿Qué es esto, señor Royal?

Miro a la señorita Mann.

—Apuntes.

—Parecen apuntes de mi clase. De hecho, parecen las respuestas de mis últimos dos exámenes. —Extiende la mano con la palma hacia arriba.

Recojo todos los papeles, me levanto y los meto en la taquilla.

—Primero, no son las respuestas de sus exámenes, y segundo, si lo fuesen, ¿qué importa? Ya se han hecho.

—¿Por qué debería creerlo?

—Porque es la verdad.

—¿Le dio estos apuntes a la señorita Wright?

Se me enciende una gran luz roja en la cabeza. No puedo mentir, no cuando Hartley puede que esté en problemas, pero no puedo decir la verdad

porque no sé cómo le afectaría.

—Primero: saco suficientes, así que el hecho de que un estudiante me use para copiar sería idiota. Segundo: no sabía que compartir apuntes estuviese prohibido. Es bueno saberlo. —Le hago una señal a Pash—. ¿Listo para hacer de apoyo? Hoy necesito trabajar mis bíceps.

Él le echa una mirada a la señorita Mann y después sus ojos se vuelven a posar en mí.

—Hoy me toca piernas —dice rápidamente.

—¿No hace frío para ir con pantalones cortos, señor Bhara? —escupe la señorita Mann.

Técnicamente, solo se nos permite llevar pantalones cortos cuando hace calor. Calor es un término relativo en opinión de Pash. Lleva pantalones cortos y Timberlands todo el año. No importa si el termómetro marca cinco grados. Él viste pantalones cortos.

—No, señora, no hay mejor moda que la que es más cómoda. —Le enseña una pierna a nuestra profesora imitando una pose de modelo.

—Es una pena que dirección no haga algo con los estudiantes que desacatan las reglas —dice una voz demasiado melosa.

Me doy la vuelta y veo que Felicity se acerca a nosotros. Genial.

Fulmina con la mirada a Pash y añade:

—Nuestra reputación como los mejores del estado cae en picado y a nadie parece importarle. Qué vergüenza.

La señorita Mann asiente pomposamente.

—Estoy de acuerdo, señorita Worthington. Es una vergüenza.

En lugar de darle a Felicity la contestación barata que se merece, empujo a Pash por el pasillo.

—¿Qué pasa? —pregunta, un poco confuso.

—Gracias por apoyarme.

—Siempre que haga falta.

Mordisqueo el interior de mi mejilla.

—Creo que Hartley está en problemas de verdad.

—¿De qué tipo?

—Ni idea. Ya te he dicho que han inspeccionado su taquilla y Beringer ha venido a sacarla antes de empezar la clase. —Lo miro de refilón—. No

has dicho nada de la señorita Mann y de mí, ¿no?

Él frunce el ceño.

—Claro que no. ¿Por qué debería hacerlo?

—Ya. —Me detengo cerca de la secretaría. —Pues se ha descubierto.

—No fuiste muy discreto —razona.

—Lo sé. —Me froto la frente. Empiezo a sentir dolor en las sienes, pero antes de poder golpearme la cabeza contra la pared se abre la puerta de la secretaría y aparece Hartley.

—¿Qué ha pasado?

—Yo... —Tiene la mirada perdida—. No puedo...

La sujeto del brazo de inmediato y la llevo a la salida trasera. Pash nos sigue pero Hartley no parece verlo. Sacude la cabeza en señal de sorpresa.

—Me han suspendido durante el resto de la semana y me van a castigar con un parte en mi expediente.

Pash silba detrás de nosotros.

—¿Por qué? —inquiero.

Ella traga saliva.

—Por copiarme. Tuve muy buena nota en el último examen porque usé tus apuntes para estudiar. No me di cuenta de que estaba copiándome.

—No es copiarse. ¿De eso te han acusado? —Exclamo cabreado—. Eso son tonterías. Mi padre se encargará de ello. —Saco el móvil y empiezo a escribir un mensaje con una mano.

—No —protesta Hartley—. Por favor, no lo hagas.

Guardo el móvil a regañadientes. Tengo la mandíbula tensa al preguntar:

—¿Qué te ha dicho Beringer exactamente?

—Que estadísticamente mis resultados eran mucho mejores que mi desempeño anterior y que debe de ser por haber recibido algún tipo de ayuda externa. Me ha preguntado si he recibido tutorías. He dicho que no. Me ha preguntado si alguien me ha ayudado. He respondido que no. Me he olvidado de tus apuntes porque cuando me han preguntado si alguien me ha ayudado me he imaginado a alguien a mi lado, como un tutor, ya sabes.

Pash y yo asentimos.

—Un error común —dice Pash suavemente.

—Pero entonces mi asesor académico, que también estaba allí, ha sacado

una hoja de respuestas.

—¿Del examen? —pregunto.

Asiente, desolada.

—La han encontrado en mi taquilla, doblada y pegada en la parte de atrás de *Todo sobre la mujer* —murmura, refiriéndose al libro que hemos estado leyendo en Pensamiento Feminista.

Tengo el cerebro a mil por hora. Las piezas empiezan a encajar. La señorita Mann parecía petulante en lugar de asustada. Felicity cacareaba sobre la reputación en declive del Astor.

Joder, no.

—Vamos —gruño, y cojo de la muñeca a Hartley.

—¿Adónde? —chilla.

—Sí, ¿adónde?

—A limpiar el nombre de Hartley.

Encontrar a Felicity me resulta fácil. No se ha movido de su taquilla, como si me estuviese esperando. Un par de «soy tu amiga pero te odio» flanquean sus costados. Una es justamente Claire.

Alzo las cejas y Claire responde alzando la barbilla. ¿Debería importarme su ataque de rebeldía? Resisto el impulso de poner los ojos en blanco, la ignoro y me enfrento a Felicity.

—Felicity. —Le enseño los dientes en una sonrisa fría.

—Easton. —La suya es igual de fría.

—No sé qué cojones crees que haces, pero tienes que parar.

—¿Y por qué debería hacerlo? —responde.

Me quedo paralizado, en el sitio, callado. Pensé que negaría haber hecho algo malo.

—Un momento. —Hartley me empuja hacia un lado, como si de repente comprendiese por qué he buscado a Felicity—. ¿Tú has metido esos apuntes en mi taquilla? —Gira la cabeza hacia mí—. ¿Ha metido los apuntes?

Asiento gravemente. Felicity vuelve a sonreír.

Los ojos grises de Hartley se llenan de sorpresa e ira, y se oscurecen hasta adquirir un tono plateado metálico.

—¿¡Por qué!?! —le gruñe a Felicity—. ¿¡Por qué demonios has hecho eso!?! ¡Me podrían haber expulsado del instituto!

—¿Y?

Hartley se lanza hacia delante y entre Pash y yo conseguimos alejarla de Felicity. Las peleas me ponen la hostia, pero no cuando una de las tías es Felicity Worthington. Y no cuando Hartley está claramente a punto de llorar.

—¡Ya basta! —Señalo con un dedo a Felicity—. Pagarás por esto, ¿me oyes? No puedes ir por ahí arruinando la reputación de la gente...

Felicity me interrumpe al reírse en alto, divertida.

—¡Dios! ¡Eres tan hipócrita! —Que se siga riendo hace que me hierva la sangre—. ¡Reed y tú arruinasteis la de Ella antes incluso de que viniese al Astor! ¡Y trataste de arruinar la *mía* con ese numerito en mi fiesta!

Joder, ese error cometido por el alcohol me va a perseguir para siempre. No pueden dejarme que vuelva a beber. Nunca.

—Así que no, no me importa lo más mínimo que te expulsen —le escupe a Hartley—. De hecho, me decepciona que Beringer haya sido tan magnánimo contigo. —Se separa de la taquilla y pasa por nuestro lado. Por encima del hombro, exclama—: Por cierto, esto solo acaba de empezar.

Sus amigas la siguen, incluida Claire, que sonrío con suficiencia cuando pasa al lado de Hartley.

—En esa foto sales con el culo muy gordo —ataca—. Puede que necesites apuntarte a un gimnasio.

Claire se aleja antes de que Hartley pueda responder. Se une a Felicity y al resto de chicas, y su risa resuena en el pasillo. Aún puedo oírlas cuando giran la esquina.

Capítulo 26

La cara de Hartley está roja como un tomate. Mientras tanto, Pash se queda con la boca abierta mirando en la dirección por la que Felicity y su séquito se han ido.

—¿Qué coño le pasa? —exclama.

Suelto todo el aire de mis pulmones.

—No tengo ni idea.

—Probablemente necesite que se la...

Siento más que veo que Hartley está a punto de explotar, así que cubro la boca de Pash con la mano antes de que nos meta a ambos en problemas.

—No lo digas —le aviso.

—¿Qué? —murmura y me aparta—. Iba a decir que lo que necesita es que la pongan en su sitio.

Lo miro con ojos de «claro que sí, grandullón» antes de ponerme bien la chaqueta. Él saca el móvil del bolsillo y empieza a trastearlo como respuesta.

—La humillaste —dice Hartley finalmente—. O lo hicimos. Decía que estabas saliendo con ella y tú lo negabas. Después le dijiste que podía romper contigo pero en lugar de eso fuiste a su casa, *su fiesta*, y la avergonzaste delante de todos sus amigos.

—Y supongo que esto fue la gota que colmó el vaso —termina Pash.

Ambos lo miramos para que se explique. Levanta el teléfono.

Mierda. La foto que nos sacó aquella tía en el paseo marítimo anoche

está en la pantalla. Ha usado el *hashtag* del Astor y, aunque ha subido la foto esta mañana, ya tiene un montón de «me gusta». Más de un millar de personas han disfrutado de la escena en la que de Hartley y yo nos miramos en nuestra burbuja con la noria de fondo.

Hartley gimotea.

—Dios, aparece en las noticias destacadas. Es como echarle sal en la herida a Felicity. Yo también querría vengarme.

—Es una buena foto —comenta Pash.

—¿Una buena foto? —repito incrédulo.

—Sí. Una buena foto. El que la hizo usó la velocidad para captar las luces. Parece profesional. —Me mira—. Así que está destacada porque es buena, no porque estéis en ella. Siento rebajar vuestro gran ego.

Le devuelvo la mirada.

—Está atacando a Hartley por mi culpa. No es mi ego el que habla. Es la verdad.

—¿Podéis dejar de pelear? —interrumpe Hartley—. ¿Importa realmente por qué la foto sea popular?

—Tiene razón —responde Pash—. La pregunta es: ¿cómo hacemos que Felicity se calme de una puta vez?

Alzo una ceja.

—¿Hacemos?

—Claro. No quiero que Hart —le da un ligero empujón con el hombro— cargue con las consecuencias de algo que no hizo. Así que tranquilicemos a Felicity.

Hartley consigue sonreír.

—Gracias.

—¿Por qué la vamos a tranquilizar? —pregunto.

—Porque no se le puede pegar.

—Hay otras opciones.

—¿Cómo qué? —pregunta Hartley, reticente.

Abro la boca pero no sale nada, porque no tengo ni idea de qué hacer. La última vez que una chica mala intentó destruir mi familia, la violencia sí fue la respuesta.

—¿Recordáis cuando Jordan Carrington pegó a esa chica a un lateral del

instituto? —digo al final—. Ella le dio una paliza.

Pash y Hartley me miran como si me hubiese vuelto loco.

—Creo que te han dado en la cabeza demasiadas veces —dice Hartley. Le da un empujoncito a Pash—. No tienes por qué involucrarte. Esto es un caos. Ni siquiera yo quiero estar metida en esto.

Él se encoje de hombros.

—Es nuestro último año. No tengo nada mejor que hacer. Además, ¿y si el siguiente soy yo? Soy la segunda persona favorita de Easton aquí en el Astor.

Eso le saca una pequeña sonrisa a Hartley.

—¿Sí? ¿Quién es la primera?

—Tú, por supuesto. Y después está Ella. Pero ella y yo estamos empatados. Aunque te agradecería que lo mantuvieses en secreto, porque la verdad es que tiene un buen derechazo. —Se frota el brazo bromeando.

—Me ha dado más de una vez y doy fe de que tiene razón —exclamo, agradeciendo el tono ligero que intenta darle Pash a la conversación.

Varias de las arrugas en la cara de Hartley desaparecen y decido que Pash va por buen camino. Necesitamos más bromas. Más risa. La vida ha ido cuesta abajo últimamente. ¿Dónde ha quedado eso de divertirse?

—Demos una fiesta —digo.

Hartley abre la boca de par en par.

—¿Una qué?

—Una fiesta. Ya sabes, una de «ya no tengo que ir al instituto».

—Me apunto. —Pash alza la mano y choco su palma con la mía.

Sin embargo, Hartley empieza a irse.

—Espera —la llamo, y dejo atrás a Pash para correr tras ella. Él nos sigue—. ¿No te gusta la idea de la fiesta?

—Tengo que trabajar —dice en tono seco; se ha cerrado a cal y canto.

—Podemos organizarla para después del trabajo.

Se detiene bruscamente.

—¿Una fiesta? ¿En serio, Easton? Acaban de expulsarme durante una semana. No hay nada que celebrar.

Pash se pone serio a mi lado.

—¿Tus padres te matarían? Porque los míos sí —admite.

Hartley se pone blanca como la cera.

Mierda.

—Supongo que lo de la fiesta es una mala idea —murmuro, y me siento más tonto que nunca.

No he pensado en las consecuencias de su suspensión, y creo que ella tampoco hasta que Pash ha sacado el tema de la familia. Lo primero que hará el director será llamar a sus padres. Y ya que actualmente no se le permite ver a nadie de su familia, por alguna misteriosa razón, eso no le va a ayudar en nada.

—¿Quieres que hable con tus padres? —Le ofrezco—. Puedo explicarles...

—No. —Palidece más aún—. No les digas ni una palabra. Ni una. —Me coge de la americana e hinca las uñas en mi brazo—. Por favor.

—Vale. No lo haré —le aseguro.

Me suelta el brazo.

—Tengo que irme.

Antes de que yo pueda parpadear siquiera, se aleja. Cuando empiezo a ir tras ella, Pash me sujeta.

—Dale algo de tiempo a solas con su familia, tío.

—Ella no... —Me detengo antes de soltar la mierda sobre la que no se supone que debo hablar. Pero ver a Hartley alejarse tampoco es buena idea—. No puedo quedarme parado sin hacer nada, tío. Necesito hacer algo.

—Bueno. Entonces vete a casa —me aconseja—. Habla con Ella. Quién sabe, igual a ella se le ocurre una idea para solucionar esto.

Por mucho que quiero seguir a Hartley, decido seguir el consejo de Pash. Al llegar a casa busco a mi hermanastra y la encuentro estudiando en su habitación.

—¿Tienes un momento? —pregunto, y llamo a su puerta abierta.

Ella aparta la vista de su libro.

—Sí. Entra, ¿Qué pasa?

No me ando con rodeos.

—Felicity ha incriminado a Hartley por copiar en Cálculo. La han expulsado de forma temporal.

—Dios. —Ella emite un grito ahogado—. ¿Por qué Felicity le haría eso a Hartley?

—Para vengarse de mí. Con quien está cabreada es conmigo.

—Claro que está cabreada, Te portaste como un capullo con ella en la fiesta. Pero, ¿por qué ir a por Hartley y no a por uno de tus amigos más cercanos como, Val, Pash o yo?

—Supongo que no has visto Instagram o Snapchat hoy.

—No. He estado con Callum y los abogados todo el día. —Ella deja el libro y coge el móvil que descansa sobre la gruesa colcha de su cama.

Yo me dejo caer en ella y me apoyo contra el cabecero. Veo el momento exacto en que encuentra la foto porque vuelve a jadear.

—¿Os estáis besando en esta foto? —exclama.

—Casi. Aunque nos besamos en la noria.

Ella parece sorprendida.

—¿Qué ha pasado con las reglas? Hartley dijo que tenías prohibido tontear con ella.

—No lo hice —protesto—. Para que lo sepas, fue ella la que me besó a mí.

Eso la deja en silencio durante medio minuto. Es como si su mirada hiciera un agujero en mi cara. Como si intentase meterse en mi mente y... ¿y qué? No estoy seguro de por qué me mira, pero empieza a hacerme sentir nervioso.

—Bueno —digo.

—No, no. No me vengas con «bueno». No hemos terminado con lo del beso. —Ella se pasa una mano por su pelo rubio—. ¿Entonces tenéis algo?

—¿Quizá? No lo sé.

Abre la boca.

—¿Tú quieres? No te van las novias, ¿recuerdas?

—Me van muchas cosas —digo relamiéndome el labio inferior. Si lo convierto en algo sexual, asqueará tanto a Ella que dejará de hablar del tema.

Y funciona.

—Qué asco —dice—. Pero, vale, ahora tiene sentido. Si Felicity cree que

Hartley y tú estáis juntos entonces irá a por Hartley para vengarse de ti. — Ella deja de hablar durante un momento—. Si te soy sincera te mereces su venganza.

—Muchas gracias. —Frunzo el ceño—. ¿Por qué intentas hacer que me venga abajo?

—Oh, ¿te molesta que te diga la verdad? Lo siento. Quizá no deberías haberte emborrachado, ido a casa de Felicity y haberla humillado delante de todos nuestros amigos y compañeros. Es lo que pasa cuando no piensas en las consecuencias.

—Joder. ¿Qué mosca te ha picado? —me arrepiento de decirlo antes incluso de que todas las palabras salgan de mi boca.

Ella se cabrea y me pega un puñetazo en el brazo.

—¡Joder! —Me froto el brazo y la miro con ojos de corderito, pero no funciona.

Se cruza de brazos y me fulmina con la mirada.

—Siento el comentario, pero, ¿podemos no revivir mis gilipolleces del pasado? Estaríamos aquí hasta la semana que viene.

—Vale. Pero no pienso disculparme por pegarte. Te lo merecías.

—Me parece justo. —La tía pega de narices. No me extraña que Jordan se amilanase—. ¿Puedes ir a darle una paliza a Felicity para que deje de hacer estas mierdas?

Ella resopla.

—No.

—¿Por qué no? Funcionó con Jordan.

—No lo hizo. Lo que funcionó el año pasado es que todos fuimos una piña y clamamos «ya basta» contra el *bullying*.

—Entonces volvamos a ser una piña y digámosle ya basta a Felicity.

—¿Tienes pruebas de que fuese ella la que incriminase a Hartley?

—*Sip*. Lo ha admitido delante de Claire y un par de tías más.

Ella ladea la cabeza y reflexiona un momento.

—Debe estar muy segura de que no dirán nada —concluye—. Llegados a este punto es tu palabra contra la suya, y la tuya es una mierda. Te metes en líos constantemente. Felicity forma parte de la sociedad honorífica y es una estudiante modelo que procede de una muy buena familia.

—Gracias por los halagos —gruño, pero ambos sabemos que es cierto. «Problemas» es mi segundo nombre—. Quizá debería llamarla.

—¿Qué le dirías?

—¿Lo siento?

Ella me mira, molesta.

—¿En serio no se lo has dicho aún? ¡Es lo primero que deberías haber hecho!

—Quizá lo hice. —Pienso y pongo una mueca—. No me acuerdo.

—Entonces sí, creo que deberías llamarla y disculparte. —Ella sacude la cabeza varias veces, como si le resultase increíble compartir espacio con semejante idiota—. De hecho, cómprale unas flores y vete a su casa, dile lo estúpido, imprudente y gilipollas que fuiste y que tiene razón en todo lo malo que ha pensado de ti, pero que por favor no lo pague con Hartley.

Pongo otra mueca.

—¿Todo eso?

—Sí —responde Ella, severa—. Todo eso.

—Vale. —Suelto un taco y me levanto de la cama de un salto. Cuando llego a la puerta me doy la vuelta—. Aunque prefiero la idea de que le des una paliza.

Ella me tira un cojín.

—¡No voy a darle una paliza!

Bajo y llego corriendo a mi camioneta. Al final del camino, sin embargo, giro hacia la izquierda en lugar de hacia la derecha.

No me gustó cómo se fue Hartley. ¿Y si sus padres están en su casa gritándole? Probablemente necesite apoyo moral.

Decido ir a ver a Hartley primero y hablar con Felicity a la vuelta.

Paso por una gasolinera y compro una tarrina de helado y un par de refrescos y palomitas. En la caja añado dos barritas. Hay un ramo de rosas individuales en la parte delantera y también cojo una.

—Has cabreado a alguien, ¿eh? —dice el cajero cuando pasa las cosas.

—¿Cómo lo sabes?

—Es el *pack* de principiantes para decir «lo siento» —bromea.

Sonrío. Técnicamente la parte de mi disculpa hacia Felicity solo va con la rosa, pero tengo curiosidad y pregunto:

—¿Qué porcentaje de éxito hay?

—Depende de la escala de lo sucedido. Un gran error requiere una gran disculpa.

Cojo el resto de las flores.

—Entonces hagámoslo a lo grande.

Pasa la tarjeta.

—Buena suerte —dice.

Por el tono de su voz está claro que piensa que voy a cagarla.

Diez minutos después aparco frente a la casa de Hartley y apago el motor. Cojo la bolsa de la comida y tres de las flores —Felicity no las necesita todas— y después subo las escaleras de dos en dos. Alzo la mano para llamar a la puerta cuando oigo voces.

—Sea lo que sea que intentarás conseguir antes, no va a suceder ahora. Papá lleva despotricando una hora.

Me detengo. Mierda. Es Parker. Miro la escalera para ver si he pasado por alto su Mercedes, pero no lo veo. O ha aparcado más lejos, o ha venido en taxi.

—No lo hice —dice Hartley con un tono seco.

—Siempre tienes excusas —bufa Parker—. «No quería espiarte, papá. No quería arruinar tu campaña. No quería avergonzar a la familia. No quería arruinar a la familia».

Todo queda en silencio.

Hartley no responde. Supongo que no hay nada que pueda decir para que Parker la crea.

Casi llamo. Casi entro. Casi intento razonar con Parker.

Pero algo, alguna fuerza divina, me hace detenerme antes de ello.

Trago saliva e intento respirar a pesar de la roca que se ha instalado en mi garganta. Es culpa mía. Me emborraché y avergoncé a una chica con la que sabía que no debía meterme, una chica cuyas garras han salido naturalmente en defensa propia. Fui un cabrón desconsiderado. Y lo sería aún más si me metiese en medio de la disputa familiar de Hartley.

Necesito arreglar lo de Felicity. Ese es mi único cometido. Cuando lo arregle, Hartley podrá volver a caerle en gracia a su familia y todo irá sobre ruedas para ambos.

Puedo arreglarlo. Puedo.

Capítulo 27

Al día siguiente en el instituto todos hablan de la expulsión de Hartley. Parece que nadie haya roto nunca un plato en el Astor Park. La cosa es que Hartley no merecía ningún castigo; ella no hizo absolutamente nada malo, y la persona que sí lo hizo está pavoneándose en los pasillos como si fuese la reina del Astor.

Pillo a Felicity antes de la primera clase. Está junto a su taquilla, con su séquito de chicas. Por suerte, Claire no está por ningún lado. Bien. No me hace ninguna gracia que mi ex se haga amiga amiguísima de Felicity. Quién sabe lo que Claire ve en mí. Me emborrachaba muchísimo cuando salíamos juntos.

—Fuera —le ladro a las amigas de Felicity.

Mi expresión debe de indicarles que voy en serio, porque huyen como ratas en un barco que se hunde. Felicity permanece en su sitio con expresión divertida.

—Mira, el matón de turno asustando a chicas inocentes —se burla.

Frunzo el ceño en su dirección.

—No tenéis nada de inocentes.

Pone los ojos en blanco y cierra su taquilla de un portazo. Yo la agarro del antebrazo antes de que pueda marcharse.

—¿Recibiste las flores? —gruño. Pasé por su casa de camino a la mía al volver del apartamento de Hartley, pero nadie me abrió la puerta, así que

dejé las flores en el porche.

—Sí.

—¿Y la nota? —Eso también lo dejé. Una nota con tres sencillas palabras: «Lo siento. Easton»—. ¿La leíste?

—Sí.

—¿Y? ¿Todo arreglado entonces?

Ella se empieza a reír.

—Espera. ¿Pensabas que esa mierda de disculpa te serviría para hacer las paces? Ay, Easton.

La frustración me oprime la garganta.

—Por el amor de Dios, Felicity. Lo que le hiciste a Hartley no estuvo bien.

—¿De verdad me vas a dar el sermón sobre lo que está bien y lo que está mal? ¿Tú, Easton Royal?

—Sí, soy un mierda —admito de inmediato—. Soy una persona mala y egoísta. Bebo y peleo y me tiro a las chicas que no debería tirarme. Eso te lo concedo. Pero Hartley no te ha hecho nada. Así que, por favor, dile a Beringer que lo de copiar fue un completo malentendido y... —me detengo, porque me doy cuenta de que estoy malgastando saliva.

Felicity nunca confesará haber metido esos apuntes en la taquilla de Hartley. Eso significaría admitir haberle tendido una trampa a una compañera, y arriesgarse a llevarse ella misma un castigo. Así que por mucho que no quiera, he de pasar página. Han expulsado a Hartley tres días. Es una mierda, pero sobrevivirá y volverá al instituto el lunes. La opción de demostrar la inocencia de Hartley es inviable. Lo único que puedo hacer ahora es sacarle la banderita blanca a Felicity antes de que le haga más daño.

—¿Qué puedo hacer para arreglarlo? —le pregunto entre dientes.

Sus ojos azules brillan con incredulidad.

—No puedes arreglarlo.

—Venga ya —le suplico—. Tiene que haber algo que pueda hacer. —Ella le dedica una mirada enfadada a mi pulsera. Lucho contra las ganas de esconderla—. Algo que te pueda comprar —clarifico.

—¿Como un collar de La Máquina de Chuches?

—Hecho.

—¿Y qué tal la edición limitada del bolso de Dior?

—No tengo ni puta idea de lo que es eso, pero es todo tuyo.

—Cuesta treinta y cinco mil. —De alguna manera, se las apaña para mirarme por encima del hombro.

No sé cómo voy a explicárselo a los contables de mi familia, pero vale.

—Genial. Todas las chicas necesitan un bolso de edición limitada. —Le tiendo la mano—.trato hecho. Cuando vuelva Hartley, será intocable.

—No.

—¿Qué?

—Que no hay trato. Me estoy vengando, y aún no he terminado.

Su mirada glacial, combinada con una pequeña sonrisita altanera, hace que quiera estampar el puño contra las taquillas. No me puedo creer que haya estado negociando con joyas y bolsos solo para jugar conmigo. ¿Son solo las chicas del Astor las que buscan venganza o en general son todas iguales?

—Si quieres que te suplique, lo haré. De rodillas.

La sonrisa de Felicity se ensancha.

—Eso me gustaría verlo. Pero... no, gracias. Tengo planeadas cosas incluso mejores.

Con eso, se deshace de mi agarre y se va.

Me trago un quejido mientras la veo marcharse. ¿Qué narices le pasa a esa chica? Entiendo que la he humillado, pero que lo supere de una vez. Que madure, joder.

La ironía de estar diciéndole a alguien que madure no me pasa desapercibida.

Suelto un suspiro de cansancio antes de sacar el móvil y mandarle un mensaje a Hartley:

«*Stás bien sta mñn?*».

«No», me responde enseguida.

No.

La culpa me embarga. Me apoyo contra la taquilla de Felicity y le escribo otro mensaje.

«Lo siento, H. Todo es x mi culpa».

Esta vez se retrasa bastante. Me quedo mirando la pantalla, deseando con todas mis fuerzas que responda.

—East —dice alguien.

Alzo la mirada y veo a Sawyer y a Lauren acercarse. Seb no está con ellos.

—Hola —digo con la cabeza en otro sitio. Bajo la mirada a mi teléfono. Aún nada—. Estoy bien, ¿y tú?

Mi hermano pequeño se ríe por lo bajo.

—No te he preguntado cómo estabas, pero me alegro de que estés bien.

—Vas a llegar tarde a clase —dice Lauren sin ayudar—. Ya ha sonado el primer timbre.

A la mierda el timbre y a la mierda la clase. Hartley sigue sin responder a mi mensaje. ¿Por qué no ha respondido?

¿Es porque está de acuerdo con que su expulsión es culpa mía?

«Lo es», dice una voz pequeñita.

Joder, ya lo sé. Por eso me he disculpado con ella. Pero... esperaba que le restara importancia. Que dijera: «No te culpo, Easton. Felicity es la única que bla-bla-bla».

En cambio, me ha respondido con silencio.

—Claro, hablamos luego —le murmuro a mi hermano—. Te veo en casa. Mientras me alejo, oigo sus atónitas voces a mi espalda.

—¿Está borracho?

—No creo.

Salgo del edificio por las puertas laterales y me precipito hacia el aparcamiento. Necesito ver a Hartley y disculparme en persona. Necesito que me perdone por haberla involucrado en todo el lío de Felicity. No lo hice a propósito. Eso ha de saberlo.

El camino hasta su apartamento es rápido. Pero al igual que ayer alguien se me ha adelantado.

Desde la base de las escaleras puedo ver la espalda de un hombre ataviado con un caro traje de chaqueta gris. Y una cabeza con el pelo entrecano.

—Te han expulsado del mejor instituto del país. Eres una desgracia para el apellido Wright —está diciendo el hombre. Sus palabras están cargadas de desprecio.

El padre de Hartley.

Mierda.

Me dirijo al lateral de las escaleras para quitarme, con suerte, de su vista.

—No me han expulsado —es la malhumorada respuesta—. Solo me han suspendido unos días.

—¡Por copiar! —ladra él—. Copiar, Hartley. ¿Qué narices pasa contigo? ¿Qué clase de hija he criado?

—No he copiado, papá. Una chica que me odia metió las respuestas de los exámenes en mi taquilla. Yo no copio.

—El director del instituto es miembro del club, ¿lo sabías? Todos mis colegas y compañeros saben de tu pequeño escándalo. Esta mañana en el desayuno solo hablaban de eso.

—¿A quién le importa lo que un montón de viejos del club piensen? —Hartley suena frustrada—. Lo único que importa es la verdad.

—¡Por amor de Dios! ¡Tú y esa maldita palabra! *Verdad*. ¡Ya es suficiente, Hartley!

Su tono cortante me hace encogerme.

—Suficiente —repite el señor Wright—. Volverás a Nueva York. Hoy. ¿Me entiendes?

—¡No! —protesta ella.

—Sí. —Se oye un crujido, como si estuviese cogiendo algo—. Aquí tienes el billete. Tu vuelo sale esta noche a las once.

—No —dice, pero con inseguridad esta vez.

—Muy bien. —Hace una pausa—. Si no te vas, sacaré a Dylan del colegio y la enviaré a ella en tu lugar.

—¡Por qué! ¿Por qué siempre tienes que amenazarla? Es una cría, papá.

—No, tiene trece años y ya está lo bastante influenciada por ti.

—Lleva con medicación desde que tenía ocho. Es frágil, y lo sabes. No la puedes separar de su familia.

Él ignora ese comentario.

—Si no abandonas Bayview, entonces protegeré a Dylan enviándola lejos de este estado. Tú eliges.

Cierro los puños junto a mis costados.

—Si me voy... ¿le dejarás verme? —Hartley habla tan bajito, que me resulta difícil entenderla.

—Si coges el vuelo, puedes pasar tiempo con ella de aquí al aeropuerto. Menudo gilipollas. El aeropuerto está a treinta minutos.

—Me... me lo pensaré.

«No —quiero gritar—. No lo pienses. Discútele».

—Te recojo a las diez. Dylan y yo te acompañaremos al aeropuerto, donde te sonreiremos y te diremos adiós mientras pasas el control de seguridad.

—¿Y qué pasa si no voy?

—Iré al aeropuerto de todas maneras —dice el señor Wright con un tono de voz entrecortado—. Alguien se subirá a ese avión esta noche. O bien tú o tu hermana. —Hace una pausa—. Confío en que tomes la decisión correcta.

Capítulo 28

MI plan es esperar diez minutos antes de llamar a la puerta de Hartley. Quiero darle tiempo para recuperarse de la visita de su padre y su brutal ultimátum. Pero solo pasan dos minutos cuando se abre la puerta y sale Hartley con paso tambaleante.

Si no hubiese aparcado frente al edificio de dos plantas, puede que Hartley hubiese andado hasta estar en mitad de la calle. En cambio, casi se da de bruces contra el lateral de mi camioneta.

—Parece que hayas estado bebiendo mucho, o que un camión te haya arrollado. —Le tiendo una mano.

Sorprendentemente, ella la acepta.

—Camión. Me ha atropellado un camión.

—Vayamos a dar una vuelta. —No le doy tiempo para que responda. En unos cuantos movimientos, la tengo acomodada dentro del vehículo y con el cinturón puesto.

—¿Algún lugar en especial? —le pregunto en cuanto me siento en el lado del conductor.

—No me importa. Solo sácame de aquí. —Apoya la cabeza en la ventanilla con expresión derrotada y cierra los ojos.

—Sin problema. —Hago como si nada. Como si no tuviera el corazón en un puño. Odio esta situación. Odio sentirme así. Odio verla así.

No le pregunto nada y ella tampoco me ofrece ninguna respuesta, así que

pasamos todo el trayecto en coche en un silencio sepulcral. Me hace gracia la forma en que el silencio puede ser tan ensordecedor. ¿Qué había dicho en otra ocasión? ¿En silencio es cuando se oyen los latidos del corazón? También se puede oír cómo se rompe. El aire de la camioneta se vuelve espeso y asfixiante.

Terminamos en un antiguo puerto deportivo, no muy lejos del parque de atracciones del paseo marítimo. Giro hacia los aparcamientos de gravilla y paro la camioneta. Cuando miro hacia ella, me percató de que Hartley está llorando. Son lágrimas mudas. Eternas lágrimas que se deslizan por sus mejillas. Juro que cuando caen, se oyen tanto como los truenos en un día de tormenta.

Por eso dejo el motor encendido. Necesito algo que oculte sus lágrimas. Está sentada a mi lado, mirando por la ventana. Me pregunto si ve siquiera a través del velo de lágrimas.

Intento animarla.

—Mi padre me dijo que este era el mejor lugar del pueblo en los años setenta. Le dije que no sabía que tuviesen barcos en la época medieval.

Ella esboza una diminuta sonrisa.

—Vamos, paseemos cerca del agua —sugiero.

La ayudo a bajarse de la camioneta. El antiguo puerto deportivo está cerrado. El apartadero de cedro está corroído por la arena y la sal del océano. Solo hay un par de muelles todavía por encima del agua. El resto están hundidos o se han roto.

El día está nublado, al igual que nuestros ánimos. Hartley está afligida. Yo tengo el estómago revuelto. Somos como dos supervivientes deambulando como zombis tras una explosión. Pero, eh, al menos estamos juntos, ¿no?

La agarro de la mano. En cuanto lo hago, ella se queda mirando nuestros dedos entrelazados. Está sospechando.

—¿Por qué no estás en el instituto?

—Porque estaba preocupado por ti. —«Porque quiero que me perdones», pienso.

Como siempre, Hartley puntualiza mis palabras.

—Preocupado por si estaba enfadada contigo, dirás.

Trago en seco.

Sigue atravesándome con la mirada.

—Estabas fuera. ¿Has visto a mi padre?

—Sí —admito.

—¿Has oído lo que me ha dicho?

Considero la opción de mentir, pero luego decido lo contrario.

—Sí. —La agarro del brazo y nos acercamos más al agua. No hay ninguna valla, solo una pendiente de rocas de dos metros más o menos que separa el océano del suelo—. Pero no te subirás a ese avión. ¿Verdad?

—Yo... no lo sé.

Contengo la ola de pánico que amenaza con salir a la superficie.

—Joder, Hartley. ¿Qué coño os pasó? ¿Por qué te...? —me detengo antes de pronunciar el verbo «odiar». No creo que le hiciese mucha gracia oírme decir que su padre la odia—. ¿Por qué está tan enfadado contigo?

Su mirada se queda fija en el suelo lleno de guijarros.

—Es una larga historia.

Extiendo los brazos y señalo a nuestro alrededor.

—Tenemos tiempo de sobra.

Ella se queda un rato mirando a la nada. Quiero jugar con los dedos, darle una patada a algunas rocas, gritarle al océano. No, lo que de verdad quiero hacer es ir a casa de Hartley y pegarle a su padre además de gritarle en la cara. No hago ninguna de esas cosas, y por fin mi paciencia se ve recompensada.

—Hace cuatro años, supongo que ya casi cinco, una noche que no conseguía dormirme, bajé a la cocina por un vaso de agua. Mi padre estaba en el salón, hablando con una mujer. Murmuraban en voz baja, pero ella parecía enfadada y estaba llorando entre frase y frase. Creo que por eso no los interrumpí ni les hice notar mi presencia.

—¿De qué estaban hablando?

—Él le estaba diciendo que podía encargarse del problema, pero que a ella le costaría bastante. La mujer le dijo que le pagaría lo que fuese con tal de que ayudase a su hijo.

Frunzo el ceño.

—¿Y qué le respondió él?

—No lo sé. Volví a mi habitación porque no quería que se enterase de que estaba escuchando a escondidas. Tiene mucho carácter, así que todos intentamos que no se enfade si podemos evitarlo. —Ahora frunce el ceño ella—. En fin, dos días después lo oí discutir por teléfono con su jefe diciéndole que había usado la «discrecionalidad del fiscal», sea lo que sea eso, para retirar los cargos contra el hijo de los Roquet.

—¿Quién es el hijo de los Roquet?

—¿Conoces a Drew Roquet?

—No.

—Es mayor que nosotros. Tenía diecinueve años entonces y lo acusaron de posesión de drogas, heroína. Era su tercera infracción, e iban a procesarlo por tráfico de drogas por la cantidad que tenía. Eso son de cinco a veintitrés años de cárcel. —El tono de voz de Hartley se llena de asco—. Pero, mira por dónde, la heroína que le encontraron se perdió en la sala donde guardan las pruebas, y mi padre retiró los cargos.

—No me gusta la dirección que está tomando esto.

—A mí tampoco en su día, pero intenté olvidarme de ello. Por aquel entonces, yo no creía que mi padre pudiese hacer algo malo. Era el asistente del fiscal y odiaba a los delincuentes que trapicheaban drogas. Los llamaba escoria, que no contribuían a la sociedad, y decía que las drogas eran la razón por la que todo iba mal en este país. Asesinatos, violencia doméstica, robos. Todo por causa de las drogas, según él.

—Vale. Así que no le diste importancia.

—Sí, y todo parecía ir bien, pero... seguía teniendo la mosca detrás de la oreja. Así que empecé a meter las narices donde no debía. Miré en su ordenador una vez. Siempre usa la misma contraseña para todo, pero cambia el último número según el mes, así que fue bastante fácil de adivinar. Y cuando estaba en ello, encontré una cuenta de correo anónima en la que la gente le pedía favores especiales y decían quién los había referido a él. No había más detalles ni respuestas que se saliesen del «Veámonos en persona».

Alzo las cejas.

—¿Iban a tu casa? —Eso parece jodidamente arriesgado.

—No. Por lo general quedaba con ellos en lugares públicos. Creo que era muy raro que quedasen en mi casa y por eso estaba tan enfadado con aquella mujer. No tengo ni idea de cuántos casos ha «arreglado», pero tenía

muchísimos correos electrónicos, Easton. En plan, un montón. —Se muerde el labio y su expresión es de tristeza total.

—¿Lo encaraste?

—No. Lo hablé con Parker. Ella me dijo que dejara de inventarme historias y que mantuviese la boca cerrada y no le dijera nada a nadie.

—¿Parker sabía lo que tu padre estaba haciendo?

—No lo sé.

Creo que sí lo sabe, pero no quiere creerlo. Espero que continúe, pero no lo hace. Se agacha y recoge unas cuantas piedras antes de lanzarlas al océano. Me uno a ella y no pronuncio palabra alguna durante un minuto. Pero luego tengo que hacerle la única pregunta que me ha estado rondando la cabeza desde que nos conocimos.

—¿Cómo te partiste la muñeca?

La pregunta la pilló por sorpresa. Suelta la piedra y esta aterriza en el agua con un ¡paf!

—Hartley —la presiono—. ¿Cómo te partiste la muñeca?

—¿Cómo sabes que me la rompí?

—Tienes una cicatriz en la parte interna de la muñeca.

—Ah, eso. —Se pasa una mano por encima de la cicatriz. Tras un momento de vacilación, suelta un tembloroso suspiro—. Unos cuantos meses después de hablar con mi hermana, mi padre nos anunció que se iba a presentar a alcalde. Nos echó muchísimos sermones sobre cómo nos teníamos que comportar en público. Hasta vino una mujer a casa y nos enseñó cómo estar de pie, sonreír y saludar con la mano.

—Sí, nosotros también hemos tenido clases así —admito—. Las relaciones públicas son importantes aquí en el sur.

Ella suelta una risa desdeñosa.

—No me puedo creer lo paranoica que estaba con ser la hija perfecta. Hasta me grababa a mí misma en frente del espejo. Pero bueno, justo antes de mi primer año de instituto, rompí una cuerda del violín y pedí una nueva *online*. Había estado siguiendo la pista del paquete por internet y vi que me lo iban a entregar ese mismo día, así que bajé la calle en cuanto vi al cartero y le pregunté si lo tenía. Ahí fue cuando vi a mi padre sentado en un coche junto a una mujer.

De pronto, Hartley se detiene. Está claro que le cuesta mucho hablar de este tema. No la culpo. Todavía me persigue el hecho de saber cómo es Steve de verdad. Yo lo admiraba. Pero mi ídolo es uno de los peores seres humanos del mundo, ¿y ahora qué me queda?

—Me quedé observándolos un rato. —Hartley por fin continúa por donde lo ha dejado—. Hablaron. Ella le tendió un teléfono y unos cuantos papeles, y luego él salió del coche, con su maletín y una mochila a cuestas. La mochila era rara, ¿sabes? Él nunca llevaba ninguna así. Estaba tan ocupada mirándolo que ni me di cuenta de que el coche tras el que me estaba escondiendo se iba. Empecé a correr de vuelta a casa. Él me pilló justo en la puerta. Me agarró de la muñeca y tiró muy fuerte de ella. Estaba cabreadísimo. Por eso no se dio cuenta de que había usado demasiada fuerza.

¿De verdad está intentando excusar la violencia de su padre? Eso me cabrea. Cierro un puño y luego lo escondo junto a mi costado para que ella no lo vea. Me duele no gritar o no golpear algo, pero ahora sé por qué odia la violencia. Por qué se puso tan histérica la noche que la llevé a las peleas en el muelle.

—Me preguntó qué había visto. Yo lo negué al principio, pero me dolía tanto la muñeca que empecé a gritarle que lo había visto todo y que estaba mal, que no debería estar haciendo lo que hacía y que se lo iba a contar todo a mamá. —Le tiembla el labio inferior—. Él me abofeteó y me mandó a mi habitación.

—¿Y qué pasó con tu muñeca?

Le vuelve a temblar la boca, pero seguidamente toda su expresión se derrumba.

—Por eso no se curó bien. No fui al médico de inmediato.

—¿A qué te refieres con de inmediato?

—Pasaron tres semanas.

—¿¡Qué!?! —exploto.

Ella traga en seco.

—A la mañana siguiente, mi padre vino a mi dormitorio y me dijo que me marchaba. Supongo que yo no entendía muy bien qué estaba pasando en ese momento. Tenía catorce años. A lo mejor debería haberle plantado cara.

—Tan solo tenías catorce años —repito—. Y estabas asustada. Joder, mi madre me quitó las pastillas y me dijo que las iba a tirar por el retrete. Yo se

las di sabiendo que ella tenía un problema de adicción. Nosotros solo queremos que nuestros padres sean felices, aunque pensemos que los odiamos.

—Supongo. Pero... sí, me vi en un avión y en el estado de Nueva York antes de que pudiese pensar y reflexionar sobre lo que había pasado. Cuando llegué a mi habitación, llamé a casa y le supliqué a mi madre que me dejara volver, pero me dijo que mi padre era el cabeza de familia y que no se le puede desobedecer. —El sarcasmo está patente en su voz—. Me dijo que en cuanto aprendiera a ser una buena hija, podría volver. No sabía a qué se refería, pero dije que vale. Supongo que esa es la razón por la que no les dije nada de la muñeca enseguida. Pero empeoró y uno de mis profesores se dio cuenta y me llevó a urgencias. Tuvieron que operarme para arreglármela.

—¿Qué les dijiste?

Aparta la mirada.

—Que me caí.

Giro su mentón hacia mí.

—No te avergüences.

—Es difícil no hacerlo.

—No lo hagas.

—Fui tan buena ese primer año. Mi madre me recordó que mi padre se había presentado para ser alcalde y que si me comportaba, podría volver a casa.

—Pero no ganó.

—No. Parker me dijo que al mandarme a un internado daba a entender que papá no podía hacerse cargo de su propia familia, así que mucho menos de Bayview. —Hay lágrimas en sus pestañas—. Y no me dejaron volver a casa. Mi padre no me hablaba. Mi madre me dijo que no le había demostrado que era una buena hija, y que como era mala, me tenían que mantener alejada de mi hermana. Que era una mala influencia.

—No lo entiendo. ¿Cómo podías ser una mala influencia? —Hartley se preocupa muchísimo de su familia. Más que su hermana, por lo que he podido ver.

—Mi hermana pequeña es... complicada. Es una chica muy dulce, pero a veces... —Hartley deja la frase sin acabar.

Yo la termino en su lugar.

—¿A veces quiere gritarle al mundo sin razón ninguna? ¿Un día está feliz y al otro, frustrada y perdida? ¿Se pone violenta y agresiva sin motivo alguno?

La sorpresa es evidente en los ojos de Hartley.

—¿Cómo lo...? —se detiene y empieza a comprender—. ¿Tú, también?

—Mi madre era así. Yo lo heredé de ella. Supongo que a tu hermana tampoco le gusta la medicación.

Hartley asiente.

—Es bipolar, o al menos ese fue el diagnóstico que nos dio el psiquiatra. Oí a mis padres discutir sobre eso porque mi padre se niega a creer que haya enfermedades mentales. Él se cree que solo necesita más disciplina.

¿Dónde he oído eso antes?

—Pobre niña.

—¿Ese es tu diagnóstico? —me pregunta con tiento.

Yo me quedo mirando el agua. No estoy preparado para ver cómo me juzga.

—Creo que no. En mi caso era trastorno de déficit de atención e hiperactividad. Empecé a tomar Adderall con siete años. Se supone que tendría que haberme calmado, pero después de estar tomándomelo un tiempo, dejó de funcionar. No quería decirle a mi madre que no servía para nada y que el ruido en mi cabeza no hacía más que empeorar porque ella ya tenía bastante con lo suyo. Es sencillo hacerse con ese medicamento en el colegio. Siempre hay alguien dispuesto a venderte parte de sus recetas médicas. Y a partir de ahí, fue fácil pasar a la oxicodona y demás. —Susurro la última confesión.

—Los padres deberían estar para ayudar, no para hacernos daño.

Siento que me arden los ojos. Parpadeo unas cuantas veces.

—Ya ves. ¿Cuándo fue la última vez que viste a tu hermana?

—Hace tres años. He hablado con ella unas cuantas veces, pero solo porque cogía el teléfono antes que mis padres. A veces me echa de menos. Otras, me odia por haberla abandonado. No la pueden mandar a un internado, Easton. Los internados son horribles. Me sentía tan sola allí. Llevo tres años sin celebrar Navidad o el día de Acción de Gracias o mi

cumpleaños con alguien que me quiera. ¿Sabes lo que es eso?

—No —digo con voz ronca—. No lo sé.

Su cuerpo empieza a temblar a mi lado.

—No se lo desearía ni a Felicity, mucho menos a la persona a la que más quiero en este mundo. La destrozarían allí. Nadie la entendería ni cuidaría de ella como lo necesita.

—¿Entonces cómo pudiste volver a casa?

—Me enteré el año pasado del fondo fiduciario que te dije, el de mi abuela. Lo administra la Caja de Ahorros de Bayview, no mi padre. Pero las dietas y el alquiler no se considera educacional, así que por eso trabajo en el restaurante. —Su expresión se torna triste—. Creía que, si iba al mejor instituto del estado, me mantenía alejada de los problemas y no decía nada de los asuntos secretos de mi padre, me dejarían volver a la familia.

—Y ahora te han expulsado por copiar. —La culpa me atraviesa de nuevo y se me forma un nudo en la garganta.

—Sí.

—Todo es por mi culpa.

Hartley ladea la cabeza para mirarme a los ojos.

—Sí.

Esa única sílaba me destroza. Sin piedad. Sin piedad alguna.

—Te lo dije, los problemas te siguen allá donde vas, Easton.

Tengo que romper el contacto visual antes de que la vergüenza me devore vivo. Centro la atención en el agua y mentalmente me pego de hostias por todos los problemas en los que he metido a esta chica. Los problemas en los que he metido a todos. Ella, mis hermanos, mi padre. Estoy jodido. Todos lo saben y todos me quieren a pesar de ello.

¿Qué coño les pasa?

—Pero iba a pasar tarde o temprano, con o sin tu influencia.

La miro con sorpresa.

—¿De verdad lo crees?

Hartley asiente con pesadez.

—En cuanto me mudé de nuevo a Bayview, toda mi familia se puso alerta. Seguramente Parker me espía por orden de mi padre. Mi madre hace todo lo posible por mantener a Dylan alejada de mí. Mis padres solo estaban

esperando a que metiera la pata, te lo garantizo. Estaban esperando cualquier excusa que les permitiera volver a echarme de Bayview.

Eso me hace sentir mejor. Solo un poquito. Pero eso no quita que no deba aceptar la responsabilidad que tengo en todo esto.

—Felicity no se habría metido contigo de no ser por mí, Hartley. Eso significa que está en mi mano arreglarlo.

—No puedes.

—Claro que sí.

Ella ladea la cabeza como retándome.

—¿Cómo?

Hago una pausa.

—No lo sé. Pero ya se me ocurrirá algo.

Suelta una risa seca.

—Sí, bueno, pues será mejor que se te ocurra algo antes de las diez de la noche. A esa hora es cuando mi padre va a venir a recogerme para llevarme al aeropuerto.

—No irás al aeropuerto —le digo con firmeza—. No irás a ningún sitio.

Ella simplemente se encoge de hombros.

Maldita sea, de verdad está planteándose marcharse. Lo veo en sus ojos. Hartley hará lo que sea para proteger a su hermana pequeña, aunque eso signifique volver al internado que odiaba.

—Tengo que volver —me dice, apartándose de las rocas que nos separaban del agua—. ¿Me puedes llevar a casa?

Asiento.

Nos subimos a la camioneta y una vez más hacemos todo el camino en silencio. Yo examino su perfil en cada señal de *stop*, en cada semáforo en rojo. La primera vez que la vi, pensé que era más bien normalita. Guapa, pero normalita. Tenía piernas bonitas, un buen culo y unos labios muy *besables*.

Ahora que la conozco mejor, es su rostro el que me atrae. Todos esos rasgos dispares juntos forman una imagen preciosa. No es normalita. Es única. Nunca había visto a alguien como ella, y no puedo creer que puede que no la vuelva a ver nunca más.

La desesperación que me causa ese horrible pensamiento es lo que me

lleva a besarla. La camioneta apenas se ha parado del todo frente a su casa cuando la acerco hacia mí y cubro su boca con la mía.

—Easton —protesta, pero enseguida me está devolviendo el beso.

Es intenso. Sus labios son cálidos y saben un poco salados, probablemente a causa de las lágrimas. Hundo los dedos en su suave cabellera y la acerco incluso más.

Sus brazos me rodean el cuello. Sus pezones erectos se pegan a mi pecho. Levanto una mano entre ambos para agarrar uno de sus pechos y acariciar con el pulgar uno de esos botoncitos. Ella se estremece. Mi propio cuerpo tiembla a modo de respuesta.

La beso con más pasión. Mis manos exploran su cuerpo con desesperación, intentando a la vez mantenerla pegada a mí. No sé cómo, sus piernas rodean mi cintura. Acaricio su muslo y luego masajeo su trasero antes de atraerla incluso más fuerte contra mí.

Estoy excitado al máximo. Y soy un tío. Los tíos no siempre hacemos o decimos lo correcto cuando estamos cachondos y la única cabeza que nos funciona es la que tenemos entre las piernas. Aun así, me arrepiento de las palabras en el mismo momento que abandonan mi boca.

—Vayamos dentro, allí podemos estar más cómodos.

Hartley aparta la boca de la mía. Entrecierra los ojos.

—¿Cómodos?

—Sí, ya sabes... —Me cuesta respirar por todos los besos que nos hemos dado—. Cómodos —digo, patético.

—Te refieres a desnudos. —Su tono es neutro.

—No. Me refiero a... vale, si eso es lo que quieres. —*Cállate, tío. Cierra la puta boca*—. Es solo que... estamos aquí sentados en la camioneta, y me has dicho que estabas preocupada porque tu padre te estuviese vigilando...

—Claro. Seguro que es por eso por lo que quieres entrar —murmura. Niega con la cabeza, se desabrocha el cinturón y lo echa a un lado—. Eres increíble.

Frunzo el ceño.

—¿De verdad te acabas de enfadar conmigo? Me has devuelto el beso.

—Lo sé, porque estoy afectada y necesitaba... consuelo, supongo. Pero como siempre, siempre te lo llevas todo al plano sexual.

La indignación me recorre el cuerpo.

—Solo he sugerido ir adentro.

—Sí, para que podamos tener sexo. —Abre la puerta del copiloto, pero todavía no se baja de la camioneta—. Gracias por la oferta, pero paso. Tengo que hacer las maletas.

—¡No te irás del pueblo! —gruño—. Y no me importa el sexo ahora mismo. Estábamos besándonos y he dicho de ir adentro. Menuda sugerencia. No le des la vuelta a la tortilla y hagas como que he hecho algo malo.

—¡Has hecho que me expulsen del instituto!

Me trago la frustración.

—Lo sé. ¡Y estoy intentando arreglarlo, joder!

—¿Cómo? ¿Metiéndome la lengua hasta la campanilla? ¿Cómo va a arreglar algo eso? —Una mirada de cansancio se hace eco en sus ojos grises. Con un suspiro se baja del asiento—. Vete a casa, Easton. O al instituto. Pero... vete.

—¿Y qué pasa con la amenaza de tu padre? ¿Qué harás al respecto?

—No lo sé —murmura—. Pero ya se me ocurrirá algo. Yo lo arreglaré. Sola. No necesito tu ayuda.

Aprieto los puños contra mis rodillas.

—Sí que la necesitas.

—No. No necesito nada de ti. —Su expresión se llena de irritación—. No has hecho más que causarme problemas desde el momento en que te conocí. Así que, por favor, por el amor de Dios, no intentes ayudarme más. No ayudas, y tampoco arreglas las cosas. No eres capaz de arreglar nada. —Sacude la cabeza con tristeza—. Lo único que haces es estropearlo todo.

Y se va. Me acaba de atravesar el corazón con un cuchillo. Es una acusación que, por mucho que quiera, no soy capaz de contradecir.

Lo único que puedo hacer es volver a casa. No puedo volver al instituto, no cuando me siento como si me hubiesen apuñalado. No puedo enfrentarme a Ella o a mis compañeros de equipo o a la zorra de Felicity. Así que me voy a casa y cojo una botella del mueble bar que mi padre, gracias al cielo, ha vuelto a llenar. No quiero emborracharme, solo soltarme un poco. Aclararme las ideas para poder dar con la solución de este problema. El problema que yo he causado. El desastre que he provocado.

Se lo debo a Hartley.

Capítulo 29

A las nueve en punto, la tengo.

La solución.

Salto de la cama pero necesito un momento para que el cuerpo deje de tambalearse y que el mareo se vaya. Joder. Vale, quizá no debería haberme levantado tan rápido. He estado echado durante horas, con la botella de alcohol que he birlado del despacho de papá. Nota mental: ponerme en posición vertical despacio.

Aunque no estoy borracho.

No, no estoy borracho. Solo con el punto. Puntooooo.

—Easton, ¿estás bien? —Ella asoma la cabeza por el umbral de mi puerta, y parece preocupada.

Sonrío al verla.

—¡Estoy genial, hermanita! Jodidamente GE, jodidamente NI y jodidamente AL.

—He oído un ruido. ¿Te has caído? ¿Qué se ha roto?

—Tu oído va mal —le digo—. No me he caído y no se ha roto nada.

—Entonces, ¿por qué hay una botella rota en el suelo?

Sigo la dirección de sus ojos hasta la zona baja de mi mesilla de noche. Vaya. Tiene razón. Hay una botella de *whisky* rota en dos en la alfombra. Ha debido de chocar contra la esquina de la mesilla de noche y partirse por la mitad. ¿*Whisky*? Yo estaba bebiendo *bourbon*.

Mi mirada se dirige al cobertor, donde he dejado la botella de *bourbon*. Oh. Supongo que he bebido ambas cosas.

—¿Vas a algún lado?

—No *esss asunto* tuyo. —Aparto la vista de la botella para buscar las llaves. Mierda, no me acuerdo de dónde están.

Rebusco entre una pila de ropa. Un tintineo en el bolsillo trasero de unos vaqueros capta mi atención.

—Ajá —grazno, y saco el llavero—. Ahí estáis.

—No irás a ningún lado. —Ella intenta coger las llaves—. No estás en condiciones de conducir.

—Vale. —Dejo que las coja y saco el móvil del otro bolsillo de los mismos vaqueros. Toco la pantalla varias veces y sonrío satisfecho.

—Ya está. Ya viene un coche.

El pequeño mapa nos informa de que mi conductor está a cincuenta y cinco minutos. O... espera, son *cinco* minutos. Juro que había visto dos cincos. Pero más vale que no, porque necesito pillar al padre de Hartley antes de que se dirija al aeropuerto.

—Bien —responde Ella, aliviada—. Pero, por si acaso, quiero las llaves de tu moto.

—Están en el vestíbulo. No me las llevo, lo prometo.

Aun así, me sigue, como si necesitase ver con sus propios ojos que las llaves se quedan en casa. Se lo pongo fácil al lanzárselas cuando llegamos al vestíbulo.

—Para que las guardes a buen recaudo —bromeo.

—Saluda a Hartley de mi parte —dice con la voz cargada de ironía.

Corro por el camino y llego a la entrada justo cuando llega el taxi. Le doy la dirección a la conductora y después me acomodo en la parte de atrás para llamar a Hartley.

—¿Qué quieres, Easton? —supongo que esa es su versión de «hola».

—Hola, nena. Solo quería decirte que no te marches con tu padre cuando vaya a buscarte esta noche. —Se me ocurre algo—. *Si* viene a buscarte. Puede que no lo haga.

—¿Y por qué no iba a hacerlo?

—No digo que lo haga o que deje de hacerlo —balbuceo—. Pero si lo

hace, no te vayas con él. ¿Vale?

—No te entiendo, pero he de hacerlo o Dylan irá al internado. Papá no amenaza en vano. Si dice algo, lo cumple.

—No te preocupes por eso. Me voy a encargar de todo.

Hay una pausa breve.

—¿A qué te refieres?

—Me voy a encargar de todo —repito, y sonrío para mí mismo.

—Dios. Easton. ¿Qué demonios vas a hacer ahora? ¿Qué pasa? Sabes qué, no respondas. No me importa saber lo que pasa, solo quiero que pares. Necesitas parar ahora mismo.

—No puedo. Ya estoy de camino.

—¿De camino a dónde?

—A casa de tu padre. Voy a hablar con él.

—¿¡Qué!?! ¡Easton, no!

—No te preocupes, nena, está todo controlado.

—Easton...

Cuelgo, porque todos sus gritos hacen que me estalle la sien. No pasa nada porque se enfade conmigo. Dejará de estarlo cuando convenza a su padre de que la deje quedarse en Bayview. Tengo un plan. El señor Wright acepta sobornos. Así que voy a sobornarlo.

Soy Easton Royal. Me sale dinero hasta del culo.

Todo lo que tengo que hacer es darle algo de dinero al padre de Hartley y nos dejará en paz. El dinero me ha solucionado todos los problemas en el pasado. El dinero y un puñetazo en la cara. Si hace falta, yo estoy encantado de añadir la segunda parte. No sé cómo haré para que deje en paz a la hermana de Hartley, pero planeo improvisar con eso.

La conductora se para fuera. Empiezo a bajarme, pero después me doy cuenta de que el camino parece muy largo. Demasiado para ir caminando, sobre todo si tengo la opción de ir sobre ruedas.

Toco el hombro de la conductora.

—Lléveme hasta la puerta.

—Se supone que no debemos entrar en propiedades privadas —dice la mujer.

Saco varios billetes y se los enseño.

—Me están esperando.

Vacila pero finalmente claudica. ¿Ves? Problemas más dinero es igual a cero problemas. Ja.

Voy dando tumbos hasta la puerta y me apoyo en el timbre. Puedo oír que dentro el sonido se repite una y otra vez. Qué molesto. Alguien debería abrir la puerta pronto.

Cuando veo que hay movimiento empiezo a tocar el timbre varias veces para captar su atención.

Funciona. Se abre la puerta y un hombre aparece y me mira. Es de la edad de mi padre, pero tiene más canas en el pelo.

—¿Qué tal? —Lo saludo asintiendo con la cabeza—. ¿Tiene un momento?

—¿Quién coño eres? —me pregunta el señor Wright.

Me yergo y lo miro desde arriba. Es más bajo de lo que pensaba. Parecía más alto al verlo hace un rato en la puerta de Hartley.

—Easton Royal. —¿Debería saludarlo? *Nah*. Vayamos al grano. Meto la mano en el bolsillo trasero y saco la chequera de mi padre—. ¿Cuánto, John? —Sonríó por tener los cojones de añadir su nombre de pila.

—¿Quién coño eres? —repite.

—Tío, ya te lo he dicho. —Este tipo es corto. ¿En serio es abogado?—. Soy Easton Royal. Estoy aquí para hacer un trato contigo.

—Sal de mi porche y márchate.

La puerta empieza a cerrarse, pero soy rápido y me meto en la entrada antes de que pueda bloquearme el paso.

—Esa no es forma de hacer un trato, John. —Agito la chequera en el aire—. Aquí tengo mucho. Dime lo que quieres.

—¿Dices que eres Easton Royal? —Wright se cruza de brazos y entrecierra los ojos en mi dirección—. Veamos. Tu hermano mayor tuvo problemas por distribución de pornografía infantil. El segundo mayor fue el sospechoso principal del asesinato de la amante de su padre, con la que, además, mantuvo una relación íntima. Tu padre casi entró en bancarrota con una empresa de más de un siglo, y tu madre era una drogadicta que se quitó la vida. ¿Y vienes a hacer un trato conmigo?

Abro la boca de par en par.

—¿Qué acabas de decir? —No me puedo creer lo que ha soltado este cabrón. ¿He venido con la mejor de las intenciones y tiene los cojones de insultar a toda mi familia?

—Ya me has oído. —Abre la puerta—. Saca tu falso culo Royal de mi casa y lárgate.

—¿Falso culo Royal? ¿Soy falso? Tú eres el fraude. No tienes honor. Amañas casos. Aceptas dinero, pierdes pruebas. Eres más corrupto que los criminales que metes entre rejas. —Me acerco a él hasta quedar cara a cara. Escupo al hablar.

Wright se ríe de mí.

—No lo sabes, ¿verdad?

—¿Saber que eres un cabrón? —Empujo sus hombros. Él se tambalea hacia atrás y deja de sonreír—. De hecho, eres peor que un cabrón. Los cabrones se sentirían insultados porque se les comparase contigo. Eres un maltratador infantil. El peor de todos. Incluso los presos te escupirían.

Rojo de rabia, se acerca a mí.

—No serías tan valiente de no respaldarte en el apellido Royal, ¿eh?

—Lo tengo, así que nunca lo sabremos.

—Igual que nunca sabremos si eres el bastardo de Steve O'Halloran o sangre de Callum Royal, ¿verdad?

¿Qué?

Me tropiezo y casi me caigo de cabeza al suelo de madera.

Él se ríe.

—Pero sí que lo sabemos, ¿no?

—¿S-saber qué? —digo con voz ronca.

—Que la puta de tu madre se abrió de piernas para el socio de tu falso padre.

Recibo un empujón en el costado y pierdo el equilibrio, así que caigo de rodillas.

Sacudo la cabeza y alzo la vista. ¿Qué cojones dice? No soy el hijo bastardo de Steve. Soy hijo de Callum Royal. Soy un Royal.

—Te doy cinco segundos para que levantes tu pobre culo de mi casa antes de llamar a la policía —exclama Wright, furioso.

No sé cómo de repente me encuentro frente a una puerta cerrada. La

miro. ¿Qué acaba de pasar? ¿Acaba de...?

Con la respiración agitada, alzo el puño y llamo a la puerta. No sé por qué, la llamada suena como la puerta de un coche al cerrarse.

—¿Qué demonios haces, Easton?

Me doy la vuelta, sorprendido. Hartley camina rápidamente por el césped cortado hacia mí. Hay un antiguo Volvo marrón en la acera, supongo que ese es el ruido de la puerta de coche que he oído.

—¿De quién es ese coche? —pregunto confuso. Ahora mismo nada tiene sentido. Mi cabeza es una jungla de pensamientos. Hay demasiado alcohol en mis venas. Y la acusación de Wright me ha dejado helado, perturbado.

No soy el bastardo de Steve.

No lo soy.

—El coche es de José —escupe cuando llega hasta mí. Me coge del antebrazo y joder, su contacto es la hostia—. Vamos.

Me froto la nuca e intento concentrarme.

—¿Quién es José?

—Mi casero. Ahora vayámonos de una puta vez.

Abro la boca.

—Has dicho «puta». Nunca dices tacos. ¿Por qué acabas de soltar uno?

—¡Porque ahora mismo estoy hasta los cojones!

Casi me caigo ante lo fuerte que responde. Y ahí me doy cuenta de lo roja que está su cara. Tiene los puños apretados y me pega en el hombro con uno. Está furiosa.

—Estás cabreada —murmuro.

—¿Que estoy cabreada? ¡Claro que estoy cabreada! ¡Ahora mismo tengo ganas de matarte! ¿Cómo te atreves a venir a la casa de mis padres y... y qué? —Sus ojos rabiosos se fijan en la puerta cerrada—. Por favor, dime que no has hablado con ellos todavía.

Puedo mentir. Puedo mentir, la verdad. No tengo que decirle que he amenazado a su padre, él me ha devuelto la amenaza, he intentado golpearlo y él me ha dicho que no soy un Royal antes de estamparme la puerta en la cara. No es que esté aquí para contradecirme. Puedo mentir.

Pero no lo hago, porque me siento demasiado confundido, demasiado perturbado como para inventarme una historia para ella.

No soy el bastardo de Steve.

No lo soy.

—He intentado sobornarlo.

Abre la boca. La cierra. Abierta. Cerrada. Y respira de forma entrecortada, como si hubiera terminado de correr una maratón.

—Has intentado sobornarlo. —Se calla, incrédula—. Tú has intentado sobornar a un fiscal.

—Oye, ambos sabemos que le van los sobornos —protesto.

Hartley se me queda mirando. Durante mucho, mucho tiempo. Mierda. Va a explotar. Puedo ver la tormenta en sus ojos. En cualquier segundo van a empezar los truenos.

Antes de que pueda decir palabra, se abre la puerta de la entrada y aparece el señor Wright con Dylan. La niña parece asustada, pero el miedo da paso a la sorpresa cuando ve a su hermana mayor.

Sus ojos grises se abren como platos.

—¿Hartley?

—Mira bien a tu hermana —ladra Wright, señalando a Hartley—. Ella es la razón de que tengas que dejar la familia.

Hartley emite un grito ahogado.

Yo voy a encararme con el muy gilipollas pero me detengo ante la voz confusa de Dylan.

—¿Hartley? —repite—. ¿Qué pasa?

—Dylan, ven. —Hartley le indica a su hermana que se aleja de su padre—. No te van a mandar lejos. Ven conmigo y yo...

—Tú te marchas, Hartley. Ya no eres parte de esta familia. Dylan, entra y recoge tus cosas. —Su voz es fría, dura.

—No. Por favor, papá —suplica Hartley—. Por favor, no lo hagas. Haré lo que quieras. Cualquier cosa. —Intenta dar un paso hacia delante pero su padre alza la mano y la detiene.

—Entra, Dylan —ordena.

Intento parar esta locura por última vez.

—Oye, te acabo de decir que pagaré lo que quieras —le apremio al señor Wright.

—¡Cállate! —grita Hartley—. Por favor, cállate. —Se gira hacia su padre

—. Por favor.

—Si le pasa cualquier cosa a Dylan, pesará sobre ti. Deberías haberlo pensado antes de abrir tu estúpida boca. —Con esa última amenaza, Wright da un portazo al cerrar.

Cuando la madera de la puerta encaja en el marco, es como si una bala hubiera atravesado el pecho de Hartley. Cae en la entrada y empieza a llorar.

Voy hacia ella.

—Nena, lo siento. —El mareo de mi cabeza se está disipando y la gravedad de lo que acaba de pasar empieza a colarse en mi mente. Toda la gravedad. Hartley. Su padre. Su hermana. Yo.

Steve.

—¿Por qué? ¿Por qué has venido? —Las lágrimas inundan sus ojos, pero no caen. Su respiración es agitada, entrecortada.

—Intentaba ayudar. —Me inclino hacia ella—. Dime, ¿qué hago?

Toma aire y tiembla.

—Estás borracho —me culpa—. Te huelo. ¿Has venido borracho y le has dicho a mi padre todo lo que te he contado?

Se me cierra la garganta y me inundan la culpabilidad y la ansiedad.

—No, es decir, sí que he bebido un poco, pero no estaba borracho.

Fija sus ojos en mí, ve mis mentiras y se levanta despacio. Le tiembla el labio inferior y la voz, pero su expresión es tan seria que siento cómo el miedo recorre mi cuerpo.

—Sí estás borracho. Y has roto tu promesa. Has empeorado la situación. Puede que tus intenciones fueran buenas, pero lo has hecho para sentirte mejor. Has pensado en ti primero y esto es lo que ha pasado. —Ahora empiezan a caer sus lágrimas. Recorren sus mejillas como un tsunami de infelicidad.

En mi interior, la vergüenza se bate en duelo con el arrepentimiento. No me gusta lo que dice y cómo me hacen sentir esas palabras. He intentado hacer lo correcto. ¿Es verdaderamente culpa mía que su padre sea un perfecto gilipollas? ¿Es culpa mía que no haya querido coger el dinero? ¿Es culpa mía que se haya inventado mentiras horribles sobre mi madre y mi padre y el asqueroso cabrón que *no* es mi padre...?

Empiezo a cabrearme.

—He intentado arreglar las cosas por ti. Tú ibas a escapar e ignorar el problema. Al menos yo lo he encarado. Deberías agradecerme.

—¿Agradécetelo? —chilla—. ¿Agradécetelo? ¿Bromeas? No eres el caballero de brillante armadura. ¡Eres el villano!

—¿Qué? ¿Yo? —Ahora estoy furioso.

—Sí, tú. —Se tambalea hacia atrás y su pelo negro ondea tras ella—. Aléjate de mí. No quiero volver a hablar contigo en mi vida.

Sus palabras suenan definitivas. Entro en pánico y la llamo.

—Espera, Hartley, joder. ¡Espera!

Me ignora.

Doy un paso hacia delante y, aunque me da la espalda, es como si sintiera que me he movido. Se da la vuelta y me apunta con el dedo.

—No —ordena—. No me sigas. No te acerques a mí. No hagas nada.

Vuelve a girarse y corre hacia el feo Volvo que ha traído. Ni siquiera tiene el espejo retrovisor intacto, lo tiene colgando de un ángulo raro en la ventana.

Ver el coche estropeado me hace sentir mal. Imagino a Hartley llamando a la puerta de su vecino, rogándole que le preste su coche de mierda para venir y pararme antes de que arruine su vida incluso más de lo que lo he hecho.

Pero no ha llegado a tiempo. Como siempre, Easton Royal lo ha estropeado todo.

Observo inútil cómo da la vuelta por el acceso de vehículos. Quiero gritarle que vuelva, pero sé que desde allí no me oirá. Además, el motor de ese Volvo hace un ruido de la leche. Al igual que los neumáticos del otro coche en la carretera y... ¿qué otro coche?

Parpadeo varias veces.

Voy borracho y no puedo juntar todas las piezas en su sitio al instante. Mi cerebro registra cada cosa por separado.

El brillo de las luces.

El choque de metal contra metal.

El cuerpo tumbado a un lado de la carretera.

Mis piernas empiezan a funcionar. Corro, caigo de rodillas al lado de una chica que mi mente apenas reconoce como Lauren. ¿Por qué está aquí? No

vive aquí.

No, sí vive por aquí. Vive al final de la calle. Pero ahora mismo está agazapada en la carretera mientras intenta despertar a mi hermano. Está tirado de costado, como si hubiese caído al suelo desde una gran altura. Su camiseta blanca está rota y salpicada de sangre. También hay sangre en el suelo.

Mucha sangre.

Me siento mal pero, de alguna forma, consigo no vomitar.

Algo se me clava en las rodillas. Es cristal. El parabrisas. El parabrisas del Rover.

—Sawyer —suplica Lauren—. Sawyer.

—Es Sebastian —digo apenas sin voz. Puedo diferenciar a los gemelos hasta con los ojos cerrados. Incluso cuando estoy borracho.

Lauren llora más.

Mi pulso se descontrola y vuelvo a mirar al Rover. Veo a mi otro hermano. Sawyer está echado sobre el volante, el cinturón le presiona el cuello y el airbag empuja su cara. Hay una línea de sangre que gotea desde su sien hasta su barbilla.

Giro la cabeza hacia el Volvo. Está relativamente intacto, aunque la puerta trasera y el morro están abollados. Se me sube el corazón hasta la garganta cuando se abre la puerta del conductor.

Hartley sale del coche tambaleándose. Está pálida, como la camiseta de Seb. Tiene los ojos como platos, pero hay algo casi vacío en ellos. Como si hubiera perdido la sensibilidad de todo.

Su mirada se centra en Sebastian. En su cuerpo espantosamente inmóvil. En su cuerpo desplomado y cubierto de sangre. Mira y mira, como si no pudiese entender lo que ve.

Finalmente, abre la boca y grita desesperada. Su chillido se mezcla con tres horribles palabras que me hielan la sangre y siento que mi cuerpo está a punto de desplomarse.

—Lo he matado.

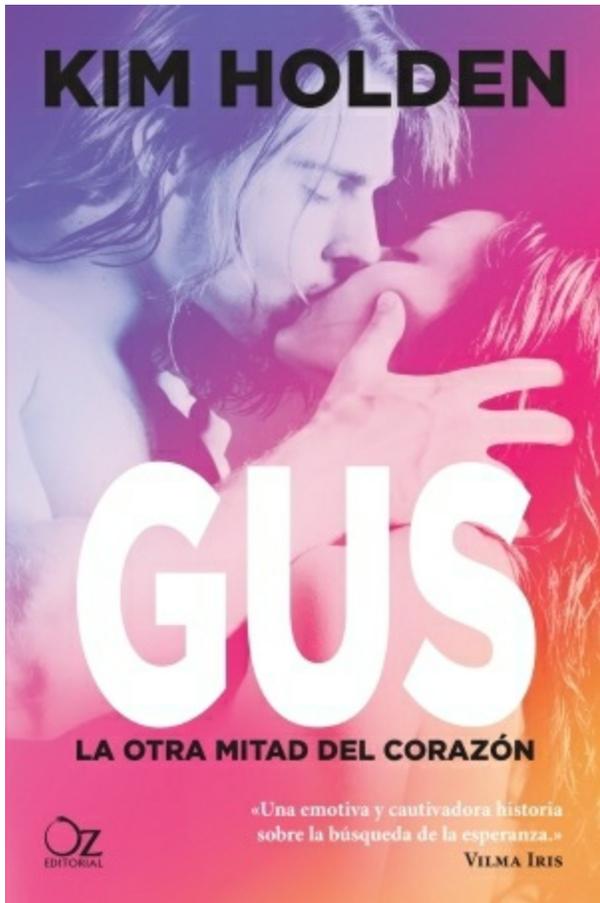
Sobre la autora

Erin Watt es el pseudónimo bajo el que se esconden Jen Frederick y Elle Kennedy, autoras de éxito en Estados Unidos. Su pasión por la escritura las embarcó en esta aventura creativa.

El palacio malvado es el tercer libro de la saga *Los Royal*, una intensa y deliciosa trilogía que ha sido comparada con *Gossip Girl*. *El palacio malvado* ha llegado a las listas de los más vendidos del *New York Times* y el *Wall Street Journal*, junto a los otros dos títulos de la saga, *La princesa de papel* y *El príncipe roto*.

Jen Frederick es escritora *best seller* de novela romántica, autora de las sagas *Woodlands* y *Gridiron*.

Elle Kennedy también es autora *best seller* de novela romántica. Sus obras se caracterizan por sus grandes dosis de suspense y sus fuertes heroínas.



KIM HOLDEN

GUS

LA OTRA MITAD DEL CORAZÓN

OZ
EDITORIAL

«Una emotiva y cautivadora historia
sobre la búsqueda de la esperanza.»

VILMA IRIS

Gus

Holden, Kim

9788416224883

416 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Es posible amar cuando has perdido lo más importante de tu vida? Tras la marcha de Bright Side, Gus es incapaz de ver el lado positivo de las cosas. Bright Side no solo era su mejor amiga, era su media naranja... la otra mitad de su corazón. El joven y su banda se van de gira por Europa, pero, incapaz de hacer frente a la pérdida, Gus recurre al alcohol y las drogas para olvidar. En medio de este caos, conocerá a Scout MacKenzie, una tímida asistente que esconde un pasado muy duro. Poco a poco, Gus y Scout forjarán una bonita amistad y descubrirán que es posible volver a amar cuando crees que lo has perdido todo."Una novela cautivadora y emotiva sobre la búsqueda de la esperanza después de haber perdido a alguien. Una vez más, Kim Holden recoge en un libro todas las emociones que puedes sentir."Vilma's Book Blog"Leer este libro ha sido como volver a casa. Cuando leía Gus, sentía que sus personajes y sus vivencias me recibían con los brazos abiertos. Me ha hecho sentir increíblemente bien."The Never Ending Book Basket"Esto es Kim Holden en estado puro. Increíblemente bello y poderoso, pero al mismo tiempo fácil de leer... ¿Cómo lo hace? No lo sé... Pero Gus es todo cuanto estabas esperando y mucho más."Up All Night Book Blog

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Monica Murphy
Segundas
oportunidades

SERIE UNA SEMANA CONTIGO #2



Segundas oportunidades (Una semana contigo 2)

Murphy, Monica

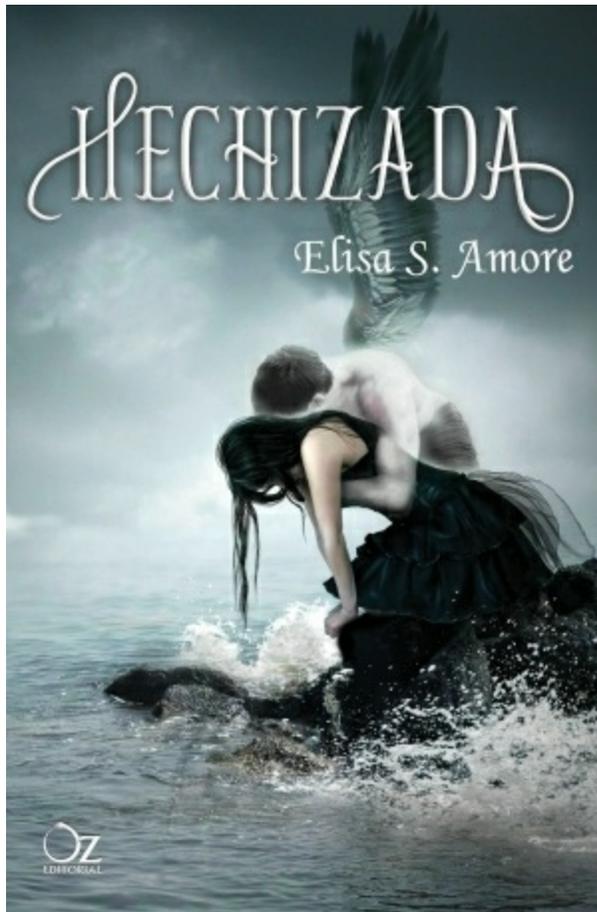
9788416224364

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Atrévete a darle una segunda oportunidad al amor Drew ha apartado a Fable de su vida porque cree que no la merece, pero no puede olvidarla. Fable ha intentado pasar página y seguir con su vida. Su madre sigue siendo un problema constante y es ella quien tiene que cuidar de su hermano Owen. Para poder pagar las facturas, Fable encuentra otro trabajo en The District, el nuevo bar de moda de la ciudad, que dirige el misterioso Colin. Pero cuando el equipo de fútbol de Drew elige celebrar un cumpleaños en The District, el corazón de Fable da un salto al pensar que volverá a verlo... Segundas oportunidades vuelve a montar a Drew y a Fable en una montaña rusa de emociones. De la alegría más desbocada a la pena más oscura, Drew y Fable son dos almas que se enfrentan al dolor de su entorno con el poder del amor y la pasión que hay entre ellos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



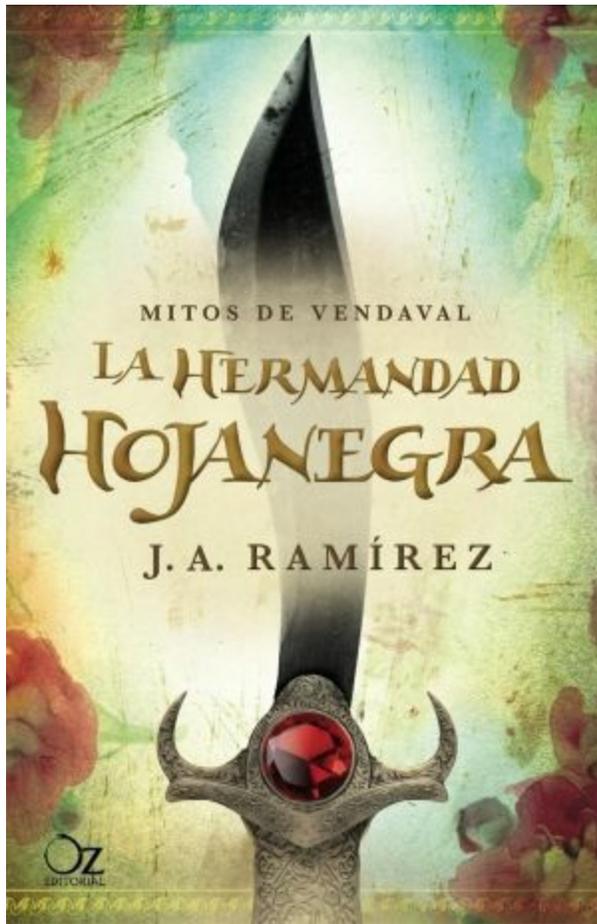
Hechizada

S. Amore, Elisa
9788416224111
432 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué estás dispuesta a sacrificar cuando la única persona que puede salvarte es la misma que debe matarte? Evan es un ángel de la muerte y su misión es garantizar que el destino de los habitantes de la Tierra se cumpla tal y como está escrito. El tiempo de Gemma está a punto de acabarse y Evan es el elegido para asegurar que muera y acompañar su alma al otro mundo. ¿Pero qué sucede cuando entra en juego el amor? ¿Puede un ángel de la muerte renegar de sí mismo y desafiar al destino? Evan tendrá que enfrentarse a las leyes del cielo y del inframundo si quiere salvar a la chica de la que se ha enamorado perdidamente. "Jóvenes que soñáis con el amor, ¡esta novela es para vosotras!" Marie Claire "Una novela espectacular, fresca e interesante. Hay que comprarla." lo Donna "Elisa S. Amore es una estrella indiscutible del fantasy sobrenatural." Metro

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La hermandad Hojanegra

Ramírez, Jose Antonio

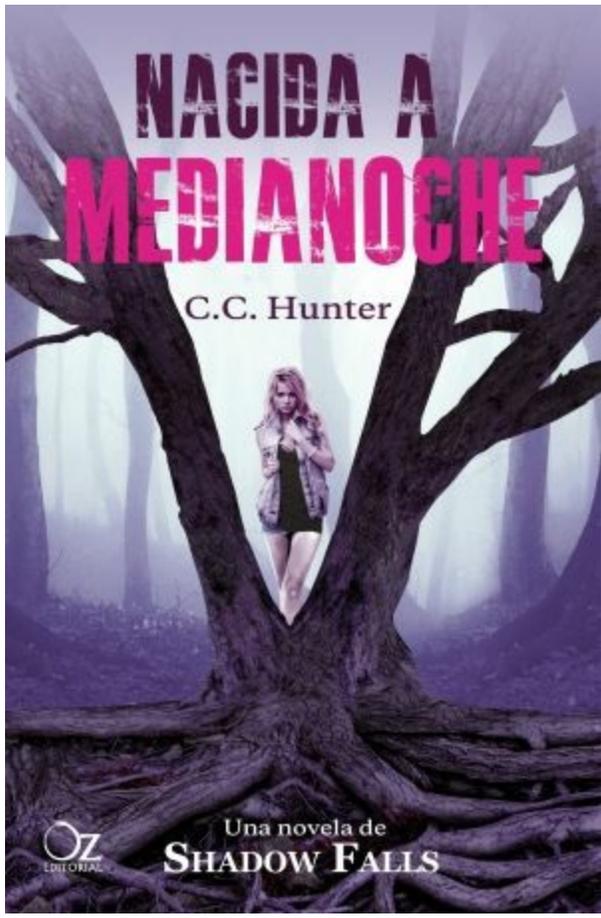
9788416224050

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Toda una población arrasada en un solo día. Más de diez ciudades en una semana. Nadie sabe de dónde viene la Plaga y mucho menos cómo detenerla. Si los cuatro reinos de Vendaval no dejan atrás las guerras y sus conflictos, no quedará nada por lo que luchar. ¿Dónde estás, Noah Evans? Los cuatro reinos de Vendaval viven en alerta máxima. La Plaga lo devasta todo, sembrando la muerte a su paso. Noah, un adolescente de Manchester, descubre la existencia de este misterioso mundo a través de sus sueños. Cuando los demonios del reino de la Discordia secuestran a su padre, Noah viaja hasta Vendaval para rescatarlo. Con la ayuda de dos soldados de la legendaria Hermandad Hojanegra, emprende una peligrosa búsqueda en la que descubrirá que su vida está ligada a Vendaval de un modo que nunca habría imaginado.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



NACIDA A MEDIANOCHE

C.C. Hunter

Oz
EDITORIAL

Una novela de
SHADOW FALLS

Nacida a medianoche

Hunter, C.C.

9788416224012

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En Shadow Falls nada es lo que parece. Kylie va a pasar el verano en el campamento Shadow Falls para adolescentes con problemas. Allí no tardará en descubrir que todos sus compañeros poseen poderes sobrenaturales: vampiros, hombres lobo, cambiaformas, brujas y hadas aprenden en el campamento a controlar sus habilidades para poder convivir con los humanos. Pero Kylie no tiene ningún poder. ¿O sí? En Shadow Falls conoce a Derek, un fae dispuesto a todo con tal de conquistarla, y a Lucas, un fascinante hombre lobo con quien comparte un secreto. Derek y Lucas son muy diferentes, pero ambos luchan por su corazón. Cuando Kylie por fin comprende que Shadow Falls es el lugar al que pertenece, el campamento corre el riesgo de ser destruido por una amenaza mayor.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

